

Doris Stone

**Estampas
de Honduras**

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*

Tegucigalpa, Honduras.

Autoridades

Rodolfo Pastor Fasquelle, Secretario de Estado

José Antonio Funes, Director Biblioteca Nacional y Política Editorial

Consejo Editorial

Óscar Acosta

Roberto Castillo

Héctor Leyva

Marcos Carías Zapata

Diagramación: Rebeca Becerra

Diseño de carátula: Marlon R. Flores

Fotografía de carátula: Gualcinse, Armando José Ramos

ISBN 978-99926-10-75-6

Editorial Cultura

Printed in Honduras

Impreso en Honduras

Tierra de Blanco y Azul

Rafael Heliodoro Valle

DORIS STONE va de prisa. Una vez se apoderó de un cuartel en San José de Costa Rica para convertirlo en museo; poco después formó parte del grupo que colocó una lápida en uno de Tegucigalpa, que iba a transformarse en la Casa de la Cultura; antes ha escrito sobre temas arqueológicos de la América Media; y ha podido llegar a la Historia por los caminos nebulosos de la Arqueología.

Doris tiene la fina locura de un avión con alma de mariposa. Anteayer ayudó a organizar en un valle ensoñado, la Escuela Agrícola Panamericana, que da becas a los jóvenes que buscan en la tierra el arca de los tesoros inagotables; ayer reunió a los indios cabécares, bribies y borucas de Costa Rica, para dar a la Antropología una visión más hermosa que la que le dan los textos y a la Americanística la importancia de estudiar el indio vivo, doliente, más que el indio muerto que con su sonrisa de basalto supo desafiar la muerte; y hoy escribe este libro en el que remueve bellas flores de leyenda, paisajes, humanidad, y cosas de todos los días, como en un canto en homenaje al país que la ama.

Y no contenta con haber estudiado y escrito tanto, haber hallado manuscritos y auscultando atentamente el corazón moreno de Honduras para componer un poema en tecnicolor, aparece ahora con su sencillez de madrina dibujando en una galería de recuerdos y de imágenes las huellas de los descubridores y los exploradores, la sombra de los pájaros al mediodía y de los fantasmas en la selva, todo lo que es alegría, color y pureza de Honduras. Por este libro cruzan el paisaje en la cuna de la luz, los primeros martirios de un pueblo que ha sufrido en la viva carne, las iras del machete y las infamias de la opresión; y en medio de esa angustia, ha subido a los mayores vértices para gozar los panoramas con flores sin nombre, los mismos pájaros del Popol-Vuj, clasifica Twomey, y muy en el fondo, en la lejanía sollozo eterno de los ríos, la voz del viento entre los pinos. Ha repasado las piedras en que los escribas mayas sepultaron sus secretos y los escultores trazaron su poesía intemporal; y ha revisado el herbario precolombino, el folklore hispano; indígena que se fue soterrando en los pueblos humildes, las mujeres que van hacia el mercado con el pan frumenticio, el niño triste y la miel frutal; y los hombres descalzos que otean el horizonte en el silencio nocturno...

Este libro ha sido trabajado en lentas excursiones a través del país en que la flor del pino se abre, invisible, cuando la luna llena unta su brillo sobre los cerros y las almas. Nace en el hondo más allá de la Honduras antigua en que el Dios del Viento bajó de las nubes para conversar con los sabios de Copán y el río suspendió su aliento para escuchar las confidencias de la ciudad sagrada. Ha sido elaborado con amor, con el conocimiento, como lo hacían sobre la película del amate los fabricantes de códices. Porque no se ha conformado con interpretar las palabras herméticas y aprender fragmentos de conjuros abolidos, sino que, a caballo y en avión, ha recorrido de la Honduras inédita, desde la vieja Tologalpa de los indios polígamos y los franciscanos ansiosos de morir, hasta las costas en que el árbol del pan prolonga sus promesas y el agua de lluvia se esconde en el cilindro vegetal para ofrecerse a los caminantes sedientos.

Doris Stone no ha sido un viajero más, sino una curiosidad intrépida, que ha contemplado desde las verdes cúpulas andinas el litoral sembrado de palmeras y las islas que fueron madrigueras de piratas y que Colón visitó como en un sueño. Ha sentido en los pistilos de la orquídea la sensación aliviadora de la brisa y nos presenta una nueva visión de Honduras, un relato en el que se injertan la osatura del inglés a los nervios del español que ha aprendido en los pueblos callados, entre el alborozo de las luminarias.

Y este es el encanto del libro, esta su gracia. Hace historia sin señalar fechas inútiles, evita lo episódico, lo incidental, dejando a la luz que pase con su alegría entre las ramas densas que interrumpen el espectáculo del paisaje histórico.

Doris no desconoce que mucha noticia está sumergida en los archivos y que más de una ha sido tergiversada por la tradición; pero no pretende exhibir su sapiencia, que ha explorado en los laberintos de la cerámica, y ha podido lucir en monografías reveladoras de una realidad antropológica en que se mezclan mayas y mexicanos, con las gentes que vinieron del África y los pobladores que trajeron del Occidente las semillas de nuevos problemas y los firmes esquemas de su civilización.

En Honduras se siente el pulso de la América que viaja y se estremece. País telúrico en el que se entrecrocaban los pleamares y los contrastes de la sensibilidad americana, Honduras ha percibido los estremecimientos del hombre precolombino, que no se sabe de dónde procedió, y las emociones del que vino de las tierras de niebla y de sol para escribir la primera sinfonía del Nuevo Mundo. Por Honduras pasaron el Almirante iluminado, Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, exploradores del Brasil y la Argentina; Sebastián de Benalcázar, conquistador en Sud América; Juan de Grijalva uno de los exploradores de México, que sucumbió en una de las primeras matanzas; Juan Vázquez de Coronado, conquistador de Costa Rica, que buscó riqueza y bienestar; Pedro de Alvarado, enamorado donjuanesco, que fue uno de los capitanes más épicos en las conquistas de México y el Perú; Hernando de Soto, cuya figura resplandece en el gran friso en el que hallan el Perú y el Mississippi; Juan de Rada, que presencié la muerte de Cuauhtémoc y la de Atahualpa, que fue compañero muy próximo de Cortés y de Almagro; y el último, que siempre es el primero, Sr. capitán de capitanes, Hernán Cortés, cuyo nombre está proclamado por uno de nuestros puertos. En Honduras se celebró la primera misa en tierra firme americana; la rosa de los vientos palpité desde la primera intuición en busca del paso interoceánico; y más tarde nacieron allí dos de los centroamericanos continentales: José del Valle y Francisco Morazán.

El libro de Doris Stone viene a presentar la Honduras que ella siente y ama; la Honduras de la humildad orgullosa y la que ha mezclado al llanto la alegría. En estas páginas ha estilizado los perfiles de su geografía y las pericias esenciales de su historia. Por ello es la presentación de un cuadro en que alternan las figuras contradictorias del evangelizador y el destructor, la del maestro que se santificó en el servicio de los ciegos de espíritu, rodeados por torrentes de luz física, y el santo que visitó al bandido en su cueva, y la mujer sensitiva que hizo con amor la casa de donde salió el hijo hacia otros ámbitos para regresar con el noble deseo de servir a la tierra que le dio lo mejor de su barro y la caricia primordial de su luz.

En la bibliografía que puede guiar al estudioso en inglés en sus investigaciones sobre Honduras, el libro de Doris Stone ocupará sitio señero, entre los de E. G. Squier, W. V.

Wells, Albert Morlan, Víctor W. von Hagen, y Archie Carr, Jr. Todos ellos han señalado hitos para el conocimiento de un país que tiene su riqueza amortizada, —la biológica y la humana— y en el que hay espacio para que prospere la flora económica del mundo. Este paraíso está en flor, como su semblanza mínima sorprendida en el aire por el pincel de José Antonio Velásquez; aun no ha sido visitado en todos sus rincones, aun guarda sorpresas que deleitarán al anticuario, al bibliófilo y al folklorista: aquí una leyenda, allá una reliquia para museo, acaso la escultura que el codicioso saqueador que, enmascarado de hombre de estudio, no ha tenido escrúpulo para llevarse al extranjero con la presa de arte colonial o el manuscrito que dará luces al historiador. He aquí otra de las calidades de este libro noble y suave, que tendrá más valor a lo largo de los días, cuando el hondureño enamorado de Honduras rescate las prendas de su viejo patrimonio y las entregue a la admiración del crítico y el esteta. Sólo quienes aman el pasado, con visión hacia el futuro, pueden comprender cuán rico es el haber de un pueblo que tiene rango entre los que ostentan varios niveles culturales y que lentamente adquieren conciencia de su ser.

Se ha dicho que Humboldt fue el nuevo descubridor de América, y en pos de sus huellas vinieron Codazzi para Colombia, Raimondi para el Perú, Bowman para Chile, Squier para Centro América, y ahora Doris Stone para ese ángulo del hemisferio en que más han vibrado como en una telaraña de sensaciones, sin haberlas cristalizado en hechos, muchas de las corrientes de la inquietud mental, pues su transformación ha sido lenta, como si quisiera utilizar las experiencias de otros pueblos en la difícil tarea de su estructuración.

Ya Honduras va dejando de ser sólo tierra de leyenda y maravilla, y de brindar color y temario inéditos al cazador de novedades —el Harry A. Frank o el John Gunther de otros días—. Ya no es la tierra de la palmera que produce champaña, la lluvia de peces o la fuente de sangre, que —tal en nueva edición de las Mil Noches y Una Noche— ha reproducido los mismos mitos de la fuente de oro, el caballo volador y el árbol que canta. Es algo más: es un país que ha recibido, antes que otros, los signos de alerta del sismógrafo, para tener noticia de terremotos espirituales en otros rumbos del hemisferio, y su marcha hacia el progreso, ha sido interrumpida varias veces: en la primera mitad del siglo XVI por las luchas sangrientas en que concurrían ambiciones y pretensiones desde México, Guatemala, Santo Domingo y Panamá; y después de la independencia por los conflictos que creó la aspiración de hegemonía política en el istmo, las agresiones del Imperio Británico y las perturbaciones que, paralelas a las metereológicas del Caribe, fueron una de las secuencias de la política norteamericana que precedió a la política del Buen Vecino. Así se explica el retardo de Honduras, dentro del cuadro histórico de América, para concurrir a la cita de la civilización. Y si de las ideas renovadoras de Francia recibió visible influencia en días de aislamiento mental y físico, Honduras es vecina de México, cuya metrópoli es para Centro-América desde el siglo XVI la de su cultura y los Estados Unidos de América, cuya civilización es la más importante en el hemisferio colombino.

No ha pretendido Doris Stone estudiar todos los temas que ofrece Honduras a la meditación del estudioso, pero sus atisbos hacia la realidad antropológica e histórica de una de las entidades profundamente americanas, expresan con claridad sus preocupaciones por explicar a Honduras ala alcance de los lectores en Inglés. No plantea interpretaciones ni sugiere soluciones, sino que construye la fisonomía del país

con líneas simples, y tiñe muchas palabras con el matiz del buen humor, sin abusar de la anécdota que tanto agrada a los que encuentran en ella sustancia viva de historia.

Entre las expresiones del progreso en Honduras sobresale por su obra de amor inteligente, radioso, la Escuela Agrícola Panamericana que Doris ayudó a organizar, y en ella sigue desarrollando, con la colaboración del sabio Wilson Popenoe —uno de los grandes botánicos y fruticultores— la idea que le imbuyó su pasión de madrina que no desdeña tener la investidura de musa civilizadora —Ceres o Deméter— que hizo a los hombres la revelación de las espigas. Si la sabiduría puede hacer amor, la bondad es una de las formas excelsas de la vida; y esta mujer ultradinámica, que hace fluir su actividad sirviendo, pensando, indagando, tan sólo con treguas para el trabajo en orden y el acto generoso.

Le ha sido suficiente releer los textos de los principales cronistas e historiógrafos centroamericanos, para obtener la clara perspectiva y utilizar el mínimo color y también ha revisado la bibliografía sumaria, a fin de agotar la investigación hasta donde colinda con lo contemporáneo, explicando el origen de algunos conocimientos cruciales. Su disciplina en los trabajos arqueológicos explica el rigor de su procedimiento cuando relata el hecho que tiene base documental y señalarla puntualmente. Por primera vez da la versión sobre el motivo que tuvo el Presidente Soto para trasladar de Comayagua a Tegucigalpa la sede del Gobierno, y el que originó la guerra civil en que Domingo Vázquez y Policarpo Bonilla fueron los protagonistas de un drama que no ha terminado aún. He aquí una de las atracciones de su libro, que a buen seguro será apreciado por quienes desean conocer la verdad más próxima sobre un país que ha pasado por las pruebas terribles de la sangre y el fuego, cuyo habitante hereda diversas psicologías y reside en un territorio en que la montaña explica de las resistencias que, en el camino de la evolución, han disminuido desde el día en que la aviación demostró una vez más que las ideas y las inquietudes nuevas circulan a pesar de las aduanas y las mentes retrógradas.

El libro de Doris Stone promueve la esperanza de que Honduras sea lo que han soñado sus varones progresistas, y de que no está lejos el día en que sea un oasis habitado por gentes que, sin perder la altivez ancestral, y el don de la hospitalidad, puedan entregarse al trabajo, gozar el "pan profundo" de que habla el poeta argentino, y ser un nuevo testimonio de que en nuestra América es posible convivir en orden, pero a la sombra de la justicia. La tierra cuyos colores heráldicos son el blanco y el azul se alza en la geografía del Nuevo Mundo como una de esas columnas de humo en los largos crepúsculos del trópico que son el trasfondo de un paisaje de ensoñación y encantamiento.

Washington 14 abril 1954.

Reconocimiento

EL IDIOMA, o sea la manera de expresarse, es la base de todo malentendido. Por desgracia no comprender significa no simpatizar ni ser capaz de tolerancia, porque todo intercambio humano proviene del mutuo entendimiento.

La tragedia de la raza humana consiste en que la historia se ha venido repitiendo. En otras palabras, si el hombre se ocupara de los acontecimientos de su tierra aunque fuera sólo los de ayer, podría evitarse los mismos errores mejorando su porvenir. Así, para que estos cuadros del pasado lleven al lector el mensaje que significa para la que escribe, agradezco la ayuda respecto a lo castizo y a la verdad histórica que me ha prestado el literato, Dr. Rafael Heliodoro Valle, gran cronista y destacado hondureño.

Agradezco a cinco costarricenses: el pintor y a la vez poeta, Francisco Amighetti, por el dibujo de la portada y por haber intervenido junto con el Ing. Alfonso Jiménez Muñoz, en el aspecto castizo de este libro; la profesora Noemí Morales M. por haberse preocupado con las pruebas; el profesor Carlos Meléndez por haberse preocupado con el Índice General, y al Ing. José Fabio Góngora por el diseño del mapa.

Quiero mencionar aquí al Dr. Juan Manuel Gálvez, conocedor de su patria; al Lic. Céleo Dávila; al diplomático, Martín Agüero H.; al Sr. Norman Scholes; a don Héctor Bueso y René de Bueso y a la Sra. Emma Bonilla de Larios por las críticas, datos y anécdotas suministradas, que hoy por primera vez, aparecen impresas; a los dos distinguidos ciudadanos de la tierra mexicana: el historiador Gabriel Saldívar y el diplomático Manuel Y. de Negri por sus empeños en que esta historia viera la luz del día; y por sus sugerencias y apoyo, a mi marido, Roger Thayer Stone S.

Presento estas páginas de épocas pretéritas en el lenguaje del país al cual me refiero, confiando en que las "Estampas de Honduras", ofrezcan una base firme en el conocimiento de la patria.

Doris Stone

Tegucigalpa, D. C. Honduras

San José, Costa Rica

Preludio

Estampas de Honduras

Esta es la historia de un país en cuyas playas Cristóbal Colón tocó por primera vez tierra firme en la América Central y en donde Hernán Cortés terminó su marcha dramática. Bartolomé de las Casas cruzó sus escarpadas montañas hasta los más remotos lugares del interior para defender en la Audiencia los derechos de los oprimidos. Francisco Morazán nació y luchó por la libertad de su país y por la unión de la América Central en esta tierra de geografía accidentada.

CAPÍTULO I

El Puesto Avanzado

LAS ISLAS DE LA BAHÍA. Un cerro cubierto de pinos es un espectáculo agradable cuando se está cansado del sabor del mar. Lo verde, lo castaño y los diversos colores de la tierra, que forman las montañas, es algo que ofrece un sentido de seguridad. Cristóbal Colón y sus hombres experimentaron esta sensación al ver la isla de Guanaja¹ elevarse en el horizonte frente a la proa de sus barcos. Estaban cansados del agua, agotados por largas horas de lucha contra un huracán bravío que los había azotado alejándolos de la costa de Santo Domingo. Estaban aburridos de flotar impotentes en la calma exasperante, cerca de las playas de Jamaica y de ser llevados para atrás por vientos y corrientes, hacia Cuba, en vez de ir para el oeste, en el Caribe. Estaban cansados de rezar por un cambio que les favoreciera para continuar su viaje. Pero ahora, ese cambio había llegado. Lo supieron cuando la isla verde de bordes coralíferos estuvo frente a ellos. Allí no había sólo madera para reparar sus barcos. ¡Había algo más! En tres anteriores travesías en estas aguas del oeste, Colón había aprendido que las grandes islas cubiertas de selvas tenían alimentación suficiente para llenar sus abastecimientos improvisados y, además, indígenas para trabajar o dar información sobre otras regiones.

Rápidamente fue mandado a tierra Bartolomé, el hermanastro del Almirante, para conocer la situación, mientras su hijo, Fernando, un muchacho de catorce años, se quedaba a bordo. La tripulación estaba luchando con el problema de anclar los barcos a salvo de peligros, de manera que los dentados escollos de coral y las lomas selváticas pudieran servir para protegerlos de los golpes del mar, cuando de pronto el muchacho divisó una gran canoa en la que iban un comerciante rico con su esposa y sus hijos y veinticinco remeros bronceados, evidentemente esclavos. Los pasajeros estaban ataviados con vestidos de fino algodón y sentados en un camarote hecho de un tejido de hojas de palma que los protegía de la espuma del mar, junto con sus mercancías y sus pertenencias.² El Almirante se puso al habla con los canoeros, quienes, estupefactos ante la vista de aquellos extraños se dejaron caer en manos de los españoles.

Las telas de algodón que llevaba la canoa en su carga eran tan bellas en dibujos como en colores, y consistían en camisas sin mangas, capas y taparrabos. El resto del cargamento se componía de campanas de cobre, hachas destrales, espadas de madera con punta de piedra, semillas de cacao y crisoles para fundir cobre. Sus provisiones personales consistían en raíces, tales como camote y ñame y una cerveza de maíz; abastecimiento suficiente para vivir bien y que reúne las condiciones para un viaje en aguas saladas. No había oro ni especies.

No es de extrañar, pues, que la mayoría de los españoles desearan salir de Guanaja. Y así, al regresar de su expedición, Bartolomé contaba que lo único que había en la costa era gente que adoraba ídolos y pedazos de tierra llamada cálside. Hubo un poco de descontento al levar anclas, por parte de los marineros ignorantes que habían sido engañados por el color del cálside, creyéndolo oro, no siendo sino la tierra que se funde para sacar el cobre.³ Colón sabía que era conveniente dejar la isla. Su cabeza estaba llena de narraciones acerca de telas fabulosas, sumamente delgadas y finas, las cuales había oído en su Génova natal a marineros que regresaban del Lejano Oriente. Tenía la

seguridad de estar cerca del paso hacia la India. Esta creencia le fue fortalecida cuando uno de los hombres más viejos de la canoa señaló hacia el este como fuente de todos estos artículos, dando a entender que también se encontraba oro en aquella dirección.⁴

Jumbe se llamaba este hombre y parecía que conocía exactamente lo que los españoles querían saber. Así mismo resultó versado en el remoto lenguaje del este. El Almirante decidió llevarse a Jumbe como guía e intérprete. Colón dio regalos al dueño de la canoa y lo puso en libertad, lo mismo que al resto de su gente. Jumbe fue bautizado con el nombre de Juan Pérez y permaneció con los españoles hasta que llegó a lugares donde había grupos cuya lengua no podía entender. Aquí terminó su utilidad y fue mandado al sitio de donde había llegado con los presentes.

Al este de Guanaja estaba el mar abierto; hacia el oeste había unas ocho islas. Algunas eran isletas de coral. Incluían Morat y Barbarat, pero las tres más grandes eran Guanaja, Guayama (Roatán) y Guitila (Utila).⁵ Estas estaban bien cubiertas de bosques al igual que Guanaja, y habitadas por gentes que dependían en su mayor parte de la caza, la pesca y de una escasa agricultura, que generalmente consistía en raíces de origen sudamericano. Desde este punto de vista, los españoles habían hecho bien en no detenerse más en Guanaja. Colón estaba en lo cierto de que éstas no eran tierras de oro. La misma religión de dicha gente señalaba otros valores. Su principal dios estaba hecho de lo que ellos poseían de más valor, la piedra verde como mármol, conocida con el nombre de jadeita y no de metal alguno. En una de las islas había una gran figura tallada en jadeita que representaba su diosa principal, una mujer. Esta era atendida por un sacerdote de largos cabellos que había hecho promesa de celibato, e incluía en sus obligaciones la tarea de enseñar a los hijos de las gentes importantes.⁶

La vida de los isleños se concentraba en el mar y el comercio. Guanaja y Guayama intercambiaban entre ellos mismos, particularmente, prestándose sus sitios. Los depósitos de cálcide, usados para la fundición del cobre establecían relaciones más íntimas en su comercio. Esta fue una razón muy importante por la cual en ambas, y especialmente en Guayama, fueron hallados entierros votivos con campanas de cobre, jadeita o piedra verde, pendientes de concha y vasijas de barro.⁷ Los habitantes tenían sus propios métodos para dar gracias al gran Espíritu. Las canoas de los isleños y la destreza con que las manejaban, eran demostración de los muchos años de experiencia que duró hasta bien entrado el siglo XVII, cuando, debido a la avaricia de los españoles, holandeses e ingleses, se acabó completamente la población india.

Terminó trágicamente debido más a la fuerza del hombre que a la de la naturaleza. Era cierto que la isla de Guayama ostentaba dos poblaciones indígenas, Masa y Roata, (de la que luego tomó su actual nombre). El mosquito, insecto salvaje, dio un tremendo golpe.⁸ Pero más cruel que esto fue la misma conducta de los europeos civilizados que se disputaron el dominio del continente español. Fuertes y sangrientos fueron los hechos que reflejaron el cuadro más vivo de lo que los hombres fueron responsables.

Primero llegaron los españoles. Venían de Cuba, donde el gobernador figuraba entre las autoridades más crueles. Necesitaba esclavos para trabajar las minas de oro y los campos de caña de azúcar; así es que, después de despoblar sus propios dominios de trabajadores disponibles envió fuera del país a conseguir más.

Una de esas expediciones se hizo a la vela desde Santiago en 1516 y bordeando la costa de Yucatán, se encontró con que la gente había huido, yéndose entonces a las Islas de la Bahía en Honduras.

No era tarea difícil la de embarcar una carga de indígenas y ponerlos a bordo bajo las escotillas, en el más grande de los dos barcos, pasando de una a otra isla y terminado de cargar en Guanaja. Era también razonable dejar atrás un bergantín con una tripulación de veinticinco hombres haciendo un reconocimiento y vigilando a los habitantes, hasta que el barco regresara, pudiendo así ambas embarcaciones partir con más carga, sin que los indios pudieran decir nada.

Un bergantín se quedó anclado mientras el otro salió hacia la mar abierta. El ruido del agua cuando la proa hendía las olas, y la inclinación del barco cuando el viento llenaba las velas bastó a los miserables prisioneros, amontonados como ganado bajo las escotillas cerradas, para sospechar el rumbo que tomaban. Allí todo era oscuridad y hedor. La alimentación era escasa y no se recibía ninguna información. Fue sólo la falta de movimiento y el ruido que hacía la cadena del ancla al descansar en el fondo del agua, lo que reveló a la carga encadenada que el viaje había terminado por el momento. Bajo cubierta no llegaba ninguna señal para indicar que el puerto era Carenas (La Habana de hoy) a unas 500 millas náuticas (en línea recta) de su propia tierra.

Una cosa era cierta. En el silencio, el menor ruido de las pisadas podía notarse. No había duda de que el barco estaba parcialmente desierto. Los indios isleños estaban listos. Era un grupo de hombres fuertes y decididos. Hombres libres que no habían nacido para ser esclavos y que rompiendo sus cadenas, forzaron y abrieron las escotillas y se deslizaron hacia la cubierta. Encontraron una guardia de nueve hombres, que había quedado más para proteger el barco, en caso de una borrasca, que para vigilar a los prisioneros, los cuales se suponía que estaban suficientemente seguros bajo cubierta, mientras el resto saltó a tierra a embriagarse. Calladamente los indios asesinaron a los nueve guardias confiados y levaron ancla. El barco se alejaba de la tierra cubana mientras los fanfarrones españoles en la playa, volviendo rápidamente en sí, gritaban y brincaban con frenética desesperación ante el raro espectáculo de su nave que desaparecía en el azul del Caribe.⁹

Los isleños de la Bahía eran marineros. Sin mapas, sin agua potable y sin conocimiento alguno de la embarcación española avanzaban audazmente. No sin motivo, estos indios se habían ganado la reputación de excelentes boteros. Conocían los vientos y las corrientes del océano. Llegaron a su patria y cogieron en la playa, de sorpresa, a los veinticinco hombres del bergantín. Siguió una lucha sangrienta con lanzas, palos y piedras. Los españoles se dirigieron hacia el mar. Uno de ellos se paró a grabar una cruz y un recado en un árbol. Fue hecho a prisa y el texto era sencillo: "Nos vamos a Darién". Y se fueron, con la esperanza de que llegarían a salvarlos. Los indios, ya tranquilos, se pusieron a quemar el barco español en el que habían regresado, y con el brebaje de chicha,¹⁰ junto al fuego resplandeciente de su hogar, contaron sus experiencias.

Fue una paz de poca duración. Un suceso como éste, en que esclavos indios se robaran un barco español, haciéndose a la vela, mientras los que los apresaron fueron matados o dejados en tierra, era algo más de lo que Velázquez podía tolerar. Los indígenas cubanos habían sido dóciles, fáciles de ser capturados y explotados. Este acto de unos

isleños desconocidos era algo que nunca se había oído y un insulto al orgullo del conquistador. Fue por esta razón que se alistaron dos embarcaciones más grandes con una tripulación eficiente, para mandar a castigar y traer más hombres de las Islas de la Bahía, así como también para investigar respecto a la seguridad de los veinticinco españoles que habían quedado en el bergantín.

Acercarse a lo que parecía una isla abandonada cuando no había duda de que tenía hombres hostiles, era una aventura que necesitaba mucha cautela. Y más aun al darse cuenta de que no estaba el barco que esperaban. Una cruz y un mensaje toscamente grabados en un árbol era todo lo que veían. De pronto uno de ellos se detuvo. Allá lejos, sostenido en parte por unas grandes rocas, sobresaliendo del mar, saltaban a la vista los restos carbonizados del barco que había traído de regreso a los isleños en su penoso viaje desde Cuba.

Era como una bandera colorada delante de un toro. ¿Había que creerlo o no? ¿Era ésta otra mala jugada? Tenía que ser cierto. El bergantín debió de haber huido. No se podía dudar del mensaje en la lengua española, ni de la cruz cristiana.

Los hombres emprendieron furiosos su tarea tratando de recoger la renuente carga. Iban de isla en isla haciendo prisioneros que acomodaban firmemente bajo las escotillas, hasta llegar a un número de quinientos nativos amontonados en el barco. Taparon las escotillas y no hubo necesidad de llenar la otra nave. Era mucho más agradable salir a divertirse. Se olvidaron del pasado, bajaron a tierra y se embriagaron celebrando su éxito. Celebración significa descanso y descanso significa descuido.

De algún modo rompieron las cadenas y, como antes, levantaron las escotillas. De nada servía la feroz resistencia de los que hacían guardia. Una parte fue echada al agua y la otra muerta instantáneamente. Los españoles que estaban de fiesta, con rapidez recobraron el sentido y comenzó una batalla tenaz en la que tomaron parte tanto los hombres como las mujeres. Las armas eran arcos y flechas, lanzas y piedras, y la lucha duró dos horas. Sin embargo, habiendo poca oportunidad de vencer, las mujeres antes que entregarse se lanzaban al mar de donde los españoles las sacaban enseguida. Algunos de los hombres que hicieron lo mismo, pudieron escaparse debido a la seguridad que ofrecían las lomas cubiertas de bosques.

De nuevo fueron reducidos a prisión.

Los barcos se hicieron a la vela con cuatrocientas almas infelices, aprisionadas como esclavos bajo las escotillas fuertemente cerradas y, junto con esa carga miserable, iba el oro por valor de 20,000 pesos que los soldados habían encontrado escondido en las islas.

Las incursiones en busca de esclavos se pusieron de moda, siendo Cuba el punto de partida, y Velázquez, el Gobernador, quien principalmente las ordenaba. Es posible que hubiera seguido adelante indefinidamente, si la política interna española no hubiera intervenido. México tenía entonces un conquistador que creía que la mayor parte de América le pertenecía legalmente. Además, era enemigo enconado de Diego Velázquez. Ese conquistador fue Hernán Cortés, y con el objeto de defender lo que creyó suyo, emprendió uno de los viajes más fantásticos que se han conocido en la historia de América.

En 1526, Cortés llegó a Trujillo, en la costa de tierra firme. Algunas de las islas estaban ya deshabitadas, pero a pesar de eso las noticias se extendieron rápidamente.

Los indios de las Islas de la Bahía habían oído rumores sobre el poder de Cortés. El conquistador, por su parte, no ignoraba las incursiones planeadas desde Cuba y Jamaica. Los isleños mandaron una comisión a saludar al gran capitán y se pusieron a su merced pidiéndole protección. No había necesidad de suplicar mucho. El capitán supo que tenía que demostrar su autoridad para mantener su posición, no tanto ante los indígenas sino con sus propios compañeros. Despachó un barco para tratar con el jefe de la expedición de esclavos y logró persuadirlos de que llegaran a Trujillo y dejaran las islas tranquilas.¹¹ Fue un cambio curioso del destino originado por un hombre tan odiado y temido por otros grupos aborígenes. Fue el acontecimiento que marcó el comienzo de casi un siglo de paz para los isleños.

Primero llegaron los españoles, después los holandeses. Gente ésta casi siempre pacífica que, por lo general, estaba de acuerdo con el progreso y la cultura. Era el año 1639 y la piratería estaba en su mayor apogeo.

La isla de Roatán, como fue luego llamada, era un sitio deseable. El mejor punto de anclaje era Puerto Real, con una entrada bien protegida por arrecifes de coral y dos breves canales. El puerto estaba resguardado por ásperas pendientes, tan altas que le servían de puestos de observación, desde donde cualquier barco navegando en la Bahía de Honduras, podía ser percibido.¹² Mientras desde Guanaja, donde los indígenas una vez habían tenido poblaciones rodeadas de murallas de piedra, sobre las colinas más altas, el activo puerto fortaleza de Trujillo podía ser vigilado y los barcos que cargaban o allí se refugiaban podían ser guiados al puerto o capturados.

Había allí muchas cosas de gran interés para un filibustero, no era sólo el valor del oro y la plata de las minas del interior. En las islas había maderas de construcción y de tinte. La cochinilla, un colorante rojo hecho de los restos pulverizados de un insecto que vive sobre las hojas del nopal, y el índigo, la pintura azul que proviene de la cocción del arbusto del añil, formaban parte de los productos más valiosos que Europa obtenía del Nuevo Mundo. México era la patria de la cochinilla, y entre él y la América Central producían grandes cantidades de índigo. Uno de los puertos favoritos para mandar estos productos estaba en el Golfo Dulce cerca del nauseabundo Lago Izabal, en donde remataban muchos caminos y vías fluviales. Los españoles estaban acostumbrados a almacenar allí grandes cantidades de estos artículos, hasta que aparecieran barcos disponibles para llevarlos al Mediterráneo.

Era de esperarse que los versados en el comercio y el mar conocieran los puertos del continente, con más razón si sus antepasados los habían conocido hacía varios siglos. Para los indios de las Islas de la Bahía no era nada nuevo tener que ver con contrabandos e incursiones. Además, era grato saber que con tan poco esfuerzo se podía perjudicar al viejo y encarnizado enemigo, el español. Así comenzó la mala fama de las islas que iba a durar mucho tiempo y costar incansables esfuerzos al Gobierno de Honduras para borrarla. Tenían la fama de ser el paraíso de los contrabandistas. Era una reputación que no comenzó por los ingleses, como se supone generalmente, sino por el propio indio y que nació del goce de molestar al dominador.

El isleño era astuto y se alió a los españoles en Trujillo.¹³ Había aprendido mucho sobre costumbres europeas dedicándose a informar sobre los lugares ricos en mercaderías y tesoros; además, se ocupaba como guía o piloto en la costa. Él y sus aliados se entendieron. Hábilmente, para evitar sospechas, los holandeses incendiaban los pueblos de la Isla mientras los indios se refugiaban en sus montañas o en sus plantaciones situadas lejos del mar. Hay que recordar que había pocos españoles en la ciudad, que estaban allí para vigilar a los habitantes, más que por otro motivo. Valía la pena para los indios, y ésta era su venganza, ya que siempre llevaban los españoles la peor parte. Así, en la primera mitad del siglo XVII, el puerto cerca del canal "Cayo de Pajaritos", en la isla de Guanaja, las dos ciudades en Roatán, y la que había en Utila, fueron completamente quemadas hasta quedar en cenizas. Todavía más grave fue cuando los holandeses tomaron guías voluntarios que les ayudaron a sembrar el terror en la costa vecina.¹⁴ Torturaron a los españoles por medio del fuego y los pusieron a la ventura en una canoa en mar abierto. Saquearon los almacenes y cometieron toda clase de crímenes. El gobierno de Honduras estaba desesperado.

El Gobernador y Capitán General de Honduras, don Francisco Ávila y Lugo, recibió órdenes del Presidente de la Audiencia¹⁵ de Guatemala de presentar un informe sobre la situación, y si fuera posible, una solución satisfactoria. El Gobernador decidió jugarse una partida segura dando la información deseada sin un plan para resolver el problema.¹⁶ El cuadro deprimente de una escasa población, no muy real por haber sido quemadas y arrasadas sus aldeas por bucaneros holandeses y flamencos en varios puertos de tierra firme, incluyendo los de Caballos y Manabique, hizo que la Audiencia decidiera en favor de la despoblación de las Islas.¹⁷ Por eso en 1642, sus pocos habitantes fueron trasladados a tierra firme de donde la mayoría salió para Golfo Dulce, hoy en Guatemala.¹⁸

Cayó el Gobernador porque no había recomendado una solución. Es de esperar que las personas que desempeñan ciertas posiciones en la vida sepan hacer uso de su responsabilidad. De Ávila había pensado esquivar ambas cosas, la culpa y el descrédito. Las islas fueron abandonadas; siendo esto un desatino. España pronto se dio cuenta de su equivocación y se nombró otro Gobernador de Honduras.

Las Islas tenían buena agua y puertos protegidos y no eran demasiado abundantes cerca de las grandes rutas comerciales de España. Y así llegó el día en que los piratas de muchas nacionalidades vagaron por el Mar Caribe y se posesionaron de determinados sitios. Bluefields, en la costa de la Mosquitia en Nicaragua, pertenecía a los holandeses y recibió el nombre de Bleeveldt, un pirata. Belice, en la tierra firme entre Yucatán y Guatemala, fue británica, llamada así por un corsario escocés, Wallace.¹⁹ Era muy natural que los ingleses se apoderaran de las Islas de la Bahía para transformadas en plazas fuertes, usándolas como punto de partida para sus incursiones, no solamente en la costa centroamericana, sino también hacia el interior. Los piratas ingleses fueron tan poderosos, que lograron por primera vez provocar la unión de Guatemala, Cuba y Santo Domingo para enfrentarse a los filibusteros. Fracasado el primer ensayo, un segundo esfuerzo limpió de extranjeros las islas.

Los españoles no consolidaron su victoria, aumentando el resentimiento de los ingleses que cuidadosamente planeaban la revancha. La historia atravesó luego un ciclo en que es difícil distinguir entre la fraternidad de los piratas o la ambición de los gobiernos. 1742 marcó una de estas épocas. Los ingleses querían extender firmemente su imperio a

la región del Caribe. Fortificaron y ocuparon Roatán, equipándose en el territorio de Honduras. Pronto el grupo de islas llegó a ser una avanzada británica. La existencia de éste y otros cuarteles generales parecidos, diseminados a lo largo de la costa, llevaron a la guerra angloespañola que terminó con el tratado de 1763. Inglaterra accedió a abandonar sus posesiones en el Caribe. Así lo hizo cortésmente, destruyendo sus fortificaciones en tierra firme, pero por alguna razón pareció olvidar que había un lugar como Roatán. Olvidada, la isla continuó sirviendo como fuerte a los contrabandistas y oscureciendo el brillo del comercio con España.

Estas circunstancias no pasaron desapercibidas. Peor aún, la fortaleza de Omoa, que fue tomada por los ingleses en 1779,²⁰ fue reconquistada luego por el mismo Capitán General de Guatemala, don Matías de Gálvez. Las cosas se volvieron definitivamente contra los españoles. Unos pocos atrevidos y dedicados al saqueo, entre los que había también negros, construyeron tres fuertes en Roatán, con la intención de convertir la isla en asilo de bucaneros, como lo fue en otros tiempos Jamaica.²¹ El Capitán General de Guatemala no podía dejar que eso pasara desapercibido. Tenía disponibles dos barcos de guerra pertenecientes a la marina del Rey, y recogió además, un número de raros y variados refuerzos, consistentes en dos buques de guerra y varias canoas o piraguas, las cuales vinieron del oeste, desde la laguna de Bacalar, cerca de Belice. Pudieron, sin embargo, ofrecer batalla terminando en un tratado por medio del cual se estipulaba deliberadamente que Inglaterra debía abandonar todas las islas cerca del continente en Centro América. Dos tratados fueron necesarios, el de 1783, y este último de 1786, antes de que Inglaterra se decidiera a dejar las islas y las fortificaciones de la costa.

Hubo, sin embargo, algunos primeros ministros con una mente demasiado flexible, para no interpretar a su manera los tratados. Las islas de Barlovento estaban bien alejadas de las de la Bahía de Honduras y eran un dominio británico. Una en particular, San Vicente, tenía una población heterogénea, formada por una mezcla de caribes aborígenes, arawacos y negros africanos escapados en el naufragio de un negrero francés, durante una tormenta tropical, alrededor de 1661. Según dice la leyenda, los negros mataron a los nativos, apoderándose de sus mujeres. Pero lo que sí puede asegurarse es que los negros caribes, como se llamaron sus descendientes, tienen dos idiomas según sea el sexo de quien los hable.

Si existían celos entre Inglaterra y España no menos los había entre Inglaterra y Francia. Las simpatías de la Martinica por Francia eran como una llaga abierta en la Corona Británica, que sentía legalmente suyas todas las Islas de Sotavento. Por eso era más provocativo que los habitantes de San Vicente levantaran bandera tricolor. Había un solo remedio: la despoblación. No tenía objeto el dinero cuando el honor y el territorio estaban en juego. La entrega de sus posiciones de Río Negro y de la Bahía de Honduras era todavía una basura en el ojo de Inglaterra, pero aún podía presentarse una oportunidad. Con tranquilidad asombrosa los británicos cargaron sus barcos y transportaron la población entera de San Vicente, primero a la isleta de Balliceaux y después, en 1797, a Roatán. Fue un paso que costó casi un millón de libras esterlinas y se hizo sin consultar al gobierno al cual pertenecía el territorio.

Esto era más de lo que los españoles podían tolerar. Armaron una expedición y una vez más salieron para las Islas de la Bahía. Los negros-caribes habían preferido a los franceses. Era por eso que se encontraban en el nuevo hogar, adonde habían sido llevados. Decididamente no querían a los ingleses. En cambio, no era difícil encontrar

una semejanza entre los españoles y sus amigos los franceses. Si el comandante de la expedición mandada contra Roatán había esperado encontrarse con dificultades, en verdad que se había equivocado. Los recién llegados se precipitaron dando una bienvenida entusiasta a él y a sus hombres. Era más bien algo así como una reunión de viejos amigos. En vez de hacer prisioneros, el comandante invitó a los isleños para que se establecieran en tierra firme. Después de todo, la gente de Roatán había tenido fama de contrabandista y no podía confiar demasiado en desconocidos. Los negros-caribes aceptaron estableciéndose cerca de la Quebrada de Cristales en la costa próxima a Trujillo. España había ganado una victoria sin derramar sangre.

España había ganado e Inglaterra lo recordaba. Hay cosas que no se olvidan fácilmente y se mantienen vivas. Los hondureños estaban más interesados en colonizar en el continente que en sus posesiones isleñas en el Caribe, de las cuales las de la Bahía eran las más codiciadas.²² Además, el gobierno de la Provincia de Honduras, en Comayagua, sintió que las islas eran, definitivamente, una parte de su jurisdicción. Y durante el resto de aquel siglo tuvo razón. Pero hacia el final de la primera mitad del siglo XVIII, intermitentes como una fiebre, aparecieron los ingleses. Belice era su plaza fuerte y las Islas de la Bahía parecían lógicamente un puesto avanzado. Primero, en 1830, el Superintendente del lugar, tomando la ley en sus manos, se posesionó de Roatán. Sin embargo, la República Federal de Centro América, que era en este período nueva y enérgica, protestó con tal énfasis que el Gobierno de Guillermo IV negó el hecho.²³ Pareciera como si la naciente Federación estuviera dentro de su territorio.

Fuera de Jamaica hay un grupo de isletas, de las cuales la más grande se llama Gran Caimán. Su población consistía en colonos ingleses y esclavos libertados, los cuales, diferentes de los negros-ca-ribes de San Vicente, se mantuvieron fieles a la Gran Bretaña. El inglés era hombre de mar por naturaleza y casi desde su nacimiento conoció el valor de los buenos puertos y los sitios de pesquería. Además, ¿qué habitante de Jamaica o de cualquier isla vecina no había oído la fama de Belice? Como puerto, la riqueza derivada de sus bosques, su pesca y su comercio, parecía un prodigio a los caimanenses. Debía haber lugares no muy distantes, los cuales serían igualmente ventajosos; entre estos podrían contarse las Islas de la Bahía.

Una de las más progresistas familia inglesas, la de José Cooper, dejó Caimán en 1836 y se fue a Belice. Estaba buscando un hogar y no la formación de un imperio. Mr. Cooper buscó las verdaderas autoridades que representaban el gobierno legal a quien las islas pertenecían. Es más fácil conseguir cosas por el camino recto, y el gobierno de Francisco Morazán, Presidente de la Federación Centro-Americana, no hizo objeción a los habitantes que respetaban la ley, cuando esta clase de gente buscaba islotes de arrecifes de coral o islas casi abandonadas.

Entre los capataces de esclavos, los filibusteros y las enfermedades, como la malaria, Utila fue decayendo y despoblándose excepto por dos norteamericanos que quedaron allí. Estos fueron Samuel Warren y un reconocido solterón llamado Joshua. De una manera u otra se habían establecido en las solitarias isletas en un intento para enriquecer su escasa alimentación, comenzando con una plantación en Utila. Fue solamente un ensayo, porque la maleza y la floresta de la isla dificultaron enormemente su labor sin tener un ayudante.

El pasado de Utila había quedado en las páginas inéditas de la historia. Los matorrales densos y bajos se habían metido entre los espacios que separaban los empedrados de los viejos caminos que conducían a aquel lugar ceremonial, en forma de círculo situado en la cima de lo que hoy es el cerro Stuart, y al pozo en forma de embudo cercado de piedra que fue construido siglos atrás por los indios industriosos.²⁴ Los cementerios dispersos conteniendo grandes jarrones de barro de entierros y llenos de valiosos cargamentos de calaveras humanas, cubiertos de arenisca esparcida sobre la tierra negra junto a los escombros que los habían protegido de los ojos extraños.²⁵ No había rastros de las casas españolas que en otro tiempo bordearon el famoso puerto. Aun los campos sembrados de camote, yuca y maíz habían sido abandonados por largo tiempo bajo el sol y fueron luego invadidos por el bosque, el cual nunca deja de reclamar lo que le pertenece. Unas cuantas palmas comestibles y árboles frutales, lograron destacarse entre la exuberancia de la jungla y se alzaban como muda huella del hombre.

No era solamente Utila la parte que había quedado más abandonada. Todos los que una vez fueron orgullosos guanajos habían sufrido algo parecido, aunque no en forma tan drástica. A Joseph Cooper, su esposa y sus seis hijos, les fue permitido vivir en las Islas de la Bahía.²⁶ Esta decisión no era difícil para una familia isleña. Aunque todo el grupo de islas ofrecía buen anclaje, eran más atractivas las arboladas isletas de coral al suroeste de Utila. Escogieron dicho lugar por las mismas razones que los dos americanos solitarios tuvieron poco tiempo antes para establecerse allí.

Las aguas que rodeaban las isletas de Utila eran ricas en crustáceos y en peces de toda clase. Los cayos también fueron barridos por los vientos alisios, evitándoles la presencia de un enemigo del hombre, el mosquito. Al mismo tiempo la posición de la propia isla los protegía contra las tormentas tropicales, favoreciéndolos así para cultivar lo que deseaban.

Los Cooper se mantuvieron allí. Familias del Gran Caimán pronto siguieron al aventurero Joseph, y Samuel Warren se casó con una de sus hijas.²⁷ Utila fue siendo cada vez más trabajada, iniciándose una nueva era en la región.

De todas maneras las noticias nunca dejan de saberse. Es todavía más difícil aún, cuando algún fuego arde. En 1830 el coronel Francis Cockburn, quien después, en ese mismo año, fracasó en su intento de apoderarse de Roatán, había reemplazado al superintendente de la colonia británica, al Mayor Alexander Macdonald.²⁸ El Mayor debió haber o no absorbido algunas de las ideas o costumbres de su antecesor, actuando en una forma tan dominante que le valió ser ascendido a coronel.

En 1838 Guillermo IV no fue por más tiempo soberano. Había sido reemplazado por la joven Reina Victoria. Noticias favorables de los pobladores de la isleta de Utila llegaron posiblemente a los caimanenses. Aunque su vida se relacionaba principalmente con el mar, también dependían de una escasa agricultura para su subsistencia. Puede haber sido que las Islas de Caimán tenían poco terreno, o que también gente importante se tomó el trabajo de tratar asuntos de peso con los que antes habían sido esclavos. Cualquiera que fuera la causa, el hecho es que un grupo de hombres libertados entraron en la Bahía de Honduras desembarcando en Puerto Real, Roatán. El comandante de la América Central en dicha localidad, los informó que antes de que pudieran establecerse, deberían pedir un permiso al Estado de Honduras. A unos cuantos les pareció que era mejor cumplir con la ley, pero aparentemente la mayoría no había llegado a tales aguas para respetar

una bandera extranjera.²⁹ No era difícil recordar que cerca estaba Belice y que ahí flotaba la bandera británica.

Es evidente que en la administración del coronel Macdonald, superintendente de Belice, no había burocracia. Una apelación tal como la de los caimanenses significaba una acción inmediata. El coronel saltó de la balandra "Rover", tomó Port Royal, y permitió que sus hombres pisotearan la bandera de la América Central, mientras la de Gran Bretaña ondeaba en el tope del asta.

Cuando los ingleses volvieron al barco y estaban ya a punto de zarpar, el comandante local arrió el pendón extranjero e izó el emblema de la América Central. Los visitantes no pudieron tolerar esto. Su reacción fue rápida y sencilla. Despóticamente retiraron la guarnición centroamericana mandándola a tierra firme y dejaron a los caimanenses en completo dominio de Roatán.³⁰

Era el año de 1842. El gobierno de Honduras estaba oprimido por otros acontecimientos más importantes que la bandera centroamericana hubiera sido barrida de las Islas de la Bahía. Acababan de dispararse unos tiros en la Plaza de San José de Costa Rica, y el general Francisco Morazán, expresidente de la Federación Centro Americana, caía muerto. Era evidente que enseguida, los Estados estuvieran a punto de desintegrarse. En el interior del país sucedían muchos acontecimientos como para preocuparse por un lejano puesto de avanzada.

Los caimanenses quedaron en posesión de Roatán y ciertamente emplearon su influencia en todas las Islas de la Bahía. Estas parecían un imperio independiente. Era un grupo heterogéneo de habla inglesa, y básicamente protestante, con pobladores, por lo menos en Utila, de Inglaterra, Suiza y Alemania, así como de los Estados Unidos de Norte América.³¹ Sin embargo, si los británicos habían creído que podrían sujetar a dichos ciudadanos, muy pronto se iban a dar cuenta de que estaban sumamente equivocados. Otro Superintendente de Belice intentó intervenir bajo el pretexto de que los caimanenses eran súbditos británicos y que él podría ayudarles a elegir sus funcionarios y organizar su gobierno. Para hombres libertados, darse cuenta de su condición, es al principio una tarea lenta, pero ahora los isleños habían olvidado por completo su pasado desagradable. Habían adquirido una característica dinámica, la de defender sus derechos. Informaron al nuevo superintendente y cuando éste trató de sugerir los nombres de oficiales para su corte y gobierno, de que era evidente que viviendo en tierra firme no estaban al tanto de los personajes ni de las necesidades de Roatán, terminaron por elegir magistrados a su propio gusto, poniendo a la cabeza a un ciudadano de los Estados Unidos, Mr. William Fitzgibbon.

Es difícil explicar cómo se imponen los gobiernos. Ciertamente ni Mr. Fitzgibbon ni la mayoría de los habitantes de las Islas de la Bahía eran legalmente ciudadanos hondureños. Pero era cierto también que a pesar de esto y por lo que tal vez podría llamarse "derechos del colono", se sentían justificados en su protesta, y volvieron su mirada hacia el gobierno de Honduras, a la única autoridad que acataron cuando otro Superintendente de Belice, el coronel Wodehouse, tranquilamente apareció en Roatán en su bergantín "Persian" y unió, en una llamada "reunión general", el grupo entero de las Islas a Belice, dándoles el nombre de "Colonia de las Islas de la Bahía".³² De este modo lo colocó bajo la autoridad del Gobernador de Jamaica.³³ La única excusa que

ofreció era que la colonización de estos lugares había sido hecha por súbditos de la Corona, por su propia y libre voluntad.

La fecha de la "fundación" de esta Colonia fue 1852, dos años después de que los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña firmaron un tratado en el cual se acordaba "no ocupar, fortificar, colonizar, asumir o ejercer dominio alguno sobre Costa Rica, Nicaragua, la Costa de Mosquitia o cualquier lugar de América Central".³⁴ Ciertamente había algo más en juego que el rompimiento de un tratado. Esto de apoderarse resueltamente de las Islas de la Bahía era una prueba decisiva para la Doctrina de Monroe. Ministros y Primeros Ministros sostuvieron conferencias, y barcos de combate británicos y estadounidenses descubrieron de pronto que la navegación en la Bahía de Honduras era fundamental. Los cruceros se paseaban de allá para acá, como orgullosos pavos reales en desfile. Los nervios estaban de punta y la menor acción podría haber terminado en otro conflicto sangriento. Psicológicamente era el momento de que algo ocurriera. Fue Honduras la que se decidió a tomar la iniciativa.

Habían pasado cuatro años, desde el nacimiento de la nueva colonia y las cosas iban de mal en peor. Un día de agosto, no obstante, don Víctor Herrán, Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Honduras, logró convencer al Conde de Claredon, Primer Ministro de la Reina Victoria de Gran Bretaña, que no se trataba solamente de devolver las Islas de la Bahía y la Mosquitia hondureña a Honduras, sino que tal paso también iba a aliviar la situación embarazosa que existía entre Inglaterra y los Estados Unidos. Tal vez hubo otras cosas en que pensaron don Víctor y el Conde, pero no les parecía correcto mencionarlas en el tratado. Tenían que recordar que sólo el día anterior, el 26 de agosto, para ser exactos, ellos también, como representantes de sus respectivos gobiernos, habían firmado un acuerdo garantizando y protegiendo la "Compañía Inter-Oceánica Hondureña del Ferrocarril" con ventajas tales para Gran Bretaña, que ella podía permitirse ahora ser magnánima. Y tal vez ambos se fijaron que había posesiones británicas en el Caribe y que los Estados Unidos hasta ahora parecían inclinados a olvidarse de eso. Si los monroistas estaban de acuerdo en pasar esto desapercibido, también lo estaba la Reina Victoria. Renunciar a las islas, en cambio de la concesión del ferrocarril, era un gesto que les enaltecía. Pero quedaban muchas otras cosas en juego. Nadie lo sabía mejor que don Víctor Herrán. Al firmar ambas convenciones, la de las Islas de la Bahía y la Mosquitia hondureña, se sonreía para sus adentros.

La cláusula principal del acuerdo era que la Gran Bretaña iba a ceder las Islas de la Bahía y la Mosquitia hondureña a la república; y que el gobierno en cambio garantizaba, entre otras cosas, para los habitantes de las Islas, los mismos derechos que gozaban los del continente. No obstante, había un número de agregados incluyendo la libertad de cultos.

Sin embargo, había fuerzas trabajando para mantener a los británicos en el mando. En la América Central había piratas que sustituyeron a los anteriores. Las Islas de la Bahía eran una base apropiada para recibir abastecimientos y hombres. De allí estaba a un paso el continente y tal vez sería en dicha colonia en donde se podía practicar la esclavitud. Sin embargo, una de las primeras estipulaciones en el tratado hondureño-británico era contra la existencia de los esclavos. Estando los filibusteros tan cerca, siempre había el peligro de saqueos en las aduanas y aún en las ciudades. Mientras los detalles de las dos convenciones se discutían entre Londres y Comayagua, era más prudente ocupar las islas.

No fue sino hasta fines de 1859 que se llegó a un acuerdo sobre los detalles, y el tratado final fue firmado por don Francisco Cruz, por parte de Honduras, y Mr. Charles Lennox Wyke, por el gobierno de Su Majestad.³⁵ Pero fue en 1860 cuando la Reina Victoria y la asamblea hondureña lo ratificaron.³⁶ Ya era tarde, porque el movimiento de contrabando de hombres y de armas de New Orleans y Mobila a las Islas estaba en su apogeo. El mismo William Walker, el más valiente de todos los que buscaban una república para el esclavismo, desembarcó en Roatán en junio de 1860,³⁷ y reclutó gente para atacar Trujillo. Los hondureños preferían británicos a elementos desconocidos, de los cuales la mayoría eran de mala reputación. No eran sólo forasteros los que componían aquel grupo beligerante, sino que formaban parte de éste, los mismos isleños de la Bahía, especialmente los de Roatán. Para los comandantes y las poblaciones de los puertos de la Bahía de Honduras, era un consuelo sentir que los barcos de guerra ingleses cruzaban ocasionalmente, y que una pequeña guarnición estaba siempre alerta en las Islas de la Bahía.

En septiembre de 1860 Walker encontró la muerte y la costa quedó libre de peligros. Pero los cambios son siempre lentos. Fue en abril de 1861 cuando finalmente tuvo lugar el traspaso político de los isleños de un gobierno a otro. Fue un hecho efectivo y el documento se hizo realidad en la forma más evidente: se arrió la bandera de la Gran Bretaña y fue izada la de Honduras, declarando las Islas de la Bahía, como departamento de la República, con tres municipalidades: Roatán, Utila y Guanaja. Se abrió escuelas públicas en cada una de ellas, con el español como idioma oficial; se eligió un diputado que representara el pueblo en la lejana capital y fueron apareciendo unos cuantos funcionarios, en su mayoría militares, que llegaban del interior.

La prosperidad llegó a su apogeo, y subió económicamente el nivel de los negocios. Los isleños habían comenzado a sembrar banano en gran escala. Cultivaron el que se conocía como francés o Gros Michele. No había mucho terreno apropiado para tal propósito, pero algunos empresarios isleños hasta llegaron a hacer el drenaje de una porción cenagosa de Utila en la cual plantaron las matas de banano.³⁸ Otros hicieron sus plantaciones en la costa en donde había muy buena tierra que parecía apropiada para el cultivo.

La navegación aumentó la riqueza, acrecentando la fama de las Islas de la Bahía. Sus habitantes no eran solamente marinos notables, sino que su habilidad en construir embarcaciones los hacía figurar entre los mejores del Caribe. Y falta hacían barcos y navegantes. La demanda por el fruto dorado del banano creció igualmente entre los hombres del interior de Honduras como entre los forasteros de tierras lejanas que llegaron a sembrar esta planta en las zonas costeras.

Se pusieron de moda los bananos y sus parientes los plátanos. También en las islas, y a la largo de la franja arenosa que bordea la tierra firme, los cocoteros elevaban sus penachos graciosos cual flecos de encaje que adornaban las playas, a la vez que prodigaban sus frutos, los cuales debido a la copra, iban a aumentar la carga en las bodegas de las buques isleños. No cabía duda; las que antes habían sido aldeas costeras, Puerto Cortés, Tela y La Ceiba, rápidamente se transformaban en puertos desde donde los buques de las Islas de la Bahía recogían la fruta que iba hacia los mercados extranjeros.

El auge que tomaba el cultivo del banano en tierra firme restaba, como consecuencia, importancia a otros productos de las islas. Pero en todo hay compensaciones. Después de 1876³⁹ los plátanos y los cocos llegaron a convertirse en las cosechas principales y como la tierra firme dependía de sus barcos a esto se debió que los isleños siguieran adelante, en vez de quedarse estancados, satisfechos con tal posición privilegiada; los habitantes de las Islas de la Bahía prosiguieron contentos en sus ocupaciones desentendiéndose de los asuntos de la política o de las nacionalidades.

Cuesta mucho borrar la tradición. Es algo que queda anclado cuando ya todo lo demás ha desaparecido, como la boya que sigue señalando el canal, aún cuando los barcos ya no cruzan. Los mismos nombres de los pasos, los cayos, los puertos y las poblaciones siguieron siendo ingleses. La libertad de cultos, concedida a las islas en 1861, que no fue incorporada en la Constitución Hondureña hasta 1880, vino a ser uno de los artículos fundamentales en el tratado. Efectivamente, las islas desarrollaron sus propias características, como si cada una de ellas fuera completamente diferente, aunque estuvieron unidas por tres factores comunes: el océano, el inglés y, sobre todo, la religión protestante.

Aún así, cada comunidad desarrolló su propia personalidad. Las casas de madera en Utila se revistieron con pintura de aceite y casi todas contaban con un vestíbulo de típico estilo inglés, diferentes como el día y la noche de las viviendas coloniales de adobes y techos entejados de tierra adentro. El agua potable provenía de cisternas y no de pozos. Roatán, la capital del departamento de las Islas de la Bahía, con una población más variada, evocaba su temprana historia en las sencillas construcciones de las casas pobres y en la abundancia de los cultivos. Dos colonias de caribes negros que fueron fundadas después de la evacuación inglesa, eran trilingües y mantenían la tradicional religión católica romana. La población de Guanaja puso en evidencia que sus habitantes eran marinos. Toda la comunidad fue construida sobre un cayo coralífero en que las calles eran al mismo tiempo muelles, elevándose sobre pilares las casas y los edificios privados.

Dos presidentes de República hicieron visitas a las islas antes de 1900: el General Luis Bográn en 1886 y el Dr. Policarpo Bonilla en 1897. En ambas ocasiones hubo fiestas. Con flores y palmas decoráronse las calles, ondearon las banderas y hubo fuegos pirotécnicos y bailes que terminaron a las tres de la mañana.⁴⁰ Otro Presidente, el general Terencio Sierra, arribó en 1901, y le fue tributada una recepción igualmente entusiasta. Pero durante esas visitas sólo unas pocas autoridades se dieron cuenta de que tenían allí al jefe de la República que en cada una de aquellas ocasiones había llegado a conocer las tierras de su jurisdicción y él sus propios conciudadanos. Casi todos los isleños se portaron como anfitriones hospitalarios, tal como correspondía hacerlo con un dignatario extranjero, sin sospechar que se trataba de la máxima autoridad de su propio país.

Fue hasta después del advenimiento del nuevo siglo, que los británicos enviaron el buque de guerra "Psyche" desde Jamaica, bajo el mando del capitán Cooper-Key. Cuando llegaron a las Islas de la Bahía encontraron un nuevo gobernador hondureño, general Domingo Lacayo Jerez, y el pro-cónsul británico. En realidad, fue entonces que los isleños se dieron cuenta de su nacionalidad. En julio de 1902 el capitán leyó el tratado que firmaron en noviembre de 1859, reiterando el convenio entre los dos gobiernos en lo que se relacionaba con la duración de la autoridad británica hasta 1861.

Esto parece increíble, pero era una necesidad.⁴¹ Hay tiempos en que aquello que es obvio se vuelve incomprensible. Había que hacer la explicación del status de las islas. El capitán Cooper-Key y sus acompañantes lo realizaron muy bien. No quedaba nada que pudiera leerse entre líneas o suscitar dudas. Las Islas de la Bahía pertenecían a Honduras y sus habitantes aparecían como verdaderos hondureños. A las Islas de la Bahía les había llegado al fin el momento de entrar definitivamente en poder de su nacionalidad.

En cierto modo parece profética la proclama hecha en 1861 por el presidente de Honduras, general Santos Guardiola, a los habitantes de las Islas de la Bahía que recientemente habían adquirido su nueva ciudadanía, aunque no obstante no estaban al tanto de cuál era su nacionalidad. Santos Guardiola debió pensar en el futuro cuando dirigió su proclama en Comayagua, por entonces la capital, a una población desconocida. "Vosotros marcháis a la vanguardia de una civilización, y el ejemplo que daréis a vuestros hermanos del continente, y las relaciones y comercio mayores y más extensas que se desarrollarán entre vosotros y el resto de Honduras, pronto estrecharán más los vínculos de la fraternidad y armonía que deben siempre unir a los habitantes de una patria común".⁴²

Notas al CAPÍTULO I

¹ Guanaja o Bonaca era conocida como una de las Guanassas o Islas de la Bahía. Herrera 1730, Dec. I, Lib. V, Cap. V, p. 130, dice que Colón llegó a la Isla de Guanaja después de una fuerte tempestad. Morison, 1942. v. II, pp. 326,328, relata una historia distinta, pues dice que los españoles llegaron a la isla con el mar tranquilo.

² Esta descripción está basada en Herrera, 1730, Dec. I, Lib. V, Cap. V; y Las Casas, 1875, t. II, Cap. 20.

³ Colón, Fernando, 1732, Cap. 88.

⁴ Herrera, 1730, Dec. I, Lib. V, Cap. V, p. 131.

⁵ Véase Mártir, 1944, p. 321; Squier, 1858, p. 605. La ortografía varía, por ejemplo: Guanaxa, Guanagua. Helene o Santa Elena puede ser considerada como parte de Roatán. Véase Squier, 1858, p. 609.

⁶ Herrera, 1726, Dec. IV, Lib. I, Cap. VI, p. 10.

⁷ Strong, 1935.

⁸ Squier, 1858, p. 611.

⁹ Herrera, 1730, Dec. II, Lib. II, pp. 33,34.

¹⁰ "Chicha" es una especie de cerveza generalmente hecha de maíz, y usada por la mayoría de los indios centroamericanos.

¹¹ Herrera, 1726, Dec. III, Lib. VIII, Cap. VII, p. 240.

¹² Strangeways, 1822, pp. 40-42.

¹³ Squier, 1858, p. 606 y la nota al pie de la página 607.

¹⁴ Ibid. pp. 609-613.

¹⁵ Esta era la corte o tribunal para América Central.

¹⁶ Squier, 1858, p. 608 y 614.

¹⁷ Ibid. pp. 608-614; Durón, 1927, pp. 53,54.

¹⁸ Conzemius, 1928, pp. 65,66.

¹⁹ La ortografía de Belize es variada: Belice, Balis, Walis. El libro oficial, Handbook of British Honduras, sugiere que el nombre puede ser una derivación de "balise", palabra francesa por baliza. Véase Handbook of British Honduras, 1925, p. 31.

²⁰ Durón, 1927, p. 90.

²¹ Squier, 1858, p. 616.

²² La Isla del Cisne pertenece a Honduras, pero no está incluida entre las Islas de la Bahía.

²³ Squier, 1858, pp. 619,620.

²⁴ Rose, 1904, pp. 41-43.

²⁵ Strong, 1935, pp. 20-28.

²⁶ Rose, 1904, p. 22.

²⁷ Ibid., p. 24.

²⁸ El Handbook of British Honduras, 1925, deletrea el nombre McDonald, pero Squier, quien escribió en 1858, lo escribe Macdonald.

²⁹ Squier, 1858, p. 620.

³⁰ Young, 1842, p. 147; Squier, 1858, pp. 620,621.

³¹ Rose, 1904, pp. 24,25.

³² Squier, 1858, p. 625.

³³ Rose, 1904, Appendix.

³⁴ El texto fue tomado del Tratado Clayton-Bulwer, que los Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña firmaron en 1850.

³⁵ Reina Valenzuela, 1942, pp. 39-51.

³⁶ Valladares, 1937, pp. 561,562.

³⁷ Rose, 1904, p. 31.

³⁸ Ibid., p. 144.

³⁹ Ibid., p. 110.

⁴⁰ Ibid., pp. 99-102.

⁴¹ Ibid., pp. 163-174.

⁴² Valladares, 1937, p. 367.

Referencias para el CAPÍTULO I

Cain, Henry Edney Conrad Véase Handbook of British Honduras. 1925.

Columbus, Ferdinand

The History of the Life and Actions of Adm. Christopher Columbus, and of his Discovery of the West Indies, called the New World. Churchill, vol. III.1732.

Conzemijs, Eduard

On the aborigines of the Bay Islands (Honduras). Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti, Roma, Settembre 1926, V. 2. Roma. 1928.

Durón, Rómulo E.

Bosquejo Histórico de Honduras, San Pedro Sula. 1927.

Handbook of British Honduras

Compiled by Monrad Sigfrid Metzgen and Henry Conrad Cain. London. 1925.

Herrera, Antonio de

Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano. t. 3.4; t. 1. 2 Madrid. 1726.

Las Casas, Bartolomé de

Historia de las Indias. Vols. 1-5. Madrid. 1875-76.

Límites entre Honduras y Nicaragua

Mediación del Gobierno de Estados Unidos. Alegatos, Pruebas y Dictámenes de Honduras. 1920-21.

Lothrop, S. K.

The Word Maya and the Fourth Voyage of Columbus. En Indian Notes. V. 4, No 4, pp. 350-363. Museum of the American Indian Heye Foundation, New York. 1927.

Mártir de Anglería, Pedro

Décadas del Nuevo Mundo. Buenos Aires. 1944 .

Metzgen, Monrad Sigfrid

Véase Handbook of British Honduras. 1925.

Morison, Samuel E.

Admiral of the Ocean Sea. A Life of Christopher Columbus. 2 vols. Boston. 1942 .

Reina Valenzuela, José

Don Francisco Cruz y La Botica del Pueblo. Tegucigalpa. 1942.

Rose, Richard, H.

Utilla: Past and Present Dansville, N. Y. 1904.

Squier, E. G.

The States of Central América, New York. 1858.

Strangeways, Thomas

Sketch of the Mosquito Shore, including the territory of the Poyais. Edinburgh. 1822.

Strong, Wm. D.

Archaeological Investigations in the Bay Islands, Spanish Honduras. Smithsonian Miscellaneous Collections. V, 92, No 4, Washington. 1935

Valladares, Abel Arturo

Monografía de las Islas de la Bahía. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. t. XV, pp. 557-564; pp. 637-644; t. VI, pp. 39-46, 104-111, 178-185, 249-256, 350-357, 394-401, 503-514; V. XVI, pp. 27-34, 109-116, 205-212, 282-289, 390-397, 484-491, 574-581, 640-647, 700-707, 767-773. 1937-39

Young, Thomas

Narrative of a residence on the Mosquito Shore, during the years 1839, 1840, and 1841; with an account of Truxillo, and the adjacent islands of Bonacea and Poatan. London. 1842.

CAPÍTULO II

La Primera Promesa

Taguzgalpa

LA PROVINCIA DE PAIA O DE TAGUZGALPA. Era a principios de agosto de 1502. El mar se mecía pesadamente, como lo hace un niño en su cuna después de un berrinche. Había pasado un fuerte huracán, y las naves de Cristóbal Colón se hacían a la vela con rumbo hacia la línea azul de las montañas que se dibujan en el horizonte a unas treinta millas de distancia. Tras el saliente cabo que él llamara "Honduras" yacían la laguna de Guaimoreto¹ y una bahía bien protegida en donde la flota española podía resistir al enemigo durante mucho tiempo. Era aquella la primera vez que los ojos europeos se posaban sobre la línea de la costa de la América Central.

Colón la vio con impaciencia. Prestó poca atención a los canales que conectaban la laguna y el mar, construidos para tráfico de canoas, con el propósito de que las mercancías fuesen transportadas sin riesgo y desahogadamente a través de las provincias costaneras. Apenas notó las finas camisas tejidas y pintadas con alegres coloridos y los taparrabos con los petos forrados de algodón con que iban vestidos los hombres que llegaron a saludarle.³ Colón únicamente buscaba un estrecho. No estaba dispuesto a perder tiempo. Así pues, los barcos levaron anclas y rodearon el cabo tomando rumbo al este, hasta que un domingo, el 14 de agosto de 1502, llegaron a la desembocadura de un gran río. El Almirante no se molestó en indagar cómo lo llamaban los nativos, sino que le puso un nombre por su cuenta: el "Río de la Posesión". Como parte de este acontecimiento se dijo misa en la playa y de ese modo los españoles pusieron pie por vez primera sobre la tierra firme de la América Central.³

Esta fue la región que Colón llamó la "Costa de las Orejas", cuya extensión oriental comenzaba en el Cabo de Honduras para proyectarse hasta más allá del Cabo Gracias a Dios, límite actual del departamento de Colón. La Costa de las Orejas era en su totalidad un trecho de playa baja y arenosa, interrumpido por terrenos cenagosos y grandes lagunas. También era un territorio habitado por gentes que usaban aretes pesados, tan grandes que los lóbulos les colgaban casi hasta los hombros. Esto era parte, y por cierto la salida de lo que más tarde fuera la Mosquitia, una región de fábulas y leyendas. El número de gente con largos lóbulos agujereados y adornados con orejeras de jade, hizo que el Almirante diera ese nombre a la costa. Sin embargo, no se detuvo en su frenética búsqueda de un estrecho.

Pedro Mártir, el cronista, quien conocía íntimamente a muchos de los primeros exploradores, y cuyo cargo en el Consejo de Indias le daba fácil acceso a todos los informes, hace notar que los españoles habían llegado a dos grandes divisiones de la Costa Norte de Honduras: las provincias de Paia y Maia⁴. Paia revestía importancia por ser la más occidental de la tierra firme. Estaba habitada fundamentalmente por gentes que en siglos anteriores habían tenido sus hogares en los bosques lluviosos de Sur América. En toda la región de Paia había tribus en diferentes etapas de civilización, que

vivían en el bosque denso o bogando cerca de las escasas y altas orillas bordeadas por ríos, ciénagas y tierras bajas llenas de lagunas.⁵ La mayoría eran tribus nómadas cuyos antepasados se habían abierto paso desde la cuenca del Orinoco y del Amazonas. Unos pocos, como los mismos payas y sus vecinos, los sula-jicaques, conocían más los rudimentos de la agricultura y, antes de la llegada de los españoles, habían sido empujados más hacia el oeste y el sur dejando los terrenos selvosos y los grandes pantanos a quienes los habían desalojado.

La mayor parte de la Costa de las Orejas estaba habitada por grupos de diferentes lenguas, algunos con caciques o cabecillas, otros sin forma alguna de gobierno secular, y ninguno acostumbrado a vivir en aldeas. Lo corriente eran casas comunales de techo de hojas, dispersas, cuya colocación dependía generalmente de la estación del año, aun la de las chozas de hoja y caña, construidas en o al lado de los montones de conchas, restos de lo que habían comido. Comían tubérculos como la yuca (*Manihot utilissima* Pohl.), la malanga (*Xanthosoma violaceum* Schott), y el camote; con el pejibaye (*Guilielma utilis* Oerst.) y frutos de otras palmas suplementaban su alimentación a base de pesca y de caza.⁶ El clima no demandaba mucha ropa de manera que los taparrabos de corteza, o las tapaderas de conchas, constituían todo lo que los vestía. El cuerpo lo adornaban con diseños naturales o geométricos en pintura roja y negra, que designaban el clan al que se pertenecía o el emblema individual del espíritu o criatura que cada cual escogía para que lo protegiese del mal. Completaba el resto del vestuario los tocados y los pendientes, los collares de conchas y las orejeras de piedra. Este era un traje que respondía a las necesidades del clima y al sentido estético de la decoración.

Tal zona no conquistaba rápidamente la atención de las mentes ansiosas de oro y de botín. Tampoco era una atracción para aquellos que deseaban una vida holgada. Había en otras partes del Nuevo Mundo tierras para cultivar que no requerían una lucha brava contra la naturaleza. Es cierto que necesitaba considerar otras cosas además de las meras características físicas de la región con su fuerte lluvia, sus muchas ciénagas, o sus laderas tan espesamente boscosas. Además la presencia de gente belicosa con su desconcertante manera de pelear en forma de certeras incursiones periódicas y su facilidad para huir y desaparecer cuando numéricamente estaban en desventaja. Esto y el terreno apenas accesible descorazonaron al español.

Por casi 22 años los límites occidentales del territorio que había descubierto Colón, pasaron desapercibidos para los europeos, aunque desde el principio de su primer viaje ya se había hecho la distinción suficiente como para separarlo bajo tres nombres: Honduras, debido a la profundidad de las aguas cerca del cabo; Hibueras por la cantidad de calabazas que iban flotando río abajo hacia el mar; y Guaymura a causa de la laguna y la población en donde los españoles dejaron caer el ancla por primera vez.⁷ Pilotos como Yáñez Pinzón y Díaz de Solís navegaron costeano, mas no se hizo intento alguno para la colonización.

En verdad, fue el trayecto occidental, llamado Maia, el que primero atrajo la atención del español, setenta y cuatro años antes de que se intentara penetrar en el área oriental, si se exceptúa el paso occidental de Gil González Dávila quien desembarcó en algún punto situado entre el Cabo Camarón y el Cabo Honduras en 1524 y se internó hacia Olancho. No obstante, en 1576, el Rey nombró al Capitán Diego López gobernador de Taguzgalpa. Para los propósitos de conquista y colonización esta provincia fue ensanchada incluyendo además de las fronteras originales aquellas de la antigua

Tologalpa, o sea, de manera aproximada, desde la desembocadura del Desaguadero (Río de San Juan) hasta el Cabo Camarón.⁸

El capitán López tenía su residencia en Trujillo, una de las nuevas poblaciones españolas asentada al borde de la provincia de Taguzgalpa.⁹ Aceptó este título, pero ignoraba la responsabilidad. Y apenas si hizo un impulso por adentrarse en su nuevo dominio. Trujillo era muy confortable y las mazas de guerra de palma negra y las lanzas de quienes podrían llegar a ser sus súbditos eran muy desagradables. Lo único que ocurrió fue que este territorio fue bautizado otra vez con el nombre de Nueva Extremadura,¹⁰ un apelativo altisonante, pero efímero.

El avance hispánico quedó estancado, pero en cierto sentido la provincia llegó a constituirse en un santuario para los que habían sido despojados y maltratados. Algunos de los indios lenca que antes de Colón habían vivido sólo en las alturas del interior, fueron arrojados de sus mesetas y valles abiertos y entraron en los bosques. Los payas, que siempre habitaron parte de dicha región, se internaron más todavía hacia sus laderas verdes y rápidos caudales. Los ofendidos, los proscritos, o se mezclaban en mancillada armonía, o peleaban entre ellos mismos. Los aborígenes, con todo y eso, respiraban mejor dentro de las fronteras a que habían sido confinados. Hubo de llegar el siglo XVII para que esa región fuera conquistada y convertida al catolicismo. No fue sino hasta 1604 que un franciscano, Fray Esteban Verdelete, hizo su primera entrada en dicho territorio inexplorado.

Aquí se encontró el venerable sacerdote cara a cara con un problema cuya existencia los españoles no habían sospechado siquiera: el dominio que sobre todas estas gentes ejercían los mercaderes pipiles y aztecas muchos años antes de la llegada de Colón. Así que los conquistadores hubieron destrozado el poder mexicano en Centro América los varios grupos que habitaban la provincia de Taguzgalpa reanudaron sus viejas contiendas, el uno contra el otro.¹² Fueron las gentes de habla mexicana, a guisa de comerciantes y colonos, quienes primeramente sembraron el pavor entre los pueblos de la selva. Eran ellos los únicos que podían cruzar las provincias sin temor de ser molestados. Entonces, los que antes fueran vecinos altaneros deslizábanse intimidados hacia guaridas ocultas o se desviaban por los bordes de su territorio con el ojo alerta. En el siglo XVII había dejado de existir una comunidad indígena disciplinada. Su falta hizo que las conversiones fueran pocas y difíciles. Sin embargo, el fraile, un hombre erudito con el celo sobrenatural de quien nació para misionero se dirigió a la lejana España en donde su entusiasmo fanático y su persistencia le llevaron ante el Rey.

Felipe III era un convencido de la importancia de las almas cristianas. A la vez conocía el valor que podía tener la influencia española sobre regiones que Inglaterra había comenzado a codiciar. En Madrid, por consiguiente, el 17 de diciembre de 1607, el Rey Felipe firmó una real cédula que nombraba a Fray Esteban Verdelete, de la Orden de San Francisco, jefe de una expedición para cristianizar la provincia pagana de Taguzgalpa, y le daba autoridad para que escogiera sus propios hombres y para fundar poblaciones y conventos.¹³

No era una tarea fácil, a pesar del conocimiento que había obtenido en su primera entrada y de su fe y su perseverancia famosas. Las más de las veces había que trasladarse a pie por empinadas montañas, resbaladizas, con lluvias casi continuas y cubiertas con árboles densos cuando no espinosos. Era menester cruzar y seguir a lo

largo de enfurecidos ríos, y los indios a quienes se tenía por amigos ya conversos tornáronse como por obra del diablo en paganos y salvajes. Las ermitas, una iglesia, y hasta una población fundada en la primera visita del fraile, fueron incendiadas y destruidas. Los pocos seres que todavía seguían siendo cristianos fueron muertos o huyeron con terror refugiándose en las selvas. Era una tarea desalentadora. Fray Esteban y los cuatro españoles que le acompañaban, otros dos sacerdotes y dos capitanes, se vieron forzados a huir a través del río Guayape en una balsa construida con troncos amarrados con bejucos para poder escapar de ser quemados vivos.¹⁴ Taguzgalpa no había sido aún vencida y los moradores selváticos defendieron tenazmente sus dominios.

Era el verano de 1611 cuando Esteban Verdelete se alejó nuevamente de la protección de los españoles con la esperanza de convertir y conquistar aquel reducto. Pero la disentería y otras dolencias se constituyeron en barreras inesperadas, y vino a ser hasta después de la Pascua cuando el sacerdote se sintió lo suficientemente fuerte como para comenzar su labor. Este atraso era serio porque las lluvias estaban ya próximas y el viaje se haría más y más difícil. Aun así, Fray Esteban no iba a esperar. Un fuego interior lo impelía hacia su sagrada tarea. El capitán Daza, que los había acompañado en la última expedición, no estaba listo aún, de manera que el padre salió con otro sacerdote solamente y algunos indios amigos. Dejaron el convento en Comayagua, situado en el puro centro de Honduras, y atravesando el valle de Olancho dieron con las avanzadas del cristianismo. Allí en la espesura montañosa del bajo Guayape y el alto Patuca, cerca de dichos ríos, los frailes fundaron colonias e iniciaron su obra. El hecho de que apenas un poco más allá se asentaban las moradas dispersas de los rebeldes indios lenca y taguaca, quienes habían echado a perder los tempranos esfuerzos de la cristianización, estimuló todavía más a los frailes. Estos se encontraban ansiosos de reanudar la jornada y escribieron impacientemente al Capitán Daza, que siendo experimentado, se hallaba recogiendo gente y armas para la expedición.

No se daban cuenta de que hasta los signos de la naturaleza estaban en su contra. Sobre el confín de la provincia, la orgullosa población de San Jorge de Olancho, manantial de donde hacía largo tiempo brotaban el odio y la codicia del hombre blanco, y otras aldeas que más de medio siglo atrás habían sufrido los combates de los hombres de Pedrarias Dávila y los de Cortés, yacían devastadas por la acción volcánica.¹⁵ San Jorge u Olancho el Viejo, como habría de ser conocido en la historia, rico en oro y en tierras agrícolas, desapareció inesperadamente. Todo lo que quedó fue una corona hecha de cuero y de espinas que adornaba a la Virgen de los indios —no la corona española de oro con que se acostumbraba adornar la cabeza de los santos—. No era posible que los frailes se dieran cuenta de esto, ni pudieran predecir que un mediodía de junio en 1611, cuando el grupo de los sacerdotes se unía al del capitán con la intención de penetrar más en la región selvática, iba a ocurrir un fenómeno. Aquel mediodía de junio no había sol, sólo un parche negro, una luz estrambótica. Casi tres horas permaneció opaco el sol a medida que tenía lugar el eclipse.

Los indios amigos que acompañaban al capitán y aquellos que se habían quedado con los sacerdotes se miraban los unos a los otros.

Entre ellos se encontraban algunos que no sentían cariño por sus amos españoles. Algunos tenían parientes y novias en la fortaleza montañosa en donde estaban los grupos rebeldes. Una oportunidad como aquella cuando el propio sol se ocultaba

disgustado, según parece por la reunión de los españoles, no podía desperdiciarse en vista de que ello no ocurría todos los días. Naturalmente que eso era una señal. Era un mal agüero para los cristianos. Mejor huir y ayudar a la gente propia o, al menos, advertir a los parientes el peligro amenazador del hombre blanco. La única disyuntiva era la deserción.

Así fue como los expedicionarios pronto se vieron abandonados. Peor todavía, había signos evidentes de que los habitantes de la selva estaban en pie de guerra. El capitán Daza y sus hombres se arriesgaron adelantándose a los frailes. Querían limpiar el camino de todo peligro. La idea no dejaba de ser razonable. Los dardos envenenados y las lanzas rasgaron repentinamente el aire partiendo desde el fondo de los árboles, y el grupo español se vio forzado a retirarse. Sin embargo, los sacerdotes y el capitán habían llegado a la decisión de que la única manera de realizar su propósito era seguir al pie de la letra las Sagradas Escrituras y presentar la otra mejilla cuando se es abofeteado. Los indios no debían ser maltratados. Para convertirlos y conquistarlos era necesario el cariño fraternal. Esta fue la opinión de los guías cristianos.

Los soldados que formaban el grueso de la expedición eran de arcilla más común. Era demasiado ver caer a los propios compañeros. Después de todo cualquiera de ellos podía ser el próximo. Tres de ellos se quedaron rezagados furtivamente. Y con ellos un prisionero indio que había matado a dos del grupo. Hirió a uno de los soldados con los que trabó lucha. Esto era más de lo que podían aguantar los españoles, y pronto dejaron al prisionero, contra un árbol y con una mano asegurada en una herradura y sus ocho clavos, y con la otra atada a su cintura. Paso tan poco premeditado no podía haberse dado. El indio era un cacique guerrero que gozaba de gran estima entre su pueblo y al morir sus amigos encontraron su cuerpo mutilado.

La gente de los bosques era astuta. No querían encontrarse cara a cara con los arcabuces españoles. Indujeron al capitán y algunos de sus hombres para que se desligaran de los frailes so pretexto de buscar ciertos rebeldes que se habían arrepentido y guardaban el bautismo. Un día Daza envió una nota a Fray Esteban asegurándole que pronto estaría en capacidad de localizar a los cabecillas indios. Pasó otro día y la expectación era grande, pero era la espera ante el regocijo de los padres que sabían que la Verdadera Fe estaba a punto de conquistar a los diablos paganos. Lo sabían y estaban felices. Tras un recodo del río vieron aparecer pequeñas canoas con sendos pares de indios. Llegaron los guías que iban a conducir a los frailes para que se reuniesen con el capitán Daza. Cada canoa llevaba un español con dos remeros nativos. Ya no dudaban, y los pasajeros sintieron el dulce estremecimiento que anticipa una labor bien hecha.

Río abajo iban los frailes y los pocos soldados que se habían quedado. Fray Esteban iba a la cabeza. De pronto la orilla se llenó de vida al aparecer los habitantes de la selva ataviados con brillantes plumas y pintarrajeados lo que indicaba el clan y la guerra. Porque era la guerra. La cabeza del capitán Daza estaba horrendamente clavada en la punta de la lanza más alta en tanto que otras aparecían adornadas con manos de soldados españoles. Una mano particularmente estaba asegurada con la herradura y los clavos que habían sujetado la de un cacique a un árbol.

Fray Esteban tembló con la misma fe que lo había hecho ir años atrás a España para obtener un decreto real relativo a la conversión de aquellas gentes. Predicó fervientemente algo de la ley del Evangelio y la redención de las almas. Y entre más

predicaba más salvajes se ponían los indios hasta que el padre dio con el suelo cayendo hincado bajo los golpes crueles de las mazas de guerra. Un lanzazo misericordioso y rápido evitó que el fraile viera llegar el cuchillo que de un tajo le partió el cráneo de sien a sien. Su compañero, Fray Juan no tuvo tiempo de salir de la canoa, en la que se arrodilló orando frente a la escena pavorosa. Inconsciente quedó por los remos con que lo abatieron y luego fue despedazado su cuerpo a cuchilladas y golpes de maza de palma negra. La mayoría de los soldados pereció de igual modo, pero unos pocos, magullados y seriamente heridos, escaparon con la ayuda de sus armas de fuego.

Por muchos años persistió la tradición entre las gentes de la selva, transmitida verbalmente de padre a hijo, de que los cráneos de los frailes fueron usados como copas para beber la chicha ceremonial hecha de maíz fermentado y tabaco molido; que el corazón fue arrancado del cuerpo y mezclado con la bebida, mientras las piernas, los brazos y los músculos fueron servidos con salsa de chile, y el resto del cadáver partido en tajos pequeños y lanzado al río para que los arrastrara para siempre.¹⁶ También contaba la leyenda cómo los cálices y los adornos de iglesia fueron repartidos entre el grupo y usados como orejeras y nariguesas en tanto que los mismos hábitos sirvieron de excelente vestimenta para las propias danzas religiosas de las gentes de la selva.

Así terminó la primera serie de intentos por conquistar la provincia de Taguzgalpa. No obstante, aquello era un reto que no podía ser desatendido. Siguieron varias tentativas. Tres veces se internó otro franciscano, Fray Cristóbal Martínez, quien se embarcó en Trujillo y desde el mar se adentró en el territorio. Todas estuvieron condenadas al fracaso, habiendo terminado la última con la misma clase de muerte violenta que encontrara Esteban Verdelete. Solamente difirió en que los cuerpos de la malhadada comitiva fueron finalmente recobrados y sepultados en el convento franciscano de Trujillo. Otras desventuradas expediciones fueron organizadas por frailes y legos pero por un tiempo pareció como si la región fuera a permanecer irreductible para siempre y relegada al olvido.

Habían pasado setenta y más años del siglo XVII, y el Secretario General de las provincias de la Nueva España ordenó a Fray Fernando Espino, jefe de una comisión, que convirtiera a los habitantes y al mismo tiempo formara colonias en Taguzgalpa.¹⁷ Su principal ayudante lo era Fray Pedro de Ovalle. A cargo de ambos estuvo el comienzo de comunidades pequeñas y a veces de corta vida, tan distantes algunas veces como Jamastrán, Cuscateca y Olancho.¹⁸ Pero a pesar de esos intentos, la provincia combinada de Taguzgalpa se transformó en una región no solamente de indios, sino también de esclavos fugitivos, corsarios extranjeros y puestos ingleses de avanzada. La palabra "Mosquitia", tomada de una tribu que vivía en el antiguo territorio de Tolagalpa, vino a ponerse de moda. Respaldada por los británicos, la gente adquirió fama de invasores, saqueadores e iniciadores de guerras en todo lo largo de la costa caribe centroamericana.

En el siglo XVIII se aumentó la rivalidad entre Inglaterra y España. Los británicos tenían Boston, pero pensaron que sería mejor aumentar su costa en el Caribe. Los patriotas ingleses con William Pitt a la cabeza se ofrecieron voluntarios para formar una colonia en la desembocadura del Río Negro.¹⁹ Sería más fácil mantenerla allí, que en la región fría de Nueva Inglaterra. Siendo la caña de azúcar la cosecha principal, eso conduciría al inevitable e importante ron. Desde Londres y la costa de Dover se hicieron a la mar barcos que portaban teteras de cobre y provisiones necesarias. Todas iban para

la nueva colonia de Río Negro, y cada buque llevaba como lastre losas de mármol inglés que eran dejadas en la boca del río cuando a su regreso llenaban de ron y azúcar las bodegas.

Los ingleses seguían un método con las gentes de la selva. Primero llegaban los piratas que saqueaban, los capitanes que organizaban, y luego los colonos que se establecían y hacían fermentar los hondos enconos. Desde 1630, uno de los condes de las compañías comerciales de Warwick había tomado posesión de algunos cayos pequeños frente a la costa de Nicaragua. Los ingleses no predicaron acerca de un extraño Dios ni del amor fraternal ni de una cosa invisible llamada el alma. Ni trataron de esclavizar a los habitantes cuya tierra usaban. Estos nativos, que habían vivido por generaciones en guerras incontables y sanguinarias, entre un grupo y otro, escucharon con sumo interés los discursos de los colonos. Los indios estaban acostumbrados a viajar por la selva tupida. Conocían al dedillo los cursos del agua de la costa, mejor aun que las fronteras políticas y odiaban con pasión a los españoles. Luego, no es de sorprenderse que la gente de la Mosquitia hondureña llegara a tener amistad con los enemigos mortales de España. Cuchillos de acero para cabezas de lanza, puntas de hierro para las mazas guerreras, y hasta uno que otro mosquete o trabuco constituían los regalos nobles y frecuentes del blanco. Aquello estaba muy bien y casualmente era lo necesario para organizarse en bandas e invadir los dominios vecinos. Los hombres de la selva fueron el azote de un gran territorio, pues partiendo de la Mosquitia de Honduras y Nicaragua iban barriendo a su paso lo que encontraban internándose hasta la capital de la provincia, Comayagua; desde los comienzos del gran Río Segovia hasta las ciudades españolas del interior nicaragüense, bajando a las costas de las provincias de Costa Rica y hasta la lejana Panamá. A pesar del hecho que algunos de ellos no pertenecían a la nación mosquita, incursionaban juntos en bandas unidas, con cabecillas ingleses, y llegaron a ser conocidos y temidos en los ricos lugares españoles como salvajes, odiados "moscos" o "mosquitos".

España tenía rutas comerciales que debía proteger a lo largo de la costa caribe. Era más cómodo endosar un poco la responsabilidad a los Capitanes Generales que dejar toda la labor a la flota real. La provincia de Taguzgalpa no solamente era grande y engorrosa, también era muy difícil de gobernar. Los ingleses, siempre los ingleses, fueron una fuente constante de preocupación y un foco de dificultades. Sabían donde terminaban su marcha las caravanas cargadas de oro y barras de plata. Conocían desde donde zarpaban los barcos de carga. Peor todavía, parecían ir afianzándose firmemente en la parte continental de Centro América.

El 23 de agosto de 1745, el Rey de España firmó en San Ildefonso, dos Cédulas reales que colocaban la provincia de Taguzgalpa bajo dos jurisdicciones: la del Gobernador y Capitán General de la provincia de Honduras, y la del Gobernador y Capitán General de la de Nicaragua.²⁰ La línea divisoria entre las dos administraciones era el Cabo Gracias a Dios. La tierra al lado occidental del Cabo llegó a formar parte de la provincia de Honduras y las gentes selváticas que la habitaban sin darse cuenta se transformaron en súbditos del Gobernador de la provincia.

Notas al CAPÍTULO II

¹ Este nombre también se escribe Guaymura y Guaymoreta.

² Fernando Colón y Pedro Mártir particularmente mencionan estos taparrabos, ver p. e. Colón, 1732, Cap. 881; Mártir, 1516, Dec. III, lib. IV, 6 Eden, 1885, p. 151. Cabe anotar que cuando se dijo misa, los habitantes de dicha región andaban desnudos, Eden, 1885. Este es un aspecto interesante de la diferencia entre las dos culturas que Colón encontró en su primer contacto con el continente: la gente de Maia y la de Paia. Esta última consistía en grupos que habitaban la selva lluviosa y que no tenían las costumbres que distinguen a los de la cultura maya.

³ Todavía hay una duda respecto al río que en ese entonces tocara Colón. Muchas autoridades en la materia creen que es el río Negro o Tinto, mientras que otras opinan que era el Aguán o Romano.

⁴ Mártir, 1944, Dec. III, Lib. IV, p. 228; Stone, 1941, p. 9.

⁵ Para tener una idea de la variedad de culturas de esta región véase: Vázquez, 1944, t. IV, pp. 78,79.

⁶ Mártir, 1944, Dec. III, lib. IV, p. 229.

⁷ Stone, 1941, p. 4.

⁸ Límites entre Honduras y Nicaragua. Alegato de Honduras, 1905, pp. 128,129. Madrid. ⁹ Ésta también se encuentra como Teuzgalpa. Véase Vázquez, 1944, t. IV. Para las fronteras de las provincias originales de Teguzgalpa y Tologalpa véase *ibid.*, pp. 78,79. Es importante anotar que la autora cometió grave error cuando excluyó el Río Patuca de la provincia de Teguzgalpa. La omisión de la región del Patuca se debe a una confusión con respecto al término Río Tinto. Una lectura cuidadosa de Vázquez no deja duda acerca del río de que se trata, p.j. véase Vázquez, 1944, t. IV, p. 78, y en particular, p. 140.

¹⁰ Herrera, 1728, Dec. VI, lib. III, Cap, XIX, p. 80.

¹¹ Stone, 1949.

¹² Vázquez, 1944, t. IV, p. 107.

¹³ Vázquez, 1944, t. IV, pp. 84,85.

¹⁴ Vázquez, 1944, t. IV, p. 115.

¹⁵ Vázquez, 1944, t. IV, p. 125.

¹⁶ Esto se conoce como canibalismo ceremonial. Las partes del cuerpo que hacían fuerte a la persona y por lo cual ella era admirada por sus enemigos, eran consumidas en la

esperanza de que su poder sería transmitido a quien las comía. Hasta recientemente, los lencas de las tierras altas practicaban esta costumbre; véase Stone, 1948, p. 213.

¹⁷ Serrano y Sanz, 1908, p. 346.

¹⁸ *ibid.*, pp. 378-385.

¹⁹ Véase p.j. "Blackwood's Magazine", 1898.

²⁰ Límites entre Honduras y Nicaragua. Alegato de Honduras, 1905, pp. 129,130, 246.

Referencias para el CAPÍTULO II

Blackwood's Magazine

A forgotten Puritan Colony. En No. 165. Edinburgh. 1898.

Churchill, Awnsham and John

A collection of Voyages and Travels, some now first printed from "Original Manuscripts", others now first Published in English. 6 vols. London. 1732.

Columbus, Christopher Lettera rarissima. Véase Thacher, 1903, vol. 2. New York. 1903.

Colón, Fernando The History of the Life and Actions of Adm. Christopher Columbus, and of his discovery of the West-Indies, called the New World. Churchill, vol. III. 1732.

Eden, Richard The first Three English Books on America, p. 151. Edited by Edward Arber, Birmingham. 1885.

Herrera, Antonio de

Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, t. 5, 6, 7. Madrid. 1728.

Límites entre Honduras y Nicaragua. Alegato de Honduras.

Madrid. 1905.

Mártir de Anglería, Pedro

Décadas del Nuevo Mundo. Buenos Aires. 1944.

Relaciones Históricas y Geográficas de América Central

Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, t. VIII, Madrid. 1908.

Serrano y Sanz, Manuel

Relaciones históricas y geográficas de América Central, Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, t. VII, Madrid. 1908.

Stone, Doris

Archaeology of the North Coast of Honduras. En Memoirs of the Peabody Museum, Harvard University. Cambridge. 1941.

The Northern Highland Tribes. The Lenca. En Bulletin 143. Handbook of South American Indians, v. 4. Washington, pp. 216,217. 1948.

Los grupos mexicanos en la América Central y su importancia. En Antropología e Historia, vol. I, No. 1. Guatemala, pp. 43-47. 1949.

Vázquez, Francisco

Chronica de la Provincia del Santissimo Nombre de Jesús de Guatemala de el Orden de N. Seraphico Padre San Francisco en el reino de la Nueva España. 4 tomos. Guatemala. 1944.

CAPÍTULO III

La Provincia de Chorotega Malalaca o Choluteca

LA HERMOSA BAHÍA REPOSABA en calma a la luz solar de la mañana. Sus islas cónicas clavábanse en el cielo despejado. Con sus laderas forestadas escudaba las velas de algodón de unos bongos cargados que se esforzaban en vano por aprovechar las últimas brisas que llegaban del sudeste en perezosas bocanadas. Algunos de los marinos bronceados y desnudos plegaron las velas, y parándose en los espacios que quedaban entre las esteras redondas que servían de protección a los pasajeros y a la carga que pudiera estar en peligro, hundían al unísono sus remos de madera en el agua salada azul. Los bongos eran embarcaciones robustas confeccionadas cada una de un solo tronco macizo, pero respondían a los golpes de remo como una bestia cachazuda al primer chasquido del látigo. Sus puntiagudas proas se elevaban, quedaban suspendidas un momento, y luego caían hasta encontrar el lecho móvil de las olas que rodaban mansamente a través de la bahía.¹

Había tráfico entre estas islas y el continente, pero de un modo desusado, pues se estaba en la estación de las lluvias. Era más cómodo, y hasta cierto punto más seguro, tomar un bongo en la madrugada y atravesar la larga tira de costa cenagosa en etapas lentas que fatigarse caminando a través del lodo y de los ríos crecidos de la cálida y baja tierra firme. Telas de algodón, maní, codornices y gallinas de monte eran llevadas de las provincias de Chaparrastique (en el este de El Salvador) lo mismo que de Chorotega y Malalaca, cruzando las aguas del Golfo de Teca² y yendo a parar a las islas, o hacia el este alcanzando las rutas comerciales que pasaban por los grandes lagos de agua dulce. (Los de Managua y Nicaragua).

Había una serie de puertecitos y aldeas miserables en cada una de las cuales podía verse canoas numerosas. Cada uno de estos lugares era azotado por zancudos y jejenes que se reproducían en las ciénagas de mangles o en las lagunetas medio secas. Amapal, Conxagua, Meangola eran los nombres de algunos de estos establecimientos. Los habitantes hablaban la lengua poton y en su mayor parte eran marinos y pescadores que cambiaban cangrejos, ostras y pescado seco por productos agrícolas de la costa que no crecían fácilmente en los escasos llanos de las islas.

Y había llanuras en la costa, que debido a la falta de drenaje tenían a veces más agua que tierra. Los estuarios, los manglares cenagosos, y las planicies bajas cortadas por dos ríos con muchas curvas, el Nacaome y el Choluteca, bordeados por *lignum vitae* (guayacán), y faldas montañosas cubiertas por robles chaparros formaban el límite meridional de la provincia de Chorotega Malalaca. La importancia de la costa consistía en el terreno que, aunque a menudo estaba muy seco en verano y muy húmedo en invierno, por otra parte estaba situado entre las ricas regiones de Cuscatlán (el oeste de El Salvador) y el gran cacique Nicarao. El mismo nombre Choluteca significaba "domicilio de traficantes".³ Los comerciantes pasaban por esta área yendo al oeste y al este y aun hacia el norte. Había seguros senderos para el interior, por lo menos más cómodos que para cruzar los escarpados picos del oeste.

Los ChorotegaMangue habían averiguado esto hacía mucho tiempo, y tuvieron poca dificultad para subyugar a los más pacíficos ulvas, quienes se habían establecido primero hacia el oeste de este territorio. Había sido relativamente fácil sojuzgar, o mejor dicho, ignorar a los potones quienes también iban desplazándose de Chaparrastique al otro lado de los límites de esta provincia. Los Chorotega Mangue se habían dado cuenta de la importancia de mantener tales llanuras, aun cuando sus principales colonias quedaran más allá, en la larga península donde tenía sus dominios el cacique Nicoya y en donde se encontraban los lagos dulces de Nicarao. Ellos consideraban estos planos como un eslabón indispensable entre regiones ricas.

Si el piloto Andrés Niño hubiera podido conversar a sus anchas en el dialecto potón que se hablaba en las Islas de la Bahía⁴ ciertamente habría estado de acuerdo, por lo menos con respecto al gran golfo en que iba entrando. Respiró profundamente cuando su ojo adiestrado captó los paisajes azuloscuros que acusaban los hondos canales y las islas dispersas y boscosas que significaban amparo seguro a sotavento. Niño estaba contento, pues había insistido en continuar por mar cuando su socio y jefe en la expedición, Gil González Dávila, había preferido los azares de ir abriendo camino por tierra con la esperanza de llegar a donde hubiera más oro precioso. Un golfo como éste daba la impresión de que la naturaleza lo había confeccionado a propósito para la armada del Rey y de que sería una gran protección contra cualquier fuerza agresiva que pudiera presentarse. Oro y riquezas, y hasta el buscado estrecho para cruzar el continente, podían encontrarse no muy lejos de aquel golfo. Los diez esclavos africanos, la provisión de 2700 raíces de yuca y 500 cerdos con los cuales la flota se había proveído en Jamaica,⁵ no estaban malgastados cuando salían al encuentro promesas como ésta.

Inclinado la cabeza humildemente, Andrés Niño hizo la señal de la cruz y dio el nombre de Fonseca a la gran bahía, en honor de la persona por quien se sentía en deuda sobre todo en esta oportunidad. Los ojos del piloto se llenaron de lágrimas de memoria agradecida al recordar a Fonseca, el Obispo de Burgos, cuya intervención y apoyo habían hecho posible la acariciada larga expedición que finalmente materializó en 1522. También estaba contento de haber tenido esta oportunidad para realizar el febril deseo por encontrar un estrecho, que había heredado de Cristóbal Colón.

Mas las esperanzas del hombre son intangibles y están sujetas a grandes alzas y bajas. Ni los estuarios bordeados de mangles ni los ríos con desembocadura poco profunda conducían al paso apetecido. No se vislumbraba oro. No había pueblos graciosos, como los que Niño y sus hombres habían conocido más al este, en Panamá y el Golfo de Nicoya. Los desparramados puertos pesqueros y las chozas hechas de caña y repelladas con barro, de tierra firme, no ofrecían tentación para permanecer en lo que se les había antojado como golfo de promisión. Andrés Niño levó anclas y puso sus velas hacia una ruta noroeste por donde, según los ambulantes mercaderes nativos, la tierra se angostaba como en Panamá y en la que hacían telas purpúreas.⁶ La provincia Chorotega Malalaca, no obstante su atractiva bahía, estuvo sin ser perturbada hasta 1524 en que, impulsados por la envidia y la codicia, los españoles penetraron más adentro sobre el inexplorado interior de Centro América.

Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico en 1513. Siguieron su huella aventureros de toda clase. Uno de los más sobresalientes fue un hermano del Conde de Puñonrostro, Pedro Arias Dávila, más bien conocido por Pedrarias Dávila. Este fue

nombrado gobernador de Darién⁷ en 1514 y procedió a explorar por el oeste el terreno adyacente hasta alcanzar el sur de Nicaragua.⁸

Hernán Cortés, sin embargo, llegó a México en 1519, y comenzó la conquista de lo que llegó a ser el Virreinato de Nueva España. La Corona garantizaba a Cortés el derecho de explorar, conquistar y gobernar el vasto territorio que se extendía desde California hasta casi el Istmo de Darién. Era imposible manejar aquella área y el Virrey pronto descubrió que aun con la ayuda de su capaz teniente, Pedro de Alvarado, a quien enviara a Guatemala, hacía falta hacer otros nombramientos. De manera que en 1522, Carlos V creó la Capitanía General de Guatemala, que incluía la región de Chiapas hasta más o menos la actual frontera de Costa Rica con Panamá,⁹ y en 1524 designó a Alvarado Capitán General de dicha región que estaba bajo la tutela de Cortés, el gobernador mexicano.¹⁰

Seguía siendo inmenso el territorio, inmenso e interesante. Pedrarias y sus hombres habían penetrado tan profundamente en esta tierra como para llegar a la determinación de no abandonar lo que se presentaba a modo de maná del cielo. Esta región oriental parecía rica en oro. Mejor todavía, había mucho oro al alcance de la mano; no había necesidad de sacarlo de las minas sino que podía ser arrebatado o pedido a los nativos que lo llevaban en forma de figuras sobre su cuerpo y sus vestimentas, y que hasta lo ponían en sus sepulturas. No es de extrañar que ni Cortés ni sus tenientes pudieran tener un poder estable sobre tales tierras.

A pesar de la autoridad concedida por Carlos V al Virrey y sus subordinados, Pedrarias era un noble y podía contar con ciertos privilegios y medios para mantenerlos. También tenía a sus espaldas un poderoso que odiaba al Conquistador de México; es decir, Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, quien gozaba de la confianza del Rey de España hasta el punto de que manejaba casi con sólo una mano los negocios del Nuevo Mundo.¹¹ Pedrarias se aprovechó de tal posición enviando a sus hombres más y más al oeste, dejándose para sí la gran provincia de Nicaragua con sus lagos de agua dulce y el posible hallazgo de un estrecho.

La codicia de los conquistadores no conocía límites. Siempre buscaban el oro, pero también tenían necesidad de esclavos, y por último, de terrenos; pero no sólo para usarlos, sino que también y principalmente por la idea de posesión. Era un proceso de lucha por posesiones, una actitud entre ellos de "Yo tengo más que Ud." El poder y el boato, por ser los más poderosos, yacen en las raíces de este complejo. No era necesidad, era simplemente que ninguno estaba contento con hacer una buena labor sólo con lo que tenía. Había un capricho morboso en no hacer nada del todo y atrapar todo aquello a que se le pudiera poner la mano encima. El dedo verde de la envidia dirigía aguijoneado por la eterna codicia. Había que conquistar el territorio aunque sólo fuera de nombre.

Algunos soldados de Gil González Dávila, que habían penetrado muy adentro de Honduras en 1524, volvieron con maravillosos relatos del país situado entre Chorotega Malalaca¹² y Nequepio (El Salvador). No sólo existían allí muchas poblaciones de indios, que significaban esclavos y terreno fértil, sino que había razón para creer que en las lomas vecinas yacían minas de oro¹³ latentes.

Pedrarias tenía que derrotar a Cortés y sus enviados. Se dieron órdenes para ocupar el área norte de la Bahía de Fonseca,¹⁴ es decir la sección "entre el Golfo Dulce y el Mar del Sur". La idea era anexar dicho territorio a Nicaragua y con ello ensanchar el título de Pedrarias haciéndolo más grande que nunca,¹⁵ aún cuando la región ya estaba adjudicada a Pedro de Alvarado. Diego Albites fue designado para encabezar la expedición y colonizar dichas tierras. Pero el tiempo operó contra los deseos del hombre que era en verdad el gobernante de Nicaragua. Albites pospuso la fecha para salir del ambiente confortable de León y al final decidió irse a Panamá.¹⁶

No fue sino hasta 1525 que los hombres de Pedrarias finalmente se pusieron en marcha. Entre los jefes estaban Andrés Garavito y el Capitán Campañón, ambos veteranos de confianza del gobernador de Nicaragua.¹⁷ La demora trae penalidades. Apenas había la expedición alcanzado la población india de Choluteca Malalaca en el ancho llano del río, cuando se toparon nada menos que con el mismo Pedro de Alvarado, y Luis Marín, quienes, con Bernal Díaz del Castillo, habían sido dejados en Honduras por Cortés. El Capitán General iba de vuelta para su casa después de recibir la noticia sobre la salida del Virrey, a la vez que los otros hombres que les acompañaban también se dirigían hacia Guatemala.¹⁸ Los subordinados de Cortés y de Alvarado estaban contentos de reposar en las planicies después de cruzar los escabrosos caminos de las montañas.

Los representantes de Pedrarias pensaron que no deberían perder tiempo en discutir acerca de los derechos soberanos con el rival de su jefe. Pero Alvarado no quería pelear. Tenía mucho que hacer. Le quedaba la conquista de otras regiones en mar ancha, y se daba cuenta de que el gobernador de Nicaragua era rico y tenía parientes poderosos. Tres días se fueron en conversaciones, descansando en campo agradable y abierto. Luego los hombres leales a Cortés siguieron su camino hacia el oeste, sin ocasionar a los otros ninguna molestia. El sagaz Alvarado envió un partidario de confianza a pactar con el gobernante de Nicaragua. Puede haber sido sencillamente que platicaran sobre el matrimonio en familia de las dos casas rivales¹⁹ o llegaron a un convenio armonioso sobre las tierras. Sea como fuera, la provincia de Choluteca Malalaca permaneció ignorada para los poderosos conquistadores por más de quince años.

Pedrarias murió en 1531.²⁰ Pedro de Alvarado nueve años después, al embarcarse en Acajutla y dirigirse a las Islas de la Especiería,²¹ dejando en su lugar como teniente gobernador y capitán general de Guatemala, al Lic. Francisco de la Cueva. Había poblaciones indias diseminadas en los llanos de Choluteca, pero hasta entonces ningún establecimiento español erguía sus paredes de adobe. Alvarado y de la Cueva estaban perfectamente enterados de que el Gobernador de Nicaragua, Rodrigo de Contreras, en 1537 se había quejado ante el Rey por la fundación de San Miguel, hecha por los hombres de Alvarado²² en la vieja provincia de Chaparrastique.²³ Aquella era tierra que los conquistadores de Nicaragua habían considerado como suya desde los primeros días de Pedrarias. Pero don Pedro tenía mucha prisa por salir. Era la oportunidad de ganar gloria y renombre a fin de redimirse después del fracaso de su aventura peruana. Francisco de la Cueva se preocupaba sumamente por el Reino de Guatemala. Apenas había la flota levantado anclas cuando designó a su primo Cristóbal de la Cueva para que fundara una población en los grandes llanos sobre los límites orientales de su jurisdicción.

Cristóbal estaba determinado a cumplir tal orden. Es probable que el 8 de diciembre de 1540, haya tenido lugar la primera misa oficial celebrando el establecimiento de la

nueva aldea española de Jerez de la Frontera de la Choluteca, más o menos a una milla al norte del actual sitio de la ciudad y sobre la orilla occidental del río.²⁴ De la Cueva había escogido este nombre en honor de su tierra natal y de su primo Francisco. La demanda de Alvarado sobre la zona agrícola-ganadera escogida en el este estaba establecida definitivamente.

Rara vez son tranquilas las poblaciones fronterizas. Casi desde el principio se encontraron minas de plata y de oro. Y desde el comienzo casi se sentía la mala voluntad de los indios vecinos, que no querían ser forzados a trabajar en las minas. La matonería y el vandalismo de los propios españoles barrieron hacia el este desde San Miguel hasta León, saqueándolo todo a su paso. Xerez de la Frontera fue olvidada, hecho que no le permitió un rápido crecimiento.²⁵

Pero la gente iba quedándose entre las minas y los terrenos agrícolas. Buenas terrazas fluviales, planas y con ondulaciones suaves en gran parte de su extensión, ofrecían un contraste decidido con el interior, sus rocosas montañas empinadas y sus mesetas. Era una región que se prestaba para la cría de ganado vacuno y caballar, cuadrúpedos que ayudarían a los españoles tanto en la conquista como en la colonización. Había pocas secciones tan sanas en donde fuera fácil el cultivo de la tierra.²⁶ La antigua provincia creció en importancia y había gente que paraba allí para comprar ganado y renovar sus bastimentos. Por ejemplo, cuando Perafán de Ribera finalmente salió de Trujillo para hacerse cargo de sus deberes como gobernador y capitán general de Costa Rica en 1568, fue a Choluteca a recoger ganado y provisiones de la rica área para llevados a su nuevo dominio.²⁷

La riqueza de las minas era fabulosa. Una en particular, Clavo Rico, cerca de la aldea de El Corpus, producía pepitas de oro del tamaño y forma de un tamarindo (*Tamarindus*), las cuales eran prontamente enviadas al Rey. Hasta para los que estaban acostumbrados al oro, aquellas pepitas eran dignas de algo más que de alabanza. La mina pertenecía a la jurisdicción de Xerez de la Frontera, así es que Su Majestad, profundamente agradecido, agregó al ya largo nombre de la población otro para que siguiera llamándose Villa de Xerez de la Choluteca y mis Reales Tamarindos.²⁸

Otras poblaciones de la provincia ya comenzaban a atraer a los españoles. Fueron originalmente establecimientos indios, pero los extranjeros iban allí porque los campos se veían más verdes o las minas más cercanas. Entre éstos estaba Nacaome. Durante largo tiempo había sido una aldea Chorotega Mangue, posiblemente fundada en terreno arrebatado a los indios lencas, muchos años antes de la llegada de los europeos. Persiste la leyenda de que el nombre significa que la ciudad debe estar siempre dividida. En otras palabras, es el resultado de una guerra entre dos pueblos.²⁹

Sin embargo, el territorio de Nacaome con sus aldehuelas circundantes, ofrecía buenos campos pecuarios,³⁰ y lentamente los españoles se iban metiendo en sus alrededores mientras que los indios comenzaban poco a poco a desaparecer. Cuando la Iglesia vislumbró la conveniencia para asignar el distrito a un convento franciscano en 1575, el Reverendo Padre Provincial de Guatemala descubrió que había pocos indios en la región.³¹ Cinco años después fue establecido el convento, pero sin iglesia.³²

De las minas y no los campos de maíz y de algodón y los potreros para el ganado, dependían las vidas de los españoles.³³ Al norte de la provincia de Choluteca y dentro

de los confines de la de Comayagua se descubrieron en 1577 ricas vetas de oro y de plata que fueron halladas en Tegucigalpa. En lo administrativo y fiscal esta era una complicación más para el gobernador de Comayagua. Políticamente prometía ventajas a quienes manejaban la gran ciudad próxima. La lucha por el poder fue a resonar en la Audiencia de Guatemala dando por resultado que Tegucigalpa fuese elevada a la posición de una Alcaldía Mayor, con derechos soberanos de gobierno propio casi iguales a los que tenía Comayagua. De hecho quedó erigida provincia en 1580,³⁴ y sus fronteras por el sur alcanzaron el Mar del Sur.

Las islas de la Bahía de Fonseca, los cultivados y productivos campos, el ganado en los llanos suavemente ondulados, la fabulosa mina de Clavo Rico y las otras, todo esto y las poblaciones pequeñas y la grande de Jerez de la Frontera quedaron bajo la jurisdicción de la Alcaldía Mayor. La antigua provincia de Choluteca Malalaca llegó a ser parte de la provincia de Tegucigalpa, creada recientemente y por consecuencia permaneció dentro de las fronteras de Honduras.

Notas al CAPÍTULO III

- ¹ Para una descripción histórica de estos bongos ver Ponce, 1873, t. I, pp. 375,376.
- ² Ponce, 1873, t. I, p. 375.
- ³ Juarros, 1936, p. 260.
- ⁴ Ponce, 1873, t. I, pp. 581-583.
- ⁵ Bancroft, 1883, v. VI, p. 480, ftn. 2.
- ⁶ Este era el istmo de Tehuantepec donde hasta en tiempos históricos un marisco, hoy exterminado en esta región, fue utilizado por los indios para teñir de púrpura los hilos.
- ⁷ Este territorio corresponde más o menos a la parte oriental de Panamá.
- ⁸ Gámez, 1889, p. 100.
- ⁹ Peralta, 1900, p. 72.
- ¹⁰ Juarros, 1936, p. 102.
- ¹¹ Milla, 1937, t. I, ftn. 1, p. 153.
- ¹² A veces se escribe Menalaca o Manalaca.
- ¹³ Peralta, 1883, pp. 39,40.
- ¹⁴ Oviedo, 1853, t. III, lib. XXIX, cap. XXI, p. 113.
- ¹⁵ Bancroft, 1883, v. VI, p. 611.
- ¹⁶ Peralta, 1883, p. 67.
- ¹⁷ Díaz del Castillo, 1904, t. II, cap. CXC (CXCIII), p. 366; Peralta, 1883, p. 722. Muchos autores han adjudicado esta campaña a Martín Estete, y basan su argumento en informaciones encontradas en Herrera, 1726, Dec. IV, lib. VII, p. 133. La penetración del capitán Estete en El Salvador tuvo lugar, de acuerdo con Herrera, en 1530. Además, expone que estos hombres se encontraron con los capitanes Francisco de Orduña y Diego de Roxas. Dice que sólo después del retorno de estos capitanes con 90 acompañantes voluntarios, desertores de las fuerzas de Pedrarias que se dirigían a Santiago de Guatemala, se encontraron con Pedro de Alvarado. El capitán había vuelto de México a donde había ido a contestar acusaciones. El primer encuentro en Choluteca Malalaca tuvo lugar en 1525 con Alvarado, Bernal Díaz del Castillo y Luis Marín, como resultado de la partida de Cortés para México.
- ¹⁸ Díaz del Castillo, 1904, t. II, p. 366.

¹⁹ Ibid., p. 366.

²⁰ Gámez, 1889, p. 144.

²¹ Las Islas de las Especiería también se conocen como las Molucas, que están en Oceanía entre Nueva Guinea, Célebes y Timor.

²² Gámez, 1889, p. 166.

²³ San Miguel fue fundada en 1530 por Luis Moscoso por orden de Alvarado. Ver Paz, 1920, pp. 188,189.

²⁴ Para una discusión de los hechos históricos que se acercan a esta fecha ver Lardé y Larín, 1946, pp. 482-489. Es interesante comparar esto con Recinos, 1952, p. 160,161.

²⁵ Ver e.g. León Fernández, 1907, t. VI, p. 432.

²⁶ Ver e.g. "Doc. Inéditos de Indias", 1871; t. XV, pp. 463,464. ²⁷ Peralta, 1883, p. 808.

²⁸ Vallejo, 1893, p. 37.

²⁹ Vázquez, 1944, t. IV, p. 355; para una discusión de la población india de Nacaome y el significado de su nombre ver Vázquez, 1944, t. IV, p. 63; Lehmann, 1920, b. II, pp. 816,817. Es interesante apuntar que tiene poca base la objeción de Lehmann por aceptar la división legendaria de Nacaome fundada en que el nombre también aparece en la Península de Nicoya de Costa Rica. Las evidencias históricas y arqueológicas señalan a esta península como el lugar en el que se encontraron dos culturas distintas. Quien esto escribe cree que los habitantes originales del área de Nicoya eran corobicíes a quienes hicieron retroceder o conquistaron los chorotegas manges, y que en la región de Nacaome la población original era lenca y que sufrió asimismo en manos chorotegas manges. Ver e.g. Stone, 1946, pp. 121-129; 1948, pp. 185-193.

³⁰ Vallejo, 1893, p. 40.

³¹ Vázquez, 1935, t. I, p. 227; 233.

³² Ibid., p. 222.

³³ Para una descripción de Cholteca entre 1571 y 1574 ver López de Velasco, 1894.

³⁴ Durón, 1927, p. 36.

Referencias para el CAPÍTULO III

Bancroft, Hubert Howe

History of Central América. Vol. VI (Vol. 1). San Francisco. 1883.

Díaz del Castillo, Bernal

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. La pública Genaro García. 2 t., México. 1904.

Documentos inéditos de Indias

Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias. 42 t., Madrid. 1864-84.

Durón, Rómulo E.

Bosquejo histórico de Honduras. San Pedro Sula. 1927.

Fernández, León

Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica. t. VI, Barcelona. 1907.

Gámez, José D.

Historia de Nicaragua. Managua. 1889.

Herrera, Antonio de

Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano. t. 3, 4, Madrid. 1726-30.

Juarros, Domingo

Compendio de la historia de la Ciudad de Guatemala. t. I, Guatemala. 1936.

Lardé y Larín, Jorge

Orígenes de la villa de Choluteca. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XXIV. Núms. XI y XII, Tegucigalpa, pp. 482-489. 1946.

Lehmann, Walter

Zentral Amerika. Teil I. 2 b., Berlín. 1920

Milla, José (Salomé Jil)

Historia de la América Central. (Colección "Juan Chapín") t. 1. (Vol. II), Guatemala. 1937.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de

Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, t. III, Madrid. 1853.

Paz, José Rufino Nueva Geografía de El Salvador, San Salvador. 1920.

Peralta, M. M. de

Costa Rica, Nicaragua, y Panamá en el siglo XVI. Madrid. 1883

La Géographie historique et les droits territoriaux de la république de Costa Rica. París. 1900.

Ponce, Alonso

Relación breve y verdadera.

Recinos, Adrián

Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala. Guatemala. 1952.

Relación Breve y Verdadera de

Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España, t. I, Madrid. 1873.

Stone, Doris

La posición de los Chorotegas en la arqueología centroamericana. En Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, t. VIII, núms. 1, 2, 3, pp. 121-131, México. 1946.

The basic cultures of Central America. En Handbook of South American Indians, vol. 4, B. A. E., Washington, pp. 169-193. 1948.

Vallejo, A. R.

Primer anuario estadístico correspondiente al año 1889. Tegucigalpa. 1893.

Vázquez, Francisco

Chronica de la Provincia del Santissimo Nombre de Jesús de Guatemala de el orden de N. Seraphico Padre San Francisco en el reyno de la Nueva España, t. IV, Guatemala. 1944 .

Velasco, Juan López de

Geografía y descripción de las Indias, Madrid. 1894.

CAPÍTULO IV

La Provincia de Comayagua u Honduras-Higueras

MUCHO ANTES DEL DESCUBRIMIENTO de América, en la lejanía del territorio que está al oeste de la tierra firme que por vez primera tocara Colón, los valles montañosos tenían suelos ricos, y florestas de pino y roble cubrían las laderas protectoras. Abundaban los alimentos. Había mucha agua y bastante maíz, para no mencionar la caza que erraba por los bosques. La gente que habitaba esos valles se extendía sobre gran parte de esta región interior así como también por el sur, en lo que es ahora El Salvador, y en el norte el valle de Sula. Era natural que las vías fluviales sirvieran de avenidas y que siempre existieran pasos sobre las barreras de la empinada cordillera. En sus comunidades había un comercio raquíico que consistía en su mayor parte de artículos religiosos como pequeñas figuras y vasijas de ofrendas a los dioses.

Esta área occidental estaba bien regada; sin embargo, era más seca que las colinas de tupida vegetación y las cuencas cenagosas de Petén en la actual Guatemala. Allí vivía gente que hablaba el maya, y que iba desarrollando un gobierno jerárquico de sacerdotes y de nobles y una cultura basada en un sistema ceremonial bien concebido. Era el clero, con sus conocimientos astronómicos, quien dominaba en cierto sentido las vidas de las personas, diciéndoles periódicamente fechas de importancia fundamental, como la fecha para preparar los terrenos o sembrar. Solían recibir acatamiento sin dar razón alguna de sus órdenes, y así fue como estos sacerdotes tomaron una decisión,¹ en fecha cercana al siglo V después de Cristo.

En el siglo V, la jerarquía sacerdotal tornó la vista hacia el sur, a lo que hoy es Honduras. Y los fértiles valles de Copán, Alash y el alto Chamelecón llegaron gradualmente a constituirse en asentamientos de la cultura maya. Las poblaciones transformáronse en ciudades. Copán, que parece haber sido la más antigua, adquirió excepcional importancia religiosa y fue la razón de nuevas rutas comerciales que partieron hacia el norte y el oeste.² Su gigantesca acrópolis, resultado de edificaciones y reconstrucciones sobre templos y pirámides más pequeñas, quedó finalmente completada entre los siglos séptimo y noveno, irguiéndose contra el cielo, posando su mirada sobre el anfiteatro con sus monolitos y altares, y la siempre popular cancha de pelota. Más allá de Copán, el nuevo perímetro de las ciudades mayas extendíase hacia el sur hasta el actual El Salvador y al norte hasta La Florida cerca de las fuentes del Río Chamelecón. El oeste de la tierra hoy llamada Honduras era fértil, y los mayas prosperaron y construyeron en sus comunidades formidables y duraderas edificaciones. No es de extrañar que las pirámides de Sensenti se decoraran con acabados bajo relieves de tejidos como los de las canastas y las figuras geométricas. Era esto signo de una cultura desarrollada y de artistas de mérito excepcional. Ni ha de asombrar tampoco que las grandes cabezas pétreas de guacamayos señalaran las líneas de la cancha de pelota en Cucuyagua; que los altares de lo que hoy es Toro Amarillo estuvieran tan magistralmente tallados como los de Copán; y que las fachadas del templo en La Florida estuvieran adornadas con graciosas cabezas sacadas de la piedra.

Hacia el este, hasta el valle de Comayagua, los mayas extendieron sus colonias, sus riquezas y sus enseñanzas, y así se desarrolló una labor extensiva del suelo en regiones que habían sido forestadas. El cacao, para la cosecha ceremonial y de lujo, cultivábase en terrenos planos, de modo que los trabajadores se veían forzados a buscar las pendientes de los cerros para sembrar maíz, yuca y otros artículos de primera necesidad.

La población creció rápidamente. Pueblos mexicanos, aguijoneados por los relatos de los mercaderes y por la presión de grupos locales migratorios, abalanzáronse hacia el sur y, naturalmente, entraron en las zonas de mayor desarrollo económico y artístico.

Poco a poco cortaban y quemaban los árboles en los terrenos situados sobre las colinas, y a pesar de que se replantaban incesantemente, la erosión tomó la delantera. Los centros mayas con su complicada jerarquía de sacerdotes y gobernantes, y los incontables pueblos que dependían de ellos, deben de haber encontrado difícil obtener sus alimentos. Probablemente surgieron muchas otras condiciones desagradables. Los forasteros, o los propios grupos indígenas que fueron sus vecinos o habían habitado el terreno antes de la llegada de los mayas, pueden haberse impacientado queriendo volver a su antiguo territorio. Las enfermedades y las plagas pudieron haber sido una de las causas. Existía una o varias razones definidas que precipitaron la salida de los mayas de lo que había sido un paraíso para ellos, porque de pronto, y a causa de una decisión sacerdotal, los mayas dejaron esos vastos territorios y arrastraron laboriosamente sus labores hacia el norte, hasta la península de Yucatán, a donde mucha de su gente había llegado con anticipación desde el Petén. Una vez más los nativos pueblos lencas tomaron posesión de su terruño, en tanto que algunos de los emigrantes o intrusos extranjeros, como los Chorotega Mangue y ciertos colonos nahua permanecían en la margen de estos lugares anteriormente venerados.

Había muchas ciudades mayas en los llanos de Yucatán, grandes poblaciones que albergaron ricos y fuertes gobernantes, laboriosos proletarios, y esclavos. La tierra tuvo suma importancia; tierra para alimentos y tierra como riqueza transformable en dinero. Maíz verde crecía en el suelo ralo cubriendo el seco llano de mollejón de la península y se daba en el húmedo terreno del Petén. El maíz lo usaban el rico y el pobre; pero un imperio ya formado necesitaba más que esto. Era esencial el dinero, algo con que pudiera traficarse y que enriqueciera los refinados municipios del reino. La fuente del dinero más importante de los mayas salía de los cacaoteros.³ La baya parda de forma almendrada, de la cual se hace el chocolate, servía para más de un propósito. Era, a la vez, un medio de intercambio, y de alimentación para el acaudalado y el poderoso, los comerciantes viajeros y los dioses. Ni la húmeda región del Petén ni el seco suelo de Yucatán se prestaron para el cultivo de dichos árboles. Además, el terreno aprovechable se necesitaba para la producción de artículos básicos de consumo, la nutrición necesaria para el numeroso pueblo que componía las comunidades mayas.

Los mayas eran, en parte, un pueblo navegante cuyas canoas, diseñadas para travesías oceánicas, llegaron al sur hasta la distante Panamá⁴ Pero fundamentalmente eran agricultores, y tanto la tripulación como los mercaderes, sus pasajeros, sabían reconocer la bondad del suelo y cómo hacerlo producir más cosechas que las de naciones menos avanzadas científicamente. En sus viajes, los mayas habían visto el rico valle de Sula que estaba regado por el río Ulúa en la parte situada al noroeste de Honduras,⁵ y la oligarquía gobernante poco a poco había adquirido una clara idea de lo que representaba. Como nación, los mayas estaban experimentando de nuevo la sequía de la

tierra y la necesidad de disponer de más terreno con el cual mantener sus comunidades siempre en continuo crecimiento. No habían pasado muchos siglos antes de que la historia se repitiera, hasta cierto punto.

Esta vez no hubo abandono general. Las ciudades de Yucatán retuvieron lo suyo, pero los mayas se volvieron otra vez al territorio de Honduras, cuya región costanera se convirtió en sus cuarteles generales. Puede haber sucedido que ninguno se acordara ya del interior del país, o podría haber significado que el azar los condujera a sitios que alguna vez abandonaron. Acaso sintieran que no había necesidad de echarse sobre los belicosos lenkas que vivían cerca en muchas de sus antiguas ciudades. De cualquier modo, los mayas conocían un valle fértil cuando lo veían, y solamente un ciego habría pasado por alto el llano aluvial del río Ulúa. Esta región podía llegar a ser la canasta de pan para los centros de la península. Era terreno apropiado especialmente para el cultivo del cacao, y bordeaba las rutas comerciales que se extendían hacia arriba desde el este de América Central. Ni siquiera existía la inconveniencia de tribus extranjeras en el territorio situado entre las ciudades yucatecas y el noroeste de Honduras. Grupos de habla maya cubrían toda esta zona y se extenderían como una nación por el propio valle de Sula.⁶

Esta era la provincia de Maia de la cual habló Pedro Mártir, el historiador del siglo XVI. Se extendía hacia el oeste desde la Paia fundiéndose, sin ninguna frontera provincial marcada, para formar parte del gran reino de la península yucateca, terminando aproximadamente con el río Grijalva en México. No había un límite para la extensión meridional de la parte hondureña de esta provincia. El río Ulúa era parcialmente alimentado por el Humuya y el Sulaco, siendo navegable en canoas hasta más allá del comienzo del gran llano de Comayagua. Era muy natural que los mayas llegaran al valle del Ulúa y sus tributarios a lo menos en las regiones prósperas como Comayagua y el lago de Yojoa.

En el valle de Sula, se les hacía fácil a los mayas conquistar y asimilar a los indios jicaques o a quienquiera que anduviese vagando por la región. Había aún otra ventaja: no era necesario que los mayas de la península dejaran los grandes centros religiosos. Aquí, en el valle de Sula, había suficientes nativos que sirvieran de esclavos y trabajaran el suelo, atendiendo los cultivos que constituían la vida del Imperio.

Así, pues, de esta tierra firme hondureña provenía el cacao transportado por las grandes canoas de la isla de Guanaja, lo mismo que una buena cantidad del resto de los cargamentos. Hasta los maravillosos tejidos de algodón habían sido hechos en tierra hondureña.

También había otras cosas que venían de esta rica región y gozaban de alta estima en Yucatán: jarrones de mármol hábilmente esculpidos, tan translúcidos que constituían la ofrenda que hacía a Dios cualquier gobernante;⁷ jades verde tierno cincelados también por las mismas manos privilegiadas que dieron forma a las vasijas de mármol; campanitas de cobre y vasos de arcilla brillantemente pintados, combinando estilos y motivos que en sí mismos contaban la historia de la dominación maya sobre sus vecinos menos civilizados.

Antes de los españoles se construyeron canchas de pelota y hasta unas cuantas ciudades en el valle de Sula. No había muchas y eran recientes; primero, porque la agricultura en

grande requiere bastante terreno, y segundo porque los mayas habían llegado tarde a estos lugares y las construcciones importantes, como templos y palacios, necesitan largo tiempo. Pero había vida y actividad; y comercio que pasaba de la costa del Pacífico y del este, de las alturas de Guatemala y de las planicies de Yucatán. Entraron traficantes pipiles y nahuas y también fundaron poblaciones o se establecieron en donde fuese factible hacerlo, siempre en los bordes o en el centro de las feraces secciones agrícolas. Naco, en el valle del Chamelecón, Quimistán un poco más arriba, y Los Naranjos en el lago Yojoa, recibieron toda la influencia, cuando no en parte, de las colonias de traficantes mexicanos.⁸

La fiebre por encontrar un estrecho había desviado de esta rica provincia de Maia a Cristóbal Colón. El mismo deseo ardiente dirigió a los primeros españoles en su entrada a esta región. Cuando Gil González Dávila, en 1522, descubrió los lagos de Nicaragua y, lo que era más importante en su opinión, el comienzo del Desaguadero, o lo que después llegó a conocerse como el río San Juan, permitió a su piloto, Andrés Niño, explorar por mar mientras él seguía por tierra. Aquello era muy emocionante, pues esta clase de territorio parecía prometer adentrándose un estrecho. El conocimiento que adquirió del país en esta marcha memorable hacia el oeste⁹ le dio la capacidad necesaria para equipar una expedición que fue a buscar un paso entre los dos océanos. Se hizo a la mar partiendo de la Española (isla de Santo Domingo) el 10 de marzo de 1524.

Gil González recordaba el agua dulce que había cerca del dominio del cacique Nicarao, y puso proa hacia donde calculaba encontrar la entrada norte. Pero en marzo soplan los vientos alisios en el Caribe; algunos años son menos fuertes y se manifiestan como breves tempestades. A menudo había borrascas y perturbaciones eléctricas en esta área, aun en marzo, mes seco. 1524 debe haber sido un año de esos, pues en vez de hallarse cerca de las tierras bajas del este, Gil González fue lanzado dentro de una violenta tempestad hacia el oeste, cuando atravesaba las que deberían haber sido las aguas protegidas de una bahía tranquila. En condiciones normales, un cargamento vivo ofrece dificultades; pero al mismo tiempo tales cargamentos eran importantes; hacía mucho tiempo que los españoles sabían que los caballos eran indispensables en la conquista. A pesar de que las olas que se rompían vengadoramente contra el navío, y las velas se raspaban en los escollos, los hombres no querían perder su carga. El viento bramaba fieramente a través de los aparejos y barría las cubiertas, cuando las amarras que ataban los animales se rompieron y muchos fueron lanzados violentamente al igual que la carabela. Es algo espantoso ver caballos sueltos sobre cubierta, durante una tempestad. Unos se resbalaban para adelante o para atrás, descontrolados; otros murieron y fueron tirados con los cascos al aire y su crin y su cola pegajosos y húmedos de agua salada. Pocos eran capaces de quedarse en un solo lugar o de evitar ser lanzados contra los costados del buque o hasta contra los hombres desvalidos. Cundió el pánico por parejo entre los seres humanos y los animales. Era mejor deshacerse de una parte de aquella carga incómoda y salvar solamente lo mejor. No era conveniente quedarse con bestias muertas o enfermas, además del peligro que implicaban en aquella época.

Veterano para tratar con los indios, Gil González Dávila conocía el prestigio y el apoyo que el caballo daba a los conquistadores. Había muchos que no se daban cuenta de que los animales eran mortales, pero les tenían el temor y el respeto que se debe a una deidad. Ninguno sabía exactamente donde atracaría la flota ni la condición de los naturales que saludarían su arribo. Ya era de noche. La oscuridad tiene sus ventajas. Con el tono de quien está acostumbrado a ser obedecido, el comandante dio la orden. En

sí era una faena empujar animales vivos dentro de la furia del mar desde una carabela sacudida por las olas. Pero éstas no eran expediciones para los débiles o los melindrosos. El constante batir de las aguas enfurecidas y la potencia del viento tempestuoso ayudaban a los tripulantes. El chapoteo de las trágicas ofrendas quedaba cubierto por la oscuridad y el rugido de las olas batalladoras, a medida que iban siendo lanzados los caballos muertos y los más débiles a la bahía encolerizada. Aquel, que de este modo fue un puerto propicio, recibió el nombre de Puerto Caballos,¹⁰ y los españoles continuaron hacia Cabo Tres Puntas en donde Gil González fundó una efímera población llamada San Gil de Buenavista.¹¹

El Cabo Tres Puntas era una tierra hosca, no muy salubre ni cargada de oro, pero quienes la habitaban debían de haberle tenido cariño, puesto que informaron a los españoles que hacia el este había un país verdaderamente rico, en un desesperado intento por deshacerse de sus visitantes no invitados. Gil González, al darse cuenta de que la naturaleza lo había obligado a internarse mucho, dejó un puñado de sus hombres en la nueva aldea, navegó en la dirección señalada por los nativos, y, finalmente, desembarcó en algún lugar entre el Cabo Honduras y el Cabo Camarón, en la provincia de Taguzgalpa.¹² No conocía la región, pero estaba más próxima a donde él sabía que habían de estar los lagos de agua dulce.

Se abrió paso hacia el sur a través de selvas densas, casi sin molestia, y por cierto, sin tener el menor interés por los indios desnudos o semivestidos. Los recuerdos de los presentes de oro de Nicarao y los indígenas que habitaban más al sur no se borraban de su mente. De pronto apareció la selva y a sus ojos ofrecióse un amplio valle cubierto de pinos. Sí, éste tenía más la apariencia de la prometedor clase de país que podía llevarlo a la opulencia, o hacia los lagos de agua dulce que había estado buscando. Cuando interrogó a algunos habitantes capturados, supo que estaba en Huilanchó (u Olancho) y un hecho que rápidamente lo puso en alerta; había españoles en la ciudad. En su deseo por dar con un estrecho había olvidado momentáneamente la pugna rabiosa por hacerse de tierras, y la rivalidad que existía entre su antiguo amo, Pedrarias, y el hombre en cuyos dominios estaba entrando, Hernán Cortés. En ese instante estaba contento por haber dejado atrás muy pocos de sus hombres, en San Gil. Los necesitaría en el caso de presentarse la disputa acerca de quién era dueño del territorio invadido.

Los europeos no tardaron mucho tiempo en encontrarse. Gil González averiguó que aunque los hombres pertenecían a la gente de su viejo capitán, Pedrarias, estaban bajo las órdenes de Gabriel de Rojas y que eran poco numerosos. Rojas había sido enviado por Francisco Hernández de Córdova, quien estaba conquistando Nicaragua, para ocupar el área norte de la Bahía de Fonseca. Siendo hombre prudente y de algún saber sintió que no había necesidad de pelear, y le dio la razón. No era solamente que Rojas comprendiera que no podía actuar por su propia cuenta, sino que también conocía a Gil González por su reputación guerrera. Rápidamente se retiró a Nicaragua buscando la protección de las armas de fuego de su comandante.

Pero Hernández de Córdova aun veía promesas en la extensión que había por el oeste, y mandó hacia dicho territorio a Hernando Soto, descubridor después de aquel "Padre de las Aguas", el Río Mississippi.¹³ El objeto de la expedición era fundar un poblado en aquellas tierras para que así hubiera más probabilidades de validez sobre esta última en el reclamo de Pedrarias. Soto descansó cerca de la aldea India de Toreba, dentro del límite de la provincia de Olancho.

Hay gente que tiene la habilidad de hacer amistad aun cuando se trate de enemigos. Gil González había mostrado esta cualidad hacía años cuando entrara por vez primera a Nicaragua. Ahora, en Olancho, volvió a poner en uso tal don. Fundó una colonia pequeña en el valle.¹⁴ Los indios no huyeron ni dejaron sin comer a él o a sus hombres. Por el contrario le ayudaron, dándole noticias de los sitios y el número de los españoles que Gil González estaba seguro serían enviados contra él por Fernández de Córdova después del informe de Rojas. Hernando de Soto llevaba muchos soldados. No eran un simple grupo. Tenían hombres, y su confianza en la naturaleza humana era grande. De Soto no temía a los aborígenes ni tampoco a sus coterráneos, aun cuando sabía que Gil González se hallaba en la vecindad. No se percató de que sus movimientos eran espiados y bien conocido el lugar donde estaba. Hernando de Soto se fue a dormir una noche, sin tomar precauciones ordinarias de centinelas alertas. Antes de que pudiera apreciar lo que estaba sucediendo, fue despertado por el ruido de una batalla y de los gritos de "San Gil, mueran los traidores". Los hombres de Gil González eran los atacantes.

Para ganar un combate se necesita algo más que el número. Cuando las cosas fueron de su agrado. González Dávila hizo una vieja treta. Gritó pidiendo paz en nombre del Emperador. Soto lo creyó, descansó sus armas y enseguida fue hecho prisionero.¹⁵ Aquello era humillante, pero cierto. Antes de que fuera puesto en libertad y devuelto para el lugar de donde había venido, Soto fue obligado a pagar 120,00 pesos oro por su rescate.

En cierto sentido, es difícil comprender por qué González Dávila dejó ir tan rápidamente a tal prisionero, lo mismo que a sus hombres. Pudo haber habido algo en el fondo. Nunca resultaría bien tener al mismo tiempo en contra dos conquistadores importantes; Pedrarias y Cortés. Si Soto volvía desarmado había menos razón para hacerse de un amigo. Más importante todavía era que sus informantes indios habían llegado con noticias perturbadoras acerca de otros españoles de la costa. De pronto pensó Gil González en su villa de San Gil y recordó que las distancias significaban poco cuando se trataba de tierras y de poder. México y Cortés podían no estar muy alejados de Olancho. La conclusión de Gil González de que las distancias nada significaban tenía su fundamento. Aunque Hernán Cortés no había puesto pie en la costa hondureña, lo hizo uno de sus hombres, Cristóbal de Olid. El grado de autoridad de aquellos hombres nunca estuvo muy definido en tiempos de la Conquista. Hasta la palabra del Rey tendía a cambiar según su persona. Al principio Cortés se había sentido señor de todo Centro América. Luego vino Pedrarias a reclamar, quedando fuera de las fronteras de la provincia de Honduras. Hasta allí todo estaba bien. No le gustaba que le robaran más. También había otras cosas que le fastidiaban. Deseaba para sí la gloria de encontrar un estrecho, y Gil González había salido por cuenta propia. Cortés sin vacilar, envió a Pedro de Alvarado, un veterano leal de su campaña mexicana, para que fuera por tierra desde el río Pánuco hasta Guatemala. Dispuso también que otro de sus fieles compañeros de armas, Cristóbal de Olid, saliera hacia las Hibueras (Honduras) por mar, con órdenes de encontrar un paso por agua.¹⁶ Por desgracia, Cortés no prestó atención al hecho de que Cuba, con su enemigo, Velásquez de gobernador, fuera un puerto importante que podía interponerse entre México y el territorio que tenía al sur. Además, no se dio cuenta de que uno de los descontentos de la aventura mexicana, Briones, acompañaba a Olid.

Como muchacho de escuela que creía saber más que su maestro, Olid apenas se sintió jefe de la expedición, propuso tomar los asuntos por su propia cuenta. Llegó a Honduras el 3 de mayo de 1524, poniendo pie en tierra cerca de la población actual de Tela, en un punto que llamó Triunfo de la Cruz en honor de la fecha del desembarco. Allí fundó una villa, no con el nombre de la persona que le había enviado, sino con el suyo y en nombre del Rey. También allí Olid tramó cuidadosamente sus planes.

La intriga flotaba en el aire y Cortés lo sabía. De Cuba habían llegado rumores, a través del Golfo de Campeche, y se difundieron hasta en el aire de Tenochtitlán. Alguien trataba de jugarle sucio, pero Cortés estaba alerta. Llamó a su primo político Francisco de las Casas y participándole su confidencia le mandó al sur para que mantuviera con las armas sus derechos ante Gil González y Olid, desbaratándoles el juego.

Se había ocultado el sol cuando Las Casas zarpó para el Triunfo de la Cruz, en donde estaba Olid listo para atacar San Gil, fundado por González Dávila. Algunos de sus hombres no se encontraban a mano sino que habían salido en misión exploradora.¹⁷ Las Casas no perdió tiempo. Se inició una batalla naval entre las dos facciones. Debe de haber producido asombro y dado mucho qué pensar a los aborígenes azorados que estaban en tierra el ruido atronador de las balas de cañón en el agua salada, el traqueteo de los aparejos al caer doblados sobre la cubierta al impacto certero de las granadas, las voces de mando y los penetrantes gritos de odio y de temor de los heridos. Hubo un momento en que Las Casas se convenció de que la batalla estaba perdida, e izó la bandera blanca de la rendición. Pero quienes hacen industria del engaño o de la intriga a veces se enredan en sus propias redes. Olid rehusó dar crédito a la señal y no suspendió el fuego.¹⁸ Esta negativa a un acto de buena fe, enfureció de tal suerte a los hombres de Las Casas que optaron por pelear con más vigor y furia. Un cañonazo demolió completamente una de las carabelas contrarias, echándola hasta el fondo del mar. Ninguno de los tripulantes murió pero Olid pidió la paz prometiendo lealtad a Cortés, su antiguo jefe.

Sin embargo, el destino del hombre es algo delicado, y no es cosa que se pueda saber. En medio de los últimos acuerdos se desató una tormenta, y aunque Las Casas amarró todas sus naves como una protección y ayuda para manejarlas, quedaron convertidas en astillas. Cuarenta de sus hombres sucumbieron ahogados y el resto escapó con vida, nadando desnudos hacia la playa y en su mayor parte golpeados seriamente.

Olid era sagaz. Trató bien a los soldados, proporcionándoles alimentos y vestidos, con lo que ganó su absoluta confianza.¹⁹ Sencillamente, y con calma, capturaron a Las Casas llegando Olid a una firme decisión. Saldría de Triunfo de la Cruz hacia un lugar más valioso del interior.

Naco era un poblado indio situado en el valle de Chamelecón. Naco tenía mucho que ofrecerle, porque estaba fundado por gente que había cruzado Honduras desde el sur.²⁰ Hablaban un dialecto mexicano más fácilmente comprensible para los españoles que las lenguas de los pueblos de la costa.²¹ Fácilmente podía llegarse a Naco desde los fértiles valles de Quimistán y Sula y, al mismo tiempo, quedaba a una distancia conveniente del suelo montañoso en donde las mismas formas topográficas sugerían la existencia de minas de oro. Olid conocía Naco y estaba ansioso de instalar allí su centro de operaciones. Para conservar Triunfo dejó allí algunos hombres, y salió con su prisionero hacia el interior lleno de promesas. Sin embargo, no se trataba de un simple cambio de

residencia. Involucraba un tipo peculiar de conquista y Cristóbal de Olid estaba más que alerta.

Gil González Dávila había ido desde San Gil a Nito, en Guatemala, pero no estaba contento de dejar Honduras en otras manos. La presencia de sus compatriotas en este territorio lo afectó como un chuzaso en carne propia, por eso no podía permanecer lejos. Cerca del extremo septentrional del valle de Sula estaba la gran población india Choloma. Ya hacía mucho tiempo que Gil González sabía que los establecimientos indios importantes significaban trabajadores y alimentos. Pero hay quienes que no se aprovechan de sus propias experiencias. Muy recientemente Gil González se había visto obligado a buscar refuerzos mientras estaba en Olanchó, más que nadie, debería haber concebido algo mejor que salir con un puñado de hombres. ¿No fue él quien sorprendió a Hernando de Soto sesteando, atrapándolo en la noche como un jaguar a un conejo desprevenido?

Tranquilamente envió Olid al capitán Juan Ruano para que le trajese su presa, y protegido por la oscuridad, furtivamente como el jaguar, Ruano hizo prisioneros a Gil González y a sus hombres. El conquistador de Nicaragua, que había aventajado en astucia hasta al violento Pedrarias, se vio obligado a tragarse la espuma de su cólera revuelta con vergüenza y resentimiento. Se encontró compartiendo una vida circunspecta, escoltado junto con Francisco de Las Casas cautivo de Olid en Naco.

Don Cristóbal era magnánimo. Había vestido y tratado bien a los acompañantes de Las Casas e hizo otro tanto con los hombres de Gil González. A los dos jefes se les permitió la máxima libertad que podía esperarse de un conquistador. Podían pasearse por las calles de Naco y meditar en su desierta cancha de pelota.²² Podían comer en el mismo aposento de su apresador. Pero no podían tener mando, fundar poblaciones, ni buscar nuevas conquistas. La sensación desmoralizadora de ser prisionero preñaba el mismo aire y pendía pesadamente sobre ellos. Nada molestaba más que la inactividad, y en Naco los dos cautivos tenían mucho tiempo para deliberar acerca de los acontecimientos que los habían juntado. Francisco de Las Casas en particular encontró intolerable su posición. Ninguno de sus ruegos por obtener la libertad tuvo éxito. Hasta trató de convencer a Olid de que podía obtenerle el perdón completo de parte de Cortés, su pariente. Sus palabras únicamente resbalaron en oídos de sordo. Entre más pensaba Las Casas, menos podía dominar sus reprimidos sentimientos. Estaba en una situación ingrata, bajo el poder de un rebelde, cuando había tratado de ser leal, y se sentía con derecho a la gloria y a las conquistas que de pronto se habían vuelto tan remotas como un borroso cuento de hadas de la infancia. Aquella era la situación, sin embargo no debía ser así. Era como una horrible pesadilla. Y cuanto más recordaba más lágrimas acudían a sus ojos.

Luego vino la conspiración. Durante la batalla memorable en Triunfo de la Cruz, Briones no había llegado con hombres a prestar ayuda a Olid. En vez de ello, se mantuvo a la espera para averiguar quién iba a predominar.²³ El resultado fue que Olid le retiró su confianza. Estaba en esa condición pero todavía era parte importante del grupo que había en Naco, y no cabía duda de que cultivaba la traición. Cristóbal de Olid confiaba en su propia fuerza y, característicamente, como un perro fuerte que conoce su poderío y no necesita molestarlo amenazando, puso poca o ninguna atención a las maquinaciones de sus prisioneros. Es más, le gustaba su compañía. Las Casas especialmente era una persona sociable y podía ser simpático cuando lo deseaba.

Se presentó una noche la oportunidad de que estuvieran juntos dos de los conspiradores en la misma mesa con Gil González, Las Casas y Olid, y de estacionar otros más como centinelas en el propio comedor. Corrió el vino, y Las Casas se puso más expansivo y amable que nunca. Veterano de muchas campañas, Olid se reía con gana de los chistes ingeniosos que le contaban otra vez. A decir verdad, la comida tenía las trazas de un alboroto ingenuo aunque ciertamente reemplazaba la falta de damas y el régimen más bien aburrido bajo el cual los soldados habían permanecido durante tantos meses.

Cuando terminaron de comer y los sirvientes se hubieron marchado dejando solamente el vino y las candelas sobre la mesa, la conversación siguió otro curso. De pronto alguien asintió con la cabeza, suavemente. Un hombre se puso tras la silla de Olid y de un poderoso tirón echó para atrás su cabeza. Con mano sudorosa y odio reprimido de varias semanas en sus ojos, Francisco de Las Casas empujó su asiento y, agarrando la barba de aquel de quien dependía su libertad, gritó "Tirano; la tierra no te soportará más tiempo". Y hundió un cortaplumas en el cuello de Olid.²⁴ Gil González lo apuñaleó en el pecho con una daga y otros restantes conspiradores quitaron las armas a los guardas que no formaban parte del complot.²⁵

Hubo confusión en el aposentillo mientras en medio del pánico, Cristóbal de Olid se deslizaba en la noche. Seriamente herido, se refugió en un matorral, pero la sangre le seguía manando y quería obstruir el aire en su tráquea. Olid era anciano y había sido buen peleador. Había visto muchos hombres morir a causa de las heridas que recibieran en las batallas. La señal de la muerte que se acercaba era algo que se había grabado muy hondo en sus ojos y en su mente. Y la muerte exigía algo muy importante, confesarse. En un matorral, no había nadie que pudiera atenderlo. Arrastrándose dolorosamente, ora sobre su vientre, ora sobre sus rodillas, el viejo conquistador se dirigió a una humilde choza india. El soberbio hombre, que una vez fuera tan desdeñoso con los nativos a quienes nunca pedía, y sólo ordenaba, suplicó a un indio, mientras le quedaba algo de vida, que fuera a traerle un sacerdote.

Llegó el sacerdote, pero también llegaron sus crueles enemigos.²⁶ Embriagados con su triunfo reciente, Gil González y Francisco de Las Casas habían citado a todos los españoles de Naco para que les jurasen lealtad y les ayudaran a capturar la víctima fugitiva. No había dentro de su locura lugar para la misericordia. Se formó un tribunal grotesco y Olid fue sentenciado a muerte. En las primeras horas de la madrugada, sus ojos medio cerrados por la presión de la agonía y su lengua torpe abatida por la sed, aquel que otrora fuera jefe principal fue arrastrado hasta el centro de la plaza. Y allí en esa plaza de Naco, la cabeza de Olid, ya en estado de coma final, fue separada de su cuello y rodó por el suelo. Aquella era una lección para los indios que miraban. Estos hombres podían hacerle la guerra a los de su propia clase con tan poca misericordia como la que mostraban para los nativos esclavizados. Era algo que había que recordar con el respeto que nace del terror.

Los dos capitanes eran ahora los amos de la situación. Las Casas, como pariente y leal partidario de Cortés, ardía en el deseo de fundar un pueblo en nombre de su jefe. Sentía que esto era más necesario por cuanto Olid y Gil González ya lo habían conseguido con el establecimiento de San Gil y de Triunfo de la Cruz. Había, además, otra causa que espoleaba a Las Casas para tal determinación. Triunfo de la Cruz no estaba bien protegida, ni como puerto ni como población, de las incursiones de los piratas.²⁷

Hay un dicho: tigre no come tigre. Esto podía ser aplicado porque ninguno de los dos se confiaba. Las Casas tenía que fundar su población, pero también debería ver a Hernán Cortés y Gil González que acompañarlo. No había tiempo que perder, puesto que los dos se entendían muy bien. Las Casas nombró una expedición, formada por funcionarios municipales, para que establecieran un puerto en Honduras con el nombre de Trujillo en honor de la ciudad de España en donde había nacido. Luego tomaron el camino que conducía a Guatemala, que hacia el norte iba a dar hasta México. En el camino alcanzaron a Briones, quien se sentía parte del grupo conquistador. Sin embargo, aquel sentimiento era unilateral, pues los capitanes no tolerarían ninguna competencia. Habían probado hasta la saciedad lo que llamaban una voltereta militar "legal". Las Casas, en particular, no quería más competencia en el territorio de Honduras; de manera que los dos conspiradores con toda calma colgaron a Briones y continuaron su marcha.²⁸

Entre tanto, la partida que llevaba órdenes de fundar un puerto, logró llegar por la costa hasta Puerto Caballos, que también era llamado San Andrés. Lo que vieron no les causó mucha alegría. La zona baja y pantanosa era asolada por los mosquitos. Además, no había colinas protectoras y el terreno plano parecía demasiado grande para ser dominado fácilmente. La decisión de no convertir este sitio en Trujillo se fortaleció más tarde con los comentarios de la tripulación de una carabela recientemente llegada de las Islas de la Bahía,²⁹ y que hizo un relato tan entusiasta de las tierras situadas hacia el Cabo Honduras que la expedición acordó ir allá a ejecutar su plan.

El teniente encargado fletó la nave dotándola con unos cuarenta hombres. Zarpó hacia allá, enviando el resto de su compañía por tierra a reconocer la costa para luego encontrarlos en el puerto. Los hombres de carácter siempre han sido pocos en este mundo, y, especialmente, en tiempos de conquista. La carabela llegó al Cabo de Honduras, pero aparentemente no quedaron embelesados ante lo que veían, o pudo haber sido que de repente evocaron los placeres que podían disfrutar en Cuba o la Hispaniola (Santo Domingo). Sin más alharaca, grabaron un mensaje avisando que habían ido por más provisiones y desaparecieron con el viento.

Aquello era un vejamen, algo así como el bofetón de un matón zafio en la cara. En la frontera de la región oriental el grupo cansado y medio hambriento que había seguido por la costa experimentó la postración nerviosa, el desengaño, la absoluta frustración que ha enviado a hombres de menor voluntad al mundo fronterizo de las locuras. Habían tenido luchas continuas con los aborígenes. Dos de los españoles y varios de sus esclavos indígenas quedaron muertos en el camino. Habían sufrido largas marchas bajo los rayos penetrantes del sol tropical; el cruce de desembocaduras fluviales se hizo cada vez más traicionero con sus arenas movedizas, sus tiburones varados por el retiro de la marea, y los caimanes. En ciertos puntos, los mosquitos y el inevitable gegén hacían insoportable la vida, y por todas partes se les presentó el hambre. La escasez de alimento les roía las entrañas. Sus pocos caballos estaban sin herrar y tenían los cascos desgarrados por las cortaduras de piedras implacables; los hombres medio desnudos; cuya ropa en su mayoría confeccionada por los nativos, estaba reducida a andrajos por el viento, el sol y la lluvia. Sí, había sobrada razón para que las lágrimas furiosas empañaran sus ojos cansados. Cuba, la Hispaniola y hasta Jamaica evocaban el lujo y la vida holgada, mientras en una costa desierta y salvaje las glorias de la conquista aparecían veladas, inciertas.

Pero Francisco de Las Casas había escogido hombres de temple. Uno, el que había designado como alcalde, era Medina. Decidió éste cumplir sus órdenes y convenció al cansado grupo para que se establecieran allí. Medina fue elegido para el puesto con el recargo de capitán, y el 18 de mayo de 1525, Trujillo fue fundado en la pequeña cumbre que se eleva al este de la quebrada Cristales, vigilando las aguas de la bahía.³⁰

Atrás, prácticamente rodeando la nueva población, hallábanse los ricos terrenos en donde se cultivaba y se efectuaba el intercambio del maíz, los frijoles, la yuca y una variedad de alimentos. No muy distante se encontraba la provincia interior de Huilanchó (Olancho) en donde había muchos establecimientos de gentes industriosas cuyos gobernantes las tenían sometidas a grandes y florecientes comunidades. Lo que en verdad resultaba más importante, desde el punto de vista del español, era que estas provincias vecinas tenían habitantes que hablaban mexicano y que antes comerciaron con los súbditos de Moctezuma.³¹ Sabiéndolos llevar, el crecimiento de Trujillo sería relativamente fácil.

En un principio, sin embargo, el destino parecía disponer lo contrario. Una mañana las velas de una carabela trajeron la esperanza a los colonos miserables. Por un instante pensaron que habían acusado injustamente al capitán que se apoderó del barco en Puerto Caballos, y ahora volvía con las provisiones prometidas. El alcalde Medina, con unos pocos compañeros, se abalanzó en una canoa a recibirlos; pero no era el grupo que esperaban. La carabela iba al cuidado de un hombre enviado por la Audiencia de la Hispaniola, Pedro Moreno, para que investigara sobre ciertos sucesos en conexión con Gil González y Cristóbal de Olid.³² Su buque iba cargado con abastecimientos, pero rehusó dejarlos.

Moreno era mañoso y avaro. Había estudiado lo suficiente para ganar el título de bachiller,³³ y en una época en que los soldados sólo entendían la palabra de la espada y muy poco la de la pluma, este título les sonaba mucho. El bachiller proyectó una sombra ominosa que retardaba las esperanzas puestas en la prosperidad de la población recientemente formada, avivando la llama humeante del odio indígena hacia el invasor español. Moreno accedía a dejar provisiones solamente si uno de sus hombres, Juan Ruano, a quien había capturado por orden de Gil González para entregarlo a Olid y había huido a Santo Domingo a dar cuenta de todos los acontecimientos, era puesto de encargado y el estandarte de Cortés sustituido por el de la Audiencia. No quedaba más que convenir. Hasta aceptaron otro insulto, el llamar al lugar Ascensión en vez de Trujillo.³⁴

Sólo a los españoles les concernía todo esto, y los asuntos podrían haber sido menos irritantes, si Moreno hubiese levado anclas satisfecho con su conquista cristiana. Pero con el reducido intelecto de quienes han aprendido superficialmente, el bachiller buscó algo más que poder espiritual. Quería algo positivo y concreto. Los colonos no tenían oro, pero había indios en la vecindad, que en forma de esclavos representaban dinero. Ordenó una incursión hacia la aldea cercana, encadenando a los nativos y metiéndolos en su navío para llevárselos a la isla de donde él venía.³⁵

Los colonos españoles se encontraron en una condición peor que antes de la llegada de los bastimentos deseados. No podían tolerar a Ruano ni les gustaba el nuevo nombre de la población. No pasó mucho tiempo antes de que el estandarte de Cortés fuera enarbolado y el puerto volvió a llamarse Trujillo. Por aclamación popular Medina quedó

con su cargo anterior. Pero los nativos no cooperaron. Hubo pocos alimentos y muchos trabajadores. El bachiller Moreno había dejado una semilla amarga. En toda la costa norte los indios dejaron de entenderse con los españoles.

En ese estado se encontraba la situación, cuando el conquistador de México llegó Honduras después de su fantástica marcha por tierra. Llegaba a investigar personalmente lo que sus subordinados Olid y Las Casas habían estado haciendo y al mismo tiempo a reprimir al usurpador de sus derechos, Gil González. Viajando en barco desde Nito en la Bahía de Puerto Caballos o San Andrés, Cortés fundó un poblado al cual puso el nombre de Natividad de Nuestra Señora, en honor de la fecha de su fundación. Sin embargo, los hombres enviados por Las Casas a principios de 1525 tuvieron razón al no haber permanecido en aquel lugar. A pesar de sus aguas abrigadas y de la promesa de oro de los ríos que desembocaban en la bahía, la tierra que rodeaba al puerto no era productiva, pero sí, malsana. Pronto la mayor parte de los colonos se retiró a Naco, el lugar más favorable en donde Cortés había hecho amistad con los aborígenes descontentos y en donde había alimentos y trabajadores además de un clima generoso, menos áspero y húmedo.³⁶

Si por un momento Cortés creyó que podía arribar a Honduras libre de responsabilidades y dedicarse a la conquista y búsqueda del oro y de un estrecho, estaba tristemente equivocado. En Nito compró algunos barcos, uno de los cuales fue enviado a indagar sobre el destino de los pobladores de Trujillo. No tardó mucho tiempo la nave para regresar con representantes de la pequeña población. Refirieron su historia trágica, profesando lealtad a Cortés a quien rogaron les ayudase con provisiones y en la pacificación de las tierras vecinas.³⁷ Así fue que el Capitán General zarpó hacia Trujillo.

La arriesgada hazaña hondureña debe haber sido uno de tantos episodios para el conquistador; no obstante, tuvo sus momentos divertidos e irónicos. En cierto aspecto se sintió satisfecho de su estadía en Trujillo: se dio cuenta del respeto que inspiraba a la población aborigen. Los indios de las Islas de la Bahía llegaron a suplicarle protección contra los esclavistas y a rogarle que estacionara a un español como guardián en cada una de las islas.³⁸ Mensajeros de las provincias circundantes de Papayeca y Chapagua, y hasta de Olancho, llegaron a rendirle obediencia o a conversar con él, lo que resultaba un cambio favorable en comparación con el pasado durante el cual habían huido a la vista de los blancos u ocupado su tiempo en guerrear.³⁹

Pero las venas de las sienes de Cortés deben de haber palpitado con justa cólera, cuando volvió la atención hacia los asuntos de sus propios paisanos que se habían desgarrado en luchas intestinas. Se habían desatado las intrigas de sus enemigos en México, en la Audiencia de las Antillas, y con el propio Rey de España. Había también politiquería en el territorio de Honduras. Francisco Hernández de Córdoba había quedado a cargo de Nicaragua por orden de Pedrarias, quien permanecía en Castilla de Oro. El bachiller Moreno no solamente había conspirado contra Cortés sino que incluía en sus planes la caída de Pedrarias Dávila. Por esta razón se había comunicado con Hernández de Córdoba quien respondió mandando mensajeros a parlamentar.⁴⁰ Cuando arribaron estos a la costa de Honduras y encontraron que Moreno ya no estaba allí, se dirigieron a Cortés ofreciéndole lealtad en nombre de Hernández y usando como pretexto la distancia y las dificultades del viaje entre Nicaragua y el cuartel general de éste.

Pero la semilla de la mala política estaba plantada. Era diplomático y estadista el conquistador y escribió a Hernández de Córdoba aconsejándole permanecer fiel a Pedro Arias Dávila, aunque al mismo tiempo diera órdenes a su gente de Trujillo para que abriese el camino a Nicaragua y enviara un regalo de herramientas, indispensables para la minería, y herraduras a Hernández, que se encontraba en León. Aquella jugada le costó la vida a Hernández de Córdoba.⁴¹ Sí, la codicia y la falta de honradez fueron claras. Era la moda de entonces. No fue solamente lo que le tocó ver en Honduras, sino también lo que se percibía en cada una de las cartas continuas que hablaban de las condiciones de México; ellas lo inquietaban casi mortalmente. El Conquistador había gastado muchas energías en su marcha por tierra. Había trágicos acontecimientos cada vez que tomaba un barco para evitar los viajes por la tierra firme y descansar un poco. Por tres veces, cuando intentara volver a México desde Trujillo, tempestades terríficas y mares rudos batieron su cuerpo magullado. En Trujillo, se iba adelgazando más y más, llegando a enfermarse de tal suerte que se alistó un hábito de franciscano para ponérselo a la hora de su muerte. Mas su espíritu se recuperó. No iba a morir así cuando sus enemigos tenían puestos importantes en su capital, Tenochtitlán.

No moriría, pero tampoco iba a gozar paz. Justamente antes de su partida final, cuando el mal tiempo forzó a los marinos a virar a sotavento, las provincias de Papayeca y Chapagua se rebelaron. Pensaron que sería fácil hacerlo ahora que el gran Conquistador se había marchado y no cayeron en cuenta de que la naturaleza les había jugado una treta desfavorable. El levantamiento significaba preocupaciones para Cortés, pero servía también como excusa para quedarse en tierra. Las experiencias incómodas en el mar habían desarrollado en él espanto por el agua, y el Gobernador de México hasta contempló la idea de volverse por tierra. Con esto en mente, ordenó que se abrieran caminos y se prepararan aldeas para recibirlo, escogiendo la ruta tomada antes por Las Casas y González Dávila.

Abril y mayo generalmente ofrecen buen tiempo en el Caribe. Las aguas de la bahía alrededor de Trujillo reposaban ya perezosamente en la playa arenosa o se encrespaban al impulso de bocanadas suaves de viento. Tal visión prometedora convenció finalmente a Hernán Cortés a intentar de nuevo un viaje por el océano. El 25 de abril de 1526, el Conquistador salió de las costas hondureñas para México, designando capitán general de Honduras a su primo Hernando Saavedra.⁴² Poco tiempo se mantuvo éste en el puesto y fue sucedido por Diego López de Salcedo, el candidato del Emperador.⁴³

Aquel cargo fue de poca duración, pero de sucesos amargos. Aun tenía puesto el ojo Pedrarias sobre Honduras. Era más tentador, pues se encontraba más cerca, por haberse ido a Nicaragua a castigar a Hernández de Córdoba. Vislumbró su oportunidad al partir Cortés. Era muy simple enviar sobre Olancho a Gabriel de Rojas y a Benito Hurtado con una compañía de hombres. He aquí una sección que desde hacía ya tiempo se había convertido en un hueso muy codiciado, porque se transportaba oro hacia el mar aprovechando el flujo de los desaguaderos y su valle fértil por consecuencia tenía pueblos indios, bien provistos. Saavedra envió mensajeros a Nicaragua a quejarse, pero fueron embaucados por las palabras melosas de Pedrarias y regresaron a Honduras contentos de haber obtenido falsas garantías. Una mañana brillante, deseando un puerto marítimo para su amo, penetró Gabriel de Rojas por el norte hasta Natividad de Nuestra Señora en donde fue vencido por los de Saavedra. Aquella derrota fue sólo un comienzo.

Los indios habían esperado, anotando en su memoria. El único español a quienes respetaban se había embarcado perdiéndose más allá del horizonte de las costas hondureñas; comenzaban ahora a trazar sus planes. Nadie sembró plantas alimenticias. Los únicos labradores que lograron los españoles conseguir fueron los esclavos de los indios y unos cuantos de los rebeldes que pudieron capturar. Peor que esto, ciento cincuenta caciques unieron sus fuerzas al sublevarse, y como una centella atacaron Natividad y obligaron a los europeos a huir,⁴⁴ no sin antes llevarse a algunos de los habitantes, particularmente a las mujeres, entre las cuales había una sevillana.

Uno de los principales jefes del ataque fue Cicumba, poderoso en el valle del Ulúa, enorgulleciéndose de su resistencia contra los extranjeros y de su posición en el valle ancho y fértil. Como trofeo de su victoria se apropió de la española, y comenzó un período de desafío a todo lo que podría haber tenido una conexión lejana con los extranjeros.

Anochece en el valle de Olancho. Grandes cantidades de provisiones, maíz y cañas de construcción, usadas para edificar y reparar casas iban siendo transportadas a la aldea sobre las espaldas de los aborígenes, de pronto bien dispuestos, que querían contribuir así a la comodidad de sus "huéspedes" españoles. Era tarde, y los españoles no veían la necesidad de preocuparse por los bultos acarreados en la oscuridad; fueron distribuidos los indios por toda la población o dejados en la plaza para comenzar su trabajo al día siguiente. Los capitanes que a su cargo los tenían, Benito Hurtado y Juan de Grijalva, estaban más que contentos. Constituía un éxito mayor que el de Gabriel de Rojas, de manera que se durmieron a pierna suelta con ese abandono que proviene del cansancio físico combinado con la satisfacción de la tarea bien cumplida.

Era la media noche cuando el grito de la primera víctima taladró el aire. Súbitamente cada atado de caña y de maíz se tornó en arsenal. Los arcos, las flechas y las recias mazas de guerra hechas de madera con sus puntas como agujas, eran asidas por las dominadoras manos bronceadas de los hasta allí esclavos inocentes. Las llamas saltaban de las paredes de las casas a los techos cubiertos de paja y hojas de palma. A la salida del sol, podía verse que nada quedaba de las aldeas del valle. Veinte caballos habían muerto junto con 16 españoles, entre quienes podía contarse a Hurtado y a Grijalva. Los desdichados sobrevivientes huyeron hacia donde estaba un cacique amigo vecino, dejando el aire de Olancho cargado de cenizas humeantes, en tanto que el odio amargo y profundo del español permaneció en el indio como un recuerdo inextinguible. Tal odio era un sentimiento contagioso.

El Gobernador real, Diego López de Salcedo, recientemente designado, que llegó a Trujillo para encargarse del mando en vez de Saavedra, no remedió la situación en lo mínimo. Al contrario, empeoró las cosas. Celoso de sus posiciones, sin dominarse ni poner orden en sus actividades, pero ansioso de quebrantar el poder de Pedrarias en Nicaragua, López de Salcedo fomentó la perversidad del español contra el español e infligió más crueldades a los indios.⁴⁵ Capturando a los enviados que despachara Pedrarias a Trujillo, dejó su propia jurisdicción y emprendió una marcha desenfundada hacia Nicaragua que terminó en su humillación y encarcelamiento hasta 1528 en que fue puesto en libertad.⁴⁶

Lo que siguió no fue la dicha y la contienda fue confusa e inútil; causó estragos al país y a la gente, retardando el progreso de Honduras por más de veinte años, a pesar de

ciertos buenos gobernantes, como el alcalde mayor Juan Vázquez de Coronado quien más tarde logró el título del "Conquistador Civilizado de Costa Rica". López de Salcedo retornó derrotado por un compatriota, pero arrastrando soberbiamente su comitiva de esclavos con la marca del hierro ardiente estampada en la cara de los indios.

En Trujillo no había paz. Un usurpador de la gobernación, Vasco de Herrera, luchaba por continuar en el poder. El descontento cundió por todas partes, hasta que, finalmente, al estilo de los emperadores romanos que desviaban la atención pública organizando juegos en la arena del circo cuando las cosas iban de mal en peor en la casa, López de Salcedo organizó una expedición para fundar un pueblo cerca del valle de Naco en donde se sospechaba había minas de oro.⁴⁷ El gobernador murió cuando los expedicionarios apenas iban de camino, y la lucha inútil y perjudicial por aquel cargo elevado se desató con fuerza renovada entre los cabecillas españoles de Trujillo, apareciendo tres candidatos a la vez.

A nada quedó reducida una expedición a Juticalpa, región famosa por el oro. No había qué comer, y los indios se rebelaban, lo cual equivalía a un descalabro moral de los españoles en toda la provincia. Herrera, que se creía con capacidad para gobernar se dedicó a la orgía cuando la existencia de los colonos estaba en ascuas.⁴⁸

Como representación fue un ejemplo maravilloso de comportamiento para los indios. Aparte de todo esto, estaba triunfante Andrés de Cereceda, el tesorero a quien se debió en gran parte el descubrimiento que el piloto Niño hiciera de la Bahía de Fonseca. Cabe preguntarse: "¿para qué tantas luchas intestinas, campos abandonados por los trabajadores indios, españoles harapientos y hambrientos, si las pugnas eternas en pos del poder era lo que daban?" Los informes llegados a España debieron de ser al fin muy elocuentes para promover una acción drástica de parte del Rey de España, Emperador del Santo Imperio Romano. Infortunadamente, el designado por éste para la gobernación, Diego de Albítez, era de edad avanzada. Un huracán de octubre hizo naufragar su nave en aguas hondureñas, viéndose forzado a nadar hacia la costa, escapando difícilmente con vida. El susto era demasiado para sus años, y Albítez murió en Trujillo nueve días después de su llegada.⁴⁹ El débil y corrompido Cereceda siguió siendo gobernador.

Hubo gobernantes buenos y malos, pero Cereceda era el peor. Hay que agregar a la miseria que soportaban los españoles, que ningún barco había anclado en Trujillo en tres años. Simplemente, los habitantes no tenían los principales productos alimenticios de Europa: vino, harina y aceite. Ni casi tampoco la comida india: chocolate, maíz, yuca, frijoles, y las variadas plantas de la familia del ayote. Vencidos y muertos quedaron los indios en la desesperada intentona del invasor para esclavizados a fin de que les suplieran provisiones.

Poco le quedaba por escoger a Cereceda. La murmuración de sus compatriotas era demasiada. Miró en derredor buscando el medio de desviar la atención de los colonos hacia sus problemas, y planteó expediciones tierra adentro con la esperanza de conseguir provisiones, vasallos, y una buena base para la colonización. Sin embargo, nada era propicio para tal movimiento. Sólo noticias deprimentes llegaban a las costas de Honduras. Había justo motivo de alarma, pero los españoles apenas se daban cuenta de lo que aquello significaba.

En la península de Yucatán, los mayas que previamente dominaron el territorio hacia el este por el valle de Sula, padecían bajo el poder extranjero. La revuelta había comenzado, a pesar de las precauciones tomadas por el conquistador Francisco Montejo para prevenirla. Al azar, el marino español Gonzalo Guerrero (conocido también como Gonzalo Marinero), naufragó en 1511 en las costas de Yucatán, y aunque cogido y esclavizado por los mayas, había alcanzado una posición envidiable y poderosa, en la época en que Montejo y su expedición llegaron a aquellas playas. Casado con una india de alto rango con quien tenía hijos, Guerrero se había vuelto más maya que los mayas. Estaba decidido a mantener alejados a sus compatriotas. Con este fin, enseñó a los guerreros indios la más fina estrategia del arte español de la guerra, que incluía la construcción de trincheras, fortificaciones, hasta la traición más sutil y estudiada. Sin duda alguna, en gran parte se debía al español convertido en maya el hecho de que los hombres de Montejo fracasaran tan miserablemente en su primer intento para conquistar el sureste de Yucatán.

Las nuevas poblaciones españolas temblaban intranquilas sobre sus bases precarias como si un terremoto gigantesco se acercara aceleradamente. Villa Real, una de las poblaciones más recientes, había sido fundada por Alonso Dávila en la bahía de Chetumal. Pero una cosa era fundar una villa y otra hacerla progresar, particularmente cuando los funcionarios del gobierno se portaban brutalmente con los aborígenes, y cuando el descontento de toda una península apoyaba a éstos. La diferencia entre Dávila y el capitán general Montejo consistía en que el primero aprovechaba todo lo posible la gente conquistada, llegando hasta la crueldad de azuzar a los perros contra una viuda indefensa que se resistió a sus deseos.⁵⁰ La situación en Villa Real se hizo tan desesperada que Dávila se encontró en la posición poco envidiable de tener que hacerse por fuerza a la mar.

Las canoas para la navegación en el mar fueron durante mucho tiempo muy importantes en la costa de Yucatán. Los españoles eran rápidos para tomar alguna ventaja. Los imperios nunca fueron fundados por aquellos que se dejan matar. Alonso Dávila era hombre de ingenio. Había mandado a fabricar canoas para su gente. Los mayas todavía hablaban de una tierra hacia el este y todos los conquistadores sabían algo de la región hacia la cual se había ido Cortés. Las canoas salieron de Chetumal. Los ardientes rayos del sol furiosamente tostaban el cutis de los soldados dejándolos como pieles reseca y quebradizas. En algunos sitios, los vientos alisios soplando bruscamente contribuían a la deshidratación tanto de los hombres como de los abastecimientos. Durante el día el aire era caliente y salado, pero sumamente frío en las noches húmedas, cuando los hombres buscaban refugio miserable en los cañaverales, plagados de mosquitos, o en cualquier otro sitio de la selva que los protegiera de las miradas hostiles de los nativos. No quedaba otro camino más que el de seguir hacia el sur y hacia el este, lejos del radio de acción de los mayas hasta llegar a otras tierras dominadas por los españoles.

Y así fue como después de meses difíciles, la agotada tripulación de las canoas llegó a la bella Bahía de Puerto Caballos, y al preguntar por sus compatriotas de Trujillo, éstos lanzaron una súplica desesperada en busca de auxilio. Cereceda mandó bastimentos permitiendo que el grupo llegara a la ciudad, pero no con la intención ni el deseo de respaldarlos en cuanto a que otro conquistador pudiera fundar otra población. Dávila agotó sus recursos todos para llevarlo a cabo, pero sin éxito. Con disgusto, descorazonado, el teniente de Montejo logró arreglar reunirse con su jefe, gracias a un

barco que pasó casualmente. No obstante, algunos de sus hombres se quedaron completando el número de los habitantes deprimidos de Trujillo.⁵¹

Cereceda estaba desesperado. A pesar de semejante situación inesperada, la colonia no prosperaba. La tragedia era que el aumento de la población significaba mayor número de bocas que alimentar. Frenéticamente decidió dar un paso definitivo; mudar la colonia, dejando en Trujillo apenas una pequeña guarnición y unos pocos ancianos incapacitados. El número de indios esclavos que llevaban las cargas fue aumentado con la captura de algunos desdichados partidarios de Cicumba, cacique de la vecindad del río Ulúa, quienes habían luchado oponiéndose a su marcha por el valle de Naco. Cereceda no se preocupó por perseguir todo el grupo. Con calma fue cortando las manos de los que logró atrapar, atándolos a todos por el cuello, e incorporándolos a su tren de sirvientes.⁵² Las poblaciones ricas del valle del Ulúa que habían llegado a tener de una a dos mil casas, estaban abandonadas.⁵³ Naco ofrecía ahora escasa comodidad debido a que los nativos habían huido.

No encontrar alimento era un problema, pero el peor golpe para los españoles era no tener sal. Hacía tres meses que no saboreaban este elemento básico de la dieta, y el marchar por tierras calientes en donde se suda constantemente, hace que este elemento sea aún más indispensable.

Hay un límite para la crueldad y hasta los estoicos aborígenes no pudieron resistir más. El indio abandonaba cada vez más el campo; simplemente no se cultivaba. La gente que había laborado bien bajo la dominación maya y aun los mismos mayas no sembraron ni una semilla, no labraban las faldas de los cerros ni las hondonadas, ni recogieron las cosechas raquíticas que hubieran sido respetadas por el fuego o la invasión de la selva. Se desquitaban los españoles matando indios bajo un pretexto baladí: porque no comían alimento decente, o se alimentaban muy bien. La mujer que espulgaba el cabello de su niño, triturando el insecto entre los dientes, era condenada a morir a palos porque comía piojos.⁵⁴ Otro indio que se las arregló para guardar un poco de maíz para su familia hambrienta, halló la misma suerte a causa de que había "robado" el alimento de los colonos. Aquello era trágico. Los indios huyeron a los montes, a las cavernas y a las empinadas montañas con bosques, a donde el demonio blanco no pudiera llegar.

Solos y desesperados, los españoles enviaron mensajeros a suplicar a los antiguos habitantes de Naco, Sula, Quimistán y otras poblaciones de la provincia que volviesen a sus aldeas, bajo promesas de buena fe y de un tratamiento justo. Sin embargo, se concedía poco respeto a la palabra de honor de los europeos. La lección había sido amargamente aprendida. El intento de plantar maíz fuera de la estación apropiada, se llevó a cabo por algunos nativos cerca de Naco, pero los verdaderos habitantes de la población rehusaron aparecer. El maíz no creció, y los españoles, agujoneados por el hambre, se alejaron hacia el interior más cercano, a los cerros, en donde erigieron la colonia Buena Esperanza.⁵⁵ El mismo nombre expresaba irónicamente la única cosa que les quedaba a aquellos arrogantes conquistadores.

Parecían extraños ciertos acontecimientos históricos y lo eran ciertas disposiciones de los monarcas. Es verdad que el Rey de España a menudo tenía dificultades para tomar decisiones con respecto a América. Era también desconsolador que la opinión real repetidamente se cambiara por un capricho o por falsos informes, con frecuencia provenientes de intereses creados. En un tiempo en que las comunicaciones eran lentas

y dificultosas y cuando no se contaba ni con inalámbrico ni con aeroplanos para enlazar distancias, el temperamento arbitrario y vacilante del que gobernaba producía perjuicios a sus vasallos. En resumen, el hecho era que el español del Nuevo Mundo entendía mejor el sentido de sus problemas importantes que los consejeros de la corte lejana.

Un ejemplo del que se puede echar mano, fue el nombramiento que hiciera el Rey en favor de Francisco Montejo para gobernador de la provincia de Honduras-Higueras. Su Majestad optó por usar este complicado nombre, acaso para evitar un malentendido. Montejo quería Honduras. Estaba convencido de que este territorio era de él puesto que incluía parte de la misma gente que habitaba Yucatán y, políticamente había formado parte del mismo régimen antes de la llegada de los españoles, por lo menos en lo que respecta hacia el este, hasta Ulúa. Se sentía el adelantado con autoridad sobre una vasta zona comercial e importante. Tenía un rival, sin embargo, en Pedro de Alvarado, de la cercana Guatemala, y comprendió la necesidad de dominar la región vecina. Necesitaba una salida más fácil hacia el Mar del Norte. La misma Guatemala, a pesar de los incontables indios que podía emplear como trabajadores no contaba con el oro que prometía Honduras. Eso podría rezar con la capital política, pero la riqueza había de buscarse en cualquier otra parte. Así fue como don Pedro comenzó negociaciones con Montejo. No sólo Yucatán estaba distante de Honduras, sino que, además, había motivos para sospechar que su conquistador estaba en dificultades financieras y que pondría oídos a cualquier argumento bien presentado. Alvarado ofreció trocar con Montejo la gobernación de Chiapas por la de Honduras. Hasta tenía esa proposición aprobada por el Virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza.⁵⁶ Fue entonces, en el entendimiento de que sus asuntos estaban bien arreglados, que decidió intervenir en el dominio de Cereceda; sin encontrar dificultad alguna halló un pretexto.

En Buena Esperanza corrió la voz de la llegada de más españoles al territorio de Honduras. Juan Ruano fue enviado para que averiguara dónde y por qué la aparición de aquellos intrusos. Era un encuentro significativo, pues por primera vez los hombres de Cereceda iban a ponerse en contacto con los de Pedro de Alvarado. Su capitán no era otro que Cristóbal de la Cueva, quien había recibido órdenes de investigar las posibilidades de hallar un puerto septentrional más conveniente para Guatemala que el de Golfo Dulce. De la Cueva tenía puesta la mira hacia Puerto Caballos. Además, deseaba hacer exploraciones por la Bahía de Fonseca y fundar una población entre el Mar del Norte y el del Sur.⁵⁷ Parecía que Cereceda había sido estimulado. A pesar de sus múltiples defectos, el gobernador tenía planes con respecto al progreso de su provincia. Hacía tiempo tenía un proyecto de carretera para unir Puerto Caballos con la gran bahía del Mar del Sur.⁵⁸

Aunque los hombres de Alvarado eran pacíficos, la codicia natural de Cereceda no permitió que reinara la armonía; el estado de cosas prometía continuar de mal en peor en la provincia. No había nada para frenar los celos de los conquistadores. El verdadero peligro había estado en los aborígenes rebeldes, pero el único cacique de importancia en el valle del Ulúa, era Cicumba, quien cedió a las súplicas de su sevillana y pactó una paz provisional con Cristóbal de la Cueva.⁵⁹ El descontento de los españoles continuó. La gente, no obstante, aguantó mucho. Luego vino la ruptura que restableció la fe en la naturaleza humana. Los hombres de Trujillo y los de Buena Esperanza, que constituían la mayor parte de los españoles de Honduras, morían de hambre, sufrían. Los de Buena Esperanza se levantaron en armas. Algunos dicen que colgaron de un árbol a Cereceda y a dos de sus leales. El gobernador declaró que fue maltratado. Sea como fuera, todos los

españoles de la provincia, incluyendo a Cereceda, y al tesorero oficial, García de Celis, rogaron a Pedro de Alvarado que llegase a salvarles y gobernarles.⁶⁰

Ciertamente, ésta fue la excusa que Alvarado andaba buscando. Y algo más que esto. Era casi una necesidad para él, porque don Pedro había oído que un miembro de la Audiencia iba hacia Guatemala a ver qué estaba pasando allí, y no deseaba estar presente mientras se investigaba. La invitación de los colonos de Honduras fue aceptada inmediatamente y Alvarado salió para el valle de Sula.

Numerosas eran las prerrogativas reales, unas más importantes que otras, pero dos serían siempre principales; el derecho de ordenar y de ser obedecido. No correspondía a los subordinados el arreglo de los asuntos a su manera, simplemente por no estar de acuerdo. Montejo tenía Honduras y no iban a ser simples mortales los que cambiaran esta disposición. El Rey contraordenó lo que había aprobado el Virrey en cuanto a la permuta de jurisdicciones. Preparóse Montejo para un viaje a Honduras, y don Pedro, espoleado por los rumores de la visita pendiente, aprovechó todas las oportunidades para reforzar su reclamo ante la gobernación. Sin pérdida de tiempo envió a su teniente, Juan de Chávez hacia el sur con instrucciones para que fundara una ciudad entre los mares del Sur y del Norte. Anduvo por el valle de Ulúa, pasó por la gran ciudad de Tencoa, en el actual departamento de Santa Bárbara, y por las planicies de Gracias. Pedro de Alvarado se daba cuenta, mejor que la mayoría de sus hombres, de la importancia de una acción rápida durante las rivalidades desatadas para ganar el favor de la corona de España. Ya una vez, en 1525, había cruzado la tierra de Espíritu Santo y entrado en Honduras en un intento por encontrarse en Trujillo con su amo, Hernán Cortés. Muchos combates le habían salido al encuentro, y en Zulaco, hoy Yoro, no muy lejos del rico valle de Olancho, se había desencadenado una terrible batalla con los indios en la cual su leal servidor Bernal Díaz del Castillo había perdido su caballo favorito.⁶¹ Fue durante tal expedición que la noticia de la partida de Cortés para México había hecho cambiar los planes de Alvarado, yéndose hacia el sur en vez de seguir para el norte. Había sido un paso repentino, basado en la continua presencia de los hombres de Pedrarias Dávila en Olancho y la provincia de Chorotega Malalaca, por el Pacífico. Fue una decisión que recompensó a Alvarado obteniendo el derecho de colonizar lo que es ahora la República de El Salvador, ganando mayor poder y fama. Más, con la amenaza de Francisco de Montejo la acción debía de ser rápida.

Sí. El primer paso fue importante en varios sentidos, y Alvarado lo dio. Abajo del valle del Ulúa y el gran valle de Sula no sólo era buena la tierra para la agricultura, sino que estaba habitado por numerosos pueblos que en una época hospedaran los tan necesarios trabajadores. La mayoría de estas poblaciones quedaban dentro de la jurisdicción o formando parte de una liga encabezada por el poderoso cacique Cicumba. De repente, los sitios fortificados, tales como lo evidencian los vestigios de la cumbre del Cerro de Palenque,⁶² y los puestos bien protegidos que había en la ancha avenida del río, parecieron actuar como uno solo, como si fueran guiados por un solo jefe, una fuerza admirablemente coordinada. Parecía que Cicumba fuera el responsable de la fuerte resistencia sistematizada que los españoles encontraron en el valle, pero Alvarado tenía justa razón para estar más afligido que de costumbre.

Por lo general, las comunicaciones locales eran fantásticas. No se sabe cómo, pero las noticias circulaban aun entre el monte más tupido. Alonso Dávila había salido de Chetumal, cuando la rebelión maya triunfaba momentáneamente. Sin ningún motivo

aparente, cincuenta canoas salieron de la costa de Yucatán y atravesaron con arrogancia la Bahía de Honduras. Uno de los que iban era uno que había sido ciudadano español antes, Gonzalo Guerrero; tenía las orejas agujereadas, el cuerpo tatuado, y ciertas partes de su cara con cicatrices por las continuas incisiones hechas para verter sangre en sacrificio personal a los dioses mayas.⁶³ Cuando el grupo belicoso llegó a suelo hondureño, Cicumba había ganado tiempo. Organizó sus hombres, y reforzó las fortificaciones. Ciertamente que a su llegada Alvarado encontró que los indios habían construido obras defensivas a la manera europea. A la orilla del Ulúa había trincheras y palenques, hechos al estilo más bien español que indígena.

No tardó mucho el conquistador en darse cuenta de que no había nada de casual en este arreglo. Bien enseñado por la experiencia a ser precavido en las condiciones singulares. Pedro el "Galán" decidió atacar sin demora alguna. Los españoles de repente remontaron en canoas el Ulúa y con valor, casi con obstinación, asaltaron la fortaleza de los indios.⁶⁴ Fue un recurso original que se llevó a cabo con la velocidad de una flecha. Los naturales se vieron obligados a ceder. Cicumba fue capturado junto con muchos de los que le seguían.

De una manera o de otra, siempre se cumple la ley de las probabilidades. Después de un número de batallas fantásticas, y una vida más que pintoresca, murió Gonzalo Guerrero; su cuerpo pintarrajeado para la guerra quedó sobre el valle de Sula. La bala de un arcabuz español había encontrado en él su blanco, y los mayas y sus aliados habían perdido un amigo que necesitaban.

Fue en abril de 1536, cuando el conquistador de Guatemala fundó la población de San Pedro de Sula.

Lo que hizo de Trujillo un gran puerto en el este de Honduras, hizo también de San Pedro una ciudad prometedora. Los valles de Santa Bárbara, Chamelecón y Ulúa quedaron abiertos, dejando de ser relativamente pasillos angostos convirtiéndose en valles amplios, extendidos hasta la misma base del sitio de la población. Ciertamente, la colonia quedaba en la verdadera margen del valle de Sula y a la vez lo suficientemente a un lado como para estar protegida contra las inundaciones del río. Alvarado se quedó en la parte baja, atareado con las necesidades de la nueva comunidad y el sistema de dividir los indios conquistados en grupos a fin de entregarlos junto con sus territorios a cada uno de sus compañeros de expedición. Este era el tan conocido y odioso "repartimiento" y "encomienda" de los españoles.

Juan de Chávez y sus hombres se fueron por tierra, y cuenta la leyenda que cuando vislumbraron una meseta verde y fresca, al pie de uno de los picos más altos del oeste de Honduras, cayeron de rodillas y dieron gracias a Dios por tan hermoso paraje después de la marcha difícil a través de la montaña. Si esto fue cierto, su regocijo duró poco. El oeste de Honduras es una región escarpada, con altas montañas pétreas y cauces fluviales pedregosos e incisivos. No había grandes aldeas indias que pudieran impresionarlos. Vivían los indios en casas dispersas y en sitios bien protegidos que eran fortalezas instaladas en las laderas más empinadas. Había muchos grupos étnicos y gran variedad de lenguajes. Las gentes de otra habla continuamente estaban en guerra entre sí.⁶⁵ Los únicos períodos de paz en toda la región fueron simultáneos con la llegada de los mercaderes ambulantes que hacían mercados al aire libre.⁶⁶

En el nuevo altiplano había montañas increíblemente altas, hombres belicosos y la promesa de tener esclavos fácilmente. Con razón la mayoría de los soldados españoles pensaban tiernamente en Guatemala y en una vida que parecía tener más atractivos por la multitud de esclavos indígenas. Los hombres de Juan de Chávez no fundaron ninguna población; estaban cansados y descontentos y sólo querían volver hacia el oeste, de donde habían venido. Apenas se habían levantado después de arrodillarse para dar gracias a Dios cuando comenzó la lucha del uno contra el otro. La mayoría se volvió hacia donde había venido. Gonzalo de Alvarado, ansioso de llevar a cabo los planes de su hermano Pedro, fundó un establecimiento llamado "Gracias a Dios", en el actual departamento de Lempira, pero en el sitio de Opoa.⁶⁷ Gracias a Dios, aun en su nuevo sitio, era un pueblo infeliz, en un valle angosto y cerrado y careciendo de lo más vital, por no decir de las comodidades ordinarias. Acababa de comenzar a desarrollar sus planes cuando Montejo, haciendo preparativos en México, mandó a Alonso de Cáceres desde Yucatán con una tropa escogida para establecerse en Honduras. Cáceres no se preocupó por el litoral, sino que fue derecho a los lugares montañosos desde la capital de la Capitanía General, Santiago de los Caballeros de Guatemala.

La vida fronteriza exige hombres con fortaleza de acero, aventureros, crueles y de acción efectiva. Lo curioso, sin embargo, es que esta condición provoca cierta lealtad que se manifiesta bajo las circunstancias más adversas. Cáceres llevó abastecimientos muy necesarios, pero su única fuerza consistía en veinte hombres y el poder problemático de una cédula que nombraba gobernador de Honduras a Montejo, su lejano señor. El cabildo de Gracias no aceptó, definiéndose de hecho partidario de Alvarado.⁶⁸ Durante un mes, Cáceres se prestó para intrigas y amenazas abiertas en un intento de obligar a que el gobierno municipal le aceptara. Pareciera casi que Gonzalo de Alvarado, que mandaba en Gracias a Dios, fuera demasiado poderoso, y el pueblo sumamente fiel a su hermano.

Pero el teniente de Montejo era hábil en recursos, y se fue a residir a una aldea vecina de los aborígenes, manteniendo estrecho contacto con un miembro importante del consejo de la ciudad. Cuando sintió que era la hora de proceder, Cáceres y sus veinte hombres clandestinamente salieron del caserío y en la profundidad de la noche tomaron el camino que conducía a Gracias. Entraron con los primeros rayos del sol, y sin ruido apresaron a sus enemigos del cabildo. Su aliado Juárez de Ávila, miembro del consejo, había hecho una labor oculta tan efectiva que los intrusos encontraron poca oposición de parte de los ciudadanos, y Gracias a Dios quedó bajo la autoridad del conquistador de Yucatán.

Alonso Cáceres fue aceptado gobernador y capitán general de Honduras debido a la ausencia de su amo. Envió emisarios al norte, a San Pedro Sula, para obtener la adhesión de la municipalidad. El pueblo, en apariencia, aceptó el cambio, pero íntimamente lo rechazó. A pesar de encontrarse satisfecho con la adhesión nominal, Cáceres preparaba nuevos proyectos.

La lucha de los españoles entre sí, no constituía el clima más apropiado para sostener la paz en tierras conquistadas. Los belicosos habitantes de la cordillera occidental de Honduras fueron sensibles a la discordia entre los invasores. Fueron los primeros en darse cuenta de las ventajas que podrían sacar del desacuerdo entre los españoles, iniciando breves pero hostiles alianzas contra la dominación extranjera. Cáceres era un veterano con experiencia. Llegó a la convicción de que no ayudaría a su amo, ni a

ningún español, dejando seguir los asuntos tal como iban. Así fue que salió de Gracias para atacar algunos grupos serranos de la vieja provincia de los indios cares, y de ahí escaló los senderos montañosos hacia el oriente, tierra adentro.

El jugador astuto gana en el ajedrez o en la política. Un viejo proverbio español dice que el ganadero debe conocer su ganado. La jugada del conquistador de Guatemala al fundar una población en el interior fue tardía, pero no vana. Fue tardía sencillamente porque en 1537 partió de Yucatán con dirección a Honduras. No recibió la noticia de que la Corona había cambiado de opinión y consideraba muy de su agrado el arreglo hecho entre Montejo y Alvarado. Éste conocía esta nueva decisión, pero ignoraba la falta de noticias de Montejo no comprendió la insistencia de este último en el viaje y lo achacó a rivalidad y encono. Fue uno de los trucos irónicos del destino, pues se inició un sentimiento de desconfianza entre los dos cabecillas que bien pudo haberse sostenido a no ser por las dificultades financieras y la intervención sagaz de un obispo y de una mujer ingeniosa.

La capital política de la capitanía general, de que la provincia de Honduras formaba parte, era Santiago de los Caballeros de Guatemala, y Montejo creyó que sería importante detenerse allí durante su viaje. Lo necesario era el respaldo legal, y quien actuaba como capitán general durante la ausencia de Alvarado era Alonso Maldonado, un viejo amigo de la familia de Montejo. Ambos eran de Salamanca, y tenían recuerdos y experiencias comunes. El parentesco, aunque no era de sangre, dio su resultado. Montejo no sólo obtuvo un préstamo de dinero, sino también soldados, provisiones adicionales para la guerra, y abastecimientos que incluían bueyes, ovejas y cerdos para cría, que destinaba a Honduras.

La esposa de Montejo, doña Beatriz, y su hija, Catalina, que viajaron por mar desde Veracruz, desembarcaron en Puerto Caballos, acompañadas por soldados veteranos de las batallas de Yucatán. El grupo siguió tierra adentro hacia Gracias con el fin de encontrar al gobernador, quien había llegado de Guatemala.

Entre tanto Cáceres continuó su tarea de exploración y conquista. Acaso siguiendo instrucciones semejantes a las de su rival Chávez se decidió por un lugar situado a medio camino entre los dos océanos y que descansaba en una alta meseta, el valle de Comayagua. Todavía en 1537, justamente un año después de la fundación de Gracias, los hombres de Montejo establecieron la primera población española en el largo valle de diez millas, y llamaron a la nueva colonia Santa María de Comayagua. La localización era perfecta. Rodeados de altas florestas de pinos y robles, sus fértiles campos estaban abundantemente regados por el río Humuya o Comayagua y sus tributarios. Era fácil llegar a ambas costas. Había gargantas fluviales que se abrían como avenidas hacia el valle, en vez de las cuestas torturadoras a que había sido sometido el grupo de Chávez. Además, la mayor parte de los indios de allí podían servir de intérpretes en Olancho, en la provincia de Taguzgalpa, sobre la cual Cáceres ya había puesto los ojos. Pero antes de que pudiera emprender la conquista de tales regiones quedaba todavía algo por hacer.

Pedro de Alvarado llegó a Honduras desde Guatemala con su tren original de aliados indios. Estos eran los feroces achíes, pueblo cruel, que comía carne humana en ritos ceremoniales. Los achíes constituían una parte muy numerosa de los aborígenes de Guatemala,⁶⁹ y pronto diseminaron el terror y la inquietud a su paso. Montejo había salido de la ciudad de Gracias a Dios en camino hacia el Norte para combatir un

levantamiento de indios y a la vez apaciguar a su propio séquito ante la redistribución de los repartimientos de Alvarado. Por un tiempo pareció que había llevado a cabo su tarea tan bien que no tenía por qué pensar más en el asunto. Con tal eficacia corrían las noticias que los caciques de Yucatán llegaron a Honduras para rendir pleitesía y abogar por la continuación de los viejos derechos de intercambio entre el asiento de la cultura maya y su granero más importante, el valle de aluvión del río Ulúa.⁷⁰

Los comerciantes que venían desde lejos habían traído noticias a Cáceres sobre el descontento español en Gracias. Existiendo establecimientos náhuatl cerca de la recientemente fundada Santa María,⁷¹ no había nada comparable a los mercaderes mexicanos en lo tocante a llevar chismes. Al mismo tiempo llegaron otras nuevas que ayudaron a decidir la partida inmediatamente. Parecía como si se estuviera sosteniendo una lucha continua entre los españoles de Gracias y los guerreros indios a la orden de un cacique llamado Lempira, cuyo nombre significaba "Señor de la Montaña". Nada se adelantaba con derrotar al hombre blanco. Había habido suficientes combates. Además, el señor Montejo ya había llegado y necesitaba su ayuda.

Cáceres abrió la marcha. Era duro ir por la senda que trepaba hacia el oeste, un terreno de montañas como sierras y alturas vertiginosas. Cruzó los bosques escarpados y glaciales que forman gran parte del actual departamento de Intibucá y Lempira. El camino no era fácil. En todo el viaje encontró oposición. Por vez primera las poblaciones de lenguas diferentes se habían unido, y desde la cima de los picos dentados o de los altiplanos pequeños de las montañas más altas, salieron a hendir la carne española las lanzas con punta de obsidiana y filos como cuchillos, las mazas de guerra con cabeza de piedra, y las flechas que se clavaban en lo muy hondo. Peor todavía, pues como si no fuera suficiente, aquellos diablos paganos disponían de una arma perversa, una maza bállica de madera dura con una punta envenenada. El hombre que tenía la desdicha de ser herido con una de éstas nunca sanaba realmente.⁷² En verdad, aquello era descorazonador porque, las más de las veces, una sed terrible era el síntoma de uno de estos golpes, y no era abundante el agua en el oeste, particularmente arriba en las perpendiculares laderas de las montañas. Más de una vez se vieron forzados los españoles a escuchar las quejas de los agonizantes o heridos rogando encarecidamente se les diese un trago de agua ante la imposibilidad de conseguirlo, padeciendo de una herida angosta que no sanaba pero era una invitación a las moscas y otros insectos. Encontraron allí, escasez de provisiones, sitios bien defendidos y continua resistencia. No parecía posible que un indio pudiera controlar territorio tan vasto y heterogéneo.

Pero así era. Lempira era señor de la montaña, y odiaba a los invasores españoles con la misma intensidad con que amaba el pétreo corazón de su tierra. Los hombres indios habían visto demasiado la crueldad extranjera. Respetaban a Lempira y estaban dispuestos a cederle sus viejos feudos y hasta sus privilegios con respecto al comercio. Las sublevaciones se extendían por todas partes. Los españoles abandonaron Santa María de Comayagua, y el pueblito con sus techos de barda fue quemado hasta sus cimientos. Muy al sur, en San Miguel y San Salvador, y al norte en los alrededores de Trujillo, comenzaron las rebeliones, si no promovidas, por lo menos bajo la inspiración de Lempira.

Ante el enemigo común, los hombres de Alvarado y de Montejo unieron sus fuerzas. Pero a pesar de la ayuda adicional enviada desde El Salvador y Guatemala en forma de

materiales de guerra y soldados, no se llegó a un resultado satisfactorio y comenzó a parecer como si la frontera española tuviera que prescindir de la región del oeste lejano.⁷³ Muchos eran, sin embargo, los artificios de los ambiciosos sin escrúpulos. Habían pasado seis meses de lucha. Emisarios enviados por los españoles a suplicar un tratado de paz habían sido muertos rápidamente. Cáceres estaba desesperado. Parecía como si Olancho fuera siendo empujado cada vez más lejos. Las respuestas del caudillo de cuarenta años a cualquier intento de negociación eran arrogantes y definitivas. "Rehúso obedecer a otro señor, o aceptar una ley que no sea la mía, o tener otras costumbres que las que tengo".⁷⁴

El único remedio era llevar a cabo un plan traidor. Se envió un soldado a caballo para que hablase con el cacique. Se fue solo en un caballo blanco y aparentemente desarmado. El animal tenía que impresionar a los indios al verle trepar por la ladera. Había una cosa que recordaron los españoles. Los nativos apenas conocían los caballos. El soldado hizo una llamada a Lempira, quien rápidamente apareció arriba en el trillo, de pie, majestuosamente, con su cabeza coronada por un yelmo de plumas. Tan pronto el español comenzó a hablar de paz, el indio principió a vociferar. "La guerra no cansa a los soldados ni los asusta, y el que puede hacer más es el que gana", gritaba.⁷⁵

El caballo fue acercándose poco a poco. Tras el cacique estaban muchos de su compañía ataviados con insignias bélicas, escudos de caña, pieles de jaguares, pumas y venados, y alegremente vestidos con plumas de águilas y otras aves,⁷⁶ contrastando grandemente con la sombría armadura de algodón acolchonada de su jefe, mientras atisbaban la llegada del jinete. Duró apenas unos pocos minutos la conferencia; mientras que el espacio entre los dos personajes se iba reduciendo cada vez más, sonó un disparo de mosquete. Lempira rodó sobre el acantilado al recibir una bala que le atravesó la frente.

Los indios estaban frenéticos de ira, perdiendo completamente la cabeza. Era malo en demasía que los blancos tuvieran armas de fuego, pero el tiro que mató a su jefe había partido de un hombre a caballo y sin armas. Brujería y maldad soplaban en el viento. No podían saber en su pánico repentino, que otro soldado con un arcabuz, se había escondido tras las ancas del animal. Los nativos cayeron en abatimiento. Ya era tiempo, ciertamente, para rendirse. Muchos lo hubieran hecho de buen grado aun antes de aquel suceso lamentable. Algunos querían sembrar sus campos abandonados. Otros esperaban ansiosamente aquellos períodos de paz y de comercio, mientras el resto estaba agotado y no se acostumbraba a la unión con los indios de otra habla con los cuales habían tenido, en épocas pasadas, guerras frecuentes y diversas. Por lo tanto, no debe sorprender que cuando Cáceres envió embajadores a los jefes restantes, con regalos de gallos, camisas, sandalias, telas de manufactura mexicana y lanzas, así como ofrecimientos del cese de hostilidades, ellos aceptaron sin objeción los presentes y la propuesta: enviaron a su vez gallos,⁷⁸ y un mensaje de rendición al Rey de España, acompañando a los emisarios con el batir de los tambores y el sonido de las trompetas de caracol que anunciaban al mundo abiertamente su júbilo y aquiescencia en favor de la paz recientemente establecida.⁷⁹ Cáceres y Montejo podían dedicarse a la conquista de Comayagua y Olancho.

Para don Francisco, la importancia de esto era evidente. Porque apenas logró pacificar el valle de Comayagua fundando una población para reemplazar la destruida en el levantamiento, aparecieron ricas vetas de plata.⁸⁰ Pero la falta de suministros adecuados, sus deudas personales, y el exceso de lluvias, tanto como las noticias de la llegada

inminente de Alvarado desde Castilla, hicieron al gobernador diferir su plan de conquista y regresar a Gracias. Allí cambió la ubicación de la ciudad, por tercera vez, a fin que su cuartel general tuviese alrededores más fértiles y placenteros aun estando dentro de la vecindad de la prometedor región minera.⁸¹ La presencia del conquistador de Yucatán en esta área occidental era más de lo que Alvarado podía soportar. Casó poco antes con Beatriz de la Cueva, hija de un grande de España, quien estaba no sólo bien relacionada en la Corte, sino además habituada a tomar su sitio en el mundo de los que mandan. La pareja llegó a Puerto Caballos en abril de 1539, procedente de España.

¡Llegar a Puerto Caballos desde la Madre Patria! Las ciénagas llenas de zancudos que literalmente rodeaban el ancladero, la ausencia de edificios permanentes, y como fondo la tupida maraña entre la costa baja y sólo Dios sabe qué, hubieran hecho desfallecer a una dama acostumbrada a la vida en España a menos de que se tratara de una persona dotada de un carácter excepcional. Así aquel lugar intimidaba a los capitanes de las carabelas, quienes, bajo cualquier pretexto rehusaban siempre arribar a dicho puerto, zarpando hacia aquellos de las islas del Caribe donde había accesibles ciudades con mujeres alegres en vez de arena, lodo e indios enfermizos. Esto explica que la provincia de Honduras careciera siempre de provisiones.

En lo sucesivo, los jefes españoles trataron de establecer una población apropiada en las aguas de la bahía segura. Montejo también hizo su esfuerzo, aunque sin éxito. Quizás fue él el primero en planear una carretera indispensable desde el puerto hasta San Pedro Sula.⁸² Pero la guerra menguó sus energías, y cuando Alvarado y su esposa llegaron a lo que iba a ser luego el pueblo próspero de San Juan de Puerto Caballos se presentó ante su vista un panorama desolado. No. No era precisamente este el lugar más aconsejable para que un español de rango quisiera detenerse con su esposa linajuda a pasar la luna de miel. Esto era como azuzar el desprecio latente que Alvarado sentía por su rival, Montejo. Nunca se ha conquistado un país sin medios adecuados de comunicación. Hizo a don Pedro temblar de rabia el darse cuenta que allí se encontraba el puerto del mar del norte necesario para su reino de Guatemala.

Puso a trabajar doscientos de sus hombres para abrir el camino a San Pedro, y la pareja valerosa salió en su primer viaje hacia la ciudad de Gracias a Dios, en donde resolvieron instalar por lo menos un hogar temporal.

Fue en esa época cuando el dominante pero inteligente Obispo de Honduras y Protector de los Indios, Cristóbal de Pedraza, averiguó estos acontecimientos. Pedraza había sido nombrado por la Corona como mediador entre Alvarado y Montejo.⁸³ Como hombre, a menudo era arbitrario, pero siempre exigía respeto, no tolerando críticas ni vana chismografía a quienes le rodeaban. Cuéntase que un pobre sacerdote fue obligado a marchar por las calles de Trujillo, sede del obispado, con el freno de un caballo en su boca porque habló en desdoro de su superior. Sea lo que fuere, Pedraza manejaba su clero con mano de hierro y no obstante usaba su cabeza para dirigirlo. Cuando recibió las nuevas de que don Pedro iba camino de Gracias, acompañado no sólo por su esposa sino también por un buen número de soldados, a disputar con don Francisco el derecho a gobernar, para reclamar lo que consideraba su territorio, el Obispo se apresuró a ver a Montejo.

No fue difícil ganar la confianza de don Francisco. Sus deudas eran casi increíbles. En primer lugar su aventura yucateca casi le arruinó. Los soldados y las armas costaban

dinero, y las minas de oro de la península mexicana nunca han existido. En Honduras perdió todos sus caballos y sus bienes y su casa en un incendio en Gracias; los gastos de las guerras continuas, que incluían además el vino y las medicinas necesarias para los soldados españoles le habían significado un fuerte desembolso a pesar de sus recursos escasos. Además, don Francisco tenía una hija en edad casadera lo que obligaba a una dote. Necesitó un sabio consejo, y lo buscó dentro de la influencia respetable y protectora de la Iglesia. Fácil se le hizo a Pedraza convencer a Montejo de que quizás podría llegar a un convenio con su rival que resultaría en beneficio de todos. El prelado salió en su caballo a prisa, por el camino rocoso, para hablar con Alvarado.

A quince leguas de la ciudad estaban cuando se encontraron; se vio el Obispo obligado a desplegar todo su poder de persuasión. Don Pedro era orgulloso, y además estaba respaldado por la Corona y el dinero de su esposa. Estaba amargado con el sentimiento de la injusticia. Desde su arribo a Honduras, le pareció a don Pedro que Montejo había tratado de insultarle y engañarlo. No hubo expresiones de bienvenida cuando desembarcó con su esposa en Puerto Caballos. Sólo quejas contra su rival llegaron a sus oídos en San Pedro Sula, la población que fundó. Por toda la región de la costa la historia era idéntica, y aun la ciudad de Gracias envió mensajeros leales para informarle del descontento y suplicarle que se hiciera cargo del mando.

Ante tal estado de cosas no le fue difícil a Alvarado encontrar justificación. Montejo había anulado los viejos repartimientos y encomiendas para distribuirlos entre su séquito. Se apoderó y estaba consumiendo los granos y otros abastecimientos que pertenecían a Alvarado y se llevaron a cabo programas increíbles. Dos ejemplos importantes fueron la insistencia de Montejo de tratar y conquistar los indios con suavidad, y su acción conjunta con el obispo Pedraza de usar parte del tributo oficial de las Indias para el establecimiento de una escuela para los hijos del cacique y de la nobleza de la región de Gracias a Dios. Pero el acabose fue que prohibió por completo la fundición de minerales por cuadrillas dirigidas por los colonos de Guatemala y San Salvador en cualquier parte excepto dentro de la provincia de Honduras. Como el quinto real fue cedido a la sección donde refinaban el metal, las autoridades de Guatemala y San Salvador perdieron una suma valiosa que no entró en sus cofres.⁸⁴ Tales territorios los consideraba Alvarado como propios, pero sus preferencias estaban por la capital política, Santiago de Guatemala.

Tomado en su aspecto total, era en verdad una hazaña digna de mérito que Pedraza hubiera tenido la habilidad de convencerlo a no entrar en pelea, sino a que conociera a Montejo y que arreglaran luego sus asuntos amistosamente. El Obispo hizo ver con habilidad que las batallas en ese momento harían retroceder al país por una generación a la vez que desacreditarían a los cristianos ante los recientemente subyugados. La misma doña Beatriz no iba en busca de guerra. Estaba fatigada de montar primero a caballo, y luego, cuando el camino era peor y había peligro al pasar por las dentadas rocas y los trillos perpendiculares, ir metida largas horas en una litera; resulta, que más bien soñaba anticipadamente con la perspectiva halagüeña de un descanso fastuoso en una ciudad no desgarrada por la guerra. Con alivio escuchó a su esposo consentir a los ruegos del Obispo, y una vez más emprendieron la jornada hacia el sur. Dos leguas antes de la entrada en Gracias, Pedraza se adelantó apresuradamente a preparar la ciudad para que les tributase la bienvenida.

Ninguno de los del grupo de Alvarado tenía la menor idea de lo que se estaba fraguando. Sólo cuando oyeron el ruido de los cascos herrados sobre el camino pedregoso comprendieron que el comité de recepción que avanzaba tan velozmente estaba encabezado nada menos que por el propio Montejo. Fue aquel un momento curioso y uno de aquellos en que el hombre no recuerda con frecuencia. Dos grandes conquistadores, encarnizados y viejos enemigos, se abrazaron en el propio territorio que mantenían en disputa, en tanto que los soldados, los ciudadanos prominentes, el Obispo y una dama española permanecían como testigos en un camino remoto de la meseta de la ciudad de Gracias a Dios, en 1539. El Obispo y Montejo llegaron aun a contribuir con su ayuda para conducir la litera de doña Beatriz hasta la alegre población.

Realmente, Gracias estaba de fiesta. No era todos los días, y menos en Gracias, que dos grandes adalides se encontraran. Además de esto, cada uno estaba acompañado de su esposa, una dama española. También eso era un acontecimiento de relieve y la ocasión requería una serie de tertulias, fuegos artificiales y toda suerte de entretenimientos. De la mayor significación fueron las cenas íntimas en las cuales sólo participaron los Montejo, Alvarado y el Obispo.

Tras una semana de contacto constante e íntimo don Francisco llegó una noche hasta la posada en donde se hospedaba Pedraza. El conquistador admitió que se hallaba desesperadamente urgido de dinero y no le era fácil mantener sus posesiones en Honduras. Puntualizó que Alvarado tenía no sólo mayores ingresos y mejores posibilidades de llevar a cabo la colonización sino además que ésta colindaba con la provincia de Alvarado en Guatemala. Montejo suplicó al Obispo el tratar de convencer a Alvarado que sería mejor cambiar la ciudad de Chiapas y la encomienda de Suchimilco (Xochimilco) por la provincia de Honduras-Higueras, proponiendo entregar el gobierno libre de compromisos y enredos y salir cuando Alvarado lo ordenara.

Cuatro días de continua conversación empleó el Obispo para convencer a Alvarado de que por el bien de la paz y el beneficio de todos el plan de Montejo era digno de consideración. Don Pedro accedió, aunque un poco renuente, e insistió en que don Francisco le adjudicara las ganancias obtenidas por medio de los trabajadores indios lo mismo que los tributos pagados por los naturales. No era una suma pequeña, 27,000 ducados. Otra vez el Obispo fue emisario y persuadió a Alvarado de tomar sólo la mitad y esperar un tiempo para el pago final. Dos meses pasaron, en el curso de los cuales la familia Montejo veíase más y más con la de Alvarado.

Pedraza se jugó una partida audaz. Fuese a ver a doña Beatriz a solas y la convenció de que sería un acto de caridad si ella prevaleciera en el ánimo de su esposo para que cancelase la deuda de Montejo. Hizo hincapié el Obispo en la relativa pobreza de esta familia y en la evidente riqueza de Alvarado. Luego le habló a don Pedro en presencia de doña Beatriz. Parecía que la hija de Montejo no podría casarse si su padre tenía que pagar todo lo que debía. No iba a quedar dinero para la dote requerida para su matrimonio, malográndose así el porvenir de la joven.

Alvarado miró a su esposa: era ella quien ciertamente tenía dinero hasta para tirar hacia arriba. Beatriz se hallaba bajo el influjo de los ruegos del Obispo. Recordó don Pedro la calurosa amistad que había nacido con su rival de otrora y moviendo lentamente su cabeza dio su consentimiento. Al día siguiente Alvarado salió de la ciudad de Gracias a

Dios para Santiago de los Caballeros de Guatemala, y una tenue sonrisa comprensiva se dibujó en los labios de doña Beatriz cuando al rozarle ambas mejillas, abrazaba a Catalina, la hija de Montejo. Pocos días después don Francisco y su familia partieron para Chiapas.⁸⁵

Era 1540, Cáceres como auxiliar importante del conquistador de Guatemala, fundó San Jorge de Olancho, la población tan famosa por el oro como por su final trágico.

Alvarado, una vez que ganó su pleito en Honduras, estaba deseoso de nuevos paisajes. Tenía en la mente el Mar del Sur y las famosas islas Molucas. No sufrió por lo visto con salir del territorio ganado con tanto costo y entregar el gobierno del mismo a su sucesor inmediato, Alonso Cáceres. Más aun, permitió el traspaso de la capital provincial de Gracias a Comayagua. Pero, como capitán general y teniente gobernador de todo su reino, nombró a su cuñado el Lic. Francisco de la Cueva. Esto fue confirmado por la municipalidad de Santiago más tarde, a pesar de que la autoridad quedó dividida entre un jefe eclesiástico y otro seglar.⁸⁶

Francisco de la Cueva era más bien un "hombre de España" que de las Indias, y siempre había favorecido los deseos de la capital política y de la sociedad contra las necesidades de la provincia. Los colonos en Honduras aceptaron desde el principio a Alvarado, el Conquistador, quien disfrutaba de un nombramiento real. Se prefirió poner en práctica sus ideas con respecto al trato de los indígenas que aquellas más suaves de Montejo. Muchos ni siquiera se habían molestado en pensar sobre sus puntos de vista que permitían que el metal hondureño se elaborara en Guatemala o que se hiciera regalos de encomiendas a dueños ausentes.

No obstante, el aspecto general cambió. El problema de la conquista estaba perdiendo importancia, y los habitantes de la provincia dirigieron sus miradas hacia el engrandecimiento de su tierra. Algo raro ocurrió en Santiago de los Caballeros. Su cabildo había elegido las autoridades para organizar no sólo la administración local, sino también la de todas las provincias que formaban parte de la Capitanía General.⁸⁷ Todos estos acontecimientos dieron que pensar a los colonos de Honduras. En cualquier otro lugar todo era secundario a lo que pasaba en Guatemala. Era irritante que los asuntos legales y las cosas administrativas exigieran tantos días de viaje tedioso a caballo hasta la capital. Además, siempre había que tomar en cuenta los gastos de hospedaje durante el litigio, lo que entonces resultaba poco menos que impracticable. Pero lo peor era que la única renta tangible, aquella de la fundición del metal, quedaba casi por completo en manos de personas que además de estar ausentes no residían en Honduras.

Tal resultado condujo al caos. La provincia de Honduras comenzó por ofrecer una resistencia pasiva. Terminó por negarse a reconocer la autoridad de De la Cueva, y, por fin, también la de Cáceres, quien regresó rápidamente de su conquista de Olancho a Comayagua en cuanto supo la muerte de Alvarado.⁸⁸ Las municipalidades individualmente tomaron las riendas en sus propias manos, interviniendo los funcionarios del tesoro real, quienes habían sido nombrados por la Corona. Formaron una junta compuesta por los cabildos de Gracias, Comayagua y San Pedro Sula, que eligieron a García de Celis y Juan López de Gamboa como capitanes generales y administradores de la provincia. El primero iba a tener el control de los asuntos civiles y el segundo el de los militares. En teoría fue un gobierno interino, pero en el fondo un

desafío franco a Guatemala. Lo cierto era que con la subsiguiente confirmación de este acontecimiento, y con el respaldo de la municipalidad de Trujillo que insistió en continuar en su actitud autónoma, Gracias a Dios una vez más volvió a ser el asiento del gobierno de Honduras iniciándose así la ruptura con Guatemala.

Los dos pseudo-gobernadores, sin embargo, pronto se enredaron en celos mezquinos. La oposición estéril y terca de Alonso Cáceres no mejoró los asuntos. Los indios aparecieron en escena, como esclavos y como soldados. Otra vez el fantasma de la rebelión indígena asomó en forma amenazadora en las cercanías de cada comunidad española.

Las sutilezas eran muchas. La misma junta responsable de dos administradores se dirigió ahora a la persona que le parecía ser la única que garantizaba los derechos provinciales, Francisco Montejo, ex- gobernador de Honduras y actual jefe de Chiapas. Fue una decisión que tuvo más de un alcance. Los colonos se dieron cuenta por fin de que sus leyes habían sido justas, y al aclamarle llamaron la atención tácitamente a la vieja, aun precolombina, unión de Honduras y Yucatán opuesta al papel dominante desempeñado por la capitanía general de Guatemala.⁸⁹ Montejo había insistido incesantemente para persuadir a Alvarado que era a él, al conquistador de Yucatán, a quien todavía debería seguir perteneciendo Honduras. El Virrey y la Audiencia de Nueva España, aun la propia Corona, no dejaron de escuchar el alegato. Pero en 1541 murió Alvarado, no en los Mares del Sur, sino en México. Su muerte fue seguida luego por la de su esposa, a quien el cabildo de Santiago había traspasado sus poderes. La junta hondureña sabía lo que quería. Y en 1542 envió un mensajero a Montejo para demostrarle su simpatía. Habiéndose manifestado Montejo reticente al principio por no estar seguro de los aspectos legales, un segundo emisario le convenció para que aceptara el gobierno, por lo menos hasta nuevo aviso del Rey.

Otra vez, el conquistador tomó el camino hacia la ciudad de Gracias a Dios. No podía sospecharse ahora lo que podrían haber sido antes las orgullosas poblaciones de Honduras. A pesar de que la guerra entre el indio y el europeo se había detenido, existían pocos trabajadores. La codicia y la falta de previsión tomaron la revancha. Los nativos que sabían trabajar habían muerto en las minas, en labores forzadas y llevando cargas. Todos los elementos para disminuir el progreso se citaron en el país en aquel momento. Como en otros tiempos, hubo hambre y escasez de manos para los cultivos. El nuevo cargo no resultaba fácil a Montejo.

Y, para complicarlo todo, la alta política otra vez jugó papel definitivo. El Virrey y la Audiencia de Nueva España, que desde los tiempos de Cortés consideraron la Capitanía General como cosa propia, nombraron a Alonso de Maldonado gobernador interino de Guatemala. Casi simultáneamente, la Audiencia de Santo Domingo, que era la más antigua en el Nuevo Mundo, usando este privilegio ante Honduras, nombró gobernador de la provincia a Juan Pérez de Cabrera.⁹⁰ Ninguno de estos poderes tomó en cuenta a quién los colonos de Honduras querían tener como jefe. La situación estaba lejos de ser muy halagadora. Juan Pérez de Cabrera cambió su plan de ir a Nueva Granada por el de dirigirse a Honduras. La fama de las minas de oro de la provincia se extendía aun más allá. Cualquiera persona que pudiera llegar a asumir la responsabilidad de tener el respaldo de la Corte Suprema de las Indias Occidentales para gobernar tal territorio, tenía que ser de tal carácter que no hiciera caso a meras órdenes escritas. La Audiencia de Santo Domingo queriendo evitarse riesgos dio instrucciones a Pérez de Cabrera para

no hacer uso de su autoridad en caso de encontrar que alguien había sido nombrado gobernador por la Corona o por otra Audiencia.

El nuevo funcionario elegido, tomando posesión de su mando de una manera arbitraria, persuadió a la municipalidad de San Pedro Sula para que lo aceptara. También fue fácil convencer al cabildo de Trujillo. Además, su autoridad creció cuando su hermano detuvo una revuelta en la rica región de Olancho y Guayape. No obstante, los cabildos de las ciudades del interior permanecieron fieles a Montejo, y una visita hecha a Gracias por el recién llegado con el propósito de afirmar su posición terminó en un fracaso al querer ganar el área de la altiplanicie. Así, aunque Pérez de Cabrera y Montejo quedaron rivales, parecían estar en paz dentro de la provincia de Honduras, dividiéndose entre ellos el interior y la costa.⁹¹

Los asuntos podrían haber seguido así, si el Virrey y la Audiencia de Nueva España no estuvieran celosos de sus poderes. El hecho de que Guatemala y Honduras en un tiempo formaran parte integral del virreinato los llevó a considerar que esto debería continuar así. Los colonos por su parte querían completa independencia, y los despachos o las quejas pusieron en actividad a los correos reales. Y el problema de esta rivalidad tenía que decidirse en España.

Maldonado, el capitán general, nombró gobernador de Honduras a Juan de Chávez, quien había estado colaborando largo tiempo con Alvarado. El nuevo funcionario salió de Santiago de los Caballeros para Gracias, donde trató de convencer a la municipalidad y después a la de Comayagua a fin de ser aceptado. Sin embargo, no fue aceptado. Los cabildos querían a Montejo, y, lo que era aun más importante, estaban determinados a permanecer fuera del dominio de Guatemala. Chávez regresó a Santiago de los Caballeros, con el informe de la visita pendiente de Pérez de Cabrera, y trajo de prisa a Maldonado para que en Gracias interviniera en lo que esperaba iba a resolverse en una querrela armada entre sus dos rivales. Como no sucedió lo que esperaba, el capitán general se vio obligado a regresar a su capital.

Las autoridades de la Nueva España, sin embargo, no soltarían la presa tan fácilmente. Emitieron un decreto que ponía a Maldonado en plena posesión del mando. Montejo, buscando estar dentro de la ley y siempre con la esperanza del apoyo de la Corona, se vio obligado a asentir; pero Pérez de Cabrera retuvo las ciudades de la costa y rehusó reconocer cualquier autoridad fuera de la Audiencia de Santo Domingo o del Rey. Hizo de Trujillo su capital y la división de la provincia continuó.

No es lo mejor, sin embargo, confiar ciegamente en los poderes que hay por el momento. La Audiencia de Santo Domingo asumió el cargo de Honduras por medio de una cédula real de 1534. Sus miembros sólo tenían interés en terminar con aquel estado de confusión. La Audiencia se resintió. El descontento surgió cuando Pérez de Cabrera pasó por alto las órdenes originales, y su consiguiente reasignación de las encomiendas. Además, se dieron cuenta aunque tarde, de que sería mejor respaldar a los colonos y así tenerlos de su lado contra las autoridades de Nueva España. Por eso, la Audiencia de Santo Domingo declaró bruscamente que Montejo era el legítimo gobernador de la provincia de Honduras y dejó a Pérez de Cabrera para residenciarlo. Nueva España estaba de acuerdo y Montejo gozó una breve supremacía en su dominio querido.

El centro crucial de los asuntos hispanoamericanos de donde todo procedía estaba en la Corona. Era prerrogativa de los goces reales tener la menor molestia posible. Por otra parte uno de sus deberes era velar por el bienestar de todos sus súbditos. De ahí nacieron las obligaciones del Rey.

La primera de estas prerrogativas reales, el privilegio de no ser molestado, fue anulada totalmente en el caso del gobierno de la provincia de Honduras. Un virrey, dos audiencias y ciudadanos importantes de la colonia se sintieron con el derecho de ser oídos por el Rey, y aun grandes conquistadores, como Alvarado y Montejo, para no mencionar las controversias primitivas entre Pedrarias y Cortés, continuamente se quejaban de los asuntos provinciales o de los derechos de autoridad. Había oro y plata en grandes cantidades, pero les encolerizaba que el país no produjera. Ciertamente que había rebeliones de nativos, pero hacía tres años había sido decisivo el triunfo de los españoles y, sin embargo, parecía haber ahora menos que nunca indios para trabajar. Lo que excitó la acción fue el lógico estancamiento del progreso de la verdadera fe. Los misioneros no prosperaban, ni en las cercanías de las ciudades españolas ni en las regiones selváticas de los cerros. Estos fueron los acontecimientos que ocasionaron molestias y ofendieron al reino. La única solución sensible parecía estar en una aplicación más fuerte del poder absoluto, el derecho de la monarquía. La decisión final fue suprimir al gobernador de la provincia de Honduras y sustituirlo por una Audiencia. Esta iba a convertirse en el intérprete de la Corona, en verdad su propio ser, con jurisdicción completa sobre toda la América Central incluyendo Panamá, Chiapas, Yucatán y Tabasco.⁹² El año anterior de casi la mitad de esta región fue Montejo; se le iba a citar para ser residenciado en cuanto a su administración, proclamándose en su lugar un nuevo poder bajo el nombre de la "Audiencia de los Confines de Guatemala". El hombre a quien designaron presidente fue Alonso Maldonado.

Había varias razones para tal nombramiento. El Capitán General tenía experiencia en los asuntos de Honduras, una de las provincias importantes, y también había demostrado capacidades como oidor de la Audiencia de Nueva España. Quizás la causa principal, sin embargo, fue la recomendación que recibió del fraile Bartolomé de las Casas, quien acabó de convencer al Rey de la necesidad de las nuevas "Leyes de Indias".

La Corona había escogido Comayagua como sede para la nueva corte. Su nombre español, Nuestra Señora de Valladolid, era por sí mismo sugestivo. En la Madre España, la Corte Real se mantenía en Valladolid. En las Américas, donde el poder de la ley fue aumentado debido a que los asuntos en general no estaban organizados todavía y las distancias eran grandes, la propia existencia de un centro legal acrecentaría la importancia de su sede. Pero a pesar del distintivo nombre, el licenciado Alonso Maldonado prefirió Gracias a Dios. Puede haber habido varias razones para esta elección, pero de acuerdo con todos los relatos, la ciudad tenía un clima saludable y fresco. Carlos V envió cañones de bronce para protegerla. Sus terrenos incluían grandes llanos aluviales, que reunían las condiciones para la cría del ganado, y su clima y suelo prestábanse para el cultivo del trigo. Había bosques de liquidámbar que daba la resina medicinal enviada a España con el nombre de "Bálsamo del Perú", pues era el puerto de Callao casi el único de donde salía el producto centroamericano que no se producía en el Perú. Había también minas de oro y plata.

Maldonado puede haber escogido Gracias por haber sido dicha ciudad de nuevo honrada por la presencia de Francisco Montejo y su familia y pudo haber creído también que la influencia de un tribunal residente podría favorecerlo en cuanto a la buena marcha del gobierno. Era esencial que la importancia de la recientemente planeada "Audiencia" fuera una realidad. Este tribunal se inauguró en 1544 con Maldonado como presidente. El primer acto fue poner punto final a la gobernación de Montejo. El poder de la nueva corte era indiscutible. Precisamente fue para poner en orden las diferentes provincias de la Capitanía General y las regiones subyacentes del norte, que habían sido organizadas. Tenían aun la autoridad para establecer municipalidades, la cual luego puso en práctica en Puerto Caballos. A Montejo no le quedó otra cosa que hacer que dar su aquiescencia. Entregó el cargo, pero permaneció en Gracias durante dos años más.

Acaso fuera por el hecho de que la vida en la ciudad era interesante, gentes nuevas arribaban continuamente y la esculpida entrada de piedra del edificio de la Audiencia, con sus dos soberbios leones africanos sosteniendo un escudo protector, frecuentemente cobijó con su sombra a personajes eminentes que llegaban de diversos lugares. Quizá que Alonso Maldonado se enamoró de Catalina, la hija de Montejo. La cierto es que las "Leyes de Indias" iban a aplicarse por vez primera en el Nuevo Mundo español; era ventajoso para Montejo averiguar cuál iba a ser el resultado, porque las "Leyes" se fueran a tomar en un sentido literal, frustrarían todo plan para cualquier conquista futura que tuviera en mente, a la vez que obstruirían los ingresos del fisco en su gobernación.

"Las Nuevas Leyes" tuvieron una gran importancia, pues quitaban el poder al soldado de fortuna o al conquistador que fuera a hacerse cargo de nuevos territorios o a colonizarlos, otorgando este privilegio únicamente a los sacerdotes de la orden dominicana a cualquiera nombrado por ellos o por la Corona. La cuestión crucial era saber si el Rey cumpliría la que había puesto legalmente en el papel. Esto no sólo alcanzaba la distribución de la tierra. El viejo "repartimiento" o sistema para dividir los despojos del cual dependía la riqueza de los conquistadores, particulares cuando no había minas en una zona dada, terminaba con esto, lo mismo que el pago del tributo del indio sojuzgado. Peor todavía. Virtualmente, significaba la cesación de la esclavitud indígena.

A quien más se debió este código fue a Fray Bartolomé de las Casas; había sido nombrado hacía poco Obispo de Chiapas y actualmente iba camino a Gracias con el propósito de vigilar tan cerca como fuera posible, la aplicación práctica de dicho Código.

"Las Nuevas Leyes" eran causa de discusiones enconadas, odios y hasta incipientes desórdenes raciales en Centra América. Parecía casi increíble que el poder de conquistar hubiera sido arrebatado de los nobles y de los valientes, para pasar a una humilde orden de la Iglesia, pero parecía menos increíble cuando se conocía a Bartolomé de las Casas. Era una persona brillante y dinámica cuyos humanos razonamientos de peso ejercían gran influencia en la Corte de España. Más que a nadie, el Padre las Casas pertenecía al Nuevo Mundo en pro del cual peleaba. Llegó con Diego de Velázquez a Cuba a principios del siglo XVI, y había tenido amplia oportunidad para presenciar la crueldad de la repartición de los indios para trabajos forzados y en beneficio de los conquistadores, como también las atrocidades cometidas en el tráfico de los esclavos indios. Más que esto, era el primer sacerdote que había recibido las órdenes sagradas en América. Las Casas descendía de una familia noble. Estaba seguro de su posición

y no buscaba engrandecimiento personal. Estaba completamente acorde con su carácter que Fray Bartolomé rehusara el rico obispado del Cusco en Perú, para aceptar humildemente el de Chiapas en donde calculaba que tendría mejores oportunidades para hacer vigentes sus leyes humanitarias. Fue para ponerlas en vigor que el Obispo cabalgó por largos caminos hacia la "Audiencia" de Gracias a Dios en 1545.

Las Casas estaba seguro de que tenía entre manos una lucha. Le quedaba el mérito de haber obtenido de Carlos V el decreto conforme al que sólo los dominicos podían entrar en la región inconquistable de Guatemala conocida como la "Tierra de Guerra", la orgullosa provincia de Tezulutlán. Era éste un trayecto grande y tentador que limitaba con el valle del río Usumacinta e incluía el área del Golfo Dulce, territorio sobre el que varios españoles, entre ellos Montejo, habían puesto su mirada codiciosamente. Era la sección que más tarde sería conocida como la "Verapaz" o Verdadera Paz por la manera como la tomaron para la Corona. Fue el desarrollo de esta conquista por la cruz lo que vigilaba Las Casas y por lo cual estaba listo a pelear hasta el final amargo. Había escogido la "Tierra de Guerra" como una región experimental simplemente porque sus habitantes habían resistido con fiereza la agresión española.⁹³ Lloraron sus amigos y se dijeron misas como si fueran de difuntos cuando los dominicos se despidieron de la capital de Guatemala con rumbo hacia aquel desconocido yermo. Los enemigos rieron y no se ocuparon de pensar más en el asunto. Sacerdotes sin armas de fuego y con sólo la cruz no podían ir más allá del sepulcro en medio de aquellos bárbaros. Los de mala fe y los temerosos quedaron frustrados, sin embargo, no hubo matanzas. Con buenas palabras y con trato afectuoso se había ganado la confianza que estaba más allá de lo que podían entender los que blandían la espada. Pero todavía había hombres de todas partes con los ojos puestos en esta senda que podría levantar o deshacer el poder de la Iglesia en oposición a la conquista laica. Hombres con mala reputación intentaban aun entrar en la Verapaz. El Obispo supo cuál podría ser el resultado si se les permitiera entrar; más y más rebeliones y con esto cada vez más esclavos, mientras los dominicos se quedarían sin la oportunidad de demostrar su eficacia. Para evitar que esto ocurriera fue que Las Casas decidió permanecer en la ciudad de Gracias a Dios, y estar así presente cuando funcionara el Tribunal.

No es de extrañar que Maldonado, el presidente de la Audiencia estuviera disgustado contra el Obispo de Chiapas. El abogado estimaba que no había razón para haber dado tales leyes. ¿Por qué Montejo debía entrar en posesión automáticamente de la zona del lago de Izabal en Guatemala? ¿En cierto sentido, no era ésta una ampliación de Yucatán?

Tampoco era Montejo la única persona que saldría perjudicada con estas disposiciones radicales. Había muchos otros hombres con intereses diversos que llegaron a Gracias para oír la interpretación práctica de estas leyes o para combatir la manera de aplicarlas. Hasta la posición de la Iglesia era discutible, habiendo muchos del clero que estaban del lado de los conquistadores y de los grandes propietarios de esclavos.

Así fue que el Obispo esbelto y noble desde el principio se vio forzado a luchar por los derechos de los desterrados y a mantener la orden dominica en actitud de llevar a cabo una conversión y una conquista pacífica sin el empleo del fuego o de la espada.

Su presencia en Gracias causó sentimientos encontrados. Llegó a ser una figura familiar en las salas del Tribunal, mientras discutía con los miembros o escuchaba atentamente

consultas sobre detalles legales. Montejó quería enviar soldados al Golfo Dulce con mira de iniciar su colonización. Maldonado aprobó el plan y comenzó una amarga lucha. Una intriga lleva hacia otra, y don Alonso salió victorioso al obtener el apoyo de los Obispos de Guatemala, Nicaragua y Honduras. Este último, Pedraza, era un viejo amigo de Montejó. Todos se pronunciaron contra "Las Nuevas Leyes".⁹⁴ Mal se ponían las cosas para el Protector de los indios, a pesar de los derechos reales, y Maldonado se iba haciendo cada vez más frío y burocrático. En 1546 Montejó obtuvo el consentimiento tácito y el apoyo de la Audiencia para posponer la aplicación de "Las Nuevas Leyes". Al hacer esto podía atrapar mayores ganancias por medio de los esclavos indios así como también dar un paso más hacia la conquista de la región del Golfo Dulce en Guatemala.

Sin embargo, la Audiencia era una corte, y la orden dominica tenía amigos leales y poderosos. Un día un miembro del Tribunal habló en favor de ellos. Su título era el de Oidor y su nombre Diego de Herrera. Este conocía su poder y la ley. Pidió que en todas las cosas que se refiriesen a la región de la Verapaz y Golfo Dulce no tuviera Maldonado ni voz ni voto,⁹⁵ y fue su palabra tan convincente que la Corte no sólo atendió su ruego, sino que también dio un decreto contra la conquista propuesta por Montejó. Esta era legalmente la última palabra. No podía hacerse más que esto a menos de que fuera ley la voluntad de cada uno. Haya sido con el acuerdo de Maldonado o no, el caso es que Montejó salió de Gracias a Dios a fin de arreglar las cosas a su manera, un empeño que le puso mal con la Corona y que fue la causa de que a Maldonado se le trasladara de Gracias a Santo Domingo.

El nuevo presidente del Tribunal era un mandatario firme e implacable, que creía en la ley siguiéndola al pie de la letra: Alonso López de Cerrato. Gracias a sus esfuerzos las leyes del Obispo Las Casas se cumplieron en la región de la Verapaz, y los colonos de Montejó quedaron al fin y por completo borrados de dicha región.

Tal vez Cerrato encontrara que los viajes de Gracias a Dios a Guatemala, donde parece que tuvo otros quehaceres, eran muy difíciles. O puede ser que convino con una sugestión del licenciado Ramírez, antiguo miembro del Tribunal, de que Guatemala con su crecida población permanente era más apropiada para ser el asiento de la corte que Gracias a Dios con menos nativos y habitantes, gran parte de ellos de paso.⁹⁶ Hasta podría haber sabido que las opiniones de Montejó y Maldonado contra "Las Nuevas Leyes" estaban tan profundamente arraigadas en la mentalidad local que prefería no dejar expuestos a sus compañeros del Tribunal a altercados continuos. Sea cual fuere la razón, en 1548 López de Cerrato cambió la sede de la Audiencia poniéndola en Guatemala, y Gracias a Dios volvió a sus actividades en fincas y minas, tan alejada de los alegatos de los abogados y las intrigas de la alta política.

En el interior remoto Nuestra Señora de Valladolid de Comayagua era todavía una aldea que no contaba siquiera con una buena iglesia de adobe.⁹⁷ Pero era, no obstante, el cuartel principal del gobernador económico, militar y agrícola de la provincia, o, como se le llamaba también, el Intendente de Comayagua. En vista de esto, la población no podía dejar de crecer.

Hacia 1553 los muros blancos de la iglesia de la Merced contaban orgullosos con techo elaborado y pajizo a la par de un convento de adobe. Poco después, la iglesia de la Caridad y otros conventos, y oficinas públicas de calicanto, de mezcla de piedra y barro,

levantaban su silueta contra el firmamento de la aldea. Alrededor de 1557 abriéronse nuevas vetas de plata en el vecindario. Opoteca y los campos circundantes ayudaron a elevar la población a una importancia más que ordinaria. Así fue como el 20 de diciembre de 1557, el año anterior del traslado de la Audiencia a Guatemala, el Rey otorgó a Valladolid de Comayagua el título de ciudad. Ahora había vida activa en ella.

Los mayas habían conocido la tierra fértil del valle. Los españoles vieron amplia prueba de esta riqueza en sus propios productos. Los viñedos de Comayagua, las calabazas, los frijoles y el maíz se daban fácilmente en aquel suelo regado por un río. No era extraño que en 1561, el recién nombrado obispo de Honduras Fr. Jerónimo de Corella, pasara la sede episcopal de Trujillo a Nuestra Señora de Valladolid.⁹⁸ Había en este lugar menos peligro de piratas y el clima y la vida eran más agradables. A pesar de no haber albergado nunca a la Audiencia, no había modo de detener el impulso de la ciudad hacia un progreso constante. Veinte años después, en 1573, el gobernador y alcalde principal de la provincia de Honduras, don Diego de Herrera, aburrido por el calor de San Pedro de Sula a donde había sido trasladado desde la residencia oficial, sólo porque sí, sin aguardar la aprobación de la Corona, pasó la capital a Comayagua,⁹⁹ donde la animación dentro de las casas de bahareque y adobe reflejaba la atareada actividad del gobierno.

La opulencia y la cultura corrían parejas. La Edad de Oro de España se dejaba sentir mucho en la América Española. Los indios del rico valle se habían entregado a sus viejos festivales y danzas. Había costumbres tradicionales asociadas con sitios y períodos sagrados. No importase si un templo cristiano se levantase sobre las ruinas de uno pagano. Los antiguos sacerdotes habían tenido sus razones para ubicar, fundadas acaso en un hecho astronómico o quizás en relación con la fertilidad de un campo. Los indios continuaron llegando de los territorios vecinos. Llegaban en días festivos llevando su música y sus danzas, como la del Venado, la del Jaguar, y combinándolas con las nuevas "porongas" o con los "Moros y cristianos". Los cohetes constituían un elemento importante por su significación. Había que mantener alejado al Diablo y a los malos espíritus. El gusto por estos festivales públicos semirreligiosos llegó a desarrollarse ampliamente en la nueva capital. Cada barrio tenía su manera particular de llevar a cabo la celebración, que dependía de los fondos disponibles de cada uno de ellos. Todas las aldeas del Valle de Comayagua tenían su baile especial y elaborado que aventajaban únicamente los de la ciudad.

Los colonos continuaban labrando los campos. El trigo y las patatas llegaron a ser los productos principales en las faldas de los cerros. En el valle lo fueron la caña de azúcar, el algodón, el índigo, el cacao y las frutas, melones, naranjas y uvas.¹⁰⁰ Desgraciadamente la fama de los viñedos se extendió así como su cultivo. Las uvas eran tan finas, que eventualmente la Madre Patria prohibió que los colonos las cultivaran. El vino servía para amasar fortunas en la Península y no para los bolsillos coloniales.

El Rey envió de regalo retablos españoles y pinturas religiosas, dando permiso para que la plata y el oro hondureños se emplearan para cubrir los altares como también los ornamentos de Iglesia. Las cosas del espíritu habían de compensar los materiales. Había pocas capitales del tamaño de Nuestra Señora de Valladolid de Comayagua con el número de conventos, templos y cosas de arte refinado. Únicamente la superaba Santiago de los Caballeros de Guatemala.

En el siglo XVII su riqueza continuaba en aumento. Ni siquiera el hallazgo de un rico territorio minero en la vecindad de Tegucigalpa, situado al sudeste del valle, afectó seriamente su vida. La ciudad tenía el privilegio de estar cerca de otras minas de oro. En las elevadas montañas que rodeaban el llano y en las poblaciones de Opoteca y Quelepa, se extraía metal. Además, había numerosas comunidades indias, como Ajuterique y Lejamaní, que podían ofrecer tanto trabajadores como comestibles. Los colonizadores habían recibido una lección de las tragedias de Naco y Quimistán, y la población aborigen la había pasado mejor tierra adentro que en la costa.

No cabía duda. Comayagua florecía. Incontable era la gente que atravesaba la entrada de piedra del edificio de la Tesorería Real, aun cuando ésta sólo había sido comenzada.¹⁰¹ Pasaron a depositar la parte que les correspondía por impuestos a la Corona. Las iglesias y conventos recibieron sus diezmos. Era de allí de donde salían las expediciones para la conversión y la conquista de la Teguzgalpa. La iglesia de San Antonio, dedicada más tarde a San Francisco, con su gallarda cruz de piedra en el patio contempló a muchos padres fervorosos arrodillarse en oración antes de lanzarse al camino peligroso. Se principió a construir un edificio de catedral que iba a sustituir a La Merced, la anterior desde el cambio del obispado, y se estaban preparando tejas de brillante color verde dorado, para el techo, las primeras tejas vidriadas hechas en el país. La plata y el oro que cubrían altares y camarines, y las esmeraldas y perlas que adornaban las imágenes de los santos eran el reflejo de la riqueza de las habitantes.

Pera los hombres siempre se inquietan y particularmente cuando hay de por medio ricas minas. La aldea india de Taguzgalpa o Tegucigalpa descollando en medio de pinares, se encontró casi de la noche a la mañana convertida en un suburbio de una población española, tan grande que tenía su propio alcalde y era reconocida como alcaldía mayor. Su auge fue tan rápido que el presidente de la Audiencia de Guatemala al percatarse de esto se vio obligado a dividir Honduras en dos, creando una segunda provincia que fue llamada Tegucigalpa.¹⁰²

El asiento de Tegucigalpa, "montaña de plata" en la lengua india¹⁰³ estaba en un hoyo que parece fue el lecho de un lago. Cierta era que el río Choluteca, que antes formara uno de sus límites, corta a través de murallas montañosas en el norte y continúa en esta dirección hasta que repentinamente vira hacia el sur pasando cerca de la fabulosa mina conocida hoy con el nombre de "El Rosario" para vaciarse en el Océano Pacífico. La verdad es que Tegucigalpa yace en el borde de una cuenca y se adhiere al lado de "El Picacho" como un encantador pesebre de Belén bajo un elevado árbol de Navidad. Sobre su margen oriental, años antes de la conquista, la historia de la lucha indígena por el dominio de esta vecindad fue esculpida por desconocidos artífices en la superficie de la roca estéril de Santa Elena de Izopo Azacualpa y puede verse hoy tomando forma plástica sus dos grandes serpientes, la una frente a frente a la otra, una resplandeciendo con sus plumas, y la otra profusamente cubierta de escamas. Nadie conoce el por qué de esta escultura, pero el estilo de uno de los reptiles sugiere un dios mexicano, mientras que el otro evoca las deidades del este de Centra América.

Las aborígenes no cavaban en busca del oro y la plata, pero los españoles eran todo lo contrario. Surgieron minas por todas partes, ya desde el final del siglo XVII en el hermoso valle de los Ángeles, en los picos más altos de los cerros cubiertos de bosques nublados de Cantarranas, cerca del gran rancho de "El Zamorano". Doquiera levantara una montaña su testa rocosa la horadaba el español haciendo su chimenea y colocando

un horno para separar el metal codiciado. En 1594 el Rey de España envió a cambio del precioso mineral, unas campanas, un cáliz, un tabernáculo y una cruz para la población minera de Santa Lucía que estaba vinculada a Tegucigalpa. En la cruz no solamente las uvas de la Eucaristía estaban trabajadas con arte, sino que fue tan bendecida y venerada que en siglos posteriores, cuando muchos de los habitantes se mudaron a Tegucigalpa, pareció que había aumentado su peso. De todas maneras, no la pudieron transportar, o el elemento conservador de la población rehusó cambiarla de lugar, dando por resultado que la procesión que la llevaba tuvo que devolverla a la iglesia de la villa.

El desarrollo de la ciudad mantuvo el paso con su riqueza. Había casas de techos pajizos de los indios, casas de entejas cumbreiras, edificios públicos de los conquistadores españoles, y sobre todo esto descollaba una gran catedral de madera con su roja cúpula extendiendo su quieta invitación para comulgar con Dios. Jazmines, rosas, enredaderas bellísimas trepaban exuberantemente sobre las tapias de adobe que rodeaban los patios plantados con limoneros, naranjos, ciruelos, guayabas y guanábanas, mezcla perpetua de América con España.

Tegucigalpa era una población que crecía. Era fácil comprender por qué la provincia meridional de Choluteca con su acceso al mar fue convertida en parte de ella antes de que terminara el siglo, y por qué una envidia enconada crecía poco a poco entre Tegucigalpa y la capital Comayagua. Ya entrado el siglo siguiente hubo un florecimiento de verdad. Tegucigalpa podía vanagloriarse de sus cinco iglesias, además de una catedral y una ermita; San Francisco, La Merced, El Calvario, San Sebastián y Nuestra Señora de los Dolores. Eran arrogantes, lindas iglesias resplandecientes con el oro y la plata que cubrían sus retablos y por la graciosa línea de las columnas esculpidas que soportaban los variados camarines. Había una tranquilidad que incitaba al reposo y al estudio, turbada por la excitación que viene de la llegada periódica de la gente rica y prominente y el siempre importante metal de las minas.

Había vida, interés y cierto estímulo intelectual. La ciudad tenía un ambiente propicio para el valeroso, el filósofo y el productor. Fue el lugar de nacimiento en 1662, de Juan de Ugarte, el primer hombre que plantara una viña en California. Allí se crió él y más tarde se fue para México en donde se hizo sacerdote jesuita. El ferviente y apasionado padre Juan Cerón fue también un producto de ese medio. El padre Juan vivía lo que predicaba, una filosofía del amor fraternal severa contra el hombre que se consumía odiando a sus enemigos. Era tan fiel a sus palabras que públicamente abrazaba en la iglesia a aquellos que le profesaban enemistad.¹⁰⁴ Cuando murió en México sus parroquianos se dividieron su rosario, cuenta por cuenta, y las guardaron como se hace con reliquias santas.

El movimiento comercial aumentó rápidamente en el territorio. La resina del liquidámbar, la miel y la cera de las abejas nativas, que no pican, y el alquitrán manufacturado que era de importancia vital para el calafateo de buques se recogían o se producían en la vecindad. La población servía como punto de partida para el comerciante o aventurero que buscara el estímulo adicional que ofrecían otras regiones tales como la vasta provincia de Taguzgalpa o la distante Nicaragua. Uno de los últimos parajes seguros para pasar la noche antes de tomar el camino abierto era la gran plantación o estancia de El Zamorano en el valle de Yeguaré.¹⁰⁵ De allí provenía toda suerte de productos agrícolas, tales como azúcar con que traficaban en las calles de la alcaldía mayor en un ambiente de vida y movimiento. Con el mismo ritmo acelerado de

Tegucigalpa se desarrollaban las aldeas que de ella dependían. No fueron solamente las poblaciones mineras como San José de los Cedros y San Antonio de Oriente las que con lentitud ascendieron a la opulencia. Hacia el fin del siglo, las aldeas indias, por ejemplo Ojojona en el sur, comenzaban a mostrar el ritmo de progreso de Tegucigalpa. Las casas de ésta estaban adornadas con majestuosos capiteles de madera, una contribución colonial al arte americano, pese al hecho de que la mayoría de sus habitantes continuaban siendo indígenas. Allí la tradición nativa de "guancasco" o pacto acordado entre dos grupos, en este caso los indios de los suburbios con los de la población, era solemnemente celebrada cada 20 de enero, con caballos de palo que copiaban la manera como los conquistadores españoles lo hacían sobre dichos animales vivos. Ilustres personajes de la Iglesia, tales como los Frailes Antonio Margil y Melchor López, hombres aptos para diseminar la cultura, hicieron viajes por la provincia de Honduras, escribiendo informes que constituyen crónicas de la época.

No obstante, en general, el XVII fue un siglo desdichado. Era la época de los piratas franceses, holandeses e ingleses; bucaneros ingleses, entraron al interior, saquearon San Pedro Sula, y en combinación con los grupos de mosquitos, llevaron sus depredaciones muy arriba del río Ulúa. Las rapiñas rindieron. A más del metal que podían atrapar, al ser éste conducido desde las sendas del interior para ser embarcado a España, había más de veinte leguas (sesenta millas) de prósperas haciendas a lo largo del rico valle. Allí podían tener los invasores la certeza de renovar sus insuficientes provisiones con los artículos de primera necesidad como el maíz y el maní, y dulcificar su dieta con una incontable variedad de vegetales y frutas tanto de origen europeo como indígena.¹⁰⁶

No solamente el norte sufrió. Las islas de la Bahía de Fonseca en el sur fueron también atacadas. Joyas de la iglesia, propiedades privadas, el ganado, las gallinas, los vestidos y hasta las mujeres fueron robados y éstas vejadas. Los indios que habitaban la isla de Mianguera quedaron desamparados. Apelaron a Tegucigalpa solicitando permiso para establecerse en tierra firme a fin de que se les relevase del gravamen de sus tributos hasta tanto pudieran plantar y levantar sus cosechas. Las autoridades estaban desesperadas. Del lado del Pacífico no quedaba más que una cosa por hacer. El agua potable siempre había escaseado. Era necesario arruinar los pozos de la isla. Después de esto destruir las casas y hacer desaparecer toda clase de comodidades y de cosas esenciales para que no quedara nada que pudiese tentar a los merodeadores, pero el problema era el lugar en donde se instalaría la gente desplazada.

En la provincia de Choluteca, que ahora formaba parte de Tegucigalpa, se encontraba el asiento del que otra vez fuera un gran poblado indio llamado Nacaome. Estaba situado en las riberas de un río que no era navegable pero que en las inundaciones anuales arrastraba limo fresco y fértil hacia el angosto valle que lo rodeaba. A más de este favorable aspecto agrícola, pasaba a la par el camino real que llegaba desde Cuscatlán y San Miguel, en lo que ahora es El Salvador, siguiendo hacia Nicaragua y Costa Rica. Ese era el sitio ideal. No había siquiera el inconveniente de habitantes locales que pudieran chocar con los que llegaran. Años antes del arribo de los españoles, los Chorotega Mangue se habían establecida aquí en la franja del territorio lenca y ulva.¹⁰⁷ La historia no ha podido precisar si las guerras o las enfermedades diezmaron la población; sin embargo, cuando el gobernador de Tegucigalpa buscó una región en donde instalar a los indios de Mianguera, se encontró con que sólo cinco personas vivían allí, tres de las cuales eran de una lengua y dos de otra.¹⁰⁸ Aquella era una oportunidad dorada. Podía quedar abierto un nuevo poblado en el trayecto de una ruta

importante. Estaba lejos de la costa asolada por los corsarios, y no había pleito sobre terrenos o propiedades. Nacaome comenzó de nuevo a surgir y el sur ganó otro centro de vida. Sí; era sensato apartarse del mar. Abundante era el alimento que podía producirse en las tierras altas en donde hasta el clima era más agradable. Constantemente el gobernador de Comayagua escribía al Rey. Si la provincia de Honduras había de continuar próspera, se necesitaba fortificaciones en la costa. No importaba que la Corona hubiera cerrado el Tribunal de Gracias trasladándolo a Guatemala a causa de las incesantes pugnas sobre leyes y poderes. Estos eran asuntos de familia, español contra español, cristiano contra cristiano. Pero los piratas británicos, los que mayor número de saqueos habían llevado a cabo, eran extranjeros, aunque tan buenos como cualquier gentil lo era. Era urgente la protección para la provincia de Comayagua así como para toda la Capitanía General de Guatemala. Sin embargo, ésta no llegó rápidamente. Un proverbio español dice que los "asuntos de palacio van despacio". Y a pesar de las peticiones desesperadas ante el Rey, en realidad los poblados y puertos hondureños encontraron poca ayuda.

El siglo XVIII fue una mezcla curiosa: nuevas minas, catedrales, un santo patrón, incursiones piratas en el interior y una fortaleza maciza en la costa. Al comienzo del siglo, la famosa mina de San Andrés de Zaragoza en la vecindad de Gracias fue privada de su alcaldía mayor o gobierno independiente y puesta bajo la jurisdicción de Comayagua. Había habido invasiones ocasionales de bucaneros franceses en el sur al final del siglo, pero ahora los británicos atacaban otra vez con intensidad. Instigaron a los mestizos, zambos, los mosquitos y los indios jicaques, y los arrojaron hacia el interior para que atacaran poblaciones muy metidas dentro del país. La próspera Danlí y la región adyacente hacia el norte¹⁰⁹ fueron asaltadas por indios armados de arcos y flechas y por negros y mestizos con pistolas y fusiles.

Las incursiones de piratas y de indios continuaron. Las minas estaban esparcidas por todo el territorio, pero siempre eran un incentivo, una tentación. En 1744 quedaron descubiertas, a lo largo de las laderas escarpadas de Yuscarán, los reales de minas de San José o de Quemazones y Guayabillas, como se las conoció al principio. Pertenecían a Tegucigalpa, pero estaban bastante cercanas a las regiones de Segovia y Olancho de donde habían llegado incursiones piráticas. Era necesario que algo detuviera a los corsarios. Había una buena idea; la de alzar un fuerte en el Caribe. La bahía de Omoa situada entre el Río Dulce, Trujillo y las Islas de la Bahía, eran el punto ideal. Tenía una ensenada bien protegida teniendo cerca terrenos que podían producir el alimento necesario para una gran guarnición permanente. Y tenía que ser permanente, pese a que las reales órdenes pregonaran lo contrario. El gobernador de Comayagua solicitó el envío de hombres con sus esposas para que se trasladasen a vivir dentro de los confines del fuerte para la construcción del cual la Corona finalmente dio el dinero indispensable. Siendo la raza humana lo que es, pensó el prudente gobernador que la presencia de las esposas eliminaría el peligro de que la guarnición huyera si llegasen a presentarse graves dificultades. Los hombres en su mayor parte permanecieron con sus mujeres. También era importante recordar que allí empezaba el camino que conducía a San Pedro Sula, Quimistán y el lejano interior de donde el mineral en barras había iniciado su marcha hacia la costa. Había aun otra ventaja para la localización escogida. No estaba muy distante Guatemala del camino que por el lago de Izabal llevaba al centro del reino, y a la vez quedaba cerca del floreciente campamento maderero británico de Wallis o Belice, madriguera de algunos de los bucaneros más formidables. Estas fueron entonces

las razones porque se impartió finalmente la orden para que se construyera el Castillo de Omoa.

Fue solamente unos pocos años después, en 1746, que nació en Tegucigalpa José Lino Fábrega, el estudioso jesuita que asistió al Seminario de Tepetzotlán, México. Cuando la orden fue expulsada del país, llegó a Italia donde hizo amistad con el Cardenal Borgia y por su medio logró acceso al famoso Códice que lleva el apellido de dicho prelado.

Hijo de una tierra que era testigo del choque de dos culturas opuestas: la indígena y la española, el padre interpretó el Códice Borgia con tanta exégesis que se tiene hasta hoy como una de las más destacadas contribuciones a los estudios americanos.

En este mismo año, la iglesia principal de Tegucigalpa, que era de madera se incendió hasta los cimientos. No bastaba que los sacerdotes se dedicaran a la mera conversión de los salvajes no cristianos. Había que recordarles continuamente a los propios cristianos españoles sus privilegios sagrados y sus deberes. Se podía criticar restándoles importancia a los bucaneros herejes, pero genuinamente había que recordar que la gloria pertenecía a Dios. ¿Qué mejor modo había para declarar esto que construir una casa bien alta en donde venerarlo? Los cristianos medievales de Europa habían comprendido el poder de algo que evocara permanentemente la grandeza de sus instituciones religiosas. Comayagua, la capital hondureña, tenía muchas iglesias y una catedral, pero Tegucigalpa iba cada día creciendo en importancia. En lo que se refería a la riqueza y las actividades comerciales acaso la nueva ciudad la aventajaba. Su popular cura párroco, José Simón de Zelaya, aprovechó rápidamente la oportunidad. Habían apenas cesado de humear las cenizas de la vieja iglesia cuando los principales ciudadanos comenzaron a oír llamar a las puertas de sus casas.

El padre Zelaya estaba decidido y era hábil para trazar sus planes. El tiempo que pudiera tomar era menos importante que el producto concluido. Diez años de ardua labor duró la acumulación del material necesario para iniciar la nueva construcción. Ladrillos quemados, hermosos y firmes, de los hornos de Tegucigalpa, brillantes tejas verde oro para el techo, arena especial, cal, leche de vaca y yemas de huevo para el estuco, oro de las minas cercanas para revestir el púlpito y los retablos, y planos y más planos hechos por diestros arquitectos de la Antigua Guatemala y Comayagua.

Lenta pero graciosamente y con la unidad de estilo que proviene del estudio y el esmero de artistas y artesanos, la iglesia comenzó a levantarse sobre la llana tierra. No había duda, sin embargo, de que la provincia de Honduras estaba creciendo, a pesar de sus dificultades. Las correrías de los piratas y los ataques del inglés formaban parte de sus penas crecientes. El temor y el pesar son a veces los precursores de acontecimientos importantes, que a menudo surgen de la manera más inesperada, pero fortalecen lenta y poderosamente el vínculo entre los hombres en sus esfuerzos por construir aun en medio de la adversidad.

Era 1747. Anidada en una barranca en las cercanías de Tegucigalpa, había una aldeíta habitada principalmente por trabajadores indios y mulatos de las haciendas vecinas poco productivas, pero ricas en minas. La noche sorprendió a un hombre y un muchacho que volvían desde los campos hacia el caserío humilde. Estaban cansados y no traían con qué alumbrarse. La senda que seguían era pedregosa y empinada con ciertos pasos resbaladizos y traicioneros, que en la oscuridad se volvían difíciles para los hombres,

pero peligrosos para un niño de ocho años de edad. No quedaba más por hacer que dormir bajo los pinos. El muchacho, Lorenzo Martínez, se tiró al suelo y segundos después dormitaba apaciblemente. Su compañero, Alejandro Colindres, tardó más en acostarse, buscando, como lo hacen los adultos, un lugar tan cómodo como fuera posible en el terreno disperejo. Cuando finalmente se extendió al lado de Lorenzo, sintió que algo duro y rígido le tocaba el pecho. Estaba cansado y medio dormido. Dándose vuelta, agarró lo que pensaba que le estaba molestando y lo lanzó lejos. Al acostarse de nuevo, le espantó sentir la misma presión de algo duro. Esta vez, medio muerto de fatiga, Alejandro puso el objeto perturbador en la servilleta en que había envuelto sus tortillas para guardadas en la mochila el día anterior, y pronto, bajo los altos pinos fragantes, experimentaba el sueño del que está verdaderamente fatigado. Por la mañana, se olvidó de los sucesos de la noche anterior, y recogiendo lo poco que llevaba consigo, continuó su marcha hacia la casa, en compañía de Lorenzo.

La vivienda de adobe de la familia Colindres en Suyapa no era lujosa. Un tanto agotado por sus labores y la escasa alimentación Alejandro buscaba una jícara de chocolate o atole caliente de maíz. Su madre, doña Isabel, que atendía el hogar, estaba ansiosa por saber lo que le había acontecido el día anterior. Cuando estaba refiriendo pausadamente cómo trabajó en el campo hasta muy tarde, y la oscuridad le sorprendió en el camino, se le vino de repente a la memoria el curioso objeto que lo perturbara cuando iba a dormir. La madre puso poca atención a Alejandro al desdoblar éste la servilleta. Su murmullo de asombro, sin embargo, hizo que volviera a ver: un espectáculo casi increíble se presentó ante sus ojos, pues en su humilde casa había una imagen diminuta de la Virgen de la Inmaculada Concepción.

Doña Isabel era devota. Se santiguó con reverencia mientras su hijo la imitaba. Examinó la figura cuidadosamente y decidió dejarla sobre la mesa grande como el más visible y apropiado lugar para una reliquia tan sagrada. Alejandro le aseguró una y otra vez como fue la aparición de la imagen, quedando convencida de que se trataba de un don divino.¹¹⁰

Poco antes de que la voz se regara en toda la aldea, doña Isabel, temerosa de las visitas frecuentes a su casa modesta, trasladó la imagen a un pequeño camarín que estaba fijado a la pared del aposento. Allí permaneció y fue venerada por los habitantes de la localidad durante muchos años, pese al hecho de que la fama milagrosa de la imagen crecía, crecía. En verdad las cosas habían cambiado.

Tegucigalpa se transformó en ciudad.¹¹¹ El dinámico padre José Simón de Zelaya con la tarea que él mismo se impusiera para construir la iglesia había contribuido inconscientemente al embellecimiento de aquella. Pero su esfuerzo, las fatigas y las muchas horas gastadas en pedir, planear y colocar, terminaron con un tañido fúnebre, que anunció su muerte acaecida en noviembre de 1775. El trabajo duró siete años más bajo la superintendencia del presbítero Juan Antonio Márquez, quien terminó el edificio.

Sus columnas almohadilladas y las pilastras, tan típicas en la Centro América colonial y en cierto sentido reminiscentes de la decoración barroca del primer mobiliario norteamericano, habían brotado de las manos diestras de los trabajadores para adornar la fachada y las puertas laterales. Había ángeles y sirenas, santos y volutas esculpidas en madera o en los ladrillos revestidos de yeso. El adorno estaba a menudo delicadamente

cubierto con finas hojas de oro para despertar todavía más la imaginación hacia las glorias del Paraíso. Ni qué dudarle, la iglesia de San Miguel se elevaba apuntando a la bóveda celeste con inequívocos signos de belleza. No causó gran estupor que el populacho comenzara a pensar en ella no como una iglesia sino como una catedral. Se escogió la fiesta de San Miguel para dedicar el templo al patrono, y en 1782, el Obispo de Comayagua cabalgó hasta Tegucigalpa para consagrar la nueva "catedral" que había sido construida con un costo de 117,200 pesos de oro, más el sudor y la destreza de los mejores artífices de la capitanía real de Guatemala.

Aun la pequeña aldea de Suyapa se transformaba. Rápidamente iba tornándose en el centro de un culto devoto y en 1780 podía alardear de contar con una ermita dedicada a la imagen encontrada por Alejandro Colindres en 1747.¹¹² Ella había de llegar a ser la protectora de Honduras y una de las tres imágenes sobresalientes más milagrosas en la América Central, pues iba adquiriendo cada vez mayor veneración.¹¹³

Mientras la provincia de Tegucigalpa estaba desarrollándose, el franciscano José Fernández se hizo cargo de la conversión de un grupo indio que habitaba el reduto montañoso de Yoro y de jicaques o xicaques, el mismo término que era aplicado a los grupos sin cristianizar de la mosquitia hondureña y de Olancho. Era un nombre usado por los mexicanos que llegaron con los españoles en el comienzo de la conquista, y significaba nada menos, que "los primeros habitantes" en la lengua náhua.¹¹⁴ Se fundaron dos poblaciones: San José de Guayma y Nuestra Señora de la Candelaria.²¹¹ Desgraciadamente duraron poco. Y a pesar del progreso general del país, de las minas, la poesía épica, las pinturas y los sitios de adoración, quedaban todavía indios con el cabello largo cubriéndose el cuerpo con telas hechas de cortezas de árboles, masticando tabaco y cal, y adueñándose del terreno selvático más allá de las fuentes del río Aguán y el vallecito de Lean y Mulia. Se extendieron hasta dentro del valle de Sula y aguas arriba del río Ulúa, cerca de Santa Bárbara. Eran gente no cristianizada, a pesar de que estaba situada muy cerca de la iglesia de San Pedro Sula.

Las cosas no se mejoraron cuando los padres de la Propaganda de la Fe, en su celo por convertir, y acaso al mismo tiempo para ofrecer un baluarte contra posibles invasiones inglesas, se apartaron del ya conocido sendero de Fray Bartolomé de las Casas para cometer un error grave. Intentaron forzar a los indios a que vivieran en poblaciones, a la manera española, es decir contraria a la costumbre de vivir en casas dispersas. Ya de por sí era equivocación que los sacerdotes trataran de cambiar aquellos hábitos de vida, pero peor aun usar mulatos como medio para contrariar su voluntad. Los intentos de conversión y las poblaciones recién formadas estaban condenados al fracaso. Con excepción de Luquigüe, cuya iglesia-fortaleza, guarnecida de contrafuertes, es un silencioso testimonio de la energía que consumió su construcción, todas las demás tuvieron una existencia relativamente corta y en el curso del tiempo quedaron relegadas a la condición de simples nombres guardados en la soledad de los bosques de pinos.

En 1775 se vio terminado un importante edificio, el del puerto en el Caribe, tanto tiempo solicitado. San Fernando de Omoa era una fortaleza indispensable. Cabalgando de frente podían los jinetes desplazarse a lo largo del parapeto en su eterna vigilancia del mar. Calabozos subterráneos y pasadizos conducían hacia secretas y oscuras celdas de tortura en donde los comerciantes herejes que habían sido capturados en barcos no españoles podían ser obligados a confesar el paradero de sus compatriotas o el de algún tesoro buscado por mucho tiempo. Las celdas estaban siempre húmedas, y cuando se

elevaba la marea, la víctima a menudo quedaba sumergida en el agua fría y salobre. No era un placer, pero sí una necesidad construirla, estando el poderío inglés tan cerca de una capitanía general española. Además, era un excelente sitio para criminales y toda suerte de malhechores. Así el castillo quedó protegiendo las rutas marítimas y, lo que era más importante, el acceso a las minas de oro de la provincia de Honduras.

Sin embargo, los ingleses, que se habían fijado en las Islas de la Bahía, capturaron el castillo en octubre de 1779, y el gobernador del reino de Guatemala, Matías Gálvez, se vio obligado a cabalgar sobre las escabrosas lomas hasta las hondonadas cálidas para reconquistar Omoa y librarla del grupito de usurpadores. Ciertamente, era mucho lo que las autoridades tenían que mantener en vigilancia continua. Y no se había pensado lo suficiente en el manejo de la situación. El truco gastadísimo de transplantar, por lo menos uno de los grupos indígenas sospechosos de ser simpatizadores de los ingleses y los zambos, los payas de San Buenaventura al valle de Agalta, y a San Francisco de río Tinto, fue ordenado por Gálvez en 1781. Tales selváticos fueron primero enviados a Santa Lucía, antes suburbio de Comayagua.¹¹⁶ Nueve años después, fracasado el experimento, fueron trasladados más allá al valle de Sensenti cerca de la extrema frontera sudoccidental de la provincia de Honduras.¹¹⁷

Los puertos de Trujillo y Omoa fueron separados de la jurisdicción de Comayagua y colocados bajo la de la propia Capitanía General.¹¹⁸ Una de las principales razones que hubo detrás de este cambio fue la repoblación de Trujillo llevada a cabo por isleños de las Canarias y gallegos.¹¹⁹ Se consideraba que los recién llegados, bajo el dominio de Guatemala serían mejor atendidos. Esta determinación insensata fue al mismo tiempo un revés para la provincia. Fue un cambio que llegó inmediatamente a convertirse en un foco de mala voluntad entre ambos gobiernos. Todo el engranaje administrativo de Guatemala se movía pesadamente, y era peor cuando la distancia obstaculizaba el manejo de dichos puertos. Los caminos hacia Comayagua eran casi intransitables, pero los que llevaban a Guatemala estaban en condiciones pésimas.

Parecía nacer por todas partes la intranquilidad, hasta entre los indios del interior distante, que no podían haber sido influenciados por los ingleses. En la región de la Sierra, por ejemplo, enclavada en el corazón de Honduras, la población indígena de Puringla se quejó ante la Audiencia de que estaban siendo forzados a preparar añil, lo cual era contra la ley, y que recibían por ello poca o ninguna paga. Ya desde el siglo XVI había decretos eximiendo a los aborígenes de trabajar obligatoriamente con materiales dañinos.¹²⁰ Era un hecho conocido que este colorante desprendía el cuero de las mismas bestias de carga que acarreaban dicha planta por los caminos pedregosos, para no mencionar el daño que causaba a la piel de los que tenían que trabajar con él. El gobernador de Comayagua se vio obligado a intervenir en tal asunto, sólo para descubrir que era falsa por lo menos parte de la acusación de los indios. El español acusado de coerción había pagado algo a sus trabajadores.¹²¹ Esto había servido para que apareciera un pequeño detalle: el descontento de los inadaptados que dificultaban la administración colonial.

El gobierno pasó por un período arduo. Los ingleses debían ser expulsados de río Negro y sus otras fortalezas en la Costa Norte. Había escasez de sacerdotes en todo el país, y como ejemplo de la mala organización de la Corona, la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa fue privada de su independencia y puesta una vez más bajo la jurisdicción de

Comayagua.¹²² Mejor dicho, cesó de existir la provincia de Tegucigalpa quedando sólo la de Honduras.

El final del siglo ofreció prácticamente los mismos problemas fundamentales que el principio. Los españoles trasladaron a tierra firme para custodiar mejor la población forastera de los caribes negros, que había sido llevada a Roatán. Las gentes de la selva eran todavía una fuente de molestias. El temor a una penetración inglesa seguía invariable y estaba íntimamente relacionado con la condición de los indios payas y jicaques quienes permanecían sin conquistar y sin convertirse. Pese al hecho de que los jicaques recordaban de nombre a Fray José Fernández quien había bautizado a la mayoría de la tribu, no pudieron cooperar nunca con ninguna autoridad española.

Otra vez la Madre Patria había declarado la guerra a Inglaterra. El gobernador de Comayagua, Ramón de Anguiano, fue instruido para que preparara las defensas de la costa del Caribe y para que prohibiera toda comunicación y tráfico con el enemigo. Anguiano era un hombre dinámico con suficiente fuerza dentro de sí mismo para emprender una serie de inspecciones personales a las regiones perturbadas del norte. Lo que se encontró fue serio y molesto.

Uno de los principales problemas estaba en el valle de Lean y Mulia. Tal zona estaba regada por un río caudaloso que nacía en la fila montañosa de Pijol en Yoro. Los jicaques permitieron a los ingleses, que eran adictos a ganarse las poblaciones de los nativos, entrar en canoas catorce leguas tierra adentro. Allí en un sitio llamado Cadena o Cangélica los jicaques instalaron almacenes en donde sus aliados se acostumbrarían a obtener provisiones,¹²³ y llevar a cabo un comercio tan amplio que el gobernador se alarmó mucho cuando se lo contaron. En la lista de los artículos que deberían significar dinero para las arcas españolas figuraban zarzaparrilla, pomadas, cera de abejas, brea, cola, fibra de pita para sogas, vainilla, pimienta, tabaco, azúcar, cacao, maderas, y hasta el oro precioso. A decir verdad, en ninguna lista se tomaban en cuenta los productos que se ofrecían de inmediato. Así quedaron incluidas la caza, las semillas secas comestibles, las frutas silvestres, y los plátanos y el maíz que crecían abundantemente en el suelo del valle fluvial. Todo esto recibieron los ingleses de los indios en permuta por diversos materiales baratos, como anzuelos, redes, cuchillos, tijeras, y así por el estilo.¹²⁴ Para echar combustible a la zozobra del gobernador, los indios habían olvidado del todo la Santa Doctrina, y estaban francamente aburridos y enfermos de impaciencia en espera de los Padres de la Propaganda Fide. Lo que bullía en el fondo de esta aversión era la vieja historia de que a los jicaques no se les permitía la libertad en sus hábitos de vida. Los sacerdotes no los dejarían comerciar ni errar por las selvas a su gusto y tratarían de confinarlos en poblados volviéndoles así obligatorio un sistema de vida que no acostumbraban. Este no era un cuadro atractivo. En efecto la situación fue severamente criticada por el gobernador Ramón de Anguiano quien recomendó la colonización de los centros de la región indígena, tales como Guayma, Luquigüe y Cangélica, por medio de familias ladinas y sacerdotes católico-romanos de una orden diferente.

Además de éstos y otros desórdenes, incluyendo la condición deplorable del puerto de Trujillo, apareció un brote más serio. El gobierno colonial en Guatemala era extremadamente impopular, con tal énfasis en su propia posición e importancia que las provincias que le estaban sometidas sufrían de toda manera, hasta en su administración legal y su comercio. Los gobiernos locales estaban en realidad soportando una doble carga, la de súbditos coloniales tanto de la Corona de España como de la capitanía

general de Guatemala. El pueblo quería el derecho a tener sus propios tribunales. Quería que sus autoridades tuvieran poder, porque conocían a fondo sus problemas y sus necesidades. La Madre Patria, sin embargo, se volvió sorda a aquella súplica para la administración de la provincia, y nada de lo sugerido por su gobernador local podía modificar los asuntos. España estaba conforme al permitir a los colonos gemir y lamentarse bajo el peso de los impuestos y la complicada organización interna de su estructura colonial.

Las cosas fueron de mal en peor en Honduras, la capital de la provincia, Comayagua, sufría una declinación progresiva. Entre 1798 y 1806 dos tercios de la población murió. La causa fue horripilante: las enfermedades. Cosa irónica, el principal enemigo fue una fiebre que también prevalecía en el sur de España a donde se supone que arribara desde el África continental: la malaria. Prevalecía en grados variables, incluyendo los escalofríos comunes y una temperatura cada tres días y la fiebre horrorosa de "aguas negras" que destruye el hígado y trae una muerte violenta y con vómitos. Todos estaban atacados por la malaria. El agua estancada que abundaba en los patios de la ciudad durante la estación húmeda, y hasta en las depresiones bajas a lo largo del curso del río Humuya que fluía a lo largo del valle, ofrecía muy buenos lugares de incubación al mosquito virulento. Pero como si esta dolencia no fuera suficiente, resfríos perniciosos, reumatismo y toda clase de enfermedades del pulmón resultantes de la humedad y de las condiciones generales de vida en la época de las lluvias, así como las viruelas y el escorbuto, también hostigaron al pueblo.¹²⁵

No había más que un hospital, el San Juan de Dios, atendido por sacerdotes abrumados de trabajo, quienes veíanse con la obligación de admitir patéticamente que como los muros del edificio no eran elásticos y no cedían, no era posible tomar bajo su cuidado ninguna otra alma. Con el nuevo siglo, los habitantes se encontraron en una situación desesperada, y la fama de Comayagua era tan espantosa, que tanto las autoridades seculares como las eclesiásticas suplicaron al gobernador de Guatemala que les permitiera trasladarse a Tegucigalpa.¹²⁶ Ello no estaba mal, pero a pesar del hecho de que la ciudad había sido elevada una vez más al rango de alcaldía mayor, independiente de Comayagua, excepto para asuntos militares, no cabía esperar ningún cambio oficial.¹²⁷

Los colonos no eran felices. La vida era cara. Solamente España tenía el derecho de vender. Los súbditos debían comprar. Todo comercio interamericano estaba prohibido, lo que tuvo por consecuencia una depresión que paralizó el desarrollo industrial. Nuevamente el gobernador Ramón de Anguiano envió a la Corona un informe penetrante y lleno de desilusión en el cual suplicaba ser devuelto otra vez a España. Su crítica y su petición eran justificadas. En 1804 la provincia parecía caminar para atrás. El cuadro de la decadencia en los propios productos del país nunca fue más elocuente. La moral había bajado. El cacao era apenas cultivado. Este árbol, que da el chocolate, en un tiempo tan apreciado, dio origen a que algunas capitales fueran trasladadas e hizo también que muchos comerciantes se embarcaran en canoas en largos viajes marítimos. El pueblo, pobre, desilusionado, quería obtener con facilidad su subsistencia y no tenía la energía para sembrar cacaotales, o le faltaba la previsión para esperar los siete años que la naturaleza exige antes de que el árbol produzca. Es característico en cierto tipo de mentalidad humana. Porque, como se veía en las quejas de Anguiano, aun el más pobre campesino tomaba chocolate por lo menos dos veces al día, que en vez de cultivar tenía que comprar. Las plantas de café y de té, que habían crecido en las huertas y patios de

Comayagua dejaron completamente de ser cultivadas. Además del comercio, ocurrió lo mismo con otros artículos importantes de la vida diaria como: caña de azúcar, algodón, plantas de tinte azul y amarillo,¹²⁸ y las usadas para curtir el cuero. Los propios regalos de la selva, muchos esenciales para los medicamentos europeos, y que equivalían a dinero para los que se tomaban la molestia de recogerlos, fueron abandonados en los bosques. Sabían que muy bien podrían haber usado las monedas suplementarias que estos elementos representaban, jengibre, vainilla, sasafrás, leche de María, sangre de drago, cera de abeja, zarzaparrilla, y el tan codiciado bálsamo¹²⁹ que siempre tenían mercados en España. Pero el aspecto más deprimente de la situación era la manera cómo los ingleses, se aprovechaban de lo que el país ofrecía. Sus agentes utilizaban en gran escala a los payas, jicaques y zambos felices de poder burlar a las autoridades, enviando entre otros artículos el deseado copalchi, las tres calses de ipecacuana, sen, achiote, y michoacán¹³⁰ pasándolos inadvertidos sobre las fortalezas españolas y las narices coloniales.

Pudiera ser que la burocracia gobernante no se interesaba suficientemente por aquello que más convenía a la provincia, pero al menos una orden sacerdotal acordándose de sus obligaciones estuvo de acuerdo en emprender el esfuerzo necesario para restablecer los derechos de España. José Antonio de Liendo y Goicoechea, un franciscano, penetró en el valle de Agalta en 1805, y a pesar de sus 70 años, logró convencer a las payas para que regresaran a dos de sus antiguos parajes: San Esteban de Tonjagua y el Santísimo Nombre de Jesús de Pacura.¹³¹ Era más fácil darse cuenta del comercio clandestino, incluyendo el robo de ganado, cuando los hombres estuvieran congregados en poblaciones y no cuando anduvieran errantes en las selvas.

En los últimos breves años, las noticias de España no servían sino para que el entusiasmo de los colonos decayera. Pues en la primera década del siglo XIX, Napoleón había extendido sus tentáculos hacia la Península Ibérica, y el italiano José Bonaparte, protegido por la bandera de Francia, tomó las riendas de España en Europa, sucediéndose de un día para otro una serie de juntas revolucionarias. En América, Miranda y Bolívar se rebelaron en el sur, así como el Padre Hidalgo y Costilla en México. La Capitanía General de Guatemala no podía quedarse atrás.

Los funcionarios de Tegucigalpa eran conservadores, pero el pueblo necesitaba un cambio. ¿Y qué día mejor escogido que el primero de enero para iniciar con buena suerte el año? La plaza de Tegucigalpa se llenó de hombres aquel día de 1812. Allí, frente a la fachada de la catedral, los valientes se juntaron con cuchillos y palos. Gritaban pidiendo un cambio de autoridades. Fue literalmente lo que consiguieron. Hay personas nacidas para manejar las muchedumbres, y el Reverendo Padre Juan Francisco Márquez poseía este valioso don. Persuadió al gobierno de Tegucigalpa de dejar vacantes sus cargos y a la gente sublevada de dejar las armas. Aun más, no pasó mucho tiempo sin que se adueñara del poder.¹³²

Tegucigalpa era más importante, en verdad, que la capital, Comayagua. Era imperativo, sí, que los conservadores utilizaran todos los medios a su alcance para resguardar la ciudad y sus cercanías, incluyendo a la leal Comayagüela. No había excusa mejor que la que presentaba España para asegurar la paz. Nadie quiere al extranjero como a los de su propia carne y sangre. El sargento mayor Pedro Gutiérrez enviado por José Bustamante, el Capitán General de Guatemala, para obtener la pacificación de Tegucigalpa era lo suficientemente vivo para darse cuenta de característica tan humana.

Gutiérrez estaba con sus tropas en Juticalpa. Antes de intentar su marcha por el camino rocalloso del sur que llevaba a la ciudad, lanzó una proclama a los tranquilos habitantes de Comayagüela y Tegucigalpa exhortándolos a permanecer leales a España y echando toda la culpa de la discordia al "enemigo común", Napoleón.¹³³ No fue difícil persuadir a la mayoría de la gente para que no se rebelaran. Tegucigalpa en sí no era demasiado liberal. Además, los habitantes sintieron que habían ganado un punto importante con el cambio de las autoridades españolas por criollos en la municipalidad. Fue un acontecimiento llevado a cabo sin esfuerzo, y la Villa de San Miguel de Tegucigalpa tuvo un momento de reposo, libre de toda lucha interna. Pero el mismo ambiente no se prestaba para la tranquilidad. Las autoridades de Tegucigalpa y los ciudadanos de la localidad, pudieron haber quedado satisfechos, pero estaban sucediendo otras cosas en el país que no favorecían la estabilidad y el orden. El comercio libre entre las colonias estaba prohibido, sin embargo, continuó como negocio ilícito.

El recaudador de los derechos de aduana y los impuestos en Trujillo mantenía sin tapujos en Comayagua un comercio productivo con mercaderías inglesas. Ni aun el oficial más alto de la provincia tenía suficiente autoridad para cambiar el estado de cosas o para castigar al malhechor. Gran parte del dinero que pasaba por la Casa de Rescates en Tegucigalpa, el órgano oficial de intercambio en donde eran entregados los materiales o los granos a cambio del oro o la plata, escaparon a los ojos negligentes en Omoa y Trujillo, terminando en manos ajenas en Jamaica y Belice.¹³⁴ No eran sólo las cosas que salían en secreto; eran también, y en gran parte, aquellas que tenían que llegar de contrabando, las que perjudicaban la economía provincial lo mismo que a la gente honrada. Uno de los elementos de que más se lamentaban los necesitados de estímulo mental era la falta de libros.

España no veía favorablemente todo aquello que condujera al individuo a pensar. Tanto los habitantes nacidos en la Madre Patria como los criollos se encontraron obligados a utilizar el puerto británico de Belice como puente para obtener aun la literatura más sencilla. Las personalidades más distinguidas del país, incluyendo al sacerdote popular Fray Antonio Liendo y Goicoechea, se vieron comprometidas en esta clase ilegal de compras.

Aunque Fernando VII, restaurado en el poder y por carácter un monarca absoluto, hizo intentos débiles para dar a los americanos una Constitución, y hasta se emitieron órdenes para las Cortes, pero había pasado ya mucho tiempo para que esto pudiera significar algo. El documento que por fin apareció en Cádiz, España, en 1812, en vez de actuar como sedante sobre las mentes coloniales, pareció excitarlas. Las instrucciones recibidas por los representantes de la Capitanía General podrían más bien ser clasificadas como histéricas o pueriles. En un lugar en donde la mayoría de los ciudadanos dependía de la Iglesia, en aceptación ciega, el pensamiento de los legisladores presumidos ofrecía un conjunto que iba tanto contra lo eclesiástico como contra lo monárquico.

Desde el ángulo político, la devolución de Trujillo y después Omoa a la jurisdicción de Comayagua en 1816, y el restablecimiento de su autonomía de la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa en 1817, vino demasiado tarde para tener algún efecto tranquilizador sobre la provincia.¹³⁵ Los asuntos iban más allá. El sentimiento de inquietud e irrespeto a la ley parecían flotar pesadamente en la atmósfera. Los saqueos de piratas se pusieron de

moda en la costa sur de Honduras. En el lado del Caribe, no los de sangre extranjera, como antes, sino españoles se aventuraron a atacar los puertos del mar.¹³⁶

Y en las regiones donde sólo aquellos no conformistas y sin supersticiones, los ingleses, se inclinaron a colonizar en el pasado la Mosquitia hondureña, un reino extraño y fantasmagórico, hizo su dudosa aparición. Gregor MacGregor, de origen escocés pero uno de los compañeros de Miranda y del general Bolívar, se encontraba a principios del siglo XIX familiarizado con las costumbres americanas y creía firmemente en las posibilidades de hacer dinero que parecía ofrecer el Nuevo Mundo. Se procuró una concesión del rey mosquito, George Frederic, en cabo Gracias a Dios, el 29 de abril de 1820.¹³¹ La extensión de tierra que se presume constituía los límites de este territorio abarcaba la boca del río Aguán en el occidente, incluyendo las Islas de la Bahía de Honduras, hacia el este llegaba al río Patuca, y en el sur, cerca del nacimiento del Wanks o Segovia.¹³⁸ La capital de esta efímera aventura fue fundada en las proximidades del río Negro que acariciaba con sus aguas el triste poblado de William Pitt en la segunda mitad del siglo XVIII. El Reino de Poyais fue uno de los intentos de colonización agrícola más miserables que se conocen. Duró menos de diez cortos años y no dejó ni la más mínima huella en el país cuyas tierras usurpaba, ni afectó de ninguna manera el creciente esfuerzo de la provincia de Honduras para desarrollar una entidad nacional e independiente.

Este fue un movimiento que estaba formándose con rapidez. Una vez que se siembra una semilla y germina es casi imposible detener su desarrollo. El tiempo pasa, pero el trabajo continúa. Los "leales" españoles miraron desde arriba cuatro factores decisivos en Honduras: la agilidad mental y la madurez de José Cecilio del Valle; el poder que lentamente se levantaba en la prensa libre; la tesis de la proclama de Gutiérrez que triunfó en Tegucigalpa en 1812, a saber aquel viejo lema que la sangre es más gruesa que el agua; y los caminos formidables y pedregosos sobre el terreno quebrado de los cerros.

Los criollos estaban saboreando algo del libre pensamiento a pesar del edicto contra los libros. Primero un periódico y después otro aparecieron en la Capitanía General. El Editor Constitucional y El Amigo de la Patria, y, como consecuencia, dos partidos políticos: los cacos y los gazistas.¹³⁹ El primero era completamente a favor de la independencia y tenía de colaboradores a su fundador Pedro Molina, a José Francisco Barrundia, José Beteta y Juan Montúfar. El segundo era del hondureño José Cecilio del Valle y estuvo abiertamente de acuerdo con una forma convenida de gobierno que permitía a las colonias más privilegiadas el derecho a una voz definida en sus propios asuntos.

El hijo de Choluteca, del Valle, tenía una chispa, la capacidad de comprender rápidamente, y una visión muy adelantada para su tiempo. Muchos caudillos incitan al pueblo por medio de exhortaciones pueriles, persuadiéndolos basándose en emociones y conceptos superficiales. Valle era exactamente lo contrario. En posesión de su madurez, tenía no obstante el don de emplear ésta para impulsar hacia la acción a sus semejantes. Palabras simples pero incitantes brotaron siempre de su pluma y de sus labios: "Somos hombres y por serlo tenemos los mismos derechos que los habitantes de Europa. No es justo que las naciones europeas sean regidas por gobiernos americanos. No es conforme a razón que los pueblos americanos sean administrados por gobiernos europeos".¹⁴⁰

No es extraño que su influencia llegara muy lejos. Había un gran incentivo en un credo político que captaba la imaginación de los hombres y traía de nuevo a la luz el elemento básico de un vínculo común. A pesar de un fuerte conservatismo, que era parte fundamental de su carácter, Valle parecía tener lo que la gente necesitaba en aquel momento, y salió airoso al tocar una cuerda emotiva. Después de todo, no sólo había que considerar a los elementos criollos de Honduras. Muchos de los funcionarios españoles se habían casado con mujeres nacidas en América. Fueron éstas las que dieron sus hogares, siendo las madres de sus niños, carne y sangre criollas y no solamente de España.

Las palabras de Valle encontraron ambiente propicio. No era difícil darse cuenta de su sencillez y poder cuando se lee lo siguiente: "Nacimos en un mismo continente: somos los hijos de la misma madre: somos hermanos: hablamos un mismo idioma: defendemos una misma causa: somos llamados a iguales destinos. La amistad más cordial: la liga más íntima: la confederación más estrecha deben unir a todas las Repúblicas del Nuevo Mundo".¹⁴¹

Se presentó allí el espíritu de libertad recientemente percibida. Se encontraron los caudillos en las capas altas de la sociedad. El hombre sencillo era analfabeto, pero el criollo con cierta posición iba a la Universidad de Guatemala si quería ser profesional o era ambicioso. Ciertas condiciones personales eran requisito para el privilegio de estudiar. Entre otras cosas, el solicitante tenía que probar por medio de una documentación indiscutible que era hijo legítimo de padres casados por la Iglesia; que aunque criollo, era de pura descendencia española y exento de sangre corrompida por el color o por la herejía o el paganismo. Era un asunto serio, porque la Santa Inquisición estaba en pleno vigor en América Central.¹⁴² El dedo de su espantosa mano no señalaba otra autoridad, y sacerdotes y laicos por igual respetaban su puño opresor. Sí, sólo los ricos se educaban, pero en 1820 hasta los que vivían en la opulencia se alistaron para la rebelión.

En Tegucigalpa tenía Valle un primo, Dionisio de Herrera, quien no solamente era amigo de los liberales, sino un activo instigador de un rompimiento abierto con España con fe en un gobierno independiente. Teniendo a su cargo posiciones tan importantes como la de Secretario de la Municipalidad de Tegucigalpa, y una de las diputaciones suplentes en las Cortes, Herrera estaba en capacidad de asumir una influencia poderosa contra la política de España y los caudillos conservadores. La capital de la provincia, Comayagua, tenía también liberales, pero en general era conservadora y leal a la Corona.

En Honduras, el incipiente siglo XIX continuó presentando además de sus variados colores políticos el siempre importante problema de las comunicaciones difíciles. España estaba muy ocupada con las contiendas armadas en las dos Américas opuestas: en el sur contra Miranda, San Martín y Bolívar; y en el norte contra Hidalgo y Costilla y sus partidarios de México.

La tercera América, centro y eslabón entre las otras dos, podía ser ignorada en ese momento. Las batallas contaron más que las palabras. Los caminos que conducían a esta región eran malos y a menudo poco menos que intransitables para las tropas.

No es bueno permitir que una herida no cierre pero el gobierno español lo hizo. América Central pudo haber hecho relativamente poco ruido a los oídos de España, pero no anduvo lerda en la acción. El 15 de septiembre de 1821 fue un día significativo. Silenciosa y deliberadamente, sin la fuerza de las armas, la Capitanía General de Guatemala negó su obediencia a España y juró la independencia absoluta. El patio y los balcones del palacio de Gobierno de Guatemala estaban atestados de hombres ansiosos y tensos por asumir la responsabilidad de su propio destino. Los gritos de "Viva la Independencia, Viva la Independencia" rebotaban en los muros de calicanto penetrando el aire de la capital para encontrar un nuevo eco en la voz de los ciudadanos. Fue un momento solemne, pleno de emoción, y fue un hijo de Honduras, José Cecilio del Valle, quien redactó el Acta de Independencia. Había comenzado una nueva era.

La Independencia

No fue un comienzo feliz, en verdad; después de 1822 se hizo definitiva la ruptura con la Madre Patria y no surgían la paz y la prosperidad que habían sido la meta de los instigadores de la independencia. Había escapado a su atención el hecho de que es imposible usar el molde del pasado para poner en marcha las nuevas instituciones. La tradición española constituía aun una parte vital de la vida del Nuevo Mundo, a pesar de la herencia indígena del elemento criollo. Y en sus raíces, las tradiciones de España no eran sino los rasgos universales y añejísimos de toda la humanidad ya sea en Europa o en América, esas dos fuerzas innatas de la raza, humana: conservatismo y liberalismo.

Hay realmente poco que explicar por qué un hombre es como es. Algunas de las personas más ricas del mundo en poder y en elevadas posiciones, son liberales y tolerantes; en tanto que otras pobres e inferiores son conservadoras e intransigentes. No hay regla fija en esto. La respuesta sólo puede encontrarse dentro del individuo.

En lo que fue el imperio azteca, un nativo de Valladolid, México, llamado Agustín de Iturbide llegó a convertirse en el cabecilla del elemento conservador y presentó el Plan de Iguala que modificaba todas las clases sociales. Los generales prominentes le apoyaban, y se inició el movimiento para formar un reino mexicano con las mismas fronteras del Virreinato de Nueva España.

Desde el principio se dividieron las opiniones en Honduras. En Comayagua, la capital, el gobierno municipal estaba de acuerdo en formar parte del régimen mexicano que en su conformación básica de conservatismo y monarquismo pondría en vigencia completamente la constitución española. Tegucigalpa, al contrario, se inclinaba hacia un rompimiento más radical. Volvió sus ojos hacia la vieja Capitanía General, Guatemala, como capital del nuevo gobierno. Caudillos liberales, como Dionisio Herrera acuerparon esta idea con miras a un cambio más completo y de mayor independencia.

El joven teniente Francisco Morazán, irguióse como jefe de una compañía de voluntarios inspirados por la dirección política de Herrera y el deseo de ser independientes de lo que ellos consideraban el molde pasado de moda de un gobierno europeo. Tegucigalpa estaba contra Comayagua, y, como consecuencia, Tegucigalpa y Guatemala contra Comayagua y México. Esto causó una cruel desgarradura en la vieja provincia. La Junta Consultiva de Guatemala tomó los asuntos en sus propias manos y animó a Tegucigalpa ofreciéndole ayuda militar. Tres escuadrones fueron despachados bajo las órdenes del sargento mayor, Justo José Milla, para proteger lo que bien puede llamarse el fisco principal de Honduras, el centro tabacalero de los llanos de Santa Rosa, además de hombres extra con destino a la misma Tegucigalpa.¹⁴³ Mas fue inútil el envío de todos ellos.

El Gobierno de Guatemala convocó a las que habían sido provincias de la Capitanía General para que emitieran su voto. Había que escoger; a Tegucigalpa sólo una cosa le parecía importante: no depender políticamente de Comayagua. Se decidió seguir el deseo de la mayoría del país, cualquiera que fuese, con respecto a la clase y la sede del gobierno: monarquía o no; México o Guatemala. Triunfó la votación en favor de México.

El buen éxito fue momentáneo. El provincialismo rompió a su favor el equilibrio de la lucha entre los elementos conservadores y los liberales, que había llegado a su clímax. Iturbide fue coronado Emperador en 1822, e inició su reinado con un congreso compuesto por diputados de todas las provincias, incluyendo la de Honduras, y ambas regiones de Tegucigalpa y Comayagua. Pese al hecho de que uno de los más grandes centroamericanos de su tiempo, José Cecilio del Valle, había sido enviado desde Tegucigalpa como representante a México, y Juan Lindo, otro distinguido pensador, estaba allá apoyando a Comayagua, poco o nada se consiguió, tanto para conciliar las actitudes de las dos ciudades como para lograr que tuviera buen éxito el Imperio. Las ideas de Iturbide eran inflexibles. No cabía duda de donde emanaba el control de toda la situación. Finalmente, fue el mismo Emperador quien tuvo la última y única palabra. Del Valle, junto con otros diputados, fue encarcelado en el convento de Santo Domingo, y entregaron a Juan Lindo el puesto de gobernador político e intendente de la provincia de Honduras.¹⁴⁴ Disolvieron el Congreso y tropas al mando del General Filísola fueron enviadas a San Salvador, que hervía peligrosamente de descontento desde hacía ya algún tiempo.

Los Estados pronto se dieron cuenta de que la libertad sólo era un nombre ilusorio; un cambio de España a México y no otra cosa. Arrepentido, Iturbide obligó a del Valle a que formara parte de su Gobierno, dándole el título de Ministro de Relaciones Exteriores con la esperanza de que su madurez de juicio lo capacitaría para arreglar los problemas. Había una sola razón por la cual el hijo de Choluteca aceptó la posición: prevenir la guerra civil y la rebelión en la América Central. Vivaz, suave y ligero, como si hubiera tenido puestos los más finos guantes de cabritilla, del Valle posiblemente consiguió la abdicación del Emperador, y en marzo de 1823 reinauguró el Congreso. La anexión de Centro América a México fue declarada nula, y así se abrió la puerta a otra etapa de la independencia.

El primero de junio de 1823 las Provincias Unidas de la América Central comenzaron a tomar forma. En Guatemala crearon una Asamblea Constituyente, y una comisión fue encabezada por el tegucigalpense Francisco Antonio Márquez, quien preparó las bases para una Constitución.

Constitución es un término legal. Según el diccionario es "la fundamental ley orgánica o las principales del gobierno de una nación, estado, sociedad, u otro cuerpo organizado de hombres"...¹⁴⁵ Y ésta es la tragedia, la ley está escrita en papel y son seres humanos los que componen los gobiernos. Los autores de este documento participaban ciegamente de los ideales revolucionarios franceses, y no trataron siquiera de tomar en consideración el ambiente local, o sea la mentalidad casi medioeval de la población. Los pensadores de la América Central vivían en un mundillo aparte. Carecían del poder de observar, mejor dicho, de entender su medio para efectuar un plan práctico que les sirviera para construir un gobierno. No había comprensión de la psicología americana que procedía del impacto de dos culturas muy distintas.

Los lencas, sin sus caudillos guerreros; los mayas, libres de su aristocracia de sacerdotes y nobles; los habitantes de la selva, obligados a una existencia sedentaria; los pueblos mexicanos, que no pudieron depender más de mercaderes ambulantes y que no tenían ya su propio estímulo intelectual, se encontraron sin la estabilidad que se obtiene de sus verdaderas costumbres primitivas. Por otra parte, ninguno de los hombres de Galicia, Andalucía, Extremadura, Cataluña, y los pocos de Castilla pudieron descubrir los

elementos que formaron su ambiente en la Madre España. Los criollos, hijos de españoles, o de españoles e indios, eran su progenie, juntos con los aborígenes, eran los americanos, y ellos, los criollos, dominaron la América Central, y en verdad, formaron el último fondo de cada estado. El distintivo principal que resultó de esta mezcla en la época colonial era la fe religiosa de la gente en cuyas venas corría la sangre de ambos, el español y el indígena. Fue todo lo que les quedó. Y los mismos hombres que planeaban sus leyes formaban parte de esto sin que se dieran cuenta. Era un punto que más tarde iba a causar serias molestias. La mofa descansó en el hecho de que, fundamentalmente, tanto los liberales como los conservadores estaban de acuerdo. Pero el uno fue animado por una filosofía extranjera y no aplicable al ambiente criollo, y el otro no aceptaba ni la menor innovación del modo de pensar de su abuelo

La Constitución de Centro América fue aprobada en Guatemala en noviembre de 1824. Entre los que firmaron estaba el Vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente, José Nicolás Irías, de Comayagua, conservador decidido que había sido encargado de la tesorería provincial antes del ascenso de Iturbide, y que todavía era poderoso en la capital hondureña. De acuerdo con la opinión general, un estado único hondureño debía de formarse con las dos provincias: Tegucigalpa y Comayagua; y la Asamblea Legislativa del Estado reunirse una vez en un lugar y otra en otro.¹⁴⁶ Se decidió que el sitio de la primera reunión fuera Cedros, un pueblo minero muy antiguo, a dieciséis millas más o menos al norte Tegucigalpa, efectuando la primera en la misma ciudad de Tegucigalpa en septiembre de 1824, antes de haber sido aceptada la Constitución. La Asamblea eligió Jefe de Estado a don Dionisio Herrera, y como Vice-Jefe al coronel José Justo Milla. Herrera nombró Secretario General del Estado a Francisco Morazán.

El Congreso Federal se reunió en Guatemala en febrero de 1825, y en él comenzó una serie de discusiones y maniobras políticas a fin de que la Presidencia de la República de Centro América recayera allí. Y de nuevo, de sus raíces brotaron el conservatismo y el liberalismo.¹⁴⁷ No fue sino hasta el 29 de abril que se decidió sobre el Gobierno de la Federación, nombrándose como Presidente al general Manuel José Arce, de El Salvador.¹⁴⁸

El liberalismo había ganado, pero en los Estados los asuntos no marchaban muy bien. Posiblemente uno de los pensadores de más alcance y más temido en todo Centro América era Dionisio Herrera, Jefe de Estado de Honduras. Enfocó claramente lo que hacía falta para que su país se pusiera de pie, y se lanzó en cuerpo y alma, sin el menor temor, ha conseguirlo. Su primer paso fue hacia la organización. Con la ayuda de la Asamblea se formaron siete departamentos: Comayagua, Tegucigalpa, Gracias, Santa Bárbara, Yoro, Olancho y Choluteca.¹⁴⁹ Se eligió al presidente de la Corte Suprema y se nombraron otras autoridades fiscales, y hasta se decretó un escudo de armas nacional. Pero entre los varios planes y arreglos previos a la realización de los mismos, estaba la suma destinada para el presupuesto, \$79.294.00 (79.294.00 pesos).¹⁵⁰

Desesperado con respecto a los fondos y movido por el deseo de lograr el mejoramiento de Honduras, que en opinión de Herrera vendría con la independencia, se apropió del diezmo feudal de la Iglesia con el objeto de disponer del dinero necesario para la educación pública. Una cosa era ser atrevido de pensamiento. Ser tolerante y liberal era ya bastante malo. Pero atreverse a tocar la bolsa, eso fue el colmo. Como un solo hombre el clero se levantó para unirse a los conservadores descontentos contra Herrera y sus secuaces.

Comayagua, la capital de Honduras, se tambaleó. Como ciudad, era todavía casi completamente antirrepublicana y por supuesto estaba en favor de la Iglesia. La idea novedosa de una república federal o confederación separada llamaba la atención de los hombres de la rival provincia de Tegucigalpa y no les hacía ninguna gracia. Y tener como Jefe de Estado viviendo en su propio medio a un liberal como Herrera, quien tenía estrecha amistad con otro hombre de igual independencia de pensamiento y acción como Morazán, no se podía aceptar calladamente. Era demasiado para un elemento conservador. La necesidad de dinero y la forma en que se consiguió motivó el rompimiento.

El Gobierno Federal por su parte exigió contribuciones de Honduras. Hubo disturbios que se originaron en Nicaragua, donde el jefe Arce necesitaba dinero y hombres para sofocarlos. Sin embargo, Herrera estaba más interesado en lo que ocurría en su propio Estado, y decidido a hacer todo lo que estuviera a su alcance para mejorar las condiciones. Los liberales son generalmente hombres de acción. El estado de cosas en sí mismo requería ser atendido. El quid de todo estaba en que la capital política de la república siempre era Guatemala, y el tesoro de los minerales de las minas, el tabaco de los campos y los no menos importantes impuestos de embarque que se recogían en los puertos de Trujillo y Omoa. La verdadera base de la riqueza provenía de Honduras.

El problema se resolvió con rápida decisión. La Asamblea de Honduras respaldó al Jefe del Estado y dispuso que parte de sus mismas entradas debían usarse en su propio beneficio.¹⁵¹ Con tal apoyo legal, Herrera envió a su Secretario General, Morazán, a que defendiera la ley.

Las hojas verde oscuro de las matas de tabaco se doblaban deliciosamente bajo el sol, mostrábanse macizas en su vigor y cubrían las cimas de las laderas suavemente onduladas así como los largos trechos de los llanos de Santa Rosa. Hallábase el tabaco en los sembrados en proceso de maduración. Habíanse recolectado muchas hojas que luego se colgaban en toscas barbacoas de madera para que se secaran y así obtuvieran el vivo castaño dorado del buen tabaco. El patrimonio de Copán estaba representado por aquellas hojas. Significaban dinero, no solamente para el distrito de Copán y el Estado de Honduras, sino también, y lo que era muy significativo, para el gobierno federal. Había asimismo almacenes de adobes, henchidos con la preciosa carga acumulada dentro de sacos como redes que luego irían a ser transportados en mulas hacia la capital y los puertos distantes.

El gobierno federal supo que había cantidades de sacos repletos, ya listos para ser enviados al exterior. Conocía también que al Jefe de Estado hondureño lo respaldaba el Congreso, y puso más objeciones de la cuenta a lo que consideró un atropello a sus derechos. La medida agravió en particular al Presidente Arce. Este tenía una doble cuenta que arreglar y una herida vieja, de las que no sanan: del espíritu. Si no hubiera sido por un hondureño, peor por ese lado, Valle, aquel pariente de Herrera, Arce, no habría tenido que luchar con tantas dificultades por sostener su posición. ¡Vaya! Si hasta un grupo numeroso de personas pretendía que su elección no era legítima y que del Valle debería haber sido el presidente.¹⁵² Además, la misma Constitución apoyó a la Iglesia, liberal o no, y Arce no toleraría el ataque contra la religión que se estaba llevando a cabo en Honduras. Esto y los ingresos abundantes del tesoro hacían de aquel momento el menos propicio para actuar.

En Comayagua, el canónigo José Nicolás Irías, temporalmente se hizo cargo de la sede que dejara vacante la muerte del Obispo, e Irías era un enemigo encarnizado de Herrera.¹⁵³ Con la mayor parte del clero y el respaldo de los conservadores, Arce se sentía fuerte y seguro de sí mismo. Cualquier pretexto hubiera sido lo suficientemente fuerte para molestar a Herrera, pero había una excusa cierta: ¡los tabacos de Copán! Fue lo que justificó el envío de un batallón federal hacia lo que él creía un Estado que simpatizaba con su gobierno e iba contra sus propios jefes locales. Además, que de esta manera, el tabaco y el dinero que éste representaba terminarían con seguridad en las manos de sus dueños legítimos. Arce tenía hombres colocados hasta en algunas de las posiciones claves de la autoridad hondureña.¹⁵⁴ Todo el mundo sabía del atentado contra la vida de Herrera. Se disparó en su propio dormitorio en donde las balas penetraron enterrándose en el colchón donde dormía en aquel momento su esposa, y milagrosamente evadieron el blanco.

El clero se manifestaba abiertamente hostil. Irías, el obispo interino, excomulgó a Herrera aduciendo, entre otros cargos, que el Jefe de Honduras era masón y protestante. Estalló la revuelta en Tegucigalpa y grupos de bandoleros brotaron en varios puntos del país. Hubo tal perturbación que el gobierno provincial se vio forzado a declarar al obispo interino Irías fuera de la ley. Era éste justamente el detalle que Arce había estado esperando. El tabaco de Copán debía protegerse, pero también debían serlo la ley y el orden según lo sustenta la Iglesia. Los hombres enviados a custodiar el tabaco pusieron precipitadamente en marcha.

Pueden los caminos ser pedregosos y altos y los senderos empinados pero las noticias se riegan velozmente cuando hay política de por medio, en particular cuando fuerzas vitales como lo son la Iglesia y el Estado se hallan en discordia. "Por qué", preguntábase los funcionarios en Comayagua, "el presidente de la República Federal manda al coronel Milla con tropas, camino de la capital hondureña, si el objeto de interés se halla en los llanos de Santa Rosa? No, había algo más que el ojo no podía descubrir".

Las risitas y murmullos de satisfacción emitidos por seglares y clero conservadores de Comayagua no hicieron otra cosa que fomentar esta sospecha. La situación exigía ser cuidadosamente observada. Fue con esta idea que Herrera despachó un destacamento de cuarenta hombres a Intibucá, en la tierra de las montañas altas, aunque, sin embargo, próxima a los pasos naturales por donde los senderos atraviesan hacia Copán al norte y al este yendo a los Estados de Guatemala y El Salvador respectivamente.¹⁵⁵

Hacía frío en la población india de Intibucá, asentada con sus casas bajas de paredes de adobes cerca de la superficie del pequeño llano ondulado. Soplaba con furia el viento a través de la floresta de fragantes pinos y agua cristalina manaba entre las rocas por el suroeste del pueblo en donde los habitantes solían bañarse a la luz incierta y glacial de la madrugada. La propia naturaleza de la región era inhóspita, y el carácter del grupo lenca que aun habitaba y era el amor de esta zona sufrió la misma influencia telúrica. Estas eran gentes que no se comunicaban con el forastero pero sí eran leales y seguían ciegamente al cabecilla que había ganado su confianza.

Los hombres de Intibucá estaban vinculados por lenguaje y psicología con los de una población que estaba a dos leguas de distancia sobre una meseta alta y ventosa,

Yamaranguila. Estaban acostumbrados a las rutas polvorientas que unen las aldeas y los tortuosos atajos en las montañas que cortaban o seguían el "camino real" español.

Le interesaba a Casimiro Alvarado, jefe de las fuerzas hondureñas enviadas por Herrera, no perder de vista los movimientos de las tropas federales; averiguar qué estaban haciendo y para dónde iban. Le confortaba que hubiera indios amistosos que sabían que los extraños iban desplazándose constantemente hacia el este. Esta noticia intranquilizó a Alvarado. La única solución era enviar un astuto hombre de Cantarranas, Francisco Ferrera, junto con diez hombres de confianza para que reportasen la potencia y los movimientos de los federales.

Siempre han sido famosos los lencas por lo belicosos y entre ellos un buen guerrero respeta a otro. Las tropas de Milla eran muchas y las de Ferrera no pasaban de diez. Pero había indios que conocían al dedillo cada grieta rocallosa de las laderas, y cada pino soberbio que se clavaba en el cielo del Occidente. Por un momento pareció que el coronel y sus hombres no iban a poder llegar más allá de Yamaranguila.¹⁵⁶ Sin embargo, diez no podrían hacerle frente a una división completa. La ley de las probabilidades no lo permite. Se había aconsejado a Ferrera retirarse para que se reuniera con Alvarado en Intibucá. Casi inmediatamente pusieron en marcha, dejando al coronel Milla y sus tropas curándose las heridas antes de que pudieran también continuar hacia Comayagua.

Herrera recibió la información necesaria acerca del número de la fuerza enemiga y del rumbo que llevaba. Arce tenía en su haber otra excusa con la "batalla" de Yamaranguila para castigar al gobierno liberal del Estado de Honduras.

La iglesia colonial de San Sebastián en el arrabal sur de la población fue profanada por las tropas invasoras quienes la usaron como cuartel.¹⁵⁷ Algunos de los edificios y casas más admirables yacían reducidos a rescoldos humeantes, como resultado del crimen, el fuego y la rapiña. El Jefe de Estado, Dionisio Herrera, fue encarcelado en Guatemala, en donde tenía como prisión, cosa bastante singular, la propia casa de Arce. Su Secretario General, Francisco Morazán, convertido en fugitivo seguía siendo un patriota ardiente cuya misma personalidad, y el fervoroso celo mostrado en su misión de una alianza centroamericana sin tiranía, atraieron firmemente en su derredor más y más adeptos.

Dejábase ver otra faceta de la vieja controversia de liberales contra conservadores. Era aquel problema que todavía trae preocupada a la república más vieja del hemisferio occidental, los Estados Unidos de Norte América: los derechos de los estados en contraposición a la interferencia federal. Los hombres no se adherían a Morazán o simpatizaban con él ya por su personalidad o su pasión por la idea centroamericana. Aunque en general Honduras era conservadora y resentía la intrusión extranjera. Esto se puso de manifiesto con más claridad en el rápido cambio de suerte que el fugitivo, Morazán, experimentó. Era casi increíble. Huir de la prisión bajo el pretexto de una enfermedad,¹⁵⁸ volver a su tierra y con una fuerza reducida de ciento treinta y cinco hombres vencer a su viejo opositor, José Justo Milla, en la batalla de la Trinidad; encontrarse a sí mismo en la posición de jefe activo del Estado, y todo esto dentro de seis meses, es algo que no se hace todos los días.

La senda no era cómoda en ningún sentido. Físicamente había momentos angustiosos, marchas forzadas en el este de El Salvador, arriba, en la franja montañosa meridional de

la contigua Honduras; alimentos malos o escasos; los soldados casi en harapos y sin recibir la paga desde hacía muchos meses; y, para colmo de males, la famosa batalla en la hacienda de Gualcho. En cierto sentido, fue ésta la pelea que puso a Morazán por las alturas ante los ojos del pueblo, más que ninguna otra.

Al mismo tiempo el resultado de este suceso actuó a modo de bandera enfureciendo a sus enemigos, volviendo más fuerte el vínculo común que unía a los ricos. A través de la cordillera volaron los cuentos como pájaros. No se necesitaron inalámbricos ni alas de aeroplanos para que los llevaran. De algún modo, los ricos de Guatemala, Comayagua, la distante Olancho, y León, de Nicaragua, enteraron que el victorioso caudillo había obtenido para sus hombres salarios y vestimentas tomados a la fuerza de los habitantes de San Miguel. Oyeron que Juan Pérez, el más rico de dichos ciudadanos había resuelto entrar en el cuartel, como soldado raso de infantería, en vez de entregar su dinero, y que solamente unas pocas horas después se arrepintió de su acción y, pidiendo permiso, se volvió a sus propiedades para conseguir y mandar los 5,000 pesos que se le habían asignado.¹⁵⁹ Los ricos y los intolerantes estaban al corriente de estos acontecimientos. No sabían o consideraban más conveniente ignorar las medidas disciplinarias y protectoras que para sus semejantes había dispuesto el hombre a quien odiaban. Aconteció, por ejemplo, el fusilamiento del capitán Cervantes, uno de los hombres de Morazán, por orden de éste. El capitán había arrebatado una cadena de oro del cuello de una mujer adinerada en el mismo San Miguel.¹⁶⁰ También se contaba de la viuda de un soldado enemigo quien rogaba se le devolviera su casa, que las tropas habían confiscado. El jefe del ejército, ataviado con unas relucientes botas negras, pantalones blancos con una franja roja, un cinturón rojo, una casaca del mismo color con charreteras, y un sombrero casero de hoja de palma de su Honduras, se levantó para saludarla, y galante, graciosamente, escribió unas pocas palabras sobre un papel que dio a la viuda y su niña, y una vez más les otorgó posesión de lo que les pertenecía por derecho.¹⁶¹ Sin embargo, estas cosas no parecían difundirse fácilmente. No, la raza humana es siempre la misma y se oye exactamente lo que se quiere oír o lo que conviene.

El problema era interminable. Siempre ha habido descontentos y siempre los habrá. La tragedia era que Morazán tenía que gastar su energía y su tiempo tratando de reprimir tales elementos cuando había que tomar Guatemala, y debía establecerse la unidad de Centro América. Lo que más lo hería era que su propio Estado fuese un foco de traición. Esto era algo que podía verificar repetidas veces: durante las noches que se le iban sin dormir en sus cuarteles en perpetuo movimiento; bajo los acribilladores rayos del sol de mediodía cuando avanzaba a marchas forzadas; en los fríos vados de los ríos crecidos; cuando soportaba el repiqueteo de las lluvias invernales que caían como agujas.

La extensa provincia de Olancho con sus tierras de muchas leguas densamente pobladas de vegetación y al mismo tiempo sus fértiles pastizales con miles de cabezas de ganado constituían la angustia principal de su país. Aquel territorio rico, pero aislado, ofrecíase como un escondrijo natural y un paraje codiciado para los bandidos revoltosos y los descontentos. Monárquicos y conservadores se concentraron allí. Las noticias que llegaban eran horribles, alarmantes. En cierto modo, Morazán estaba agradecido por las marchas disciplinadas después de las escaramuzas. Así tuvo oportunidad para trazar sus planes cuidadosamente con respecto a Olancho. Era reconfortante aquel caminar hora tras hora a caballo, un descanso mental aunque el cuerpo tuviera que acostumbrarse a ciertas privaciones y esfuerzos. Se sentía aliviado tal vez por una taza de chocolate

caliente, ofrecida en una jícara por manos femeninas y palpitantes de emoción, cuando el jefe del ejército se detenía ante una casa campestre de adobe al margen del camino. Era satisfactorio observar el entusiasmo con el cual la gente de campo le acogía. No. Morazán estaba convencido. Sólo el clero fanático quien lo asociaba con Herrera, y los ricos egoístas eran los que estaban contra él. Y a medida que cabalgaba iba pensando, detalle por detalle, hasta que alcanzó a situarse en el centro del problema. El resultado fue la proclama que dirigiera al pueblo de Olancho el 22 de noviembre de 1828, mientras marchaba hacia la capital federal.

El manifiesto era enérgico e iba al grano. Expuso claramente en cortos párrafos las razones de los disturbios sin dejar lugar a dudas... "Quieren que no toméis las armas contra la nobleza de Guatemala, porque ellos pertenecen a aquel partido. Quieren que no déis dinero para sostener la libertad, porque tratan de esclavizaros. Quieren que obréis contra el Jefe legítimo del Estado, sin tener elementos ningunos para vuestra defensa, porque desean veros perecer, ya que no pueden tiranizaros; porque quieren de este modo embarazar las provincias de un Gobierno que se ha dedicado siempre a sostener las leyes..." y... "Yo creo no remitiréis a vuestras débiles fuerzas lo que se puede terminar por la razón. Me persuado que hará en vosotros lo que debía hacer el ejército que marcha a mis órdenes. Estoy convencido que evitaréis con tiempo los males que os anuncio, y que un sincero arrepentimiento, una nueva conducta me obligará a abrazaros como amigos, en lugar de trataros como rebeldes...". Y terminaba con la promesa de paz para los inocentes y los no beligerantes... "¡Directores enemigos de los habitantes de Olancho! Se aproxima vuestro término: váis a pagar muy pronto los males causados a esos inocentes. El valiente ejército que ha vencido en los campos de Gualcho y triunfado en las llanuras de San Antonio, marchará sobre ese Departamento. Nada tienen que temer sus sencillos habitantes, que engañados han obrado contra sus propios intereses...".¹⁶²

Con la simple firma, F. Morazán, el manifiesto completo fue enviado a la comarca rebelde y el ejército liberal continuó luchando por abrirse paso hacia Guatemala.

Guatemala, foco de elementos tiránicos y conservadores, estaba equipada con un ejército competente y con oficiales resueltos, a pesar de las diversas derrotas que los monárquicos habían sufrido comenzando con la batalla de La Trinidad. Hubo algunas retiradas. Por momentos parecía que las fuerzas invasoras se hubieran juntado de veras con su contrincante,¹⁶³ pero finalmente el 13 de abril de 1829, la capital fue tomada. Las heridas que Arce y sus adeptos habían inferido al movimiento reformador en Centro América habían comenzado a sanar satisfactoriamente.

La Asamblea de Honduras nombró Jefe del Estado a Morazán. A su instigación, compraron la primera imprenta en el país,¹⁶⁴ e hicieron planes para el progreso de la patria. Desgraciadamente el acontecimiento completo no fue como un cuento de hadas con final tranquilo y feliz. Nicaragua estaba en anarquía y debía ser pacificada antes de que la unión federal pudiera hacerse efectiva.

Las distintas inquietudes crecientes puestas en evidencia por los colonos en general no pasaron desapercibidas para España. Como un padre ofendido que nunca creyera por completo que su hijo se volviera adulto y se marchara, así ella estaba convencida de que las colonias eran suyas por derecho de nacimiento, y habían de permanecer suyas para siempre. Existían dos puntos importantes para iniciar la reconquista: México y la

Capitanía General de Guatemala. Esta última naturalmente tocaba el propio territorio de Honduras porque era Omoa el puerto más propicio para comenzar tal movimiento en la América Central.¹⁶⁵

El intento fue breve y encontró el fracaso, en primer término a causa de la falta de dirección española en la República de México. Era suficiente, sin embargo, azuzar mayor descontento y sublevación en la conservadora Honduras. En realidad, Morazán no estaría capacitado para tomar posesión de la jefatura del Estado hasta el 2 de diciembre.

¡Ser Jefe de un Estado en alboroto aparentemente perpetuo! Este no era el sueño que impulsaba a Morazán a través de barro, agua y polvo; lo que fue causa de noches en vela, decisiones que sangraron su corazón y sacrificios personales era la idea de la unión, de unión y más unión; una federación de estados centroamericanos, la única fuerza que le empujaba hacia adelante. Así, no ha de causar sorpresa que cuando continuaron llegando hasta sus oídos las noticias de otras insurrecciones en varios lugares de Honduras, y particularmente en Olancho, no se quedara a disfrutar de su nueva posición sino que, invistiendo con su poder a uno de sus consejeros montó una vez más a caballo.

Era el 4 de diciembre de 1829, y el general de los ejércitos Federales instaló sus cuarteles temporalmente en Tegucigalpa. Había dos razones para la pausa, además de la necesidad de descanso. Morazán quería obtener toda la información posible de última hora acerca de la situación de Olancho y sacar ventaja de aquel alto escribiendo un mensaje para las regiones rebeldes.

El resultado de esta reflexión fue una proclama directa con un simple encabezamiento: "Hondureños: Heme aquí entre vosotros..."¹⁶⁶ Dio un informe conciso de los resultados obtenidos por el ejército enemigo y de lo que él mismo había hecho para ayudar a volver los asuntos centroamericanos a un estado normal, de modo que el resultado fuera la paz, y el país pudiera comenzar a erigir una sociedad ordenada y constructiva. El estadista era prudente. No acusaba a ninguna región en particular ni llamaba la atención hacia los cabecillas.

Su proclama era más bien como la del que, hondamente herido, invocara la causa que lo hacía sufrir.

Había sólo un párrafo corto que apuntaba como un clavo agudo en la raíz de todas las congojas... "Las discordias civiles en Honduras están llamando la atención de los Estados, no menos que de las autoridades federales. Todos a porfía, sin excepción ninguna de opiniones ni de partidos, ofrecen a este Gobierno recursos para terminar una guerra devorante y destructora, que, tiene objeto de utilidad conocida para nadie, y que sólo sirva para disponernos a todos a las cadenas que nos prepara el más cruel de los tiranos, Fernando VII. Yo haré uso de los recursos que se me ofrecen, si después de esta franca manifestación hay quien no valiéndose de la seducción, del engaño o de la fuerza, quiera continuar asesinando a la patria. Cuando vea yo los errores que los pertinaces han traído sobre sí y sobre sus hermanos, tendré el consuelo de decir: he hecho cuanto estaba de mi parte para evitarlo".¹⁶⁷

No había ninguna otra mención de lo que hiciera al general y jefe de Honduras, que el hecho de que su propio Estado continuara siendo la fuente de tales disturbios y aventando el sueño de unidad alejándolo hasta confundirlo con el horizonte.

El manifiesto fue firmado y echado al vuelo. Varios jinetes lo llevaron a todos los rincones del país, especialmente a Opeteca, en el valle de Comayagua, y a Juticalpa en el noroeste.

Juticalpa, la entrada de Olancho, era el cuartel de un grupo de insurrectos, muchos de los cuales mantenían alianza con la Corona española. El territorio mismo con sus cerros densamente arbolados, servía de excelente escondrijo para las bandas descontentas, merodeadoras algunas, las cuales habían huido de la vecina Nicaragua, para ejercer el pillaje o para ocultarse, porque no les gustaba la atmósfera política del momento. Para un caudillo no había más que una cosa: ir a la fuente de la discordia y agarrar al toro por los cuernos. Francisco Morazán, hizo a un lado la holgura y el lujo de su población natal y entró a pelear con sus hombres.

El Jefe de Honduras pudo otear la iglesia de techo pajizo de Juticalpa con su plaza verde al frente, al adelantar su caballo sobre la suave loma de la vuelta del camino. El animal resbaló sobre los gastados guijarros que marcaban los límites de la población. Esto fue la causa de que el recipiente de plata, en forma de jícara, que cargaba sobre su silla de montar, golpeará ruidosamente contra los arreos militares y tocara repetidamente la piel sudada del caballo. Cabalgaba el general sin notar el resbalón de los cascos ni el ruido de la jícara. Estaba ocupado en abarcar el panorama que le rodeaba. Al este, la iglesia del Calvario presentaba un decidido contraste con el color vivo de los potreros, que se perdía suavemente en el bosque. Sus ojos vieron un paraje castaño apagado en el extremo posterior del potrero verde que todavía mostraba los signos de la tierra tostada a pesar de que los nortes de enero habían traído hacia el interior las lluvias recientes del Caribe. Desde allí su mirada pasó rasando sobre el aplastado cuartel y luego sobre el pequeño grupo de hombres montados que habían salido a encontrarle.

Era fácil ver que había habido disturbios. No fue muy útil la carta que recibió en Morocelí del coronel Márquez explicando los sucesos. A pesar de la victoria las tropas de Morazán ganaron en Telica, el elemento rebelde había hecho incursiones hasta el interior de Juticalpa. El paisaje quemado se ofreció como testimonio mudo. La presencia de Domínguez, el general rebelde y reaccionario en Yoro, parecía haber animado a los revoltosos. El coronel Márquez, en el norte, estaba muy ocupado.

Morazán se sentía deprimido. No había ninguna esperanza de paz. A causa de un impuesto que decretó para defender al Estado de las garras de un gobierno dictatorial, se armaron los egoístas con plata, que muy bien podrían pagar por su libertad. Se cansó y se puso afligido al recordar lo que sufría Olancho. Catacamas con sus tierras ricas; Manto, cuyos campos se ensangrentaron en los días de los salvajes jicaques, Gualco, y también Juticalpa, habían sufrido consecuentemente a manos de los españoles desde que sus hombres entraron por primera vez en la vieja provincia. Y ahora, los criollos, el campesino que no tenía interés en la política internacional o interior, sino que vivía para su finca y lo que ésta le producía, fue obligado a pelear para satisfacer las ambiciones de los reaccionarios. ¡Qué ironía la de estos que impondrían más impuestos sobre los pobres y al mismo tiempo sabrían escapar a la obligación de pagarlos! Sí, éste era el

momento de actuar, antes de que Domínguez pudiera organizar todo Olancho contra la República.

No disgustó a Morazán que su causa pareciera tener tan pocos amigos en Juticalpa. Sabía por experiencia que semejantes condiciones cambiarían pronto. Con calma y determinación, el general desmontó frente al edificio que habría de servirle de cuartel unos cuantos días.

La gente estaba aterrorizada. Unos pocos llegaron casi continuamente a visitar al general para conversar con él y darle quejas. Otros no llegaron, pero se apostaron cerca de sus casas tratando en vano de lograr una sensación de seguridad que por algún motivo no sentían. Morazán lo advirtió. Había aprendido a ser sensible a las emociones del pueblo que le rodeaba. En verdad, era con el pueblo con quien se sentía más en casa. Morazán sabía tratar a la gente. Su manera firme aunque suave, su facilidad para conocer a los hombres, y su aguda comprensión de la gente de campo le ganaron incontables amigos. Olvidaban enseguida el ligero y afeminado tono de su voz en favor de la verdadera personalidad del hombre.¹⁶⁸ Su mismo acento daba un poder particular a la fluidez de sus palabras, que le daban un bien ganado renombre.¹⁶⁹ Era disciplina lo que exigía a sus soldados. Nunca permitió el pillaje ni la bellaquería, y con todo esto había entre ellos comprensión y respeto mutuo. Gradualmente se esparció la fama de su equidad con aquellos que habían tomado armas contra él, infiltrándose hasta los distritos más remotos en donde el enemigo estaba combatiendo a las órdenes de cabecillas pagados con moneda enemiga y dirigidos desde Belice, aquella antigua atalaya de la piratería.

Era el año de 1830, y un hombre delgado, con una casaca militar, cabalgaba solitario sobre la boscosa senda. Su brillante espada centelleaba al sol matutino. Desde la distancia la enhiesta postura del jinete daba casi la impresión de formar una sola pieza con el porte resuelto de su caballo. La compañía de hombres armados que esperaba al que recién llegaba, inspeccionaban en silencio todos los detalles, muchos con una mirada sospechosamente beligerante que asomaba a sus ojos fijos y curiosos. Notaron que la distante retaguardia del ejército federal, en su mayor parte compuesta de salvadoreños, iba apenas dando vuelta a la curva.

Había murmullos de la cuadrilla alerta. Estaban asombrados de que la persona cabalgara sola de modo que cualquier podría balearlo con facilidad. Unos pocos, sin que se dieran cuenta, acariciaban la pistola de largo cañón que les colgaba de las caderas. La mayor parte de ellos, sin embargo, se mantenían en silencio y a la expectativa. El hombre de la casaca militar no refrenó su caballo hasta que estuvo cara a cara con el grupo. Luego simplemente tocó la rienda, pero el animal parecía saber lo que esperaba su amo. No había ni que dudarlo. El jinete solitario estaba seguro de sí mismo. Y ahora que estaba cerca repararon los hombres que sus ojos estaban dotados de un poder de penetración y que su figura era tan dominante que uno se sentía empequeñecido cuando se estaba a su lado. Advirtieron sin pensar que era necesario ser un hombre para dejar lejos sus tropas y cabalgar imperturbable por el centro de aquel círculo de cabecillas de la insurrección de Olancho. Era el 21 de enero de 1830, en "Las Vueltas del Ocote", sobre la carretera cubierta de pinos.

Morazán apretó sus resueltos labios que se adelgazaron dibujando una sola línea. Sabía que aquellos con quienes se enfrentaba estaban listos a usar cualquier pretexto para

declarar abiertamente su enemistad. La premura de los sucesos le había enseñado mucho con respecto a su gente. Sus palabras fueron breves y directas. Invitaba a los jefes a conversar con él, todo tipo de una manera que invitaba a que se le obedeciera. Parece que al general le tuviera sin cuidado que su ejército estuviera distante.

Cuatro hombres avanzaron encarándosele. Los llamó "conciudadanos" y les suplicó que se sentaran allí como soldados sobre la tierra. De pronto pareció como si el grupo hubiera sido empujado por un resorte oculto. La magnética voz del que hablaba actuó como una fuerza extraña sobre el grupo congregado. Las diversas facciones de Olancho sentáronse sobre la tierra húmeda y caliente. Eran un conglomerado de gentes estrambóticas: veteranos con "caites" y cabecillas con botas brillantes. En su mayor parte eran individuos curtidos y calculadores que más parecían bandidos que soldados o miembros de una milicia legítima. Y la mayoría de ellos eran bandidos y degolladores. Olancho respiraba difícilmente, sangrienta y agotada después de los crímenes, la rapiña y los incendios.

Lo primero que hizo el general fue llamar la atención sobre su manifiesto, y preguntar si en verdad los hombres comprendían cuál era la causa de la guerra. Enfáticamente expuso su deseo y lo que representaba, en favor de la paz de Honduras, explicando que sólo por este medio podría haber prosperidad. Hábilmente, Morazán señaló que había sido acusado por sus enemigos, en particular los aristócratas y conservadores de Guatemala, de arrancar dinero a los ricos.

Recordaba que fuera de unos pocos de sus acaudalados adversarios de San Miguel, no había exigido dinero a ningún otro, y ello fue tan sólo para alimentar y vestir a sus tropas exhaustas. Era en verdad una exhortación de soldado a soldado. Su promesa esencial fue de paz y una garantía de libertad eximiendo de contribuciones a los olanchanos durante siete años, porque, como no vaciló decirlo, había un impuesto pendiente desde el comienzo de la rebelión y Honduras necesitaba paz.

Morazán prometió inmunidad a todos aquellos que habían estado implicados en la rebelión. Como prueba de la sinceridad de sus palabras, hizo salir del grupo a dos cabecillas principales. A uno lo nombró su comandante y al otro su Jefe Político.¹⁷⁰ Había conquistado a la rebelde Olancho sin disparar una bala ni perder una gota de sangre.

La tropa que regresó a Tegucigalpa estaba cansada pero contenta. Sin embargo, su satisfacción duró poco. Continuaron llegando mensajes aflictivos con la misma información fastidiosa. La rica región minera de Opeteca en los límites septentrionales del valle de Comayagua se había sublevado, y el cabecilla era el presbítero Antonio Rivas.¹⁷¹ La Iglesia y, en particular, el grupo conservador que iban acumulando sus resquemores desde los días del gobierno de Herrera, sencillamente no estaban conformes. El camino a Tegucigalpa desde Olancho parecía largo, pero el sendero que conducía a Comayagua lo era todavía más. Morazán tenía asuntos sin resolver en su ciudad natal. Había dejado a un coronel preparando fortificaciones adecuadas y a otro al sur de Ojojona sobre el camino del Salvador, en caso de un ataque sorpresivo mientras él estaba ocupado en el este.¹⁷² Ahora, sin embargo, con las continuas malas noticias de Opeteca sintió que no podría esperar hasta su llegada a la ciudad. Aun sobre la marcha, el general mantuvo comunicación constante con su partido en Comayagua. Ricas minas significaban simpatizadores españoles y Morazán estaba siempre temeroso de nuevos

levantamientos promonárquicos. La acción tenía que ser pronta y lo fue. Casi de noche llegó el feliz anuncio de que el coronel José María Gutiérrez, su conuño,¹⁷³ había dominado la rebelión y la región de Comayagua estaba libre de contiendas por algún tiempo.

Quedaba mucho por hacer. Morazán difícilmente tenía tiempo para reasumir su posición como Jefe del Estado cuando se supo que era uno de los tres candidatos oficiales para la presidencia de Centro América. Sus rivales eran hombres prominentes: el sabio José Cecilio del Valle y el hábil orador José Francisco Barrundia. Los aspirantes apenas se tomaban la molestia de hacer propaganda. Ciertamente ni Barrundia ni Morazán levantaban un dedo para ayudarse.

Pero una vez que alguien se ha apoderado de la fantasía y de la atención del público, éste no puede ser disuadido. Morazán era como un símbolo. Recurría al pueblo. Contra una superioridad numérica y con poco o ningún respaldo financiero, había batido las fuerzas federales, los ejércitos prohispanos, cuando parecía imposible. Las batallas de La Trinidad, Gualcho, la última capitulación sin sangre en Olancho, todo esto y el hecho de que los hombres lo seguían, con o sin paga, emocionaba el alma popular. Había impuestos, sí, pero salían el enemigo, los ricos, el clero, o de la oposición. Su propio gobierno en Honduras y los hombres que le apoyaban y estaban a su lado aprobaron leyes que tenían un sentido popular. La supresión del privilegio clerical conocido como "el fuero", el hecho de que ni los obispos ni los vicarios generales podían hacerse cargo de sus nombramientos sin el visto bueno del Jefe de Estado, la venta de terrenos nacionales a los pequeños finqueros, el impuesto del diez por ciento sobre la exportación de madera y otras leyes similares encontraron el apoyo popular.¹⁷⁴

No, nada de extraño era que Francisco Morazán casi al caer la noche se encontrara en Guatemala el 14 de septiembre de 1830, Presidente electo de la Federación Centroamericana sin el más ligero esfuerzo de su parte. Es significativo que al día siguiente el 15 de septiembre, fue la primera conmemoración general del aniversario de la independencia, la cual fue la víspera de un período de diez años de confederación con Morazán a la cabeza.

Los rumores requieren mucha energía para ser refutados. Circulaba un chisme avieso e insistente acerca de las sublevaciones en Omoa y Trujillo, puertos en donde el dinero corría rápidamente y los barcos y los hombres llegaban y se iban enarbolando la bandera que mejor se adaptara a la fantasía del momento. Y no todas eran sospechas infundadas. El emblema rojo y gualdo de España flotaba en lo alto del asta sobre la fortaleza de calicanto de Omoa. La rebelión se esparció hacia El Espino y Opoteca en la entrada del valle de Comayagua. Hombres valientes fueron encarcelados o fusilados. Todo era parte del proceso de estructuración del país. La provincia de Comayagua o de Honduras iba tomando forma lentamente.

Con Morazán, Presidente de la República Centro Americana, Honduras eligió sus propios jefes: Joaquín Rivera, el coronel José Antonio Márquez, José Francisco Milla, y de nuevo Joaquín Rivera para nombrar algunos de la lista.

A pesar del hecho de que la "Gaceta del Gobierno" aparecía desde 1830, casi en seguida que Morazán intervino para obtener una imprenta, ningún libro había sido editado. El primero que apareció, llevaba como título "Primeros rudimentos de Aritmética", escrito

por el sacerdote Domingo Dárdano, catedrático de gramática y director del Seminario de Comayagua. Inmediatamente siguió la primera ley básica de justicia y una agraria.¹⁷⁵

El país daba señales de que había llegado a un período de desarrollo. Pero parecía que todo sucedía, y el pueblo, actuando fiel a su estilo, acusó al gobierno de todo lo malo y aceptó con calma lo bueno. En el vecino Estado de Guatemala el cólera morbus, el mortal cólera, estalló por todos lados. Las pulgas, perniciosas y despreciables, brincaron las fronteras. En realidad, ellas no tenían que limitarse a los animales para ser llevadas a través de los linderos que el hombre había trazado. Los soldados iban y venían. Los indios de Ocotepeque, Gracias y Copán usaban las fronteras a su antojo. Las pulgas no dieron tregua. Por desgracia, entre las áreas más duramente afligidas estaban Nacaome, Texíguat y Manto,¹⁷⁶ lugares en donde las tropas federales habían instalado su cuartel general. Eran en su mayor parte poblaciones indígenas, gentes cuyas emociones son tensas y profundas y, una vez que confían, se adhieren obstinadamente a sus convicciones.

Los enemigos federales eran astutos. Se había presentado una oportunidad para aplicar una técnica de propaganda que habría sido difícil de combatir. No había muchos ciudadanos que comprendieran cómo se transmitía el cólera. Bastaba mover la lengua y sembrar la idea de que el gobierno central había envenenado el agua, especialmente en las áreas donde los brotes eran más violentos, y que estaba diseminando la maléfica enfermedad a propósito.¹⁷⁷ En Guatemala, donde se inició primero la epidemia, la fuerza de estos rumores fue suficiente para constituir una de las causas principales de la caída del Jefe de Estado, Mariano Gálvez, y para apoyar la ascensión del caudillo del partido conservador, el indio cruel y fanático, Rafael Carrera.

Pocos pudieron ver que Honduras cumplía con la parte de la carga federal que le correspondía para integrar con muchas porciones una unidad definida y potente. Pero era infausto para el país que algunos que habían sido sus defensores estuvieran enamorados de la insidiosa idea de separatismo, aquel germen que en cierto sentido nace de una falta de visión, una negativa para realizar mínimos sacrificios, y la propensión natural de la raza humana a ser gobernada por su propia avaricia y ambición.

Francisco Ferrera, en otra ocasión adicto aliado del régimen liberal, estaba con los separatistas. En realidad, podría llamársele uno de sus primeros miembros. No importaba cuáles leyes o reformas pretendían los federalistas. La palabra cooperación sencillamente nada parecía significar. El único objeto era destruir lo que al principio había sido el sueño de los patriotas: la unión.

Y en verdad, por todas partes se vino abajo el gobierno fe-deral. Nicaragua encabezó el movimiento separatista. Honduras, como era de esperarse, se percató de que se contaba entre las primeras para declarar su independencia. Fue seguida rápidamente por Costa Rica, un poco más tarde por El Salvador, y finalmente, casi diez años después, por Guatemala.¹⁷⁸

Morazán fue al destierro. Perú y Nueva Granada (Panamá) le asilaron. Una guerra intestina se ensañó en Centro América, y el tiernamente acariciado sueño de su antiguo Presidente se precipitó en un abismo caótico. El tiempo y la distancia son factores poderosos en el proceso para obtener un juicio claro. Sentado frente a su mesa de escribir dentro de la casa esquinera de dos pisos en David, en la provincia de Chiriquí,

Morazán tuvo oportunidad de sobra para cambiar sus sentimientos por consideraciones desapasionadas que adoptaron la condición de palabras claras y frescas en su "Manifiesto al Pueblo de Centro América" (David, 16 de julio de 1840), y en sus memorias menos sentimentales aun, que en sí mismas muestran un análisis crítico de sus actos y sus faltas. Si la historia puede ser escrita por aquellos que la hacen, esas memorias son uno de los ejemplos más trascendentales del mundo, y ofrecen una razón obvia para la frase desgarradora que aparece en su última voluntad y testamento, escrito con tal prisa sólo un año después en San José de Costa Rica... "El desorden con que escribo, por no haberseme dado más que tres horas de tiempo para morir...".¹⁷⁹

Quedaban sólo tres horas, que supo muy bien utilizar porque era la generación que vivió y murió por un ideal y no por posesiones materiales. Su misma voluntad y su testamento perduran como un testimonio de la época. En su breve contenido las deudas pecuniarias que indica, fueron el resultado del dinero que había gastado en defensa de la unión. Tenía poco o nada que dejar a su esposa y familia. En realidad, su señora, su vida, era su ideal, la federación. Lo expresó con sencillez en aquel memorable documento. "Declaro: que mi amor a Centro América muere conmigo".¹⁸⁰

¡Qué capricho el del destino, decretar que en el propio aniversario de la independencia, 15 de septiembre de 1842, Morazán fuera conducido hacia la muerte! Hay algo de irónico en sus palabras a Vijil: "¡Con qué solemnidad celebramos la independencia!".¹⁸¹ Y al ofrecer un asiento al coronel Villaseñor quien sufriera la misma sentencia, con toda calma observó: "Querido amigo, la posteridad nos hará justicia".¹⁸²

Un capricho y casi un cambio del destino puesto que parecía que los propios elementos de la naturaleza no estaban de acuerdo con tan prematura muerte. El pelotón del fusilamiento estaba listo. Una de las propias víctimas, Francisco Morazán, hizo señas a un soldado para que tomase mejor puntería y le hiriese directamente en el pecho. Retumbaron los disparos, pero fue Villaseñor quien cayó sin vida sobre el suelo. El hombre que había sido a un tiempo Jefe de Estado de Honduras, El Salvador, y en Costa Rica, y había sido Presidente de la América Central levantó su cabeza del húmedo suelo para gritar: "¡Estoy vivo, acaben de matarme!".¹⁸³ Y otra vez las detonaciones llenaron la atmósfera en suspenso.

Los separatistas consiguieron lo que perseguían. El drama demasiado real que tuvo lugar en San José de Costa Rica a las seis de la tarde, el 15 de septiembre de 1842, dejó huella profunda.

Comenzaba un período de tragedia para Honduras. El país se encontró en la exasperante condición de no tener personalidad, y todo bajo el rótulo de "independencia". En lo político la nación era soberana, una entidad separada, pero literalmente estaba peor que nunca porque en realidad era dirigida por la vecina república de Guatemala. Lo que sucedía era que Guatemala desde lejos vigilaba e influía sobre los hombres que gobernaban Honduras.

Casi todos los psiquiatras reconocen que uno de los complejos más peligrosos es el de la inseguridad. Sucediéronse los presidentes en Honduras. Revoluciones periódicas y reinados de terror estallaron, como siempre, en las regiones más aisladas. Olancho, con la que debió haber sido su población próspera y laboriosa, se estremeció sufriendo crímenes indecibles. Curarén, Gracias e Intibucá adquirieron fama como centros de

militarismo e insurrección. En el fondo estaba latente la tolerancia de los gobiernos extranjeros.

El archirreaccionario Carrera, el enemigo acérrimo de Morazán, era el verdadero gobernante de Guatemala, cambiándose él mismo de Presidente a Ministro de la Guerra cuando hallaba el último puesto más de su utilidad y a su gusto. Al principio, Honduras trató en un cierto aspecto de imitar ambos papeles. No quería renunciar a la idea de unión aun cuando no le encantara la realidad. El Pacto de Chinandega, triste ensayo con Nicaragua y El Salvador, era uno de estos tanteos de existencia fugaz y terminó desastrosamente en una guerra con Guatemala, en la cual hubo maquinaciones de Nicaragua y El Salvador.¹⁸⁴ A Coronado Chávez sucedió Ferrera en 1845 con el país todavía en armas, y en marzo se firmó una paz insegura.

Como si hubiera sido protesta contra el esfuerzo desgarrado y dividido de una vacilante América Central, un grupo de jóvenes intelectuales bajo la vigilancia del padre José Trinidad Reyes fundó una academia en Tegucigalpa con el nombre de "Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto". En marzo de 1846 el instituto fue recibido con tal simpatía que le acordaron el reconocimiento oficial por parte de la Asamblea del Estado y el Presidente. Conocida como "Academia Literaria de Tegucigalpa", fue sin lugar a dudas la predecesora de la actual Universidad. La inauguración tuvo lugar en septiembre de 1847, distinción que quedó en manos del nuevo Ejecutivo, el Dr. don Juan Lindo.¹⁸⁵

Dicho Presidente cambió la Constitución creando una en la cual se destacaban los siguientes artículos: dos Cámaras en el Congreso; un período presidencial de cuatro años; la vicepresidencia; el control de la Comandancia General de Armas o, en otras palabras, el Ejército o en manos del mandatario; y la teoría poco práctica aunque encomiable de que para ser ciudadano hondureño se necesitaba saber leer, escribir y contar.¹⁸⁶

Por desgracia, casi nada era estable en Honduras, ni aun la residencia del Gobierno. El Congreso se reunió en Cedros en vez de hacerlo en Comayagua, y el Gobierno utilizó a Tegucigalpa como sede.¹⁸⁷ Si en las cuestiones internas el país no hallaba qué hacer, en los asuntos exteriores la situación era peor. Norteamérica, protestante y de habla inglesa, había invadido México. Cierto que esto no tenía qué ver ni siquiera remotamente con Honduras, pero el Presidente Lindo, aristócrata por naturaleza e incitado por el exalumno de los jesuitas, Rafael Carrera, sin el apoyo de la Asamblea, declaró la guerra a la lejana República. No fue ésta una jugada certera; sirvió únicamente para conocer la mentalidad que subyugaba a todo el país. Con la Gran Bretaña le fue peor. Por aquel tiempo, Carrera parecía ya haberse aburrido de Lindo, desplazando su protección hacia Santos Guardiola, en otra época Ministro de Relaciones Exteriores de Ferrera, que en aquel momento era un general al servicio de Lindo. Inglaterra tenía una predisposición al entremetimiento, aceptando de mal humor los tratados que habían redactado sus Ministros y la Reina Victoria. El encargado de negocios británicos, Federico Chatfield se jugó una astuta partida. Estacionado en Guatemala, se captó la confianza del partido conservador que decidió hacerse el sordo al ver que los ingleses habían repudiado extraoficialmente el convenio con Belice estableciendo un gobierno formal en la atalaya pirata de otros días. La isla del Tigre, en la Bahía de Fonseca fue tomada, para no mencionar el saqueo anterior de la aduana del puerto de Trujillo y la forma ilegal de las Islas de la Bahía.¹⁸⁸

Desde el principio, el asunto fue complicado. La posición de la isla del Tigre era estratégica con respecto al proyectado Canal Interoceánico por la cuenca del río San Juan.¹⁸⁹ Mr. E. G. Squier, encargado de negocios de los Estados Unidos de Norteamérica en la América Central, trabajaba con rapidez. Arregló un tratado comercial con Honduras, y sin detenerse siquiera en averiguar si el documento tenía la aprobación del Senado de los Estados Unidos, aceptó de dicho país concesiones de tierra, las cuales incluían la isla del Tigre, durante dieciocho meses. El Primer Ministro de la Gran Bretaña, Lord Palmerston, se contrarió, a pesar de que los Estados Unidos jamás ratificaron el tratado, y la isla del Tigre volvió otra vez a manos hondureñas.

Un poco más tarde, en 1852, los presidentes militares se pusieron al frente de Honduras. El primero un hombre bajo de estatura, de maneras suaves, y en la madurez de su vida, Trinidad Cabañas. Era liberal y unionista, había hecho campañas con Morazán, y no simpatizaba con Guatemala ni su gobierno lleno de intereses políticos. Tenía razón para ello. La rica región de Copán, que por derecho pertenecía desde el principio a Honduras, había sido una de las fuentes de discordia desde los primeros días de la federación, lo cual siempre estaba presente a los ojos de aquellos que manejaban la hermana República. Ahora llegó a convertirse en el principal objetivo. Carrera necesitaba más dinero, y las rentas del tabaco eran una fuente admirable. Con toda tranquilidad Guatemala usurpó una buena parte del departamento. Al gobierno no le importaban las escrituras. ¿Acaso no estaba Honduras en manos de los liberales, esos archienemigos?

Cuando llegó la noticia Cabañas se puso más pálido de lo que era. Lo que había en él de soldado se puso alerta en esa ocasión. Era más de lo que podía tolerarse, Honduras y Guatemala se fueron a las armas. Esto duró cinco años largos y ruinosos. Al principio, a pesar del conflicto, Cabañas aprobó la realización de sus planes. Un ferrocarril para Honduras que enlazara Puerto Caballos con la capital, Comayagua; he aquí su gran aspiración. Se invitó a ingenieros extranjeros para que estudiaran la ruta. ¡En verdad, era la misma que interesó a Andrés de Cereceda y Francisco Montejo! El país crecería. La guerra no importaba. Vería terminado el ferrocarril. Por eso, Cabañas firmó el primer contrato, en junio de 1853, con Mr. E. G. Squier.¹⁹⁰ Era apasionado y lleno de resolución. Y con todo eso, Guatemala no podía ganar en los campos de batalla. Los indios de Intibucá y la Sierra alta permanecieron leales a Cabañas. ¿No era él un soldado valiente para que las aborígenes le siguieran?

Lo que no lograban hacer los militares, sin embargo, lo llevaban a cabo las intrigas. Carrera conocía el lado flaco de su adversario. Con una tenacidad inquebrantable, el partido conservador de Honduras se mantuvo unido y rehusó aceptar a los liberales aun a riesgo de caer bajo el dominio extraño. El general Santos Guardiola respaldado por los que no habían sido aceptados, tomó el camino más vil. Aceptó la ayuda de Carrera, embarcándose en una guerra civil.

Había un punto de vista desde el cual el asunto entero era ridículo, porque todavía, como en el principio, cuando se preparaba la primera Constitución de Centro América, términos y partidos poco significaban. Cabañas y Guardiola eran generales, y por mucho tiempo se habían dedicado a pelear. Cabañas, el liberal, soñaba con el ferrocarril, pero gastó sus energías en el campo de batalla con el fantasma vago de la unión desmenuzada al choque de los ejércitos. A Guardiola, el conservador, por el hecho de que otros soñaban también con el camino de hierro, le fueron entregadas una vez más las Islas de la Bahía, mientras era excomulgado por la Iglesia a causa de su liberalismo.

Cabañas, amante de la unión, siguió fiel a su ideal como un niño con el arco iris, sin jamás llegar a su término. Guardiola alcanzó la presidencia por medio de la guerra civil y armó a las demás repúblicas de la América Central contra los filibusteros norteamericanos, logrando hasta cierto punto el único conato eficaz de cooperación entre las cinco repúblicas, y decidió la muerte del más grande de los filibusteros, William Walker.¹⁹¹

Era una paradoja curiosa. Pero en aquella época, en la lejana California, se descubrían lavaderos de oro. Era más fácil y menos peligroso para un viajero en el litoral este de los Estados Unidos, embarcarse hacia el sur, hacia Nicaragua y darse a la vela por el río San Juan hasta los lagos interiores, que atravesar los distantes llanos del Occidente y las cordilleras de Norteamérica. No había indios bravos. Tampoco encontraría tempestades de nieve. Además, era angosta la franja de tierra entre el lago de Nicaragua y los puertos del Pacífico y, en Corinto, San Juan del Sur, o Amapala, otro barco les esperaba con destino a las playas doradas de California. Algunos individuos descubrieron que era más lucrativo participar en esta clase de comercio que ir a ciegas tras del metal deslumbrante. El que más se distinguía entre aquellos hombres de negocio era William Vanderbilt, quien después hizo varias fortunas en otra empresa de transporte, los primeros ferrocarriles de los Estados Unidos. Vanderbilt garantizó el paso por Nicaragua, y centenares de personas tomaron tal ruta del Mar Caribe.

Durante ese tiempo un joven médico y abogado, William Walker, fue persuadido para acometer un proyecto de colonización con el motivo primordial del esclavismo, y hacer de Nicaragua su patria. Había tenido experiencia militar como Coronel en la Baja California, y en la frontera mexicana fue derrotado. La situación política de Nicaragua era lo que debía aprovechar el joven aventurero. El país sufría una etapa de formación, y liberales y conservadores estaban empeñados en una lucha feroz. Los bandidos estaban escondidos en los bosques. Grupos inescrupulosos destruyeron aldeas tranquilas, y hombres con sangre caldeada y con ambición de mando echaron más combustible al fuego. Walker era caballero, pero era también soñador y la política ardía en sus venas. El hombre de Nashville, Tennessee, organizó el ejército; viajaba incansablemente por los pueblos y los campos, y logró ser Presidente de Nicaragua.

Para llevar esto a cabo, Walker tuvo necesariamente que oponerse a los intereses de Vanderbilt. Lo hizo al acusar a la compañía de transporte de ayudar a los enemigos de su partido y, en consecuencia, paralizó su comercio interoceánico. El Comandante Vanderbilt tenía amistades poderosas en la vecina Costa Rica, y alrededor de la cuestión del transporte transcontinental y el temor a las inclinaciones de Walker hacia la esclavitud, se desarrolló un estado de guerra, en el cual los centroamericanos se encontraban con sus conciudadanos, cara a cara, a lo largo de los rifles.¹⁹²

1856, y Honduras, El Salvador y Guatemala daban el primer paso para unirse con Nicaragua. A pesar de los celos personales y de los pleitos causados por las fronteras, escogieron a un hondureño, al General Florencio Xatruch, como jefe temporal de los ejércitos unidos, fue una de las principales figuras a quien se debe la huida de los filibusteros del suelo nicaragüense. Más tarde, fue reemplazado por José Joaquín Mora, de Costa Rica, cuando aquel país envió su contingente de hombres a la defensa de una América Central libre.¹⁹³

Sin embargo, los hombres todavía estaban tratando de cambiar la manera de vivir dentro de los límites de la vieja provincia de Honduras. Atrás, en las tierras de selva, en las lejanías de Olancho y Yoro, los payas y los jicaques, aquellas gentes que, desde tiempo inmemorial, se habían adherido a sus propias costumbres, y cuyas relaciones con los ingleses causaron muchos dolores de cabeza entre las autoridades hondureñas, fueron visitados por un misionero catalán, Manuel de Jesús Subirana. Subirana hizo de las montañas de Yoro su suelo patrio, y ganó el respeto y estima de los jicaques evasivos. Fue quien intervino en la aprobación de las leyes para proteger a dicho pueblo contra la avaricia de los comerciantes de zarzaparrilla, la mayoría de los cuales explotaban a los indios con la ayuda de los gobernadores locales, tanto como de los otros contratistas astutos y calculadores.¹⁹⁴ Cuando murió entre su tribu, el buen misionero en los fragantes bosques de pinos, los jicaques llevaron su cadáver a la población de Yoro, y después lentamente fueron abandonando la mayor parte de sus pueblos españolizados, volviendo a sus antiguos palenques dispersos. Pero veneraron el nombre de Subirana, el hombre que había sido bondadoso y comprensivo, y prometieron a los sacerdotes y a las autoridades que llegaron después, volver a la vida urbana si el misionero aparecía otra vez entre ellos.

Fuera de la zona selvática, en el mundo confuso por la codicia y las ambiciones internacionales, los asuntos no caminaban tan sencillamente. Hacia fines de noviembre de 1859, comerciantes ingleses, atraídos por el contrato de un ferrocarril en el cual el encargado de negocios norteamericano, Mr. E. G. Squier, tenía lugar prominente como ingeniero, impulsaron a la Gran Bretaña a que devolviera las Islas de la Bahía y el territorio de la Mosquitia a Honduras. Santos Guardiola estaba contento por haber recuperado parte de su patria. Firmó el tratado en Comayagua, y no hubiera pensado más sobre el asunto a no habersele presentado tres sucesos desagradables. Los ingleses insertaron una cláusula exigiendo la libertad religiosa para los isleños protestantes, pretexto que esperaba el cura amargado Miguel del Cid, quien en tiempos pasados, había tratado de presionar al Presidente a fin de que lo recomendara a Roma para ser el obispo de Honduras. Con sermones y pastorales, que despedían fuego del infierno y azufre, del Cid excomulgó al Gobierno entero de su patria, antes de que le obligaran a retirarse a El Salvador.¹⁹⁵ El Ministro hondureño en Londres, que más tarde fue uno de los intermediarios en el préstamo del ferrocarril, fue enviado como emisario ante el Papa para que levantara la excomunión. La actitud maliciosa del prelado hondureño produjo "la Guerra de los Padres", que fue otro problema en el disturbio de la nación desgarrada. El tercer acontecimiento era aun de mayor seriedad tanto como en el resto de la América Central. Fue la reaparición de William Walker, esta vez en Honduras. Lo que originó la súplica de Costa Rica con respecto al mantenimiento de los ingleses en las Islas de la Bahía hasta que el rumbo de los sucesos pudiera ser manejado con más facilidad. Guardiola y su gabinete accedieron de buena gana.

Los pasos de Walker fueron muchos y diversos: a Washington y Nueva York para convencer a James Buchanan, Presidente de los Estados Unidos, y a los capitalistas norteamericanos de que la causa nicaragüense era legítima y que él, Walker, no era extranjero sino ex Presidente de Nicaragua;¹⁹⁶ a Nueva Orleans, Mobile y otras ciudades sureñas para reclutar hombres y obtener armas para reingresar en su antiguo dominio. Él y sus partidarios se dirigieron a las Islas de la Bahía. Los ingleses tenían aun el mando de Roatán. Por eso, Walker utilizó las islas únicamente como sitio para salir hacia Trujillo y la tierra firme hondureña.

Los hombres que hicieron la historia fueron los que fundaron Trujillo. El cañonero británico, "Icarus" estaba en servicio dentro del área del Caribe. El gobierno de la Reina Victoria tenía hipotecados los bienes de la aduana de Trujillo,¹⁹⁷ y un comerciante español se tomó la molestia de informar al comandante del buque sobre tal hecho. Parecía que les faltaba dinero y provisiones. Esta era suficiente excusa para actuar. El Capitán Nowell Salmon mandó un bote a tierra con un mensaje para Walker. Acusó al general por haber saqueado la aduana y los archivos en donde había importantes documentos de Estado, y pidió su rendición inmediata junto con todos sus hombres así como la devolución del dinero y los papeles que faltaban. En reciprocidad, Salmon garantizó que por ser ciudadanos de los Estados Unidos, los filibusteros no serían entregados a las autoridades hondureñas, sino respetados en cuanto a su seguridad personal y aun con el privilegio de que los oficiales pudieran conservar sus espadas.

La esencia de la respuesta de Walker fue característica de tal hombre. "Por haber sido Presidente de Nicaragua, no puedo ser ciudadano de los Estados Unidos",¹⁹⁸ y rehusó abandonar el cuartel.

Aquella noche, Walker y sus compañeros escaparon, pero fueron perseguidos por tropas hondureñas y por algunos de los oficiales ingleses que les capturaron cerca del río Aguán. Llevados a Trujillo, el general ofreció acceder a las demandas del capitán Salmon, e insistió que se entregaban no a los hondureños sino a las ingleses. Era demasiado tarde. A las ocho de la mañana del 12 de septiembre de 1860, un pelotón de fusilamiento se formó frente a las paredes del cuartel, y él que había sido Presidente de Nicaragua cayó sin vida.

Existen dos lápidas de mármol en Trujillo. Una sirve como testimonio del suceso relatado y yace en frente del antiguo cuartel español. La otra señala su fosa en el viejo cementerio. Ambas son pruebas silenciosas de que Trujillo una vez más sirvió de fondo para los acontecimientos históricos de hombres valerosos.

Era más o menos entonces, durante el segundo período de la presidencia de Guardiola, que la intervención extraña llegó a su apogeo. Los gobiernos de El Salvador y Guatemala eran enemigos. El general Gerardo Barrios, presidente de El Salvador, no había podido olvidar que Guardiola había llegado a la posición que tenía, gracias a Carrera. Muchos de los descontentos políticos de Honduras, incluyendo al cura del Cid, de acuerdo con la costumbre, se refugiaron en suelo salvadoreño. Su opinión sobre la situación en Honduras fue aceptada por el General Barrios. Sería bien, mejor dicho conveniente, destruir el poder de Guatemala aun cuando para hacerlo tuviera que entrar por la puerta de atrás, es decir, por la ruta de Honduras. Lo más curioso fue que el vicepresidente de Guardiola, Victoriano Castellanos, era un hombre que había sido criado en casa de la familia de Barrios. Aun después de ocupar un puesto en el gobierno, Castellanos regresaba de vez en cuando a su "casa" en una temporada de descanso. El general deploraba que estando Honduras y El Salvador tan cerca no tuviera Castellanos las riendas gubernamentales en sus manos. Si esto se convirtiera en realidad, contaría con un aliado seguro.

Pasó el tiempo. Castellanos estaba de visita en su vieja casa para recuperarse de una grave enfermedad. En enero de 1862, llegaron las noticias del asesinato del Presidente Guardiola por algunos de los hombres de su guardia de honor el día 11 de aquel mes.¹⁹⁹ El amigo de Barrios, que era el vicepresidente de Honduras, cabalgó de regreso hacia

Comayagua para tomar posesión del gobierno. En marzo del mismo año firmó un tratado de alianza militar entre los dos países tanto en el caso de un ataque como de defensa. En la vecina de Guatemala, muchos ceños se fruncían y había un silencio siniestro.

Castellanos murió en diciembre, antes de cumplir un año en el poder; y la guerra comenzó con Guatemala y Nicaragua. Era Honduras la que sufría. Empezando con el período de Cabañas en que hubo combates sucesivos. Guardiola contribuyó eficazmente a la resistencia. En todos sentidos la época era mala. El reclutamiento continuo a fin de formar una tropa que fuera leal a un general o a otro, y en consecuencia, las pesadas borracheras, que en su mayor parte eran llevadas a cabo por los propios oficiales quienes encontraban que por medio de tales acciones se ganaba con más facilidad el respeto y admiración de los soldados indígenas que en su mayor parte componían las filas de sus soldados. Las tropas leales a los caudillos dispersos y la ruina para todo el país. No se habían cultivado las milpas. Las pocas que quedaban fueron devastadas por gavillas hambrientas. Manos que podrían labrar la tierra empuñaban armas de fuego. El dinero no entraba, ni en las cajas nacionales ni del exterior. La carga de una deuda enorme pendía sobre Honduras. No es de extrañar que Carrera por fin obtuviera lo que buscaba, a pesar de Barrios.

En la confusión que reinó después de la muerte de Castellanos, el general José María Medina se levantó asumiendo la presidencia de Honduras para gobernar en un país difícil y turbulento. No sólo el Jefe del Estado era estable. La ubicación de la misma capital cambiaba según le parecía al Presidente. Gracias, en Occidente, una vez más se elevó a una posición que recordaba la época de Montejo. Medina quería el oeste, y además Gracias quedaba cerca de Santa Rosa, centro siempre importante para las rentas públicas.

Lo raro es que lo mismo sucedía en el fondo de todos aquellos juegos infelices de políticos ambiciosos. De algo sirvió a Medina haber sido senador. Recordaba el proyecto de Cabañas para un ferrocarril, y el que vivía como él en campaña caminando penosamente por las filosas cordilleras de Honduras se había dado cuenta de su valor potencial. El país no tenía dinero, pero había extranjeros que acumulaban grandes sumas. Con un suspiro de satisfacción, el Presidente comprendió que no había ninguna complicación con el gobierno de la Reina Victoria.

El Ministro de Honduras en Londres era Carlos Gutiérrez y en París el costarricense Víctor Herrán. Medina emitió un decreto en Gracias dando pleno poder a ambos representantes para arreglar juntos el contrato para la construcción y administración del ferrocarril, y recibió en cambio un elegante mobiliario de comedor, regalo de los banqueros profesionales. Desde la costa fue llevado a Gracias, a costas, por sus pacientes tropas de indios.²⁰⁰

Se necesita tiempo para obtener dinero prestado, pero los ministros eran buenos conversadores. Entre 1867 y 1870 Honduras consiguió cuatro préstamos, tres en Londres y uno en París, todos menos el último a ochenta con diez por ciento de interés. En París, la casa bancaria de Dreyfus, Scheller y Cía. ponía en circulación la moneda a setenta y cinco con seis por ciento de interés. Valía la pena alegrarse. Parecía, a pesar de los años e inconvenientes, que Honduras tendría al fin un camino de hierro. La nivelación había sido llevada a cabo. Mr. E. G. Squier, que era también agente de la

British Honduras Interoceanic Railway Company, insistió sobre lo mismo. Pero la humanidad es la humanidad. Vivir bien es una tentación provocativa y Europa se presta admirablemente para esto. Banquetes en París y en Londres se presentaban con facilidad. Era hermoso entretenerse en grande, y, claro, se hacía a un lado otras cosas. Pero el dinero no dura eternamente. Por algo se notaba que la nivelación avanzaba más allá de la base para el camino de 232 millas que cruzaba las cuencas de los ríos Goascorán y Humuya así como el valle de Sula. Honduras siguió dependiendo de la mula, el caballo y la carreta.

Medina se encontraba muy lejos, todavía amarrado al oeste y a Gracias, a la que había decidido considerar como su capital. Mas el Presidente no podía quedarse sentado en calma mucho tiempo. A pesar del hecho de que concentraba el progreso interno fuera del ferrocarril creando con la ayuda del Congreso tres nuevos departamentos, Copán, La Paz y El Paraíso, en 1869. Lo que quedó, en verdad, fue la guerra y la intriga política. Primero la emprendió contra El Salvador, usando como excusa el amparo que este país concediera a los desterrados y descontentos del régimen, de cuyas riendas se había apoderado. Pero cuando Francisco Dueñas, jefe de aquel Estado, envió al general Xatruch con tropas, y Comayagua, la capital legítima, fue tomada,²⁰¹ Medina comenzó a entonar un canto diferente. Apeló a los ministros de los Estados Unidos, tanto de su país como del país enemigo, basándose en el hecho de que los Estados Unidos se había comprometido, por un tratado, a proteger el ferrocarril Interoceánico. Convenientemente el presidente pasó por alto el hecho de que si el ferrocarril no existía el tratado no obligaba. Nada pasó, excepto que el ejército salvadoreño marchó sobre el territorio hondureño llegando hasta Gracias. Luego cambiaron los azares de la guerra. El gobierno de Dueñas se sentía como en su casa, y Xatruch se retiró al lugar de donde había venido.

Guerras y más guerras, internas y fuera de la República, caracterizaron el régimen de Medina durante sus dos períodos presidenciales, y Honduras pagó las cuentas. El departamento de Olancho pasó por la que puede considerarse su época más dura. Cientos de hombres fueron colgados y asesinados, sin que se les concediera el privilegio de someterlos a un juicio.²⁰² Los indios de Curarén y algunas partes de Choluteca, aquellos que desde tiempos inmemoriales fueron diestros luchadores, se rebelaron y hubieron de ser pacificados o mejor dicho apaciguados.

El gobierno conservador de Honduras no era del agrado de los partidos liberales que por ese momento tenían la hegemonía en Guatemala y El Salvador. No podían ni iban a tolerar un vecino de tal naturaleza. Así fue como un ejército invasor una vez más se posesionó del país. Miguel García Granados, presidente de Guatemala, y el general Santiago González, el nuevo jefe de El Salvador, tuvieron la audacia de encontrarse en Gracias, a la que Medina consideraba como de su propiedad, y llegaron a un convenio con su adversario, Céleo Arias, quien fue declarado presidente en Candelaria en 1872.²⁰³ Nada pudo hacer Medina ni siquiera por intermedio de su hábil y juicioso Ministro, Crescencio Gómez, quien otras veces había sido llamado a remediar situaciones también desagradables. Fueron hechos prisioneros Medina y su gabinete y muchos pasaron al destierro en El Salvador, el país al cual habían declarado la guerra y al que también fueron otros a refugiarse. Pero Honduras continuaba incapacitada para dedicarse a su progreso.

Pueden algunos clasificar la política como materia interna, pero en Honduras todavía estaba siendo manejada desde fuera del país. Justo Rufino Barrios tomó las riendas de

Guatemala en 1873, y su método para conducir los asuntos exteriores siguió el carril que dejara abierto su famoso predecesor, Carrera. Barrios tomó la presidencia para quedarse en ella, y le encantaba jugar al ajedrez usando como peones a los hombres que asumían periódicamente el gobierno de Honduras. En el fondo era el mismo cuento viejo de Centro América, o sea liberales contra conservadores con el clero y los reaccionarios haciéndose cargo de sus funciones acostumbradas, y con el espectro de la federación asomando por detrás. Casi todo el mundo se hallaba complicado, y Honduras era la víctima. Descontentos y exiliados de Guatemala y de El Salvador, junto con otros de diferentes nacionalidades, entre los cuales se contaba el General Leonidas Plaza de el Ecuador, fueron protegidos por el Presidente de Costa Rica, Tomás Guardia y financiados en parte por Nicaragua. Salieron del puerto de Limón, tomaron Trujillo, y casi lograron tomar posesión de Omoa. El resultado fue que utilizaron el país como campo de batalla, y ni la captura de los invasores de Costa Rica por el U. S. "Wyoming" detuvo la lucha.²⁰⁴

Aunque no era conveniente en aquel momento para los Estados Unidos la posibilidad de una unión centroamericana teniendo el proyecto de canalización del río San Juan todavía pendiente, era suficiente trabajo para éstos tratar con un solo país. Así fue que la idea de una federación centroamericana no agradó a los que mandaban en Washington. Pero Guatemala y El Salvador estaban profundamente complicados y sus ejércitos habían penetrado muy adentro del suelo hondureño. El aspirante a la presidencia era Ponciano Leiva. Firmó un acuerdo con las dos repúblicas hermanas pidiendo como objetivo principal la cooperación de Honduras a cambio de ser el jefe de Honduras. Una rebelión se fraguaba, mientras Guatemala y El Salvador ayudaban a Leiva a poner sitio a la orgullosa ciudad de Comayagua y obligaba a Arias a capitular y refugiarse en Guatemala. La presidencia de Honduras cambió de manos otra vez.²⁰⁵

Fue una paz efímera. Ponciano Leiva, que asumiera el alto cargo con el apoyo de Guatemala y El Salvador pronto advirtió que era demasiado reaccionario para sus amos supuestos. El general Barrios no podía tolerar intromisiones. Así, pues, intentó restaurar a Medina. Nada habría sido mejor que dejar al conservador Leiva en el poder. Además había mantenido amistad personal con el Presidente depuesto.²⁰⁶ La prueba falló, y todo lo que su plan abortado obtuvo fue debilitar más aun al país.

Lo que se gana en el campo de batalla, sin embargo, no es tan importante como lo que se consigue con la ayuda de un vaso de vino o el convenio tácito que brota de la confianza y la comprensión mutuas. Justo Rufino Barrios creía en su Ministro de Negocios Exteriores, Marco Aurelio Soto. Era éste un hombre que se había puesto a prueba hasta la saciedad en muchas ocasiones. Además de educación tenía Soto un buen sentido común. Habiendo servido en un cargo público que al mismo tiempo le familiarizó con las relaciones diplomáticas, sabía cómo organizar sus campañas de manera que tarde o temprano conseguía sus victorias sin derramar una gota de sangre. Con gran tacto, Barrios aceptó la renuncia a su Ministro. Y con el mismo tacto, aceptó Soto las visitas de las comisiones hondureñas. En su querido Occidente, en la población de Erandique, del Departamento de Gracias, Medina, en quien una vez Barrios había depositado la Presidencia de Honduras, se halló al cabo forzado a renunciar su elevado cargo en favor de la más reciente selección del guatemalteco.²⁰⁷

Lo que podría haber sido incómodo a un individuo menos preparado o a un hombre de carácter menos firme fue el hecho de que Honduras estuviera agitada por generales

rebeldes y elementos inconformes, lo cual no produjo el mínimo efecto sobre Soto, quien se presentó sin ninguna pretensión, acompañado por unos pocos amigos íntimos, en el puerto de Amapala. Los fondos con que contaba eran 18 reales. El Departamento de Choluteca, gran región en el oeste, y parte de Santa Bárbara, permanecían en manos enemigos. Apenas si había un hombre en la República que no estuviera sobre las armas.

El Presidente fue subiendo desde la costa hasta Tegucigalpa sobre un caballo que probó las sinuosidades de aquel camino. La ciudad había crecido y se notaba su florecimiento a pesar de la contienda nacional. La razón residía en las ricas minas de los alrededores que habían continuado produciendo desde los tiempos coloniales. Su Tegucigalpa natal impresionó a Soto. Lo que veía le pareció agradable, la actitud amistosa por parte de la gente y su modo amplio de mirar los problemas nacionales. Fue con algún desgano que tomó la ruta del oeste y el norte que lo condujera a la capital, Comayagua. Aquel viaje a caballo dio al Presidente la oportunidad de estudiar más y más las condiciones de la tierra que llegaba a gobernar. Las horas pasaban rápidamente, porque consigo iba Céleo Arias, cuya mente ágil, enriquecida por su propia experiencia presidencial, comprendía con claridad los problemas de su patria. En cierto modo, podría haber sido mejor si Arias no hubiera acompañado a Soto. Cuando el pueblo se dio cuenta de quiénes llegaban, una comisión de recibo fue a encontrarles a la entrada de la ciudad, las mujeres llevando ofrendas florales. Podría haber sido equivocación llevar a don Céleo, porque las flores eran para él, para el joven expresidente, mientras que Marco Aurelio Soto entró en su capital más bien sin recibir el homenaje esperado. En adición encontró un vacío político por ser el Presidente escogido por el dictador de Guatemala y no por los hondureños. Ni él, ni después la mujer con quien se casó, se sentían muy en su casa. Era natural que desde el principio padecieran de nostalgia por Tegucigalpa.

Ya en Comayagua, una ciudad que lentamente trataba de levantar cabeza después de haber sido desgarrada por luchas intestinas, el Presidente contaba con una oportunidad todavía mejor para interpretar el significado completo de aquellos años transcurridos que tan trágicos habían sido para Honduras. No asomaba una determinación nacional, un concepto, algo que orientara para el futuro, nada que pareciera servir como de amarre, tampoco una unidad en cuanto a la meta adonde podrían concentrarse los recursos del país.

Soto consultó. Observaba y escuchaba. Uno de sus amigos más íntimos y consejero era su pariente, el educador e intelectual Ramón Rosa, a quien había concedido el puesto de Ministro General del Gobierno. Juntos planearon, discutieron y pusieron en práctica un sinnúmero de detalles que en su totalidad pueden aunarse dentro de aquella palabra tan fácil de pronunciar y tan difícil de cristalizar en la realidad: "gobierno".

No cabía duda, el General Barrios había tenido buen ojo, y así también actuaron los hondureños que habían mostrado tino para pedir a Marco Aurelio Soto que tomara a su cargo la presidencia. Serena y ordenadamente una región tras otra fueron haciendo las paces con el recién llegado. Mucho esmero puso Soto para no crearse enemigos. Aun los de antaño llegaron a cambiar sus sentimientos hacia él. Anunciaba puntos importantes de su programa; principalmente nadie sería perseguido a causa de sus inclinaciones políticas. No hubo asesinatos ni contribuciones forzosas. Hasta los servicios públicos, como el empleo de cartero, eran remunerados y no solamente obligatorios, y hasta se detuvieron las incautaciones de ganado y provisiones, actos que habían estado cometiendo gobiernos anteriores o tropas suyas. ¡Qué cambio tan

decidido después de Medina! Como Ministro de Relaciones Exteriores Soto había llegado a darse a conocer en círculos extranjeros, y la impresión que había creado era buena. Honduras estaba en paz con todas las naciones y ahora sí se había iniciado una nueva era.

Se ordenó la hacienda pública. En las capitales de departamentos se fundaron hospitales. Convertida en obligatoria y gratuita, quedó a cargo del gobierno la educación primaria, que antes de esa época había estado bajo la jurisdicción del clero. Quedó de hecho legalizado el matrimonio civil y puesto en la categoría de obligatorio, a la vez que fue abolida la antigua práctica de pagar diezmos a la Iglesia, la que había llegado a ser aceptada de nuevo con la introducción del régimen conservador, constituciones y otras leyes que siendo favorables para el clero iban en detrimento del progreso de la República.²⁰⁸ Estas y muchas otras reformas entraron en funciones, ayudadas en gran parte por dos diputados de la Asamblea, Arias y Crescencio Gómez. Con todo y eso, reparó Soto en que el sentimiento de la unidad nacional en cuanto a los propósitos aun no había plasmado en lo que debía ser.

"Tienen que haber lazos, algo que manteniéndose juntos atraiga a nuestro pueblo y subsiste como la inspiración que arranca de un vínculo común. Tradición es lo que necesitamos, tradición propiamente nuestra. He aquí la necesidad de todo Estado", dijo el Presidente en una serena discusión con su primo hermano Ramón Rosa.

"Todo país tiene sus héroes. Nosotros contamos con los nuestros que nacieron en este suelo", replicó Rosa.

Aquellos dos hombres tenían ante sí sendas tazas de café, el líquido estimulante cuya popularidad creciente iba sobrepasando al chocolate antiguo, americano. Ello era fácil de comprender puesto que el gobierno de Soto había promulgado leyes auxiliando al cultivo del café y liberándolo de impuestos prohibitivos. "Honduras produjo a José Cecilio del Valle, el estadista más grande de la América Central, uno que podía ocupar su sitio entre cualquier grupo humano", dijo el Presidente. "Además, él es en realidad el fundador de la independencia centroamericana. Del Valle es para nosotros, lo que Washington para los Estados Unidos del Norte".

"Él es casi del todo un Washington", dijo Rosa, "y la diferencia de grano es la misma razón por la cual nosotros no podemos colocar a del Valle como una figura de inspiración nacional. El norteamericano era un soldado a la vez que un estadista. Es el uniforme, la pompa, el carácter militar con el acompañamiento de banderas, tambores y victorias lo que hace a Washington atrayente para las masas y lo que hace que éstas olviden y toleren al hombre sosegado, al gobernante austero. ¡No, Marco Aurelio, la gente no sigue a un hombre inteligente! ¡Vaya! hasta Jesucristo tuvo que sufrir para ganarse al pueblo. Es el general, el vencedor, el que capta las simpatías de la gente..."

"Y", prorrumpió Rosa, "en Honduras tenemos justamente una personalidad como ésta. ¡Recuerde a Francisco Morazán!"

Era la respuesta a una plegaria, a la necesidad de unificar una nación. Se iniciaron los maestros impartiendo reminiscencias. A todas las lenguas acudía con gran soltura el nombre de Morazán. Y así se fue despertando lentamente una conciencia nacional.²⁰⁹

El curso de los acontecimientos de Honduras fue cuidadosamente vigilado por el hombre a quien asaltara la idea de ser el destinado para dominar la situación. A Justo Rufino Barrios no le gustaba en particular el orden y la prosperidad que veía desenvolverse al otro lado de la frontera de Guatemala. Una sola idea se había clavado en su mente y era la unión de América Central, pero el verdadero jefe no debía ser otro que el General Barrios. Este retorno del nacionalismo en Honduras, la glorificación de los héroes, la paz interna y el bienestar, no encajaban en el molde que concebía el guatemalteco. De pronto recordó que siempre podía contarse con Medina.

La historia guarda celosamente lo suyo, escondiendo muchos aspectos y detalles de incalculable valor que rehúsa compartir. Los curiosos así como los jueces se ven con frecuencia forzados a adivinar a ciegas o inteligentemente, teniendo que leer entre líneas. En este caso los hechos no forman legión. Hubo un intento para tomar el cuartel de Santa Rosa de Copán, y José María Medina figuró entre los responsables. Se volvió a iniciar la correspondencia con Barrios, y, lo que también era importante, hubo un viaje de Medina a Chiquimula, en Guatemala. El gobierno de Soto dio órdenes de arrestar a la camarilla directora del golpe frustrado. Un consejo de guerra, compuesto de algunos de los hombres más competentes del país, se reunió en Santa Rosa, la ciudad de techos rojos, enclavada sobre barrancos, dentro de la cual se hallaba localizado el cuartel repleto de armas. Comenzaba 1878; era el 23 de enero. A la media noche el grupo dio su sentencia condenando a muerte a los once principales comprometidos. Entre ellos estaba incluido el general Medina.²¹⁰ Cuando Soto conoció la sentencia, acordó revocarla excepto la que recayó sobre los dos instigadores más importantes, los generales Medina y Ezequiel Marín.

El hombre tiene su límite de resistencia. Soto había sido muy justo en el trato que diera a su predecesor. La idea de que el expresidente le hubiera hecho una jugada tan traicionera y llegara a ser como arcilla en las manos de Barrios, lo lastimó en lo más hondo. A pesar de los consejos de sus amigos, Soto dio la libertad a Medina en su país, el mismo país al cual el general intentaba llevar a la guerra tan descaradamente. Con frialdad y firmeza, el Presidente firmó la orden de ejecución.

El cementerio de Santa Rosa con sus cruces de madera y piedra bien erguidas sobre la cumbre plana de la loma, lucía gris en las primeras luces de la mañana. Los pinos que bordeaban el camino y la valla del camposanto se dejaban ver como testigos mudos ante el pelotón de aquellos hombres descalzos que conducían a los dos generales por el polvoriento camino de piedra caliza. Escasamente aparecía la luz de aquella mañana, la octava de febrero, cuando retumbaron las descargas que alejaban del mundo de los vivos a Medina y Marín. No hubo nadie cerca que se tomara la molestia de tomar las últimas disposiciones o mensajes de los dos fusilados. El General Barrios, en Guatemala, a muchas leguas de distancia, tuvo noticia del suceso por medio de un comunicado oficial, y rápidamente cambió su táctica para echar abajo a Marco Aurelio Soto.

En Honduras continuaban los planes para el desenvolvimiento del país. No era Comayagua el lugar más conveniente para la sede del Jefe de Estado. Las lomas cubiertas de pinos y robles en épocas anteriores bordearon el valle y habían cedido ante el hacha y la práctica errónea de quemar los campos. La erosión clavó sus garras sobre la pendiente indefensa. Poco a poco, la riqueza que la montaña había venido acumulando era arrastrada por los manantiales, para tenderse sobre el fértil llano

costanero del río Ulúa y sus afluentes. El agua potable, la más importante de las bebidas, disminuía alarmantemente, y como parte del círculo vicioso, se contaminaba más. Hasta las minas de los alrededores de Opeteca se negaban a producir con regularidad las grandes cantidades de metal. Para empeorar las cosas, el auge que se había iniciado con la promesa de un ferrocarril, se había convertido ahora en sueño.

En Tegucigalpa el asunto era diferente. Aun quedaban árboles protegiendo los cerros vecinos y el sustrato de caliza que servía de lecho a la cuenca del río Choluteca, sea como fuera continuaba deparando a los pozos el agua que les era menester. Igual importancia asumían los metales preciosos transportados por los senderos desde las minas departamentales.

Una de las vetas más famosas era conocida con el nombre de "La Colonial", localizada en el camino español a Potrero Ramos en la vecindad de Cantarranas. El terreno era rico en oro y su explotación databa desde días lejanos. Hasta con el antiguo método de trabajar la veta, por medio de fuego y cal viva, se había estado obteniendo una gran producción en otros días. Ahora en 1879, aunque el túnel casi había penetrado 375 pies dentro de la montaña y 200 bajo la superficie, podía aun el ojo práctico captar señales de la presencia del metal escondido. A pesar de las revueltas y de varias manifestaciones desagradables de inquietud política, ingenieros de minas y promotores, especialmente de los Estados Unidos de Norteamérica, exploraron y estudiaron Honduras con energía inagotable. Vetas famosas como "La Colonial", no podían pasar desapercibidas. Marco Aurelio Soto tenía más que un ligero interés por dicha mina. Esta contribuyó a liberarlo de las penurias que pasara cuando no era más que uno de los tantos que devengaban un sueldo, acaso para procurarse el pan cotidiano con mantequilla. Como cualquier hombre de negocios, el Presidente advirtió la necesidad de concederle atención personal a su propiedad, y no fueron raras las veces en que a lomo de mula por el camino estrecho pasara por las laderas cubiertas de lianas, para ver con sus propios ojos el progreso de los exploradores que estaban estudiando la región.

Entre los extranjeros que llegaron en busca de riqueza hondureña estaban el lapón Albert Smith y un norteamericano de descendencia irlandesa, McCarthy. Tenían un denuncia conocido por el nombre de "El Rosario" en la vecindad de "La Colonial". Los españoles habían trabajado "La Colonial" desviando corrientes de agua sobre las vetas, logrando así por este medio dejar en pie columnas de metal entre los cauces. El lapón y su socio previeron las posibilidades comerciales que encerraban las salientes, pues no habían llegado como turistas.

Una compañía francesa había puesto a funcionar una planta improvisada hecha sobre los viejos pozos de las galerías que los españoles habían cavado en Yuscarán. Abrieron un salón de baile e introdujeron lo que les gustaba llamar "un pedazo de París" en las paredes montañosas de Honduras. El champán corría como agua y las promesas de riquezas inaccesibles y paraísos orientales brotaban para tener a los que quisieran hacerse ricos de la noche a la mañana. Smith y McCarthy llegaron a la conclusión de que las viejas explotaciones españolas que estaban cerca de Cantarranas requerían esfuerzo y sudor para que reportaran beneficios. Yuscarán se aparecía como la botija famosa al pie del arco iris. No hubo necesidad de hablar mucho para persuadirlos de que vendieran "La Rosario". Washington Valentine les compró el fundo, y en muy poco tiempo las dos vetas más ricas de las inmediaciones, "La Colonial" y "La Rosario", quedaron monopolizadas.

Aquella operación fue más que emocionante para Marco Aurelio Soto y su asociado el general Enrique Gutiérrez. Escogieron como su representante en Nueva York a Julius J. Valentine quien llevó a victorioso término sus gestiones al reunir el \$1.500,000 que representaba el capital de la nueva empresa. El Presidente Soto y el general Gutiérrez recibieron \$750,000 a título de compensación.

Esta tarea de administrar al mismo tiempo una república y la que iba a ser una de las minas más espléndidas de planta en América, estaba fuera de las capacidades de un solo hombre. Su período había concluido, pero el pueblo sabía lo que quería. Soto fue reelecto Presidente. El país apreciaba y estaba complacido con su labor. Un sentimiento de nacionalismo estaba cristalizando por primera vez desde la independencia. Un ferrocarril que llegaba hasta La Pimienta en el comienzo del valle de Sula, se puso a prestar servicio de nuevo después de las aparentes e interminables guerras. Las Islas de la Bahía fueron incorporadas dentro del mecanismo republicano como cualquier otro departamento. Hubo libertad de prensa, de cultos, y de profesión. Se abolió la esclavitud en cualquiera de sus manifestaciones,²¹¹ y no volvieron a romperse las hostilidades. Indudablemente el pueblo sabía para dónde iba.

Y el Presidente Soto también. Dentro de sí mismo, jamás perdonó a Comayagua el desaire que había sentido cuando por primera vez entró en la ciudad. La situación fue reforzada por las múltiples deficiencias prácticas de la capital que todo el mundo reconocía. Subió al poder por segunda vez en febrero de 1881. Y fue por sus deseos que la Asamblea decidió trasladar de Comayagua la sede del gobierno en el año anterior. Tegucigalpa se convirtió en la capital de la República y Marco Aurelio Soto se encontró en un ambiente más cálido y a la vez menos lejos de sus minas favoritas. El trabajo era su tónico en su nuevo período de cuatro años; mayor organización y un impulso continuo y fuerte para llevar a Honduras adelante.

Las guerras y las rebeliones no nutren la educación. La Universidad, fundada por el Padre Reyes, hacía mucho tiempo había cerrado sus puertas por falta de estudiantes y de recursos. Ahora fue abierta de nuevo recibiendo el nombre de "Universidad Central", al mismo tiempo comenzó a funcionar la primera escuela laica, primaria y secundaria, para muchachas.¹¹² Aumentaron los ingresos del país. Los resultados de un administrador sincero y bien educado empezaron a concretarse.

Pero el hombre no es más que un hombre. La presión de una labor doble, la nacional y la personal, tuvieron su recompensa. Paralelamente a todo esto avanzaba la creciente enemistad de su amigo de otra época, Barrios. Éste nunca había echado al olvido la muerte de Medina. Es más, ni siquiera deseaba que sobre él, Presidente de Guatemala, recayeran sospechas de haber sido uno de los que respaldaron a quien había perdido la partida. Pero sí se puede tener la certeza de que tuvo el sentimiento de que estaba en sus manos levantar o arruinar al prójimo cuando le viniera en gana. Soto proyectó un viaje a Europa y los Estados Unidos para restaurar su quebrantada salud. Con gesto decente y bien intencionado, puso en manos del Congreso su renuncia antes de partir. No le fue aceptada, puesto que prevalecía la sensación de que sólo Soto era competente para mantener en paz al país. De manera que el Presidente, acompañado de Ramón Rosa, se hizo a la vela, y en vez de un simple descanso, se le agregó la tarea de ajustar en Londres y París la deuda hondureña relacionada con el desventurado ferrocarril.²¹³

Barrios siguió provocando disturbios. No era conveniente que Honduras permaneciera tan estable. El pueblo estaría demasiado satisfecho, y ¿a dónde llegaría con la unión centroamericana? Chismes y rumores, unos tras otros cruzaron las fronteras de Centro América. En San Francisco de California, cansado y deprimido, Soto se sentía obligado a renunciar, dejando en el poder a sus ministros Gutiérrez, Bográn, y Alvarado Manzano. Fue el General Enrique Gutiérrez el primer designado, no existiendo en ese entonces el cargo de Vicepresidente.

Pero a veces actúan poderes más grandes que la voluntad del hombre. El general se enfermó gravemente. Luis Bográn tenía un amigo firme en un cuñado de Gutiérrez. Como seña de su buena amistad, se olvidó de llevar a cabo los últimos deseos del moribundo y no trajo a Tegucigalpa a Céleo Arias. En otras palabras, las bestias para hacer el viaje desde Comayagua jamás fueron enviadas. Don Céleo no llegó para despedirse de su amigo, y en aquel momento, nadie se dio cuenta de que desaparecieron los documentos claves con los nombres de los comandantes y otros oficiales. Estos papeles hubieran ayudado a Arias en su organización política. Llegaron, sin embargo, a manos de Luis Bográn. El Congreso obligó a Bográn y Alvarado convocar el pueblo a elecciones. Era 1883 y el joven general, Luis Bográn, fue llevado a la Presidencia de la República.²¹⁴

Luis Bográn era franco, pero un poco idealista. Quiso hacer una buena labor, sin embargo, se dio cuenta de la importancia de fijar la atención en las acciones de su vecino del norte. Tan pronto como Bográn asumió el poder, partió a la frontera guatemalteca con objeto de llevar a cabo una entrevista, arreglada de antemano con el Dr. Zaldívar, Presidente de El Salvador y el general Barrios; ambos maestros en el arte de la intriga y bien acostumbrados a manejar a distancia a los Jefes de Estado hondureños. Las conversaciones se enfocaron sobre la restauración de la unión. El joven Bográn la mayor parte del tiempo hizo el papel de oyente. Mientras descansaba en su hamaca en la hacienda de Mongoy, donde se llevaban a cabo las reuniones, o mientras se sentaba en su silla de campaña durante las discusiones, Bográn estaba muy serio y callado para satisfacer el entusiasmo que sentía Barrios en aquel momento. Debía haber un medio para acercarse al nuevo Presidente, algún medio para impresionarle con la importancia de sus vecinos, para lo cual Barrios recordaba los proyectos abortados del ferrocarril hondureño. Él, o quizás mejor dicho, Guatemala, estaba a punto de terminar su conexión de vías férreas con el puerto, en el Pacífico de San José. Estaría lista para el 15 de septiembre. Esto debía de mostrar al joven Bográn que cuando Barrios empezaba algo lo terminaba. El resultado de la entrevista en Mongoy concluyó en la promesa de que Guatemala y El Salvador avisarían a Honduras cualquier iniciativa que fueran a llevar a cabo con respecto a la propuesta reunión. Barrios invitaba para la inauguración de la línea San José -Guatemala, y Bográn aceptó.

El Presidente de Honduras caminaba en su bestia a través del Departamento de Gracias recordando las palabras de la conferencia, aunque no precisamente lleno de entusiasmo por lo que se acordó. No tenía demasiada confianza en sus colegas. Siempre existía la circunstancia que los dos apoyaban a Medina, y él, Bográn, era miembro del Consejo de Guerra que le condenó a muerte. Bográn no tenía experiencia. Le faltaba práctica en la doblez. Este asunto del ferrocarril también lo tenía preocupado. Podía preciar la importancia de una línea férrea en Honduras. Había muchas cosas que podía hacer. Era una lástima que tuviera que gastar sus energías vigilando a sus vecinos. Iba muy contento por haber tenido oportunidad para conocer Gracias. Era una región importante

del Occidente, que había significado desde hacía mucho tiempo soldados y rentas. Decidió regresar por su propio Departamento de Santa Bárbara, rica región agrícola, la puerta de la costa, y el asiento de su misma familia, donde podía contar con amistades y partidarios fieles. Sintió que sería un paso acertado porque Gracias y Santa Bárbara eran regiones que servían de valla formando los límites de Honduras con Guatemala y en parte con El Salvador.

Desde mayo hasta agosto el Presidente permaneció en Tegucigalpa. Estaba listo para concurrir a la inauguración del ferrocarril de Guatemala. Era un viaje que presintió podría ser de suma importancia. No existe ningún informe de primera mano con respecto a todas sus observaciones, pero el hecho elocuente fue que después de su regreso, Bográn nombró al expresidente Leiva su Ministro de la Guerra. Leiva tenía una amplia experiencia en las actitudes como en lo que se refiere a la mentalidad del general Barrios. El nombramiento del Ministro era, en cierto sentido, una espina en la carne al otro lado de la frontera.

Más de tres meses después, en febrero de 1855, Barrios llevó a cabo un golpe de Estado, al publicar un decreto proclamando la Unión Centroamericana con él mismo como jefe supremo militar. A pesar de la entrevista en la hacienda de Mongoy, Honduras no había previsto tal suceso.²¹⁵ Lo que ordinariamente pudo haber pasado por alto y sin que el país ofendido se diera cuenta, se transformó, por semejante falta de confianza en un problema psicológico. Bográn estaba relacionado íntimamente con Soto en cuanto a su programa de crear un sentimiento nacional. Varios años escuchó la estrategia judicial tan bien planeada por Ramón Rosa. Francisco Morazán no sólo fue hondureño, sino también, a los ojos del pueblo, el verdadero padre de la Unión de Centro América. Además, Bográn creía en la federación. Teóricamente, se dio cuenta de su necesidad y de la importancia que tendría en el desarrollo del eslabón de tierra situado entre las dos Américas. Era un hombre que se enorgullecía por su interés y su comprensión de los problemas intelectuales, ya filosóficos o gubernamentales. Se sentía inclinado a seguir la dirección de Guatemala a pesar del descuido de ésta, tan ofensiva al principio, y lo que era aun menos comprensible, la sangre fría del general Barrios al querer forzar su decisión por medio de la violencia. Bográn recordó que en la reunión memorable en Mongoy habían llegado al acuerdo definitivo de que la federación se llevaría a cabo sólo por medio de la participación voluntaria de los pueblos interesados. El Dr. Zaldívar, de El Salvador, fue un firme bloque en este punto al cual el general Barrios había dado su concurrencia total. Este anuncio de unión secreta, sonaba un poco diferente. Pero en resumen, triunfó el ideal y Bográn convencía a su Congreso de que Honduras debía de apoyar la proclama de Barrios. El resultado era inevitable, trágico.

Bográn depuso la presidencia en Leiva, su Ministro de Guerra, asumiendo él el mando de las tropas hondureñas para luchar contra tres quintos de la América Central, ya que en el momento crítico se encontró como único aliado de Guatemala. El astuto Dr. Zaldívar, que por varios años hacía un juego de vida o muerte con Barrios, rehusó pelear al lado de éste, pretendiendo evadirse a causa de la insistencia ciega de Barrios para usar la fuerza coercitiva con los otros. El dos de abril de 1855 murió el general Barrios en la batalla de Chalchuapa, El Salvador. La miserable campaña se derrumbaba y Bográn regresó a Honduras.

La muerte de Barrios no produjo la tranquilidad. El expresidente Soto, en los Estados Unidos de Norteamérica no se hallaba tan lejos que no pudiera seguir más que con un

simple interés los asuntos de Honduras. No tomaban en cuenta el hecho de que, a su manera, Bográn seguía gran parte de su programa. Obras públicas tales como la Carretera del Sur que empezara Soto, la terminó Bográn, y estaba abriendo carreteras nuevas. Estas obras y muchos otros detalles los iba llevando a cabo lentamente con un esfuerzo mayor, puesto que estaba preocupado con la idea de la Unión. Soto quiso ignorar tales esfuerzos. Como el hombre que voluntariamente entregó su posición para evitar un derramamiento de sangre en su patria, se sentía con derecho y obligación para volver a la presidencia.

Había varios factores que le llevaban a una decisión. Su enemigo Barrios había muerto. Un conservador conocido, Leiva, ocupaba uno de los puestos principales en el gabinete de Bográn. Soto hacía tiempo que había estado en Guatemala cerca de Barrios, en donde aprendió a no querer a Leiva. Los descontentos políticos, muchos de los cuales vivían expatriados por su voluntad, presionaron a Soto asegurándole repetidas veces que él era el único hombre que en verdad podía poner a Honduras en pie. Ocurrió una serie de conatos de invasiones por tierra y por mar, todos respaldados por Soto, que fracasaron;²¹⁶ sin embargo, eran lo suficiente fuertes para debilitar las energías del país en vez de ayudarlo a ganar la prosperidad.

Al suceder las elecciones presidenciales los motivos que causaban aquellos sucesos se cristalizaban en una fórmula nueva para Honduras. Hasta la fecha, el liberal y el conservador servían a todos los gobiernos, como ministros del gabinete o en la Asamblea. Los mismos apellidos aparecieron repetidas veces, a pesar de la ideología política del Presidente. Pero al terminarse el día del candidato individual, se formaron dos partidos, compitiendo, los conservadores y los liberales. Era 1887, y Luis Bográn se lanzó contra el expresidente Céleo Arias, quien fue apoyado por el grupo liberal que contaba con muchos intelectuales jóvenes. Por primera vez los programas e ideales del partido fueron impresos y circularon, ofreciendo al pueblo una plataforma en qué sostener sus esperanzas. Pero faltaba la organización. Triunfaba Bográn y murió Arias antes del nuevo período electoral. Fue por eso que Policarpo Bonilla asumía la dirección del liberalismo.

El partido nuevo se encontraba en algo de caos, y la época de los partidos políticos apenas comenzaba. Bográn mantenía el mando, pero también el sentido del humor. Cuando el nuevo jefe de los liberales atacó a Bográn, éste, acaso movido por el recuerdo de su propio idealismo en los días de Mongoy, envió al adversario una pluma de oro con la siguiente inscripción; "Siga escribiendo la verdad como antes". Como si hubiera sido en desquite, Bonilla pidió la primera imprenta particular para Tegucigalpa. Tenía que buscar socios, sin embargo, para que contribuyeran a pagarla. El Presidente Bográn lo supo y ofreció ayudar aunque estaba seguro de que lo atacarían. Cuando se inauguró, hubo una reunión a la que invitaron a Bográn. El Presidente asistió y a un discurso que dijo Policarpo Bonilla, contestó él: "Sé que me van a atacar con esta imprenta pero deseo que el Dr. Bonilla siempre diga la verdad".²¹⁷

Es comprensible derivar de tales acontecimientos que los actos de rebelión que continuaban efectuándose, no eran apoyados ni siquiera por el grupo vencido. El Comandante de Armas de Tegucigalpa se sublevó, pero los liberales apoyaron la paz interna rehusando respaldar al insurgente.²¹⁸ A la terminación de su segundo período, Bográn y los conservadores empujaron a Leiva una vez más a la presidencia. Bográn sentía que era lo correcto apoyar a su candidato. ¿No se había hecho bastante por el

pueblo? Tegucigalpa tenía ya agua potable y calles con mejor drenaje. Había un colegio nuevo, la Escuela de Artes y Oficios, la Academia Científico-Literaria de Honduras, la Litografía Nacional, y muchos más. Sería muy grato que el programa continuara. Leiva ganó. Pero el triunfo costó al antiguo general de Soto algo de su popularidad. Tegucigalpa, siempre más propensa a las nuevas ideas que Comayagua, actuaba en cierto sentido como un solo elemento creciendo su hostilidad hacia el gobierno conservador. No era posible vencer a Bográn. Cambió la capital oficial y por el momento Comayagua se convirtió otra vez en el centro de Honduras.

Activos rebeldes marcharon contra Leiva. Este trasladó la sede del gobierno nuevamente a Tegucigalpa. Era el foco comercial y de comunicación con Amapala y el mundo exterior, mucho más factible que por el largo y pesado camino a la costa del Caribe. Hecho esto, se preparaba a retirarse entregando la autoridad a su Ministro de la Guerra. El Ministro, en parte molesto por los continuos ataques militares de Policarpo Bonilla y su partido, quien, según la creencia de muchos, en verdad ganó las elecciones a Leiva,²¹⁹ entregó la presidencia provisional al Ministro de Gobernación. Esto ya era distinto. El Ministro de Gobernación, general Domingo Vázquez, era resuelto y firme. Leiva, que descansaba en su finca en Santa Cruz de Yojoa, presentó la renuncia al Congreso pidiendo nuevas elecciones. El general Vázquez llegó a ser el Presidente²²⁰ aunque había cambiado sus ideas políticas y se había vuelto conservador.

Vázquez se dedicaba a cumplir con el cargo para el cual había sido electo, gobernador, decretando leyes fiscales, y, más importante, sobre asuntos agrícolas. Con excepción de sus minas, la riqueza de Honduras ha sido y es el producto de su suelo. Bananos, la fruta amarilla y succulenta que fue traída de las islas Canarias por el fraile Berlanga en los primeros días de la dominación española, empezaba a asumir un papel vital en la vida de la Costa Norte. Vázquez consiguió que los productores recibieran protección legal y que las leyes fueran reformadas aún más en favor de los que sembraban café, cacao y hule.²²¹

Durante el siglo XIX, las naciones del Occidente tenían aún la costumbre de balancear el presupuesto nacional, y hasta donde fuera posible, cancelar parcialmente las deudas extranjeras. Durante doce años, asuntos internos y locales impidieron realizar semejantes esfuerzos en Honduras. Vázquez, era sobre todo disciplinario, y estas condiciones no le agradaban en lo mínimo. Parecía, sin embargo, que había oportunidades de aumentar la renta del gobierno.

Más o menos en esos días, a unas millas hacia el norte, el estado criollo de Louisiana empezó a sentir la influencia de la opinión pública de la unión a la cual pertenecía. Su ciudad principal, Nueva Orleans tenía desde hacía tiempo fama de ser el paraíso de los jugadores. Inesperadamente, fueron cerradas las puertas de la Lotería de Louisiana, un negocio que producía \$ 7.000.000 de dólares al año. Aquello molestó más porque la causa del movimiento se debía a la incitación de los descendientes de puritanos, extranjeros a los ojos de la población de Louisiana, que era esencialmente latina.²²² Los directores de la Lotería estaban desesperados y comenzaron a buscar a dónde trasladarse. Terminó en Puerto Cortés con un contrato, que daba al gobierno de Honduras \$ 20.000 por año, y el veinte por ciento de las ganancias brutas cambiando también su nombre por el de "La Lotería Nacional Hondureña". Ahí, en el suelo arenoso del puerto, un edificio de tablas, ancho, alojó las famosas extracciones de la Lotería hasta, que en 1895, los esfuerzos combinados del departamento postal de los Estados

Unidos de Norteamérica volvió prácticamente nulo el negocio. La deuda de Honduras continuaba, y aún peor, los disturbios de los rebeldes inquietaron al país.

La política es un aspecto de la vida; la mujer es otro. Pero cuando los dos se juntan para constituir un problema, resulta muy difícil para todos los implicados, aunque se trate de una nación. Domingo Vázquez era primo de Policarpo Bonilla; no obstante, los dos ahora representan ideas políticas opuestas, y ambos se enamoraron de la misma mujer. Ninguno se sentía inclinado a ceder el lugar al otro.

Bonilla, que reclutaba hombres y buscaba apoyo en Nicaragua, fue favorecido por un decreto de Vázquez que daba poder al Congreso para declarar la guerra inmediatamente contra cualquier gobierno que permitiera que tropas cruzaran su territorio para atacar a Honduras. Esto era en cierto aspecto un golpe en la cara de la hermana República. La reacción de Nicaragua fue la de ayudar sin tardanza al Dr. Bonilla y al partido liberal en una ofensiva.

Tegucigalpa, la capital, siguió con fiestas intranquilas, como pasa cuando los tiempos son inseguros. La rebelión seguía amenazando la ciudad. El general Vázquez, que asistía a una tertulia en la tarde, por insistencia de la señorita a quien consideraba su novia, se hallaba impaciente. Sabía que los liberales estaban en marcha, y no podía hacer malos cálculos sobre la energía y determinación de su jefe, su joven pariente y enemigo. Deducía que las tropas invasoras deberían estar entrando por un lugar cerca del llano de Toncontín. El general quiso salir, pero la señorita le perseguía con pastelillos. "¿Por qué está tan precisado?" le preguntaba.

Los ojos del general Vázquez se entrecerraron. Algo se revelaba en el tono de su voz. "Pues, madame", contestó con reticencia, "estoy de prisa por la misma razón que Ud. me quiere detener ofreciéndome dulces. Policarpo está entrando en Toncontín".

Hubo silencio y lágrimas, mientras el general tomaba su sombrero y salía.²²³

Muy pronto, en 1894, subió al poder Policarpo Bonilla. Honduras pasó de su adolescencia a las primeras etapas de su estado adulto. Bonilla reformó la Constitución. Sería más exacto decir que la reajustó, adaptándola al siglo que se avecinaba, revisando y ordenando todos los códigos, según los modelos políticos y sociales que surgían en vísperas del siglo XX. Desde la adopción del voto secreto, al puesto de la vicepresidencia y sus consiguientes reemplazos, hasta el divorcio y la abolición de la pena de muerte, todo esto y aún más, incluía en sus reformas. Volvía a dejar de perseguirse otra vez a los que tenían distintas opiniones políticas y la nación por fin parecía haber encontrado una quilla nivelada.

El único débil intento para usurpar el gobierno por medio de las armas había sido eliminado por las tropas de Bonilla bajo el mando del general Terencio Sierra en Puerto Cortés. Enrique Soto, el jefe de la oposición, y sus partidarios fueron derrotados en las tierras bajas y en el interior, y el país se serenaba para disfrutar una paz bien merecida.

En el exterior, Honduras reafirmaba con claridad su posición con respecto a los demás países de la América Central. La tradición de Morazán ya estaba en firme en la conciencia nacional. Policarpo Bonilla invitó a los presidentes de los otros países centroamericanos a participar en una conferencia que se llevaría a cabo en Amapala, el

puerto del Pacífico. Sólo Nicaragua y El Salvador aceptaron, pero el Jefe de Estado de Honduras no se consideró vencido. Tres era un número mayor de lo que Barrios había obtenido, era de hecho una mayoría. La "República Mayor de Centro América" nació en esta reunión. Fue un ensayo para formar un núcleo permanente con el objeto de crear la república de Centro América cuando los dos estados restantes consideraran conveniente el acceder.²²⁴

Era, en verdad, el fin de un siglo; pero también era el principio de otro. Policarpo Bonilla entregaba al final de su período su alto puesto a su legítimo sucesor, el general Sierra. Señalaba así el comienzo de la nación adulta y el nacimiento de una época nueva. Honduras se encaminaba hacia la madurez.

Notas al CAPÍTULO IV

¹ La estela más antigua de Copán lleva la fecha 9.1.10.0.0. según la cronología maya o sea 465 d. C. según la correlación Goodman-Thompson-Martínez 11.16.0.0.0. Para tener una idea de Copán prehistórica véase Longyear III, 1951, pp. 86-92.

² Longyear III, 1951, p. 90

³ Para las fuentes documentales referentes al uso del cacao como moneda entre los viejos mayas véase Tozzer, 1941, nota al pie, p.37. ⁴ Peralta, 1883, p. 117; Lothrop, 1940, p. 428.

⁵ Stone, 1941, b., pp. 14,15.

⁶ Probanza, 1533.

⁷ Stone, 1932.

⁸ Stone, 1940, pp. 386-394.

⁹ Véase, p. j., Bancroft, 1883, v. I, pp. 478-494.

¹⁰ Oviedo, 1853, t. III, lib. XXIX, cap. XXI, p. 113; Herrera, 1726, Dec. III, lib. V, cap. XII, p. 171; Bancroft, 1883, v. I, pp. 518-521; pp. 526-528. Esta última referencia y la declaración de Herrera en la p. 171 de que Gil González en Olancho tenía noticia de la llegada de Olid, hacen creer que Gil González tocó Honduras antes de Olid. Esta opinión es contraria a la de algunos historiadores.

¹¹ Bancroft, 1883, v. I, p. 519.

¹² Ibid., p. 519; Herrera, 1726, Dec. III, lib. V, cap. XII, p. 171, emplea los términos entre el Cabo Camarón y Trujillo. Debemos recordar, sin embargo, que Trujillo fue establecido más tarde en 1524.

¹³ Oviedo, 1853, t. III, lib., XXIX, cap. XXI, p. 114; Andagoya, 1865, p.37.

¹⁴ Pedraza, 1908, p.290.

¹⁵ Los detalles de esta batalla se encuentran en Andagoya, 1865, p. 37, y Herrera, 1726, Dec. III, lib. V, cap. XII, p. 171.

¹⁶ Para todos los detalles referentes a estos órdenes, véase Valle, 1948, pp. 78,79.

¹⁷ Herrera, 1726, Dec. III, lib. V, p. 172.

¹⁸ Ibid. Hay historiadores que no aceptan esto, véase, p. j., Bancroft, 1883, v. I, pp. 529-533.

¹⁹ Para una interpretación distinta de la manera en que Olid triunfó, véase Díaz del Castillo, 1904, v. II; López de Gomara, 1894.

²⁰ "Colección de Documentos Inéditos de Indias", 1864-1884, t. 14, p. 244.

²¹ Stone, 1941 b., p. 97.

²² Naco era uno de los pueblos que tenía una cancha precolombina para jugar pelota al estilo del balompié usando una bola de hule en cada ocasión importante. Para datos referentes a este juego véase Blom, 1932, pp. 485-530.

²³ Bancroft, 1883, v. I, p. 530 y nota de pie 20.

²⁴ Cortés, N. F., t. 1, p. 549.

²⁵ Bancroft, 1883, v. I, p. 532.

²⁶ Herrera, 1726, Dec. III, lib. V, p. 173.

²⁷ Cortés, N. F., t. 1, p. 559.

²⁸ Bancroft, 1883, v. I, p. 534.

²⁹ Cortés, N. F., t. 1, p. 550.

³⁰ "Colección de Documentos Inéditos de Indias", 1864-1884, t. II, pp. 133-135; t. XIV, pp. 44-47.

³¹ Cortés, N. F., t. 1, pp. 556-558; Stone, 1941, b., pp. 15,16.

³² Cortés, N. F., t. 1, p. 551.

³³ La costumbre de usar este título es muy del tiempo colonial.

³⁴ Cortés, N. F., t. 1, p. 554.

³⁵ Ibid., p. 555; "Col. Doc. Inéditos de Indias", 1864-1884, t. II, pp. 127-179; Bancroft, 1883, v. I, pp. 535,536.

³⁶ Cortés, N. F., t. 1, pp. 543,544; Bancroft, 1883, v. I, p. 571.

³⁷ Cortés, N. F., t. 1, pp. 545,546.

³⁸ Ibid., p. 572.

³⁹ Ibid., p. 556, p. 568.

⁴⁰ Ibid., pp. 566-568.

⁴¹ Véase Peralta, 1883, p. 722; Bancroft, 1883, v. I, pp.577-590.

⁴² Bancroft, 1883, v. I, p. 574 y 582. ⁴³ Este era el Rey de España, Carlos V, que era también Emperador del Sacro Imperio Romano.

⁴⁴ Herrera, 1726, Dec. III, lib. IX, p. 273.

⁴⁵ Para un informe sobre la crueldad de López de Salcedo véase Pedraza, 1908, pp. 297,298.

⁴⁶ Bancroft, 1883, v. I, pp. 605-607.

⁴⁷ Bancroft, 1883, v. II, pp. 147-155; Pedraza, 1908, pp. 299,300.

⁴⁸ Bancroft, 1883, v. II, pp. 149,150.

⁴⁹ Ibid, p. 155.

⁵⁰ Tozzer, 1941. p. 127.

⁵¹ Chamberlain, 1953, p. 27.

⁵² Herrera, 1728, Dec. V, lib. IX, p. 216.

⁵³ Pedraza, 1908, p. 297.

⁵⁴ Los españoles se acostumbraron a llamar "come piojos" a la gente de Honduras, véase Herrera, 1726, Dec. IV, lib. VIII, p. 155. Este nombre erróneo vino de la costumbre del pueblo de matar el piojo mordiéndolo.

⁵⁵ Herrera, 1728, Dec. V, lib. IX, pp. 217,218.

⁵⁶ Bancroft, 1883, v. II, pp. 160-164; Chamberlain, 1948, p. 180.

⁵⁷ Herrera, 1728, Dec. V, lib. IX, pp. 217,218; Chamberlain, 1953, pp. 34,35; p. 105.

⁵⁸ Chamberlain, 1953, p. 35.

⁵⁹ Herrera, 1728, Dec. V, lib. IX, pp. 217,218.

⁶⁰ Ibid., Dec. VI, lib. I, pp. 12,13.

⁶¹ Díaz del Castillo, 1904, t. II, p. 340.

⁶² Stone, 1941 b., pp. 57,58.

⁶³ Tozzer, 1941, pp. 8,9; también nota de pie 38.

⁶⁴ Chamberlain, 1953, p.57.

⁶⁵ Herrera, 1726, Dec. IV, lib. VIII; segunda p. 154.

⁶⁶ Herrera, 1728, Dec. VI, lib. III, p. 79,80

⁶⁷ Cáceres Lara, 1952, pp. 43-47. La fecha de la fundación está incierta. Cáceres Lara opina que fue octubre de 1536 y Alvarado García, 1936, p. 76, cita 1537. El establecimiento original, sin embargo, fue trasladado seis meses después al sitio de Mongual (Véase Cáceres Lara, 1952, p. 48; Alvarado García, 1936, p. 76). Este hecho es probablemente el que ha causado la confusión. Compararlo con Chamberlain, 1946.

⁶⁸ Chamberlain, 1953, pp. 69-74.

⁶⁹ Ponce, 1873, t. I, p. 383.

⁷⁰ Chamberlain, 1953, p. 78.

⁷¹ Aunque es posible que muchos elementos mexicanos en el Valle de Comayagua llegaron después de los españoles y fueron traídos por el conquistador como esclavos o soldados, la evidencia arqueológica niega esto. (Véase p. j., Stone, 1941 a., pp. 303-307). Hay una cantidad de fuentes del siglo XVI que quizá son suficientemente primitivas. Entre ellos se puede incluir Vázquez, 1944, t. IV, y Ponce, 1873. Es interesante notar, sin embargo, que Cortés señala una provincia importante en el nordeste de Honduras donde hablaban un dialecto mexicano (Véase Cortés, N. F., t. I, p. 556; Stone, 1941, b, pp. 15,16). En la "Col. Doc. Inéditos de Indias" 1864-1884, t. 14, p. 244, parece que Naco fue poblado por un pueblo que vino del Mar del Sur. Para más discusión de este problema, véanse Stone, 1949; 1940-1941; Vallejo, 1893, p. 25; Vázquez, 1944, t. IV, p. 355.

⁷² Herrera, 1726, Dec. IV, lib. VIII, p. 154.

⁷³ Chamberlain, 1953, pp. 24-88

⁷⁴ Herrera, 1738, Dec. VI, lib. III, p. 80. El original no tiene comillas.

⁷⁵ Ibid., p. 79.

⁷⁶ Herrera, 1726, Dec. IV, lib. VIII, p. 154.

⁷⁷ Herrera, 1728, Dec. VI, lib. III, pp. 79,80.

⁷⁸ Todavía las aves son importantes en algunas ceremonias en el occidente de Honduras, véase Stone, 1948, p. 216.

⁷⁹ Herrera, 1728, Dec. VI, lib. III, p. 80.

⁸⁰ Chamberlain, 1953, p. 95.

⁸¹ "Col. Doc. Inéditos de Indias", 1875, t. XXIV, pp. 261,262. Cáceres Lara, 1952, p. 48. Chamberlain, 1953, p. 97, cita abril como el mes de la llegada.

⁸² Chamberlain, 1953, pp. 110,111.

⁸³ Ibid., p. 132.

⁸⁴ Ibid., pp. 112,113.

⁸⁵ Esta versión de la amistad entre las dos familias y la súplica de Montejo de cambiar Honduras por Chiapas tiene por base el informe del Obispo Pedraza hecho en 1544. Véase Pedraza, 1908, pp. 303-306. Es distinta de la relación que cita Chamberlain, 1948, pp. 180-182, y 1953, pp. 147-177. Estas sugieren que Montejo fue obligado a hacer el trueque.

⁸⁶ Chamberlain, 1953, p. 178.

⁸⁷ Ibid., pp. 178-182.

⁸⁸ Ibid. pp. 183,184

⁸⁹ Para una discusión completa de esto véase Chamberlain, 1953.

⁹⁰ Ibid., p. 196.

⁹¹ Ibid., pp. 198-203.

⁹² Ibid., pp. 214,215.

⁹³ Véase p. j., Juarros, 1936, pp. 91-93.

⁹⁴ Durón, 1927, p. 18.

⁹⁵ Chamberlain, 1948, p. 256.

⁹⁶ Durón, 1927, pp. 19,20.

⁹⁷ "Col. de Doc. referentes a la Historia Colonial de Nicaragua", 1921, p. 44. La población fue conocida también por el nombre de Villa de la Concepción del Valle de Comayagua. Véase p. j., Remesal, 1932, t. I, p. 293.

⁹⁸ Durón, 1927, p. 23.

⁹⁹ Ibid., p. 27.

¹⁰⁰ Lerma, 1539. Archivo General de Indias. Guatemala 49. Referente a las prohibiciones sobre el cultivo de vides en las colonias de América Central véase Gámez, 1889, p. 202; Chamorro, 1951, p. 18.

¹⁰¹ El edificio del Tesorero Real no fue terminado hasta 1741.

¹⁰² Durón, 1927, pp. 30-32. Véase también Valladares R., 1946, pp. 100,101.

¹⁰³ "Galpa" es lengua indígena y significa "tierra". Véase Guerra y Ayala, 1608, p. 45.

¹⁰⁴ "Escritores del Antiguo Reino de Guatemala", 1934, pp. 455-459.

- ¹⁰⁵ Serrano y Sanz, 1908, pp. 353,354.
- ¹⁰⁶ Alvarado García, 1949, t. I, p. 123.
- ¹⁰⁷ Lehmann, 1920, t. 2, pp. 816-818.
- ¹⁰⁸ Durón, 1927, p. 66.
- ¹⁰⁹ Ibid., pp. 75,76.
- ¹¹⁰ Para la historia documentada de la manera cómo fue encontrada la imagen de la Virgen de Suyapa, véase Valladares R., 1946, en particular pp. 11-13; 27,29.
- ¹¹¹ Durón, 1927, p. 85.
- ¹¹² Valladares, 1946, p. 39.
- ¹¹³ Los otros dos notables santos populares de la América Central son: el Cristo Negro de Esquipulas en Guatemala, y la Virgen de los Ángeles en Costa Rica.
- ¹¹⁴ Stone, 1941 b, pp. 10-12.
- ¹¹⁵ Serrano y Sanz, 1908, pp. 395-398.
- ¹¹⁶ Durón, 1927, pp. 90,91.
- ¹¹⁷ Autos acerca de la traslación de los indios payas a la ciudad de Comayagua. Año de 1785, 1941, pp. 115-133.
- ¹¹⁸ Durón, 1927, p. 113.
- ¹¹⁹ Ibid., p. 119.
- ¹²⁰ Reina Valenzuela, 1947, pp. 39,40.
- ¹²¹ Durón, 1927, p. 92.
- ¹²² Ibid., p. 95.
- ¹²³ Serrano y Sanz, 1908, p. 395.
- ¹²⁴ Ibid., p. 411.
- ¹²⁵ Reina Valenzuela, 1947, pp. 93,94.
- ¹²⁶ Solicitud del Gobierno de Comayagua, 1806. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, 1907, t. IV, pp. 506-.522.
- ¹²⁷ Durón, 1927, pp. 108; 117

¹²⁸ Vallejo, 1893, pp. 119-127. La planta de tinte azul es el añil (*Indigofera Susfruticosa*); la del amarillo es brasilete (*Peltophorum Inerme*).

¹²⁹ La clasificación siguiente es la del botánico Paul Standley: Sasafrás (*Sassafras Albidum*); leche de María (probablemente una de las siete especies de *Sapium*); sangre de drago (este nombre es común en la Costa Norte de Honduras para varias especies de *Virola*, pariente de la nuez moscada); zarzaparrilla (este nombre se usa para varias especies de *Smilax*, y en un tiempo fue muy utilizada en medicina. Exportaron la raíz en cantidad de la costa caribe de Honduras y de Nicaragua); bálsamo (*Liquidambar Styraciflua*).

¹³⁰ Esta clasificación es hecha también por Standley: Copal-chi (*Croton Guatemalensis*); ipecacuana (la variedad más importante es *Cephaelis Ipecacuanha* que es la verdadera raicilla. También *Psychotria emetica*, llamada vulgarmente raicilla y raicilla macho, se recogen para uso medicinal. Todos pertenecen a la familia del café); sen (lo más probable es que es alguna especie de *Cassia*); achiote (*Bixa Orellana*); michoacán (especies de *Ipomoea*, probablemente *I. purga*)

¹³¹ Relación sobre los indios gentiles de Pacura, en el Obispado de Comayagua, 1937; el Padre Goicoechea, 1938, pp. 47-58.

¹³² Durón, 1927, pp. 109,110.

¹³³ *Ibid*, p. 110.

¹³⁴ *Ibid*, p. 118.

¹³⁵ *Ibid*, pp. 117-120.

¹³⁶ *Ibid*, pp. 121-124.

¹³⁷ Villiers, 1924, p. 199.

¹³⁸ Strangeways, 1822, en particular, *A Map of Mosquitia, y The Territory of Poyais with the Adjacent Countries*. ¹³⁹ Durón, 1927, pp. 129,130.

¹⁴⁰ Durón, 1896, p. 69.

¹⁴¹ *Ibid*.

¹⁴² Chinchilla Aguilar, 1953, en particular, pp. 249-270.

¹⁴³ Durón, 1927, p. 138.

¹⁴⁴ *Ibid*, p. 144.

¹⁴⁵ Webster's, 1950, p. 572.

¹⁴⁶ Durón, 1927, p. 148.

- ¹⁴⁷ Véase, p. j., Marure, 1877, t. I, pp. 138-141.
- ¹⁴⁸ Ibid, p. 141.
- ¹⁴⁹ Durón, 1937, p. 150.
- ¹⁵⁰ Ibid.
- ¹⁵¹ Martínez López, 1931, p. 18.
- ¹⁵² Marure; 1877, t. I, Montúfar, 1878, t. I, p. 8.
- ¹⁵³ Montúfar, 1878, t. I, p. 9.
- ¹⁵⁴ Durón, 1896, t. I, pp.113, 114.
- ¹⁵⁵ Ibid, p. 104.
- ¹⁵⁶ Ibid, p. 105.
- ¹⁵⁷ Ibid, p. 106.
- ¹⁵⁸ Vallejo, 1926, t. I, pp. 244,245.
- ¹⁵⁹ Durón, 1896, t. I, pp. 113,114.
- ¹⁶⁰ Ibid, p. 114.
- ¹⁶¹ Información de la hija de la señora.
- ¹⁶² Morazán, 1942, en Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XXI, pp. 118,119.
- ¹⁶³ Vallejo, 1926, p. 252.
- ¹⁶⁴ Valle, 1951, p. 8.
- ¹⁶⁵ Durón, 1896, t. I, p. 90.
- ¹⁶⁶ Morazán, 1942, en Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XXI, pp. 121-123.
- ¹⁶⁷ Ibid, p. 123.
- ¹⁶⁸ Marure, 1942, p. 116.
- ¹⁶⁹ Grimaldi, 1942, p. 58.
- ¹⁷⁰ Martínez López, 1942, p. 31.
- ¹⁷¹ Durón, 1896; v. I, p. 90.

- ¹⁷² Ibid, p. 30.
- ¹⁷³ Vallejo, 1926, p. 255.
- ¹⁷⁴ Ibid, pp. 278,279.
- ¹⁷⁵ Valle, 1953, 14 de mayo.
- ¹⁷⁶ Durón, 1927, p. 155.
- ¹⁷⁷ Ibid, p. 162.
- ¹⁷⁸ Alvarado García, 1949, v. I, p. 212.
- ¹⁷⁹ Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, 1942, t. XXI, pp. 187,188.
- ¹⁸⁰ Ibid.
- ¹⁸¹ Martínez López, 1931, p. 313.
- ¹⁸² Ibid, p. 315.
- ¹⁸³ Alonso, 1942, p.57.
- ¹⁸⁴ Montúfar, 1881, v. 4, pp. 147,148; 266-282; Bancroft, 1887, v. III, pp. 279-281.
- ¹⁸⁵ Véase p. j., Durón, 1927, p. 161; Valle, 1951, pp. 8 y 9.
- ¹⁸⁶ Durón, 1927, p. 162.
- ¹⁸⁷ Bancroft, 1887, v. III, pp. 312,313.
- ¹⁸⁸ Ibid, pp. 317-321; Kraus, 1913, pp. 240-242.
- ¹⁸⁹ Kraus, 1913, p. 241.
- ¹⁹⁰ Durón, 1927, p. 166.
- ¹⁹¹ Para un informe acerca de la administración de Guardiola véase Guardiola Cubas, 1953.
- ¹⁹² Para la documentación acerca de William Walker véase Proceso contra el filibustero William Walker, 1907; Montúfar, 1887; Walker, 1924; Pérez, 1928.
- ¹⁹³ Guardiola Cubas, 1953, p. 110.
- ¹⁹⁴ Ibid, pp. 147-150.
- ¹⁹⁵ Ibid, pp. 132-137.

- ¹⁹⁶ Montúfar, 1887, pp. 1012,1013.
- ¹⁹⁷ Ibid, p. 1028.
- ¹⁹⁸ Informe particular de la familia de Juanito Mora, expresidente de Costa Rica.
- ¹⁹⁹ Durón, 1927, p. 168.
- ²⁰⁰ Para los datos detallados referentes al Ferrocarril, véase Squier, 1858.
- ²⁰¹ Bancroft, 1887, v. III, p. 455.
- ²⁰² Ibid, p. 465, nota de pie 43; Durón, 1927, pp. 169,170.
- ²⁰³ Durón, 1896, t. I, p. 417; 1927, pp. 172,173.
- ²⁰⁴ Durón, 1927, pp. 173,174, Escobar, 1935, pp. 140-144.
- ²⁰⁵ Bancroft, 1887, v. III, pp. 460-462.
- ²⁰⁶ Carta de Barrios; Carta de Medina. En Revista de los Archivos y Biblioteca Nacionales, 1940, t. XIX, pp. 215,216.
- ²⁰⁷ Durón, 1927, p. 177.
- ²⁰⁸ P. véase Ibid, p. 179.
- ²⁰⁹ Tradición contada por José Reina Valenzuela.
- ²¹⁰ Durón, 1927, pp. 179-181.
- ²¹¹ Véase Ibid, p. 181, para una lista detallada de los acontecimientos de la primera administración de Soto.
- ²¹² Valle, 1951, p. 8.
- ²¹³ Bancroft, 1887, v. III, p. 466, nota de pie 47.
- ²¹⁴ Para el pleito entre Soto y Barrios véase Bancroft, 1887, v. III; pp. 466-468; Durón, 1927, pp. 182,183.
- ²¹⁵ Bancroft, 1887, v. III, pp. 444-449; Durón, 1927, p. 183.
- ²¹⁶ Durón, 1927, pp. 183,184.
- ²¹⁷ Información dada por Emma Bonilla de Larios.
- ²¹⁸ Durón, 1927, pp. 184-185.

²¹⁹ Ibid, p. 185.

²²⁰ Para una presentación más completa del general Vázquez véase Durón, 1941.

²²¹ Durón, 1927, p. 187.

²²² La persona más importante en la supresión de la Lotería fue S. H. Woodbridge, descendiente de un pastor puritano, el Rev. John Woodbridge, y catedrático en M. I. T.; véase Davis, 1895.

²²³ Anécdota personal de Emma Bonilla de Larios, hija de Policarpo Bonilla y Emma Gutiérrez de Bonilla, la figura del episodio.

²²⁴ Durón, 1927, p. 189.

Referencias para el CAPÍTULO IV

Alduvín, Ricardo D.

Ver: Aro Sanso. 1936.

Alonso, Agustín

Bosquejo biográfico cronológico del General Francisco Morazán. En Boletín del Distrito Central, vol. V, Nos. 49-54, Tegucigalpa pp. 7-57. 1942.

Alvarado García, Ernesto

El significado histórico de la Ciudad de Gracias. Tegucigalpa. 1936.

Historia de Centro América. Primera parte. Tegucigalpa. 1949.

Andagoya, Pascual de

The Narrative of the Proceedings of Pedrarias Dávila, in the provinces of Tierra Firme or Castilla del Oro, and of the discovery of the South sea and the coasts of Peru and Nicaragua. Hakluyt Society. London. 1865.

Aro, Sanso

Policarpo Bonilla, México. 1936.

Año 1785. Autos acerca de la traslación de los indios payas a la ciudad de Comayagua. 1936. En Boletín de los Archivos Generales. Año 6. No. 2, enero. Guatemala, pp. 115-133. 1941

Ayón, Tomás

Historia de Nicaragua desde los tiempos más remotos hasta el año de 1852. 3 vols. Granada. 1882-29.

Bancroft, H. H.

History of Central America. Vols. I, II, III. San Francisco. 1883.

Barrios, Justo Rufino

Carta. Ver: Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XIX. Tegucigalpa, pp. 215,216. 1940.

Blom, Frans

The Maya Ball-game Pok-ta-pok (called Tlachtli by the Aztec). En Middle American Papers. M. A. R. S. No 4. New Orleans, pp. 485-430. 1932.

Boletín del Distrito Central

Edición en homenaje al héroe inmortal de la Unión de Centro América, vol. V. Año V. Nos. 49-54. Tegucigalpa. 1942.

Boletín de las Archivos Generales

Año 6. No 2. Guatemala.1941.

Boletín del Archivo General del Gobierno

T. XI, Núms. 1 y 2. Guatemala. 1946.

Cáceres Lara, Víctor

Breves apuntes biográficos de una ciudad hondureña. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XXXI, Tegucigalpa, pp. 43-50. 1952.

Chamberlain, Robert S.

The founding of the city of Gracias a Dios. First seat of the Audiencia de los Confines. In The Hispanic American Historical Review vol. XXVI. No 1, Durham, N. C. pp.-2-18. 1946.

The conquest and colonization of Yucatan, 1517-1550. Carnegie Institution of Washington. Publication 582. Washington. 1948.

Francisco Morazán, champion of Central American Federation. University of Miami, Hispanic-American Studies. No 9. Coral Cables, Florida. 1950.

The conquest and colonization of Honduras. Washington. 1953.

Chamorro, Pedro Joaquín

Historia de la Federación de la América Central. 1823-1840, Madrid. 1951.

Chinchilla Aguilar, Ernesto

La Inquisición en Guatemala. Publicaciones del Instituto

de Antropología e Historia de Guatemala. Guatemala. 1953.

Colección.

"Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía", 42 t. Madrid. 1864-1884.

Colección.

"Colección de documentos referentes a la historia colonial de Nicaragua", Recuerdo del centenario de la Independencia Nacional. 1821-1921, Managua. 1921.

Cortés, Hernán Cartas de Relación de la Conquista de América. Editorial Nueva España, S. A. México, t. 1. n.f.

Davis, Richard Harding

The Louisiana Lottery. In Harper's Weekly, Aug. 3, New York, pp. 728-729. 1892.

Díaz del Castillo, Bernal

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. La pública Genaro García. 2 vols. México. 1904.

Durón, Rómulo E. Honduras Literaria. t. 1. Tegucigalpa. 1896 .

Ver Rosa, Ramón. 1906.

Bosquejo histórico de Honduras, Tegucigalpa. 1927 .

Las grandes figuras centroamericanas: el general Domingo Vázquez. San José de Costa Rica. 1941.

Escobar, Esteban

Biografía del General don Pedro Joaquín Chamorro. Managua.1935.

Escritores del Antiguo Reino de Guatemala

Guatemala. 1934.

Gámez, José D.

Historia de Nicaragua desde los tiempos prehistóricos hasta 1860. Managua.1889.

Goicoechea, José Antonio

En Revista de los Archivos Nacionales. Apéndice, Año 2. No 2. San José de Costa Rica.1938.

Gómara

Ver: López de Gómara.

Grimaldi, Antonio

Retrato físico, moral y militar del General Morazán. En Boletín del Distrito Central, vol. V. Año V, Tegucigalpa, pp. 58-59.1942

Guardiola Cubas, Esteban

1953 Vida y hechos del General Santos Guardiola, Tegucigalpa.

Guerra y Ayala, Juan de

Relación de la visita hecha por don Juan de Guerra y Ayala a la Gobernación de Honduras. Año 1608. En Boletín del Archivo General del Gobierno, t. XI. Núm. 1 y 2. Guatemala.1946, pp. 44-54.1608.

Herrera, Antonio de

Historia general. 4 t. Madrid. 1726-30.

Juarros, Domingo

Compendio de la historia de la Ciudad de Guatemala, t. 1. Guatemala. 1936.

Kraus, Herbert Die Monroedoktrin in ihren Beziehungen zur Amerikanischen Diplomatie und zum Völkenecht, Berlín.1913

Lehmann, Walter

Zentral-Amerika. 1 Teil. Berlín.1920.

Lerma, Juan de

En Archivo General de Indias, Guatemala, 49. 1539.

Longyear III, John M. A historical interpretation of Copan archaeology. En Selected Papers of the XXIX th. International Congress of Americanists. Edited by Sol Tax. Chicago, pp. 86-92.1951.

López de Gomara, Francisco Primera parte de la historia general de las Indias. Madrid.1894

Lothrop, Samuel Kirkland

South America as seen from Middle America. En The Mayas and their Neighbors. New York, pp. 417-429. 1940.

Martínez López, Eduardo

Biografía del General Francisco Morazán. Tegucigalpa.1931.

Álbum Morazánico. Biografía del General Francisco Morazán. Tegucigalpa, Tercera edición.1942 .

Marure, Alejandro

Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro América desde 1811 hasta 1834. 2 t. Guatemala. 1877.

Juicio crítico de Marure sobre Morazán. En Boletín del Distrito Central, vol. V. Año V. Tegucigalpa, p. 116. 1942 .

Medina, José María

1940 Carta. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. t. XIX. Tegucigalpa, p. 216.

Montúfar, Lorenzo Reseña histórica de Centro América, t. 1. Guatemala. 1878.

Reseña histórica de Centro América, t. 4. Guatemala. 1881.

Walker en Centro América. Guatemala.1887.

Morazán, Francisco

Memorias del General Morazán, escritas en David, Nueva Granada, en 1841. En Durón, 1896, pp. 95-123. 1896.

Escritos Políticos del Gral. Francisco Morazán. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. XXI, Tegucigalpa. pp. 72-188. 1942.

Oviedo, Gonzalo Fernández

Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano. 4 t. Madrid.1851-55 .

Pedraza, Cristóbal de (Obispo)

Relación de la Provincia de Honduras e Higueras. 1544. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. IV. Tegucigalpa, pp. 280-306.1908.

Pérez, Jerónimo

Obras históricas completas. Managua. 1908.

Ponce, Alonso

Véase: Relación breve y verdadera. 1873.

Probanza sobre el área del Río de Ulúa, Salamanca de Campeche

1533 Junio 8. (Photo of the original in the Archivo General de Indias. Justicia 1005, Número 3, Ramo 1).

Proceso contra el filibustero W. Walker

1907 En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, t. III.

Tegucigalpa, pp. 513-554.

Reina Valenzuela, José

1947 Bosquejo histórico de la Farmacia y la Medicina en Honduras, Tegucigalpa.

Relación Breve y Verdadera de

Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España. 2 t. Madrid. 1873.

Relación sobre los indios gentiles de Pacura, en el Obispado de Comayagua

En Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Anales, t. 13. Núm. 3. Guatemala. 1937.

Remesa, Fray Antonio de

Historia General de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala, t. 1, Biblioteca "Goathemala", v. IV. Guatemala. 1932.

Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales

T. XXI. Tegucigalpa. 1942.

Revista de los Archivos Nacionales. Apéndice

Año 2, núm. 2 San José de Costa Rica. 1938.

Revista de la Universidad

Año XV, No 7. Tegucigalpa. 1951.

Rosa, Ramón

Obras de D. José Cecilio del Valle, editada por Rómulo E.

Durón, t. 1, Tegucigalpa. 1906.

Serrano y Sanz, Manuel

Relaciones históricas y geográficas de América Central. Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, v. 8. Madrid. 1908.

Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala

Anales, t. 13. Núm. 3, Guatemala. 1939.

Solicitud del Gobierno de Comayagua

En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, 1907, t. IV. Tegucigalpa, pp. 506-522. 1806.

Squier, E. G.

The States of Central America, New York. Stone, Doris. 1858.

Stone, Doris

Masters in marble. Tulane University, Middle American Research Series, pub. 8, pt. 1. New Orleans. 1932

The Ulúa Valley and Lake Yojoa. En The Maya and their

Neighbors New York, pp. 386-394. 1940

Demarcación de las culturas precolombinas del Norte y Centro de Honduras. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. Tegucigalpa, t. XIX y XX. 1940-41

Algunos aspecto el problema mexicano en la arqueología hondureña. En Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. Tegucigalpa, t. XX, pp. 303-307. 1941a .

Archaeology of the North Coast of Honduras. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, v. 9, No 1. Cambridge. 1941b.

1948 The Lenca. En Handbook of South American Indians. B. A. E. Washington, pp. 61-63; 205-217.

Los grupos mexicanos en la América Central y su importancia. En Antropología e Historia de Guatemala, Guatemala, v. 1, No 1, pp. 43-47. 1949.

Strangeways, Thomas

Sketch of the Mosquito Shorte, including the Territory of Poyais, descriptive of the country; with some information as to its productions, the best mode of culture, etc. Chiefly intended for the Use of Settlers. Edinburgh. 1822 .

Tozzer, Alfred M.

Landa's Relación de las Cosas de Yucatán. A Translation. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, v. XVIII. 1941.

Valladares R., Juan B.

La Virgen de Suyapa, Tegucigalpa. 1946.

Valle, José Cecilio del Sistema político. En Durón, Honduras Literaria, t. 1. Tegucigalpa, pp. 65-70. 1896.

Valle, Rafael Heliodoro

Ver Aro Sanso. 1936.

Cristóbal de Olid. Tesis. México. 1948.

Humanistas de Honduras. En Revista de la Universidad, Año XV, No 7, Tegucigalpa, pp. 7-12. 1951.

Historia del libro en Honduras. En Diario Comercial. 14-16 de mayo. San Pedro Sula. 1953.

Vallejo, Antonio R.

1893 Primer anuario estadístico. Tegucigalpa.

Compendio de la historia social y política de Honduras aumentada con los principales acontecimientos de Centro América, t. 1. Tegucigalpa. 1926 .

Vázquez, Francisco

Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala. Biblioteca "Goathemala", v. XVII, t. 4. Guatemala. 1944.

Villiers, Marc de (Le Baron)

Une Vente de Terrain on Gregor MacGregor "Cacique des Poyais". En Journal de la Société des Américanistes de París, t. XVI, pp. 197-200. París. 1924.

Webster's New International Dictionary of the English Language. Springfield, Mass. 1950.